

«Una historia perversa con ecos de Patricia Highsmith
y Gillian Flynn.» *The New York Times*

TARA ISABELLA
BURTON



Criatur@s
en
la red

Criaturas en la red

Tara Isabella Burton

Traducción de Arturo Peral Santamaría



Rocaeditorial

CRIATURAS EN LA RED

Tara Isabella Burton

NO PUEDES ENGAÑARLOS PARA SIEMPRE.
LA RED TE ACABA ATRAPANDO.

UNA NOVELA QUE EXPLORA SIN TEMOR
LA IDENTIDAD EN EL MUNDO DIGITAL

Louise tiene veintinueve años, vive en un apartamento ilegal en Brooklyn y sobrevive trabajando de camarera, como redactora o dando clases de acceso a la universidad.

Lavinia tiene veintitrés años, es una hermosa y rica residente del Upper East Side que ha abandonado Yale y se dedica al extravagante arte de ir de fiesta constante, y tiene como lemas de vida los poemas de Tennyson.

Louise querría tener a toda costa la vida de Lavinia, aunque no puede permitírselo. Pero quizá sí puede llegar a ser su amiga y así pertenecer al mundo de Lavinia. Incluso tal vez pueda llegar a convertirse en Lavinia...

ACERCA DE LA AUTORA

Tara Isabella Burton se ha consolidado como una de las voces más brillantes y nuevas de la narrativa contemporánea americana. Sus trabajos sobre religión y cultura han sido publicados en prestigiosos medios como *National Geographic*, *The Wall Street Journal*, *Al Jazeera*, *1843* de *The Economist*, BBC, *The Atlantic*, *Salon*, *The Telegraph* entre otros. Sus relatos han sido publicados en *The New Yorker*. Ha recibido el premio The Spectator 2012, el

Shiva Naipaul Memorial Prize y el Lowell Thomas Award. Actualmente vive entre Nueva York y Oxford.

[@NotoriousTIB](#)

www.taraisabellaburton.com.

ACERCA DE LA OBRA

«Una revisión de *El talento de Mr. Ripley* ahora en un mundo digital, donde la identidad es aún más porosa y fácil de secuestrar.»

CAITE DOLAN-LEACH

«Una lectura compulsiva. Imagina *El secreto* de Donna Tartt en el mundo de *Gossip Girl*. Esta novela es hermosa, bohemia, aguda y tan devastadora como decadente.»

LYDIA RUFFLES

«Afilada como un trozo de espejo. El debut de Burton dice mucho de la realidad de nuestro tiempo.»

NEW YORK TIMES BOOK REVIEW

«Lo he leído de un tirón. Es un viaje, o una pesadilla, salvaje a través de un Nueva York decadente, repleto de sueños rotos, imposturas, amor, mentiras y más mentiras. Este es el eslabón perdido entre Bret Easton Ellis y *El secreto* de Donna Tartt.»

EMMA FLINT

Para Bria
que ha estado en esta aventura desde el principio

A la primera fiesta a la que la lleva, Lavinia obliga a Louise a ponerse uno de sus vestidos.

—Lo he encontrado en la calle —dice Lavinia—. Es de los años veinte.

Es posible.

—Lo han dejado tirado. ¿Te lo puedes creer?

Louise no se lo cree.

—Seguro que pensaron que no valía nada. —Frunce los labios. Se pone carmín—. Ese es el problema de la gente. Nadie valora el significado de las cosas.

Lavinia coloca el collar de Louise. Lavinia ata la faja a la cintura de Louise.

—Pero bueno, en cuanto lo vi... ¡Dios! Quería... solo quería hacer una genuflexión, ¿sabes? Besar el suelo... ¿Los católicos besan el suelo, o solo los marineros? Vamos, quería poner la boca ahí mismo, en la acera, en el chicle masticado de cualquiera y decir algo en plan: «Gracias, Señor, por hacer que hoy el mundo tenga sentido».

Lavinia empolva las mejillas de Louise. Lavinia añade colorete. Lavinia sigue hablando.

—En plan... todo es perfecto que te cagas, ¿verdad? En plan... en una casa de esas pijas del East Village la palma la abuela de alguien, o quien sea, después de veinte años sin recibir visita, y alguien tira todos sus trastos a la calle, y entonces, al ponerse el sol... voy yo, cruzo la calle Nueve Este y me

lo encuentro. La vieja esta y yo, que nunca nos hemos visto, pasamos con el mismo vestido dos noches preciosas y poéticas con noventa años de por medio ... Pero mira, Louise, ¿lo hueles?

Lavinia le planta el encaje a Louise en la cara.

—Te podrías enamorar —prosigue Lavinia— llevando un vestido como este.

Louise aspira.

—Y ¿sabes lo que hice? —prosigue Lavinia.

Le pinta a Louise un lunar con el lápiz de cejas.

—Me quedé en ropa interior... Bueno, no, miento: me quité hasta el sujetador. Me lo quité todo, me puse el vestido, dejé el que llevaba en la calle y estuve paseando con él puesto toda la noche hasta volver al Upper East Side.

Lavinia le abrocha los botones a Louise.

Ahora Lavinia se ríe y añade:

—Tú no te separes mucho de mí; te prometo que te pasará de todo. Igual que me pasa a mí.

Lavinia peina a Louise. Al principio intenta hacerle lo mismo que se ha hecho ella: rizos salvajes y exuberantes. Pero el pelo de Louise apenas tiene volumen y es demasiado liso, así que Lavinia lo trenza y recoge en un moño tenso y cuidado.

Lavinia le pone las manos en las mejillas a Louise. La besa en la frente. Grita.

—Dios —exclama—. Estás preciosa. No lo soporto. Quiero matarte. Vamos a hacernos una foto.

Saca el móvil. Lo pone en modo espejo.

—Vamos a ponernos delante de las plumas de pavo real —dice Lavinia. Louise obedece—. Posa.

Louise no sabe cómo se hace.

—Venga ya. —Lavinia mueve el teléfono—. Todo el mundo sabe posar. Ya sabes: arquea un poco la espalda. Ladea la cabeza. Como si fueras una actriz de cine mudo. Así. Así... no, no, baja la barbilla. Así.

Lavinia le coloca la barbilla a Louise. Hace la foto.

—Esta última es buena —dice Lavinia—. Salimos bien. Voy a subirla. —Le muestra el teléfono a Louise—. ¿Qué filtro te gusta más?

Louise no se reconoce a sí misma.

Tiene el pelo arreglado. Los labios oscuros. Los pómulos realzados. Lleva un vestido tipo años veinte, los ojos felinos, pestañas postizas y ni siquiera parece de este siglo. Ni siquiera parece real.

—Voto por Mayfair. Hace que te brillen los pómulos. ¡Dios! ¡Mírate! Mí. Ra. Te. Estás preciosa.

Lavinia ha añadido un comentario a la foto: dos gotas de aguardiente.

A Louise le parece muy ingenioso.

Louise piensa: «No soy yo».

«Gracias a Dios —piensa Louise—. Gracias a Dios».

Cogen un taxi a Chelsea. Paga Lavinia.

Es Nochevieja. Louise conoció a Lavinia hace diez días. Han sido los mejores diez días de su vida.

Para Louise los días no suelen ser así.

Los días de Louise son más bien así:

Se despierta. Desea no haberlo hecho.

Lo más seguro es que Louise no haya dormido mucho. Trabaja de camarera en una cafetería que por las noches se convierte en bar de copas, escribe para una tienda *online* llamada GlaZam que vende bolsos de imitación y además es profesora particular de exámenes de acceso a la universidad. Se pone el

despertador al menos tres horas antes de la hora en la que tiene que estar en cualquier sitio, porque vive en las profundidades de Sunset Park, a veinte minutos andando de la línea R, en la misma vivienda ilegalmente subalquilada e infestada de cucarachas desde hace casi ocho años, y la mitad de las veces el tren se avería. Cuando la llaman cada par de meses, sus padres le preguntan por qué es tan cabezota y no regresa a New Hampshire, donde, por cierto, «Virgil Bryce, que es tan simpático», ha llegado a gerente de la librería del barrio y no deja de preguntar por el nuevo teléfono de Louise. Ella cuelga siempre.

Se pesa. Louise pesa cincuenta y dos kilos cuando tiene la regla. Se maquilla con mucho esmero. Se rellena las cejas. Se mira las raíces. Comprueba el saldo del banco (sesenta y cuatro dólares y treinta y tres centavos). Se tapa las imperfecciones de la piel.

Se mira en el espejo.

—Hoy —reflexiona en voz alta (un psicólogo que tuvo le aconsejó decir siempre estas cosas en voz alta)— es el primer día del resto de tu vida.

Se obliga a sonreír. También por consejo del psicólogo.

Louise anda los veinte minutos hasta el metro. Ignora al baboso que le pregunta, como todas las mañanas, a qué le huele el coño, a pesar de que puede ser la única persona en el mundo con quien interactúa regularmente. Pasa el viaje a Manhattan mirando su reflejo en las oscurecidas ventanas del vagón. Antes, cuando Louise estaba segura de que llegaría a ser una Gran Escritora, de-esas-que-hacen-historia, solía llevar un cuaderno y aprovechaba el trayecto para escribir relatos, pero ahora está demasiado cansada y, además, lo más seguro es que nunca llegue a ser escritora. Así que lee articulillos en la revista *Misandry!* en el móvil y a veces observa a la gente (a Louise le gusta observar a la gente; le parece tranquilizador; cuando pasas

mucho tiempo fijándote en los defectos de los demás te preocupas menos por los tuyos).

Louise va a trabajar de camarera, o a GlaZam, o da una clase de preparación para la universidad.

Lo que más le gusta son las clases. Si utiliza ese acento culto y medido al milímetro típico de la zona del Atlántico medio, se recoge en un moño el pelo, teñido meticulosamente de rubio, y deja caer que ha estudiado en Devonshire, New Hampshire, cobra 80 dólares por hora, además de llevarse la satisfacción de haber engañado a alguien. Si Louise hubiera estudiado en la Academia Devonshire, el internado privado, en vez de en el Instituto Público de Devonshire, cobraría 250 dólares; lo malo es que los padres que pueden permitirse pagar 250 dólares son más propensos a comprobar esas cosas.

Tampoco es que la mayoría las compruebe. Cuando Louise tenía dieciséis años, le dio por salir pronto de casa para desayunar y cenar en el comedor de la Academia. Lo hizo durante tres meses enteros, y estuvo observando a la gente sin llamar la atención; la única persona que se dio cuenta de lo que hacía fue su madre, que la castigó, y, para cuando la volvió a dejar salir de casa, ya había empezado a chatear con Virgil Bryce, y a él no le gustaba que ella saliera sin él.

Louise termina el trabajo.

Se mira en el espejo del móvil, varias veces, para asegurarse de que sigue allí. Se mete en Tinder, aunque casi nunca habla con quien coincide con ella. Conoció a un tipo que *online* parecía muy feminista pero que al final practicaba la anarquía relacional; a otro que era tan vicioso que a ella le parecía que rayaba con el abuso; y a otro tipo que, de hecho, era estupendo,

pero que se esfumó a los dos meses. A veces Louise piensa en salir con alguien nuevo, pero cree que es otra cosa que podría acabar jodiendo.

A veces, si Louise ha cobrado en efectivo esa semana, va a un bar muy elegante, en Clinton o Rivington o en el Upper East Side.

Pide la copa más elegante dentro de sus posibilidades (en realidad, Louise no puede permitirse tomar nada, pero incluso ella se merece algo elegante de vez en cuando). Se bebe la copa un sorbito tras otro. Si no ha cenado (Louise nunca cena), el alcohol la afecta más, lo cual es un alivio, porque, cuando Louise se emborracha, olvida el inmutable hecho de que algún día lo joderá todo, si es que aún no lo ha hecho, ya sea porque perderá todos los empleos de golpe y la desahuciarán, o porque engordará diez kilos por estar demasiado cansada para hacer ejercicio, y entonces ni siquiera el baboso se la querrá follar, o porque contraerá cáncer de garganta por todas las veces que se ha obligado a vomitar la comida, o porque contraerá un tipo de cáncer más raro y desconocido por teñirse de forma obsesiva el pelo en un baño sin ventilación, o lo joderá todo porque desbloqueará a Virgil Bryce en las redes sociales, o, si no, porque empezará una relación con un hombre aparentemente agradable en Tinder que querrá salvarla, o bien estrangularla, y ella obedecerá, porque la otra forma de joderlo todo es morir sola.

Louise espera a estar un poco despejada (otra forma muy segura de joderlo todo es ser una mujer que anda borracha y sola por Nueva York de noche) y vuelve a casa en metro, y, aunque Louise ya no escribe en su cuaderno, si todavía va lo bastante entonada como para sentir que el apocalipsis no es inminente, se dice que mañana, cuando esté un poco menos cansada, escribirá un relato.

Dicen que si no triunfas en Nueva York antes de los treinta, nunca lo harás.

Louise tiene veintinueve.

Lavinia tiene veintitrés.

Así se conocieron:

Cordelia, la hermana de Lavinia, tiene dieciséis años. Está en un internado en New Hampshire; no es la Academia Devonshire, sino uno de la competencia. Ha vuelto a la ciudad durante las vacaciones de Navidad. Sus padres viven en París. Lavinia se topó con uno de los folletos de Louise con eso de ¿BUSCAS TUTOR PARA TUS EXÁMENES DE ACCESO? ¿DISPONIBLE AHORA! en la librería The Corner, en el cruce entre la Treinta y Nueve con Madison, donde se celebra una recepción gratuita por Navidad a la que Louise ha asistido los últimos tres años, a pesar de que vive muy lejos, solo por el champán gratuito y por ver lo ricos y felices que son las familias ricas y felices.

—Me temo que yo no sé una mierda —dice Lavinia por teléfono—, pero Cordy es genial. Y sé que voy a corromperla... a no ser que haya alguien que me frene. Ya sabes. Una buena influencia. Además, va a estar aquí una semana entera antes de ir a París por Navidad y ya hemos visto todos los DVD de Ingmar Bergman que hay en casa, así que me estoy quedando sin ideas para que no salga a la calle. Tengo dinero. ¿Cuánto se paga por estas cosas? Tú dirás.

—150 la hora —responde Louise.

—Hecho.

—Empiezo esta noche —dice Louise.

Lavinia vive en un apartamento que ocupa una planta entera de un *brownstone* (edificios de arenisca típicos de Nueva York muy cotizados en la actualidad) en la calle Setenta y Ocho, entre las avenidas Park y Lexington.

Cuando Louise llega a la escalera de entrada, una ópera retumba a través de una ventana abierta, y Lavinia canta desafinando. Así es como Louise averigua que Lavinia vive en el segundo piso sin siquiera tener que mirar en el telefonillo.

Lavinia tiene flores en las macetas de todas las ventanas. Están todas muertas.

Al abrir la puerta, Lavinia lleva un vestido negro sin mangas hecho entero de plumas. El pelo le llega hasta la cintura. Lo tiene alborotado y enredado, y hace días que no se lo cepilla, pero tiene ese tono rubio natural que Louise ha intentado conseguir tras muchas horas experimentando con tintes de farmacia. Lavinia no es alta, pero sí delgada (Louise intenta calcular lo delgada que es, pero las plumas se lo impiden), y fija su mirada en ella con tal intensidad que Louise instintivamente da un paso atrás y, al hacerlo, casi tira un jarrón lleno de azucenas muertas.

Lavinia ni se inmuta.

—Menos mal que estás aquí —dice.

Cordelia está sentada a la mesa del comedor. Lleva el pelo recogido en una trenza gruesa, enroscada y sujeta con pinzas. No levanta la vista de su libro.

Hay abanicos antiguos decorando todas las paredes. Un caftán con bordados de oro cuelga de una pared, y hay una peluca empolvada sobre la cabeza de un maniquí al que le han pintado los rasgos con pintalabios, además de varias ilustraciones de cartas de tarot —la Sacerdotisa, la Torre y el Loco— en marcos oxidados de estilo *art nouveau* en todas las superficies de la estancia. Las paredes son todas de un tono azul real que resulta cegador, salvo en las molduras, que Lavinia ha puesto de oro.

Besa a Louise en las dos mejillas.

—Procura que se acueste a las diez —le dice antes de marcharse.

—Ella es así.

Cordelia por fin alza la vista.

—En realidad no es tan inconsciente —explica—. Es solo su sentido del humor. Cree que es divertido fastidiarme. Y fastidiarte a ti.

Louise no dice nada.

—Lo siento —prosigue Cordelia—. Ya he empezado a estudiar.

Se le arquean las comisuras de la boca y prepara un té a Louise.

—Tenemos vainilla-chocolate o avellana-canela-pera-cardamomo —dice—. Vinny no tiene té normal.

Se lo sirve en una tetera con un intrincado adorno. «De Uzbekistán», precisa Cordelia. Louise no sabe si es una broma. La coloca en una bandeja.

Cordelia olvida traer una cucharita, aunque hay una en el azucarero, pero después de la segunda taza Louise se da cuenta de que, si la usa para mover el té, se mojará y estropeará el azúcar. Si no moja la cucharita, el azúcar se hundirá en la taza.

Louise da un sorbo al té sin azúcar. Por un momento piensa en pedir otra cuchara, pero la simple idea de hacerlo la pone nerviosa, así que guarda silencio.

Repasan el vocabulario para la prueba. «¿En qué se diferencian lactante, lacónico y lacrimoso?» Hacen matemáticas: los triángulos de longitudes 3-4-5, el área de la superficie de las distintas figuras. Cordelia responde bien a todas las preguntas.

—Voy a ir a Yale —explica Cordelia, como si eso fuera algo que se decide así, sin más—. Después iré a una universidad pontificia en Roma a hacer el máster. Voy a ser monja.

Después:

—Lo siento.

—¿Por?

—Te estoy chinchando. No debería. O sea... Sí quiero ser monja. Pero bueno.

—No pasa nada —responde Louise.

Se toma otra taza de té de avellana-canela-pera-cardamomo sin azúcar.

—Me siento culpable —se excusa Cordelia— por retenerte aquí. La verdad es que no necesito una tutora. No te sientas mal... O sea, estás haciendo un buen trabajo. Lo siento. El caso es que... ya me sé todo esto. —Se encoge de hombros—. Puede que Vinny en realidad quiera que seas mi niñera. Lo que pasa es que... no va a volver a las diez.

—Tranquila —dice Louise—. Seguro que sabes acostarte solita.

—Eso no es problema. —Cordelia vuelve a sonreír con esa media sonrisa extraña que tiene—. La que tiene el dinero es Vinny.

Cordelia y Louise se quedan en silencio en el sofá hasta las seis de la mañana. Cordelia se pone una bata llena de pelos de gato (aunque no hay gatos por ninguna parte) y lee un ejemplar de bolsillo de *Apologia Pro Vita Sua*, de John Henry Newman. Louise lee artículos sensacionalistas de *Misandry!* en el móvil.

Está muy cansada, pero 450 dólares le vienen mucho mejor que dormir.

Lavinia llega a casa al alba, cubierta de plumas.

—Lo siento mucho, muchísimo —exclama. Se tropieza al cruzar el umbral—. Por supuesto que voy a pagar tus horas. Todas. Todas y cada una.

Se le engancha la falda en la puerta y esta se rasga.

Las plumas cortan el aire al caer.

—Todos mis preciosos polluelos... —grita Lavinia. Se pone a cuatro patas—. ¿Todos? Todos mis preciosos polluelos y su madre.¹

—Voy a traer agua —dice Cordelia.

—Es un mal augurio. —Lavinia se deja caer en el suelo, riéndose, con una pluma negra en la mano—. ¡Significa muerte!

Louise recoge el rastro de plumas de debajo de la puerta.

—¡No, no lo hagas! ¡Déjalas! —Lavinia coge a Louise de las muñecas y tira de ella—. Ha tenido una muerte noble —hipa—. Este vestido ha caído en combate. —Su pelo se extiende por el suelo hasta el arcón que utiliza como mesa de centro—. Y ¡menudo combate! Oh... ¿tú cómo te llamabas?

—Louise.

—¡Louise! —Lavinia vuelve a tirar de sus muñecas, pero con alegría—. Igual que Lou Salomé. —Louise no sabe quién es—. ¡Louise! He pasado la mejor noche del mundo, la mejor. Una de esas noches. ¿Sabes?

Louise sonrío educadamente.

—¿No?

Louise vacila.

—¡He recuperado la fe, Louise! —Lavinia cierra los ojos—. En Dios. En la gloria. En el amor y en el polvo de hadas... Dios, me encanta esta ciudad.

Cordelia deja un vaso de agua en el arcón.

Pero Lavinia gatea hacia el sofá. Las luces y sombras de la purpurina le confieren un aspecto beatífico. Louise no sabe qué hacer ni qué decir para caerle bien a Lavinia, pero se le da bien observar a las personas y sabe lo que necesitan, así que, como de costumbre, se le ocurre algo que decir.

—Puedo arreglarlo, ¿sabes?

Lavinia se incorpora.

—¿El qué?

—Solo es el dobladillo. Puedo coserlo. Si tienes aguja e hilo.

—¿Aguja e hilo? —Lavinia mira a su hermana.

—En mi cuarto —dice Cordelia.

—¿Puedes arreglarlo?

—Bueno... A no ser que no quieras.

—¿Que no quiera? —Lavinia recoge su falda—. ¡Lázaro, vuelve de entre los muertos! —Amontona la tela sobre su regazo—. He venido a convocarte.

—Echa los brazos hacia atrás—. Lo siento mucho... muchísimo.

—No pasa nada —dice Louise.

—Lo sé... lo sé... Seguro que piensas que soy ridícula.

—No creo que seas ridícula.

—¿En serio?

Lavinia no sabe lo que Lavinia quiere oír.

—O sea, que...

Lavinia ni siquiera espera.

—¿No me estás juzgando?

—Pues no.

—¿Estás segura?

Louise responde muy despacio:

—Sí. Estoy segura.

—El caso es que... El caso es que estábamos solo unos pocos. Estaba yo con el padre Romylos y con Gavin... Gavin es un sociópata narcisista. Me lo dijo él mismo una vez. Es una de las personas más agradables del mundo, pero, técnicamente, es un sociópata narcisista. Pues eso, que decidimos ver si podíamos colarnos en el Jardín Botánico. ¡Al parecer se puede! ¡Mira!

Le enseña una foto a Louise. Lavinia, un sacerdote ortodoxo y un hombre calvo con un jersey de cuello alto aparecen tirados encima de un seto vivo.

—El padre Romylos es el de la sotana —explica.

—Pero ¿en esta época del año hay alguna flor? —Cordelia ha vuelto con un costurero. Se lo entrega a Louise.

—¡Lo que más me gusta en el mundo es colarme en los sitios! Estar donde no deberías te hace sentir tan viva... Una vez nos pillaron y tuvimos que pagar

una multa tremenda en el zoo de Central Park, pero ¡nada más!... Oh... No me mires así.

—¿Cómo?

Louise está cosiendo el dobladillo. Ni siquiera ha levantado la vista.

—Como si pensaras que soy espantosa.

—Yo no pienso eso.

Lo que está pensando es: «Lavinia no le tiene miedo a nada».

—No estoy borracha, ¿sabes? —dice Lavinia. Deja caer su pelo largo, grueso y precioso sobre el hombro de Louise—. Te lo juro. ¿Sabes lo que decía Baudelaire?

Louise da otra puntada al dobladillo.

—Baudelaire decía que hay que emborracharse. De vino. De poesía. De virtud. De lo que quieras. Pero hay que emborracharse.

—Vinny está borracha de virtud —dice Cordelia.

Lavinia resopla.

—Solo he tomado prosecco —dice—. Si hasta Cordelia bebe *prosecco*. Madre nos obliga.

—Aborrezco el alcohol. —Cordelia le guiña un ojo a Louise mientras recoge plumas descarriadas por los cojines del sofá—. Es un mal vicio.

—Dios, ¿no te parece odiosa? —Lavinia apoya los pies en el arcón—. Apuesto a que ni siquiera crees en Dios, ¿eh, Cordy? Lleva así un año entero... ¿Te lo puedes creer? Antes de eso era vegana. Y... ¡Oh, Dios mío! ¡Eres genial!

Ha visto el dobladillo que Louise ha arreglado.

—¿Eres modista? Tengo una amiga modista. Todos los años hace vestidos del siglo XVIII para el Carnaval de Venecia.

—No soy modista.

—Pero sabes coser.

Louise se encoge de hombros.

—Mucha gente sabe coser.

—Nadie sabe coser. ¿Qué más sabes hacer?

Esta pregunta pilló a Louise desprevenida.

—Poca cosa.

—No mientas.

—¿Cómo?

—Eres especial. Tienes la señal de la genialidad en la frente. Lo he notado nada más verte. Y encima... te has quedado toda la noche esperando con Cordy, ¿verdad? Eso sí que es especial.

Louise no es especial. Lo sabe. Lo sabemos. Solo necesita 450 dólares.

—¿Eres actriz? Eres lo bastante guapa para serlo.

—No soy actriz.

(Louise no es lo bastante guapa para ser actriz.)

—¿Y artista?

—No.

—¡Entonces eres escritora!

Louise vacila.

Vacila porque no puedes ir de escritora si no has escrito nada que le haya gustado a la gente lo bastante como para publicarlo; si no has escrito nada que te haya gustado a ti lo suficiente como para pedirle a otro que lo publique; si hay tantos escritores fracasados de los que burlarte en esta ciudad. Pero vacila lo suficiente antes de decir «no» y Lavinia lo aprovecha.

—¡Lo sabía! —dice, aplaudiendo—. ¡Lo sabía! Por supuesto que eres escritora. Eres una mujer de letras. —Recoge unas tarjetas mnemotécnicas: aséptico, aserrar, asestar—. No tenía que haber dudado de ti.

—En realidad...

—¿Qué has escrito?

—Bueno, ya sabes, poca cosa. Un par de relatos y otras cosillas.

—¿De qué van?

A estas alturas, Louise está aterrada.

—Ya sabes. De Nueva York. De chicas en Nueva York. Lo típico. Tonterías.

—¡No seas ridícula! —Lavinia la está mirando con ojos luminosos, centelleantes—. ¡Nueva York es la mejor ciudad del mundo! ¡Por supuesto que tienes que escribir sobre ella!

La mano de Lavinia le aprieta tanto la muñeca, y sus ojos, parpadeando con inocencia, la observan con tanta intensidad, que Louise no se atreve a defraudarla.

—Tienes razón —dice Louise—. Soy escritora.

—¡Nunca me equivoco! —vocifera Lavinia—. Cordy dice que soy intuitiva con la gente, que siempre intuyo si una persona va a ser interesante. Es como la telepatía, pero para las cualidades poéticas... Hace que pasen cosas. —Se estira como un gato en el sofá—. Yo también soy escritora, ¿sabes? En plan... que ahora mismo estoy trabajando en una novela. De hecho, estoy de sabático.

—¿Sabático?

—¡He hecho un parón en la universidad! Por eso estoy aquí. Viviendo miserablemente, ¿sabes? Me estoy dando un descanso de un año para acabar la novela. Pero mi problema es que no tengo disciplina. No soy como Cordy. Ella es muy lista. —Cordelia ha vuelto a la lectura de Newman y no levanta la vista—. Yo lo único que hago es ir a fiestas —dice con un bostezo largo y abundante—. Pobre Louise —prosigue con suavidad—. Te he chafado la noche.

La luz se filtra por la ventana.

—No pasa nada —dice Louise—. No has chafado nada.

—Tu precioso viernes por la noche. Tu precioso viernes por la noche invernal... Y, encima, justo en mitad de las vacaciones. Seguro que tenías

planes. Una fiesta navideña, ¿verdad? O una cita.

—No tenía una cita.

—Entonces, ¿qué plan tenías? Antes de que te lo hiciera añicos.

Louise se encoge de hombros.

—No sé. Iba a volver a casa. Quizá ver la tele.

En realidad, Louise tenía previsto dormir. Dormir es lo más deseable que se le pasa por la cabeza.

—Pero ¡si es casi Nochevieja!

—La verdad es que no salgo mucho.

—Pero ¡estás en Nueva York! —Lavinia tiene los ojos como platos—. ¡Y somos veinteañeras!

Salir es caro. El viaje de vuelta es larguísimo. Hay que dar propinas por todo. Hace demasiado frío. Hay charcos en las estaciones de metro. No puede permitirse un taxi.

—Ven conmigo —dice Lavinia—. ¡Yo te llevaré a una fiesta!

—¿Ahora?

—Por supuesto que no, so boba. ¿Crees que estoy loca? Habrá una fiesta de Nochevieja en el MacIntyre... Va a ser maravillosa. Va a ser su mejor fiesta hasta la fecha. ¡Y estoy en deuda contigo! Como intereses por las horas que te has quedado...

—Le debes 150 dólares por hora —dice Cordelia desde el sillón—. De siete... —añade, mirando su reloj de pulsera— a siete.

—Hostia puta —exclama Lavinia con tanta violencia que Louise da un respingo—. Le he dado todo lo que llevaba al músico callejero. Estaba tocando «New York, New York» enfrente de Bandshell. «Estábamos tan cansados... estábamos tan felices...»²

Se yergue.

—Ahora tienes que venir —dice—. Si no te vuelvo a ver, no podré pagarte esta noche.

Sonríe de un modo extático.

—Te debo más que dinero —añade—. Te debo la noche más maravillosa de tu vida.

Esta es la primera fiesta a la que la lleva, y es la mejor, la que Louise intentará revivir siempre. Lleva el vestido de los años veinte de Lavinia (en realidad es una copia de los ochenta comprado en una tienda, pero eso Louise no lo sabe), el que Lavinia ha encontrado en la calle, porque ese es el tipo de cosa que le ocurre todo el tiempo a la gente como Lavinia Williams.

El hotel MacIntyre no es un hotel. Está en Chelsea, y es una especie de almacén, una especie de club nocturno y una especie de local de actuaciones; hay unas cien habitaciones repartidas en seis plantas. La mitad de ellas está decorada como un hotel embrujado de la Gran Depresión, pero en la planta superior hay un bosque y un manicomio entero donde Ofelia se vuelve loca (también representan *Hamlet*, pero en versión muda), y Louise tiene entendido que algunas veces los actores te llevan a habitaciones secretas o a capillas y te besan en la mejilla, en la frente o en la boca, pero las entradas cuestan cien dólares (eso sin contar con el ropero, que son otros diez dólares), por lo que Louise nunca ha estado para comprobarlo en persona.

Algunas noches, «esas noches, una de esas noches», se celebran fiestas de disfraces temáticas: fiestas de barra libre hasta el amanecer, en plan besa-a-un-desconocido-a-ver-qué-pasa, en las que todos se disfrazan y acechan a través del laberinto de estancias interconectadas; fiestas en las que hay un sistema de sonido independiente para cada planta, y hasta los retretes del manicomio están llenos de gente haciendo el amor.

Louise nunca ha vivido una de esas noches.

No te preocupes. Las vivirá.

Esto es lo que hay en el interior del MacIntyre según lo ordena Louise: terciopelo rojo, velas, plumas de avestruz, flautas de champán, gente con gafas de «Feliz 2015», gente haciéndose *selfies*, una mujer con un vestido de lentejuelas rojo y espalda descubierta que canta «Is That All There Is» de Peggy Lee, gente haciéndose *selfies*. Lavinia. Una chica en esmoquin. María Antonieta. Alguien vestido de domador de leones. Lavinia.

Gente con esmoquin. Gente que lleva el padre de todos los esmóquines. Gente con corsé. Gente con lencería. Lavinia.

Un hombre con sotana. («No le digas que te lo he dicho, pero lo han expulsado del sacerdocio.») Una mujer de dos metros que solo lleva parches en los pezones y plumas y que tiene el acento más neoyorquino y chirriante que Louise ha oído nunca. («Su nombre artístico es Atenea Virginal. No sé cómo se llama de verdad.») Un hombre calvo con pantalones vaqueros apretados y jersey de cuello alto que es el único que no va disfrazado y que no parece darse ni cuenta. («Ese es Gavin. Tiene hojas de Excel de todas las mujeres con las que sale.») Lavinia.

Lavinia bailando. Lavinia bebiendo. Lavinia haciendo muchísimas fotos, tirando de Louise, acercándose tanto que Louise huele su perfume. Según descubrirá pronto, es un perfume creado para ella en un cuchitril chino en la calle Cuatro Este y huele a lavanda, tabaco, higo, pera y a todas las cosas bonitas del mundo.

Mientras Peggy Lee entona el verso «*is that all there is to a fire*», Louise se bebe una flauta de champán de un trago, como si fuera un chupito, pero entonces se pone nerviosa, porque, cuando bebe, deja de concentrarse en no joderlo todo, y cuando Louise deja de concentrarse en no joderlo todo es

cuando seguro que lo jode todo; pero Lavinia le pone una mano en la cintura y usa la otra mano para inclinar una botella de Bombay Sapphire directamente en la rebosante boca de Louise, y, aunque Louise no es idiota y se le da muy bien observar a la gente y tener mucho cuidado —tiene tanto cuidado siempre—, la intensa presión de la mano de Lavinia en el final de su espalda hace que piense que, si el mundo se va a acabar, lo mejor es que acabe esta noche.

—¡Amigos! ¡Romanos! ¡Compatriotas!³ ¡Traed más ginebra!

Lavinia. Lavinia. Lavinia.

Cuando Louise vivía en New Hampshire, solía imaginar que, al llegar a Nueva York, iría a fiestas como esta.

Cuando iba con Virgil Bryce al puente del ferrocarril y ella le suplicaba que le tocara los pechos y él al final acababa aceptando con benevolencia, cuando hablaban de huir juntos (él quería vivir en Colorado e ilustrar cómics manga) y él le recordaba lo cruel que es el mundo, ella intentaba explicarle que Nueva York no era como los demás sitios.

Le decía que no importaba que no fueras especial, o que no fueras guapa, ni siquiera según los estándares de Devonshire, New Hampshire, siempre que lo desearas con suficiente intensidad. La ciudad te alzaría y te arrastraría hacia el cielo en pos de todas tus aspiraciones; todas las fiestas de todas las noches de aquella ciudad total, reluciente y deslumbrante te harían sentir la única persona en el mundo, además de la más especial, además de la más amada.

Υ

Tú y yo, por supuesto, sabemos la verdad.

Sabemos lo fácil que es fingir. Basta con mantener la luz tenue; basta con tener un par de cabareteras con plumas baratas pegadas al borde del corsé;

basta con que la gente siga bebiendo.

Pero las chicas como Louise no lo saben. Aún no.

Louise nunca se ha sentido tan feliz.

Son las nueve. Lavinia, Louise, Gavin Mullaney, el padre Romylos, Atenea Virginal y muchas personas sin nombre bailan charlestón sobre un escenario bajo una araña de techo del tamaño de una jirafa.

—¿Podemos estar en el escenario? —pregunta Louise, pero el volumen de la música impide que Lavinia la oiga. Dos trapeceistas están anudando sus cuerpos, dando patadas a los cristalitos de la araña. Atenea se ha quitado las plumas y no hay nada entre su piel y el sudor de todos los demás, aparte de dos parches en los pezones y de una peluca púbica en forma de luna.

—Propósitos de Año Nuevo —grita Lavinia—. Está decidido: beberé la vida hasta la última gota.⁴

El tirante de Lavinia se le ha caído del hombro, y el pecho ha quedado descubierto. Ni siquiera le importa.

Entonces unas manos le cubren los ojos a Louise. Alguien la besa en el cuello.

—¿Quién soy? —le susurran en la clavícula.

Louise se da la vuelta muy deprisa.

La chica está muy extrañada.

—Pero...

—¿Mimi? —Lavinia deja de bailar. No está sonriendo.

—Perosi estuviste. —La chica tiene una voz chillona, monótona y artificial, como si estuviera ensayando el guion de una función de instituto—. Pensaba que... —Se ríe. Resulta igual de artificial e igual de chillona—. ¿Has visto? —Sonríe desesperadamente—. ¡Es que llevaste vestido!

Nadie dice nada.

—Sientollegartarde —dice—. Meheeternizadoenelpsicólogo.

Yademásnoencontrabalaropainteriorbonita.

Tampoco esto provoca reacciones.

—Dicequepadezcodesesperaciónneurótica.

La música está muy alta. La chica se acerca más. Parpadea con resolución.

—QUEDICEQUEPADEZCODESESPERACIÓNNEURÓTICA.

Nada. Ni siquiera un gesto de reconocimiento.

—NOESTÁNIENELMANUALDETRASTORNOSMENTALES.

El padre Romylos asiente sin gracia, lo cual, según Louise, es todavía peor que pasar de ella.

Lo peor de todo es que ella sigue sonriendo.

Incluso cuando se dirige a Lavinia. Incluso cuando Lavinia retrocede.

—Te he echado de menos —dice.

La chica se vuelve hacia Louise.

—Soy me... ma... —parece decir.

—¿Qué?

—Mimi —insiste, como si Louise ya la conociera.

—Ah —dice Louise.

Mimi le da su teléfono. Anuda sus brazos alrededor del cuello de Lavinia.

—¡Haznos una foto!

Lavinia no sonrío.

Mimi recupera su teléfono con brusquedad. Rebusca en las fotos.

—Salimos genial —dice—. Voy a subirlas todas.

Ahora son las diez. La luna está llena.

—Prométeme una cosa —dice Lavinia. Están fumando en el tejado. Están en un seto vivo, o un laberinto, o algo lleno de rosales que siguen floridos a pesar de las heladas. Louise no tiene ni idea de cómo han llegado hasta allí—. Quiero empezar 2015 con el pie derecho. Quiero que las cosas sean como tienen que ser. Quiero que sea un año mejor que el anterior. —Exhala humo—. Tiene que serlo.

(No hay nadie más allí, ni Mimi, ni Gavin, ni el padre Romylos, ni Atenea Virginal, pero Louise tampoco recuerda haberse despedido de ellos.)

—Por supuesto —dice Louise.

—Quiero recitar poesía contigo esta noche.

Al principio Louise cree que Lavinia está bromeando. Pero Lavinia tiene aspecto reservado, sin sonreír, y Louise nunca la ha visto tan seria.

—No permitas que se me olvide, ¿vale?

—Vale —dice Louise.

—¿Prometido?

—Sí —responde Louise—. Prometido.

Louise no recuerda ningún poema.

Lavinia saca un bolígrafo de su bolso. Se lo escribe en los brazos. ¡¡¡MÁS POESÍA!!! Las letras quedan algo deformes. Escribe lo mismo en los brazos de Louise.

—Ya está —dice Lavinia—. Así no se nos olvida.

Miran juntas la ciudad. Hay muchísimas estrellas, pero Louise sabe que algunas de ellas no son más que luces de la ciudad.

—Oye, Louise. —El humo de Lavinia forma una espiral desde sus labios.

—Dime.

—¿Cuál es tu propósito de Año Nuevo?

Louise tiene muchísimos: «comer menos perder peso ganar más dinero buscar un trabajo mejor escribir un relato escribir por fin ese relato escribir de una vez ese puto relato y enviarlo a alguna parte si fueras capaz de dejar de leer *Misandry!* a las cuatro de la madrugada cuando no puedes dormir leer un puto libro de verdad alguna vez quizá quizá escribir un puto relato».

—No sé.

(«Ser menos aburrida, ese es otro propósito.»)

—Venga, a mí me lo puedes contar.

Lo dice como si hablara en serio. Lo dice como si Louise estuviera a salvo.

Louise quiere creerla.

—Es una tontería —dice Louise.

—¡Apuesto a que no! Me juego cien dólares a que no.

Técnicamente, Lavinia le debe a Louise entre 450 y 1800 dólares, dependiendo de si Louise cuenta o no las horas que pasó con Cordelia esperando a que Lavinia volviera a casa, pero Louise ya no lleva la cuenta.

—Quiero enviar alguno de mis relatos. Quizá. Si es lo bastante bueno.

Louise tiene mucho miedo porque, ahora que lo ha dicho, va a tener que hacerlo.

—¿A una revista?

—Sí.

—¿No lo has hecho nunca?

—No. Bueno... Sí lo he hecho. Pero hace años.

—Apuesto a que son estupendos —dice Lavinia—. Apuesto a que son geniales. Apuesto a que todo el mundo va a adorarte.

—Venga, no creo que...

—No me contradigas. Tengo un presentimiento. Lo sé. —Lavinia echa hacia atrás su interminable pelo.

—¿Y el tuyo?

Lavinia apura las últimas ascuas de su cigarrillo.

—El mismo de todos los años. El mismo hasta el año en que me muera. —
Respira profunda y deliciosamente y dice—: Quiero vivir. Me refiero a vivir
de verdad. ¿Sabes lo que decía Oscar Wilde?

Louise no lo sabe, pero imagina que será algo ocurrente.

—Decía: «Dedico mi talento a mi trabajo, pero mi ingenio a mi vida». Eso
mismo quiero hacer yo. ¿O te parece muy trivial? —dice, escupiendo la última
palabra.

—¡No! ¡No!

—Seguramente lo sea. Que le den. No me importa. Eso es lo que quiero.

Ahora son las once. Todo el mundo está de vuelta en la pista de baile; todos
están besándose con todos, todos salvo Lavinia, que está bajo un foco del
centro, intacta, bailando sola.

—Menudanochedeexceso.

Mimi tiene el pintalabios corrido. Así como la raya del ojo.

—¡Venga! —Mimi está tirando de las mangas de Lavinia. Sigue hablando
con ese tono entrecortado y chapucero—. ¡Vamos a tomar champán! —exclama
—. ¡Nos hacemos un *selfie*!

Entonces Louise lo entiende: lo que hace insólita la forma de hablar tan rara
y falsa de Mimi.

Está intentando hablar como Lavinia.

Lavinia no sonrío.

—Ya nos hemos hecho una foto.

Mimi sonrío con desesperación.

—¡Pues nos hacemos otra!

Se pega a Lavinia y sostiene la cámara. Le deja un descuidado beso de
carmín en la mejilla.

—¡Joder, Mimi!

—Mierda... Salgo con los ojos cerrados. ¿Nos hacemos otro vale?

No consigue mantener el pulso firme. Las fotos salen todas movidas.

—Venga, ya está.

—¡Solo una más! ¡Una más!

Mimi sigue manoseando a Lavinia, apretándose contra sus pechos, inclinándose a besarla.

—Solo una más, venga...

Agarra a Lavinia de la manga. Se la rasga.

Louise no se puede creer lo alto que puede sonar un desgarrón.

—Hay que joderse, Mimi, ¿no sabes cuándo tienes que irte a tomar por culo?

Los ojos de Lavinia son terribles.

La mirada de Mimi se llena de lágrimas. Sigue sonriendo.

—Venga... —Mimi sigue gimoteando como un perro—. Es una de esas noches. ¿Verdad? ¿Verdad?

—Estás borracha, Mimi. Vete a casa.

Mimi obedece.

Una hora después, Mimi cuelga todas las fotos que ha hecho esa noche. Etiqueta a Lavinia en todas.

Cari y yo, escribe, con un emoticono de un zorro bailarín, otro de una chica bailando con un hula-hop y otro más de un gato revolcándose y dando volteretas, como si decir «cari» todavía molara.

Ahora la música está tan alta que casi no se oye a los demás, a no ser que estés a distancia de beso; ahora estamos bailando; ahora estamos los cuatro en fila en una de las columnas elevadas, a dos metros por encima de la multitud, y

aquí Lavinia está con la barbilla alta, los hombros echados hacia atrás como una divinidad.

Ahora ha descendido el reloj enorme; ahora todo el mundo grita «sí, sí»; ahora Lavinia escruta la multitud con esos ojos tan brillantes que queman.

—¿Qué ocurre?

Lavinia no contesta.

—¿Estás buscando a Mimi?

Lavinia sigue buscando, buscando, y Louise intenta seguir su mirada, pero no ve nada, solo un par de chicos que no reconoce con esmoquin tomándose unos chupitos, y entonces es como un choque eléctrico, porque Lavinia le clava las uñas en la muñeca a Louise, y Louise pregunta qué ocurre, pero está tan borracha que, para cuando Lavinia se vuelve hacia ella, Louise olvida lo que ha preguntado.

Lavinia agarra a Louise de los hombros.

—Deberíamos saltar —dice Lavinia.

—¿Qué?

—Tú. Y. Yo. Deberíamos saltar.

—¿Quieres que nos lleve la gente en volandas?

A nadie lo llevan en volandas. No en la vida real.

Pero esto no es la vida real.

—¿Qué es lo peor que puede ocurrir?

Queda un minuto para medianoche.

—Confía en mí —dice Lavinia—. Por favor.

«Diez... nueve...»

Louise recuerda todo lo que le da miedo.

Se acuerda de que no tiene seguro médico y de que, si se rompe un hueso, no podrá pagarse el tratamiento, y de que mañana trabaja y no puede

permitirse saltar aunque pudiera («ocho»), y ni siquiera conoce a Lavinia lo suficiente, y ni siquiera debería fiarse de ella porque, por lo general, la gente nueva en el mejor de los casos solo te defrauda, y («siete») aunque la mirada de Lavinia sea tan cautivadora, sigue siendo una desconocida y la forma más segura de joderlo todo es abrirse a otra persona, y («seis») no puede permitirse ser una estúpida... La estupidez, al igual que la felicidad, es un lujo, pero su corazón late tan rápido como un colibrí que va a aletear hasta quedarse sin aliento («cinco») y morir antes de medianoche, pero ya ni se acuerda de la última vez que estuvo tan feliz como ahora, y gastaría todos los latidos de su corazón si con ello pudiera sentirse así («cuatro»), porque al final lo único que quiere en el mundo es una cosa, y es ser amada y («tres, dos, uno»).

La multitud las recibe.

Todas esas personas la sostienen por la cintura, los muslos y la espalda, y Louise no tiene miedo; sabe, sabe perfectamente que no la dejarán caer; sabe que puede confiar en ellos, porque están todos juntos con una borrachera bulliciosa y gloriosa, y todos quieren que permanezca en volandas el mayor tiempo posible, porque estar tan alto es precioso, y todos quieren formar parte de algo así.

Lavinia se dirige hacia ella sobre la multitud; está sonriendo; está tan lejos y después más cerca, solo un poco más cerca, y después está lo bastante cerca como para agarrar a Louise de la mano y estrecharla con fuerza.

Ahora casi ha amanecido.

Todo el mundo ha salido a la calle. Las chicas se han quitado los tacones y caminan descalzas sobre el hielo. Los taxis están cobrando cien dólares por persona por ir al Upper East Side.

A estas alturas Louise está ya un poco sobria; siente las ampollas en los zapatos, pero está demasiado feliz para prestarles atención. Se envuelve en el abrigo, que no es lo bastante elegante como para justificar que sea tan fino, y se encoge contra el viento mientras Lavinia pide un Uber sin pensárselo dos veces, a pesar de que a estas horas la subida de precios debe de ser una locura.

—¿A dónde vamos?

Lavinia se lleva un dedo a los labios.

—Tengo una sorpresa para ti.

El conductor las lleva por West Village, luego por el Lower East Side y atraviesa el puente de Brooklyn.

—¿Ha sido lo que esperabas? —Lavinia va envuelta en un enorme abrigo de piel. Parpadea con interés.

—¿El qué?

—La fiesta. ¿Ha sido lo que esperabas?

—Sí —contesta Louise—. ¡Ha sido maravillosa!

—Bien. Me alegro. Quiero que estés contenta.

El vehículo pasa junto al mar.

—Imagina —dice Lavinia— que estás en la cama ahora mismo...

Louise debería estar en la cama ahora mismo.

—Pero, en vez de eso —prosigue Lavinia abriendo la ventana; el viento les azota la cara—, vas a ver el amanecer. ¿No es maravilloso?

El coche se detiene al pie de Cyclone, la montaña rusa, junto a las verjas pintadas de color claro y los carteles de circo.

El parque de atracciones está cerrado en invierno. Pero las luces de las calles iluminan el tiiovivo, las casas encantadas y el paseo que hay detrás; más allá, las olas.

—Quería estar cerca del mar —dice Lavinia.

El paseo está resbaladizo por el hielo, así que Lavinia se apoya en Louise para estabilizarse. Las dos patinan y se caen, y se les levanta un poco la piel de las rodillas, pero lo han logrado.

—Por fin —dice Lavinia.

Hace demasiado frío para sentarse, así que se acucillan y se acurrucan bajo el enorme abrigo de piel de Lavinia.

Lavinia le pasa una petaca a Louise.

—Bebe —le dice—. Entrarás en calor.

Dentro hay whisky... whisky del bueno, demasiado bueno para beberlo de una petaca para entrar en calor cuando no te sientes las manos, pero así es Lavinia.

—En el *Titanic* bebían whisky —dice Lavinia—. El barco se estaba hundiendo, vieron lo que se avecinaba y dijeron «que le den, total, qué más da», y se emborracharon con el mejor whisky, y luego, cuando el barco se hundió, eso los salvó. Tenían tanto calor por dentro que no sintieron frío. Nadaron hasta los botes salvavidas. Pienso... a menudo... que... ¡Oh, el vestido!

El vestido de Lavinia, el que le ha prestado a Louise en un acto de bondad y generosidad, el que había encontrado en una calle de East Village y que representa la belleza y la verdad y todas las cosas buenas del mundo y quizá, incluso, la existencia de Dios, está hecho jirones. Tiene manchas de vino. Y agujeros de cigarrillo.

Y Louise piensa «lo has jodido todo».

No ha sido cuidadosa. Ha sido egoísta y despreocupada, ha bebido demasiado y ha bajado la guardia —hasta los animales saben que no pueden bajar la guardia—, y ahora Lavinia le dará la espalda del mismo modo que ha dado la espalda a la pobre y lastimosa Mimi, la que le ha roto la manga del

vestido a Lavinia. Todo será mucho peor que antes, después de una noche tan buena, después de saber lo que se ha estado perdiendo.

Louise intenta no llorar, pero está borracha y cansada, así que, por supuesto, no se aguanta, y empieza a chorrear lágrimas. Entonces Lavinia la mira asombrada.

—¿Qué te pasa?

—Lo siento. Dios, lo siento mucho... por tu vestido.

—¿Qué le pasa?

—Lo he destrozado.

—¿Y?

Lavinia menea su larga melena, que se agita al viento.

—Has disfrutado de la noche, ¿verdad?

—Sí, claro, pero...

—Entonces, ¿qué problema hay? Siempre podemos conseguir otro vestido.

Lo dice como si fuera fácil.

—Te lo dije —insiste Lavinia—: a mi alrededor pasan cosas. Los dioses nos darán otro.

Las lágrimas de Louise se le congelan en la cara.

—Es un sacrificio —dice Lavinia—. Es un sacrificio a los dioses antiguos... Tiraremos el vestido al agua y dejaremos que se lo lleve y... ¡Oh!

—¿Qué?

Lavinia le planta el antebrazo a Louise en la cara.

¡¡¡MÁS POESÍA!!! aparece algo borroso, más bien podría leerse IMES PERI!!1, pero Louise sabe lo que pone.

—¡Casi dejas que se me olvide! ¿Cómo has podido?

—Pues...

—Decidido.

Lavinia se levanta de un salto. Deja caer el abrigo de piel. Deja caer también el precioso vestido que le hace parecer un ángel. Está fría, herida, desnuda contra la nieve. Tiene los pechos azules. Tiene los pezones morados.

—¡Joder, joder, joder!

Está histérica, muerta de risa.

—¡Joderjoderjoderquéfrío!

Louise se queda boquiabierta.

—¡Venga! ¡Te toca!

—¿Quieres que...?

Louise ya está tiritando de frío bajo el abrigo de piel.

—¡Venga! ¡Tienes que hacerlo!

Los ojos de Lavinia están alocados, abiertos como platos. Louise está helada.

—¡Lo has prometido!

Lavinia alarga las manos temblorosas con venas azules.

—¡Lo has prometido!

Louise lo ha prometido. Y cumple.

Al principio cree que el frío va a matarla. Se le mete hasta el fondo de los ojos y hasta el fondo de la garganta, por la nariz hasta el esófago, y ni siquiera el whisky ayuda. Si estuviera en el *Titanic*, se ahogaría. Lavinia recoge el vestido del arrugado montón de escarcha, arena y astillas del paseo a sus pies, se lo amontona en los pechos y dice:

—Ven.

«No es demasiado tarde para buscar un mundo más nuevo.»

El problema del «Ulises» de Tennyson es que todo el mundo lo conoce. No eres especial por conocerlo. Si conoces un poema de Tennyson, seguramente

sea ese, y si conoces solo un poema y punto, hay más de un cincuenta por ciento de posibilidades de que sea ese. Lavinia no es especial por sabérselo (en parte), y Louise tampoco es especial por haberlo memorizado (entero) en Devonshire, ni tampoco por haberlo susurrado para sus adentros en el puente del ferrocarril, ni por intentar por todos los medios que Virgil Bryce entendiera que «navegar más allá del sol poniente» eran las palabras más hermosas de su lengua y que, si ella no podía navegar, al menos nadaría. Lo más seguro es que no exista el destino, y probablemente sea solo coincidencia. Lo más probable es que sea una trivialidad: como los pósteres de Klimt, o de Mucha, o «La canción de amor de J. Alfred Prufrock», o París (Louise nunca ha estado en París).

Pero Louise lleva el poema escrito en su corazón, y siente mucho alivio al ver que Lavinia también.

Zarpemos, sentémonos en orden y batamos
Los sonoros surcos, pues me propongo
Navegar más allá del sol poniente, donde se bañan
Las estrellas de occidente, hasta que muera.

Lavinia arroja el vestido al agua. Se oculta, luego vuelve, mecido —como una mujer ahogada— por las olas.

Lavinia y Louise se miran la una a la otra.

Están tan congeladas que Louise piensa que se convertirán en estatuas, que se transformarán en hielo como la mujer de Lot (¿o fue en sal?, no puede pensar) y se quedarán allí para siempre, las dos juntas, mano con mano, pecho con pecho, las frentes pegadas y con nieve en las clavículas, y Louise piensa «gracias, Dios, gracias, Dios», porque, si pudieran petrificarse para siempre y vivir eternamente en una noche como esta sin que llegara la mañana del día

siguiente, Louise renunciaría gustosa a cualquier otro sueño que haya tenido nunca.

Y

Se hacen un *selfie* de sus cuerpos desnudos, de labios para abajo. Utilizan los brazos para cubrirse los pezones, porque, si no, Instagram lo censurará, y así, de paso, sacan lo que queda de ¡¡¡MÁS POESÍA!!! en medio de la foto.

—Ya nos lo tatuaremos en los brazos —dice Lavinia.

Ahora están acurrucadas bajo el abrigo de piel. Lavinia se ha vuelto a poner el vestido. Louise no lleva más que una combinación y un abrigo inútil.

—Quiero recordar esto para siempre —dice Lavinia. No deja de reír—. Hasta el día en que me muera.

Cuando alguien dice «Quiero recordar esto hasta el día en que me muera» por lo general quiere decir «Lo he pasado fenomenal» o, si no, «Quiero echarte un polvo». El feminista poliamoroso con el que Louise estuvo saliendo solía decir que nunca la olvidaría, lo mismo que el otro tipo tan vicioso («Nunca olvidaré las cosas que me dejaste hacer, eres tan diferente a las demás mujeres en esto»), lo mismo que Virgil Bryce. Incluso el tipo que después se esfumó le dijo una vez, la noche en que la llevó a pasear a Prospect Park en verano: «Lo más seguro es que al final me vaya de Nueva York, pero, cuando eso pase, quiero recordar las noches como esta» (y esa fue la noche en la que se lo folló).

Pero Lavinia no es como las demás personas.

Y cuando, seis meses más adelante, Lavinia muera, recordará justo esta noche, las estrellas y el mar.

Louise sabrá esto. Estará presente.

Caminan hacia el tren elevado.

Lavinia para un taxi.

—Cógelo —dice. Está sonriendo. Louise alucina con el pintalabios de Lavinia, que sigue oscuro después de tanto champán—. Mi abrigo es más calentito que el tuyo.

Louise no puede permitirse un taxi.

—No te preocupes —dice Louise—. Cogeré el metro.

Lavinia se ríe, como si fuera broma.

—Dios, eres preciosa —dice. Besa a Louise en cada mejilla—. Ya te echo de menos.

Se desploma en el taxi.

Dos minutos después, Louise recibe una notificación en el teléfono. Lavinia ha colgado la foto de ellas dos en Facebook.

Anda diez minutos hasta la parada de Coney Island Q, porque, por razones que sobrepasan todo entendimiento, ningún otro tren está en funcionamiento. Evita pisar las grietas de la acera.

Se sienta en el metro, tiritando, cubierta por las braguitas y el delgado abrigo con bolsillos agujereados que compró en H&M hace unos cuatro años, cuando en GlaZam le dieron cien dólares de paga extra de Navidad, y procura evitar el contacto visual con el hombre que va paseando de un lado al otro del vagón del tren con una bata de hospital y una pulsera médica en el brazo, pero es que todo el mundo está haciendo lo mismo, y hay que andarse con cuidado, sobre todo si mides 1,67 y pesas 52 kilos cuando tienes la regla. Está lo bastante borracha como para vomitar, y trata de no hacerlo cuando dos jóvenes se suben en Kings Highway con bolsas de Burger King y se ponen a masticar ruidosamente patatas fritas hasta Atlantic Avenue.

Allí Louise tiene que cambiarse al R, a pesar de que eso implique dar marcha atrás, y varias chicas que quizá hayan ido a una despedida de soltera están gritando y agitando bengalas, y en el andén de la línea R hay un hombre subido a un contenedor de plástico profetizando el fin del mundo.

«Aborrecí, abominé vuestras solemnidades», grita, a pesar de que nadie se fija en él. Entonces mira directamente a Louise. («Y si me ofrecéis vuestros holocaustos y vuestras ofrendas, no los recibiré, ni miraré a las ofrendas de paz de vuestros animales engordados.») O al menos Louise piensa que la está mirando directamente. («Quita de mí la multitud de tus cantares, pues no escucharé las salmodias de tus instrumentos.»)⁵

Louise se baja del R en la calle Cincuenta y Tres.

Le sangran los talones. Tiene arena entre los dedos y ampollas. Lleva las llaves en la mano.

En la esquina antes de su casa ve al baboso que le da la lata a diario cuando va y viene del metro. Está fumando hierba. La está mirando.

—Hola —dice.

Ella mantiene la cabeza baja. No lo mira.

—Hola, chiquilla —insiste.

Louise tampoco contesta.

—¿No ves que hace frío fuera?

Ella piensa: «Sigue caminando, tú sigue caminando».

—¡Yo podría darte calor!

Está sonriendo, como si lo que está haciendo fuera un gesto amable, como si ella debiera sentirse halagada, como si esto fuera lo más agradable que nadie ha hecho nunca por ella.

—Yo te daría calor, chiquilla.

La está siguiendo, pero paseando, no corriendo, como si fuera un paseo placentero, como si esto no le diera a Louise ganas de gritar.

—¿No quieres que te dé calor?

Louise se esfuerza por no escucharlo.

Abre muy deprisa la puerta con la llave, a pesar de que le tiembla la mano. Tiene práctica.

—No te lo creas mucho —le grita él cuando ella ya está dentro—. No me follaría a una perra como tú ni aunque me pagaran.

Υ

Cuando Louise se acuesta son las nueve.

Programa la alarma a las doce.

Cuando se despierta, apenas puede moverse, pero lo hace de todas formas, porque su turno en la cafetería empieza a las dos y el sobón cocainómano que la regenta le bajará la paga si llega medio minuto tarde.

Louise no tiene noticias de Lavinia.

Pensaría que lo ha soñado, si no fuera por ¡¡¡MÁS POESÍA!!! en su brazo, que no consigue borrar por más que frote por debajo de las mangas, si no fuera por el resfriado que tiene esa semana y que la obliga a cancelar las clases particulares con Paul, cuyos padres están más enfadados por el cambio que él mismo. Noches como esa en la que la gente se sabe el «Ulises» y te acaricia el pelo... no son reales. La gente se lleva lo que le interesa de ti, te dice lo que quieres oír y después, si te he visto, no me acuerdo.

Louise se pregunta, de vez en cuando, si es por haber roto el vestido.

Louise trabaja. Va en metro. Se arregla las raíces, un mechón tras otro.

Lavinia hace muchísimas cosas interesantes esa semana. Louise las ve todas en Facebook y en Instagram. Lavinia va a una fiesta de Navidad ortodoxa rusa, al estreno de *Rusalka* a la ópera, le hacen una foto para el blog de moda de la ópera con un vestido plateado hasta el suelo con lentejuelas, hace pícnic una tarde de nieve junto a la estatua de Alicia en el país de las maravillas de Central Park con Atenea Virginal y el padre Romylos, se pasa una noche entera yendo y viniendo en el ferry de Staten Island («estábamos tan cansados — anota en la foto de Instagram—, estábamos tan felices»). Las fotografías oficiales del MacIntyre aparecen en *Urban Foxes* y en la sección de cotilleo

del blog de *The Fiddler*, que por lo general solo trata de cotilleos literarios, pero que ahora hace una excepción de vez en cuando con imágenes de fiestas que rozan lo literario, y Lavinia está en todas y cada una de las fotos de la galería.

Louise se encuentra a sí misma en una de ellas.

En realidad, no es del todo ella: aparece en el reflejo del espejo del vestíbulo, junto a la barra de ginebra, con la cara medio girada mientras Lavinia posa, pero es tan bonita que al principio ni siquiera se reconoce.

Le da un clic con el botón derecho. Guarda la imagen. Incluso va a la copistería Staples, junto a Union Square, antes de empezar su turno en el bar, y se gasta 4,99 dólares en imprimirla en brillo, por si acaso internet entero colapsa un día por culpa de un holocausto nuclear o una guerra o algo, y no puede volver a verla nunca más.

Después de una semana, Lavinia le manda un mensaje.

Solo un nombre —Bemelmans— y una hora.

En principio, Louise tiene que hacer un turno en GlaZam. Busca Bemelmans en Google y averigua que está en el hotel Carlyle y que la copa de vino más barata cuesta veinte dólares, sin contar con los impuestos ni la propina.

Lavinia ha llegado primero.

Ha ocupado dos sillas. Tiene una falda voluminosa y ha colgado el visón y el bolso en una de las sillas, a pesar de que el bar está abarrotado de clientes del hotel, turistas y empresarios que miran con furia sus complementos, pero a ella le da todo igual.

—Siéntate. Acabo de pedir champán. Yo ya voy por la segunda... ¡Llegas tarde!

Louise está sin aliento.

—Lo siento. El tren...

—¿Has venido aquí alguna vez?

—No, que yo sepa.

Lavinia se echa el pelo hacia atrás; lo tiene como si hubiera intentado fijarlo con horquillas por la mañana, pero desde entonces se le ha deshecho el peinado y las horquillas han cedido, y ella ni siquiera se ha molestado en arreglarlo.

—Este local es mío —dice—. Soy la única persona presente menor de cuarenta que no es una prostituta.

La madera es oscura y, a pesar de que es pronto para estar iluminado con velas, parece estarlo, y ahí radica su belleza. Hay murales en todas las paredes. Hay un piano en mitad de la sala y un pianista está interpretando «New York, New York». Lavinia lo acompaña tarareando.

—Aquí siempre tocan esta canción —dice Lavinia—. Todo el mundo la toca. A mí no me importa. Es reconfortante. Como Navidad.

Le desliza a Louise una flauta de champán.

—¿Brindamos?

Las manos de Louise todavía tiemblan de frío.

—¿Por qué?

—Por los propósitos de Año Nuevo.

—Por supuesto.

—¡Y por nosotras!

—Por nosotras.

Las copas chocan.

Louise ya ha estado en otros sitios hermosos, claro. Algunas veces, cuando tiene tiempo entre clases particulares, se va al Museo Metropolitano y paga el dólar de entrada para pasear sola por sus salas, como un fantasma, por el

simple hecho de estar rodeada de objetos hermosos. Aunque siempre ha sido una extraña allí. Para Lavinia, esta es su casa.

—¿Lo has hecho ya? —Lavinia está rebosante—. Lo del relato. ¿A cuántas revistas lo has enviado?

—Oh.

Louise no ha avanzado nada con sus relatos.

—Todavía a ninguna... Pero ¡estoy a punto!

—¿Me dejarás leerlo? Quiero leerlo. Estoy deseando leerlo.

—¿Y tu novela? —pregunta Louise. La mejor forma de que una persona olvide que te ha hecho una pregunta a la que no quieres contestar es hacerle hablar de sí misma—. ¿Cómo va?

—Bueno, está como siempre. Desde siempre. Hasta siempre. Pero no vuelvo a clase hasta que la acabe. Me lo he prometido. Hice el juramento más solemne. No volveré a poner un pie en New Haven hasta que haya puesto el punto final a la última frase. Tampoco es que nadie quiera poner el pie en New Haven.

Lavinia conoce al camarero, y por eso reciben otra ronda sin pedirla.

Al otro lado del bar, Louise reconoce a alguien, pero no sabe de qué. Pómulos altos, escote bajo, labios de color vinoso, apoyada en el brazo de un hombre mayor que ella cuyo reloj de pulsera ciega a Louise.

—Siempre está aquí —dice Lavinia—. Y acompañada.

Alza la copa. La mujer guiña un ojo.

—Madre estaría horrorizada. «Menudas compañías te buscas», diría. «Tendrías más suerte buscándote un novio, ya sabes, si fueras a las cenas de tus amigas de la escuela Chapin.» Pero a mí me da igual lo que una persona haga para ganarse la vida, ¿y a ti? En París en el siglo XIX eran toda una institución. Y nadie juzgaba a Baudelaire. De todas formas, está estupenda sin las plumas.

Louise al fin cae. Es Atenea Virginal.

—De todas formas, no es una prostituta de verdad —dice Lavinia. Se vuelve a pintar los labios—. Sencillamente es... Ya sabes. Una mantenida. Si hasta está metida en una web de subasta de citas. —Frunce los labios—. ¿Qué tal estoy?

—Guapísima.

—Perfecto —dice Lavinia—. *Selfie*.

Se lo hacen.

—Te lo mando. Quiero que lo subas tú. Y que me etiquetes. Y que lo hagas público, ¿vale?

—Vale.

Se toman otra copa, luego otra, y después otra más.

Un embajador las invita a una, y después Timmy, el camarero, trae otra ronda que Louise no sabe si han llegado a pedir, y piden una copa para el pianista, y luego... luego llega la cuenta.

Lavinia la recoge sin siquiera mirarla.

—Venga —dice—. Vamos a mi fiesta.

La segunda fiesta a la que Lavinia lleva a Louise tiene lugar en una librería que no es una librería. Es un apartamento de renta controlada en la calle Ochenta y Cuatro Este cuyo inquilino, un hombre con los dientes separados y risa profunda llamado Matty Rosekranz, regentaba una librería de verdad, pero la perdió tras la recesión porque ya nadie compra libros. Así que renovó el apartamento, tiró abajo el lavabo, quitó la calefacción de gas y ahora solo tiene libros. Libros buenos, pero también novelas eróticas sensacionalistas y de ciencia ficción de los años cincuenta que llevan descatalogadas casi desde entonces. Quienes conocen el número del telefonillo llaman y suben con una

botella o un porro. Si son chicas guapas, basta con que traigan acompañantes y lean su obra en voz alta; Matty se encarga de acogerlos, y aunque nadie llega a comprar un libro, todos se van con la sensación de que han formado parte de algo especial.

Nadie ha visto nunca a Matty Rosekranz fuera de la librería secreta.

—Gavin dice que lo vio en el registro de vehículos de Harlem —explica Lavinia, apoyándose en el telefonillo—, pero yo no le creo.

Υ

—¿Qué coño haces aquí? —pregunta Matty Rosekranz cuando suben. Al principio Louise teme que se refiera a ella, pero luego él se ríe y levanta a Lavinia por la cintura—. Pensaba que me había librado de ti.

—No puedes librarte de mí —dice Lavinia—. Soy como un mal hábito.

Hay muchísima gente. El aire parece estancado y huele a cerveza. Todo lo que no está lleno de cerveza se ha transformado en una estantería para libros, salvo por una estantería que se ha transformado en mesa desde la que Matty Rosekranz preside con una botella de vodka Tito's, un paquete de seis cervezas y un montón de vasos de plástico rojo que todo el mundo vuelca sin querer y que Louise recoge sin pensar.

—La izquierda —insiste un hombre con pajarita de color turquesa y amarillo— ha minado las políticas de identidad. La verdad se basa en esta afirmación fundamental: x es igual a x . Pero si luego vas y dices «oh, soy un hombre, pero soy una mujer...»; perdón, sé que no es políticamente correcto.

Está hablando con una mujer muy delgada y de aspecto muy frágil, con los ojos muy abiertos, el pelo rubio y, al parecer, muy impresionada.

Lavinia se pone justo entre los dos.

—Cuánto tiempo sin vernos.

Lo besa en la mejilla como si no estuviera interrumpiéndolo.

—¡Lavinia! —vacila un segundo—. ¿Cómo estás? Llevo sin verte desde...

—¡Pues estoy fenomenal! —Lavinia extiende los brazos—. He estado haciendo muchas cosas últimamente... Joder... No sé ni cómo acabo algo hoy en día, con lo liada que suelo estar... Menos mal que tengo a Louise. —Agarra la mano de Louise y la sostiene en lo alto—. Me está ayudando a seguir por el buen camino. Es tan disciplinada... Escribe todo el tiempo. Es mi inspiración.

—¿Así que también eres escritora?

—¡Oh, vaya! ¡Cuánto lo siento! Todavía no os conocéis. Louise, este es Beowulf Marmont. Beowulf, te presento a Louise...

—Wilson.

—Louise Wilson. Oh, tenéis mucho de que hablar. Louise es la persona más interesante que jamás vas a conocer. Joder... Anda, mira, si es Gavin.

Se aleja de ellos.

«Esto es una prueba», piensa Louise.

Lavinia la está poniendo a prueba: quiere ver lo bien que se lleva con sus demás amigos, ahora que no están todos borrachos perdidos, ahora que pueden oírse hablar los unos a los otros.

A Louise no le parece mal... Es algo que se hace con los de fuera.

—Bueno —dice Louise, animada—, ¿cómo os conocisteis Lavinia y...?

—En Yale.

—Oh, claro.

—¿Y tú?

—Oh. —Louise se encoge de hombros—. Ya sabes. De fiesta. —Mantiene la sonrisa.

Beowulf resopla.

—Claro —dice—. ¿De dónde eres?

—Estudié en Devonshire —responde Louise. Hace eso que suele hacer, ahora ya casi sin querer, de mostrarse tan animada que podría estar en otra parte.

—Conocerás a Nick Gallagher.

—Pues no. Es decir... probablemente se graduó después que yo.

—¿Cuándo te graduaste?

Louise vacila. Intenta adivinar la edad de él y lo joven por lo que ella se puede hacer pasar.

—2008.

Espera aparentar veinticinco.

—Pues entonces deberías conocerlo. Es de la promoción del 2010. Es un buen tipo. Ahora está en la plantilla de *The New Yorker*.

—Bueno, el caso es que... era un sitio bastante grande.

—Deberías ponerte en contacto con él. Almorzamos juntos hace nada... La semana pasada. En las oficinas de *The New Yorker*. ¿Has estado alguna vez?

—Todavía no. —Se le está dando fenomenal mostrarse tan animada.

—Deberías ponerte en contacto con él. Si es que, ya sabes, quieres escribir para *The New Yorker*. —Se encoge de hombros—. Bueno... Sé que muchas escritoras jóvenes no quieren. Por eso del patriarcado y tal. Están más metidas en los nuevos medios. En cosas como *The New Misandrist* y tal. —Resopla—. Y tú, ¿dónde has publicado?

Podría mentir. Pero sabe que él ya la ha calado. La insuficiencia se huele a la legua.

—Lo siento —dice Louise—. No soy escritora.

—Ah, genial.

Louise conoce esa mirada. Él está buscando detrás de ella a alguien más importante con quien hablar.

—Genial, genial, genial.

—¿Y dónde...?

Él ya está de camino al otro lado de la sala. Lavinia está en un rincón, hablando con Gavin Mullaney, sacando libros de los estantes, hablando tan confiada con un desconocido, y luego con otro, y siempre tan contenta.

Ni siquiera está pendiente de Louise.

Louise se esfuerza al máximo. Lleva una sonrisa bonita y medio congelada para que nadie se percate de lo petrificada que está, y se afana por parecer ocupada, toqueteando todos los libros de las estanterías y fingiendo mucho interés. Oye que alguien está contando que es el editor de la versión *online* de *The Fiddler*, lo cual lo hace, en términos generales, la segunda o tercera persona más importante con menos de treinta y cinco años allá donde vaya. Louise observa a la gente, pero sin llamar la atención, y quiere que se le acerquen y que no se le acerquen, porque, si lo hacen, no tiene nada interesante que contar, y Lavinia se dará cuenta.

Empieza la lectura.

Beowulf Marmont lee su relato, que aparecerá pronto en *The New Weehawken Review*. Trata sobre un hombre que bebe demasiado y ama a mujeres de labios almohadillados. Beowulf tiene mucha seguridad, y se nota en la forma en que se yergue, en cómo se aclara la garganta y acalla incluso a Lavinia, que cuchichea con Gavin sobre Edna St. Vincent Millay. La parte lógica de Louise sabe que él no la está mirando a ella —que ni siquiera le importa quién es— y quizá lo que le ha producido paranoia no sea más que el humo de la marihuana que flota en la sala, pero durante el rato en el que Beowulf lee y Lavinia mira hacia otro lado, Louise se acuerda de lo que ocurre si no das la talla en una fiesta. La gente te mira por encima del hombro, se olvida de ti. Louise sabe que no está dando la talla: que está apoyada en la

pared como un bulto, tartamudeando ante desconocidos (podría decir algo brillante e ingenioso a los desconocidos, piensa, si tuviera a su lado a Lavinia), pero cuanto más consciente es de todo esto, más se le seca la garganta, y, cuanto más interesante necesita ser, más insuficiencias ve en sí misma.

Sale huyendo.

Solo hay una ventana abierta en este laberíntico apartamento comido por el moho, y está en la estancia que antaño fue una cocina. Louise corre y agarra un libro, cualquier libro, uno de la estantería más alta, para que al menos parezca que es lo bastante guay como para abandonar una lectura y enfrascarse en un libro mejor sin que parezca que está demasiado asustada de permanecer en una sala con gente que piensa que es mejor que ella cuando Lavinia no está a su lado para guiarla durante la experiencia.

Y

—¿Tú también te estás escondiendo?

Louise alza la vista sorprendida.

Está sentado, medio encogido, sobre un montón de libros. Le está sonriendo.

Tiene el pelo castaño con flequillo y unas gafas de carey de las que ya nadie lleva. Viste una chaqueta de *tweed*, que tampoco se lleva. Sus ojos son grandes, infantiles y castaños, y sus labios muy finos.

—¿Tanto se nota?

—Bueno... ¿no es lo normal querer esconderse ante estas cosas? —Tiene una risa extraña, como si croara—. Supongo que algunos de nosotros tenemos constituciones más débiles. O, ya sabes, no necesitamos trabajar tanto nuestras redes sociales.

—Qué suerte la suya —dice Louise.

—Qué suerte la nuestra —puntualiza él.

—Claro —dice Louise—. Qué suerte la nuestra. —Después pregunta—:
¿No eres escritor?

Él resopla.

—Oh, no. Yo tomo decisiones laborales mucho más sensatas.

—¿Como cuáles?

—Un posgrado. —Su sonrisa florece—. En estudios clásicos.

—Tengo entendido que es un mercado muy lucrativo.

—Oh, sí. —Le ofrece un sitio a su lado, que no es más que otro montón de libros—. Los márgenes de beneficio son enormes.

Se enciende un porro y le ofrece una calada.

—No sé si debo —dice ella—. La marihuana me vuelve paranoica.

—Bueno, como todo, ¿no?

—Salvo las relaciones sociales. Obviamente.

Louise da una calada. Le provoca tos acompañada de gotas de saliva, y él saca un pañuelo del bolsillo de su chaqueta y se lo ofrece.

—¿En serio?

Él empieza a tartamudear un poco y Louise se da cuenta de que le ha hecho sentir incómodo.

—Quería decir que gracias. Lo siento. Lo siento... ¡Qué maleducada! Pero es que...

Él se ríe.

—Bueno, ya sabes, alguien tiene que mantener el nivel.

—Claro. —No entiende por qué está siendo tan amable con ella—. Por supuesto.

—Entonces, ¿tú tampoco eres escritora? —dice, recuperando el porro.

—Sí. No. ¿Quizá?

—Los autores ya no existen. —El hombre más feo que Louise ha visto en su vida entra en la sala dando un traspie—. Eso dice Henry Upchurch.

Tiene un rostro cuadrado, simiesco. La mandíbula es demasiado grande para el cráneo, la piel de su cara está demasiado tensa y tiene un incómodo color amarillo pálido. Es bajito y un poco rechoncho.

—Hal, no empieces...

—«Estados Unidos antaño fue una gran nación. Ahora no. Antaño. Antaño teníamos hombres de letras. Ahora tenemos hombres de acción.» ¿No te suena? ¿En serio?

—Lo siento —responde Louise.

—Joder. ¿Dónde has estudiado? ¿Has estudiado?

—¡Hal!

—¡No me estoy portando como un gilipollas! ¡Tengo verdadera... curiosidad! —Se pone a rebuscar entre los libros—. Toma. Llévatelo. Aprenderás algo.

Lo sostiene. *Una caída mortal*. Henry Upchurch.

—Tiene la mejor frase inicial de la literatura norteamericana. Es un león literario. Un Gran Hombre. ¿No crees que es un Gran Hombre, Rex? —Lo pronuncia como *Reksh*, pero, a decir verdad, está muy borracho—. Joder, Rex... Anímate. Das pena.

—Solo estoy cansado.

Hal le da una palmada muy fuerte en la espalda.

—¿Te está aburriendo mi amigo? —le pregunta a Louise.

—No.

—¿Estás aburriéndole tú?

—¡No! —Rex se levanta—. No... Estamos bien, Hal.

—Venga. —Se vuelve hacia ella—. ¿Cómo te llamas?

—Louise.

—Voy a hacerte un favor, joven Louise. —Le aprieta el libro en las manos—. Quiero exponerte a los mayores y los mejores hombres blancos muertos e incluso vivos; cuantos más, mejor. ¿Dónde me has dicho que has estudiado?

—En Devonshire.

—Devonshire. Por supuesto. Mira. Es la edición de Faber, 1998. Conmemorativa de los treinta años. —Toma el libro—. Y fíjate en esto. ¡Si está dedicado!

Louise oye el rumor de la voz de Beowulf Marmont en la estancia contigua. Hal entorna los ojos.

—«Querido Marcus...» Qué bonito, el bueno de Marcus, seguro que es un marica. «Querido Marcus: estoy encantado de leer tu amabilísima carta del 3 de marzo y de saber que te gusta tanto *El tren de Folly*. Por favor, acepta este ejemplar con mish másh shincerosh desheosh de que tu cursho en Harvard te shea de prop... prof... provecho.» —Tose—. Qué hombre tan, tan generoso. Y mira: ¡hay otra dedicatoria! ¿Quieres verla? «Con todo el agradecimiento a mi compañero de batallas y agente, Niall Montgomery; a mi editor de siempre, Harold Lerner; y, con todo mi afecto, a mi mujer Elaine y a mi hijo.» ¿Has visto? —Cierra el libro de golpe—. «Y a mi hijo.»

Sonríe, mostrando el hueco entre sus dientes, como si Louise supiera de qué va el chiste.

—Lo siento. —Rex mira al suelo—. Hal está borracho.

—No estoy borracho. Pero es que disfruto de la literatura, nada más... No como el cornudo de la otra sala. ¡Joder! Es verdad. No quedan grandes escritores. Nada nuevo bajo el sol.

—¿Tú también eres escritor?

—Ni por todo el té de China, joven Louise. No soy más que un analista de seguros.

Menea el libro delante de Louise.

—Voy a comprarte este libro. —Posa la mirada en lo que Louise tiene en la mano—. ¿No te habrá dado un pañuelo?

Louise no dice nada.

—Eres un mariconazo, Rex. Me encanta. *Lawl*.

Louise tarda un segundo en darse cuenta de que quiere decir LOL, el acrónimo para la risa, y no cualquier otra cosa pronunciada a su manera.

Hal coge los vasos de plástico rojos.

—Voy por bebida. Por cierto, Rex —dice con una sonrisa creciente—, ella ha venido.

Se quedan en silencio durante un rato cuando Hal se marcha. Entonces Rex se sienta. Suspira. Levanta un libro. Lo deja donde estaba. Enciende otro porro. Deja caer el mechero.

—¿Estás bien?

—Lo siento —dice Rex—. Hay que joderse con Hal. Lo siento.

—No te preocupes.

—Es un gilipollas. O sea, normalmente no se porta así. Pero le gusta molestar. En el fondo es buena persona.

—¿En serio? —Louise intenta sonreír, un poco, para hacerle saber que no es culpa suya.

—Muy en el fondo.

Se ríen juntos.

—Lo que pasa es que se pone pesado cuando bebe, ¿sabes? Con la cosa de su padre.

—¿Su padre?

—El Gran Hombre de las letras norteamericanas.

—¡No!

—Lo conozco desde siempre —dice Rex— y todavía no sé si se ha dado cuenta de que sabemos que habla en serio.

—Cariño.

Lavinia resplandece en el umbral de la puerta. Sus perlas resplandecen. Su cabello cae como una cascada.

—Cariño —insiste, y Louise tarda otro segundo en darse cuenta de que se refiere a ella.

—Te he estado buscando por todas partes.

Está mirando a Louise de un modo directo y categórico, con una sonrisa fría.

—¡Lo siento! —Louise ni siquiera sabe por qué se ha puesto de pie tan rápido—. Necesitaba aire.

—Cariño... Tendrás todo el aire que necesites. Estoy tan emocionada... No te olvides de nuestro pícnic.

Su sonrisa resulta forzada. Sus dientes, afilados. De repente, y sin entender por qué, Louise tiene miedo.

—¿Nuestro pícnic?

—¿Ya no te acuerdas? Va a ser estupendo. Yo pongo el champán. Llevo pensando en ello desde Nochevieja. Sé que te va a encantar.

—Vale —dice Louise muy, muy despacio—. Por supuesto.

Lavinia agarra a Louise de la mano. Tira de ella. La besa en la mejilla. Le deja la huella del pintalabios.

Rex permanece en silencio. Tiene las mejillas coloradas. No se mueve.

—Oh, Lavinia, siento que esto...

—Llegamos tarde. —Los labios de Lavinia no vacilan ni una vez—.
Vámonos.

—¿Quién era ese? —pregunta Louise cuando llegan a la escalera. Lavinia se limita a seguir sonriendo.

Y

Van en taxi al parque de High Line. Lavinia paga. Entran en una licorería y compran dos botellas de Moët. Lavinia también las paga. Llegan a un sitio que Lavinia, y solo Lavinia, conoce, donde la verja de High Line está ligeramente doblada, y Louise reptá detrás de Lavinia a través del hueco.

Louise sabe que tiene otro turno en el bar mañana, ha cambiado la clase con Paul y tendrá que levantarse a las seis para recuperar el trabajo que no ha hecho hoy en GlaZam; además, sabe que acabar detenida, pagar una multa y pasar la noche en la cárcel es sin duda una forma posible para que una persona lo joda todo, pero Louise siente alivio al dejar atrás la librería secreta y a la gente que puede verla por dentro, y se alegra de estar con Lavinia (que quizá pueda verla por dentro o quizá no, o quizá solo vea lo que quiere ver), así que la sigue a cualquier sitio, con alegría, a la luz de la luna.

—¿Qué tal estoy? —Están solas en el High Line, con copos de nieve que les caen en el pelo y que forman flores que no son flores en todas las ramas. Lavinia se retoca el pintalabios y se endereza el abrigo de terciopelo y las perlas.

—Estás preciosa —dice Louise. Y es verdad.

—¿Me haces una foto?

Lavinia le entrega su teléfono.

—Claro.

Louise fotografía a Lavinia haciendo ángeles de nieve. Hace otra de Lavinia inclinada sobre los arbustos. Hace otra de ella con la falda extendida sobre el banco.

Louise se las enseña.

—Sí. Sí. No... Esta la borro. Sí. Esta la subo.

Se enciende un cigarrillo. Le tiemblan las manos.

—¿No es maravilloso? —dice—. Estar aquí fuera, en una de estas noches, bajo la luna y las estrellas...

Louise quiere reírse de alivio.

—¿No te ha gustado la fiesta?

—En absoluto. ¿Y a ti?

—En absoluto.

—Beowulf Marmont...

—¿Dios, siento mucho haberte dejado con él! Estaba intentando escaparme... Hice un sacrificio humano. Oh, Louise, ¿me perdonas?

—Pensaba que te gustaba.

—Lleva una pajarita amarilla. ¿A quién le puede gustar un hombre con pajarita amarilla? —Le ofrece un cigarrillo a Louise, y, aunque a Louise en realidad no le gusta fumar, sobre todo cuando está sobria, sí le gusta el humo cuando nieva—. En Yale una vez me dijo que la circuncisión masculina era tan mala como la violación. Y no estaba de coña.

—Ha sido bastante desagradable.

—¿Ha intentado ligar contigo? Intenta ligar con todas las chicas que se le cruzan.

—Ah. Pues no. —Esto le duele un poco.

—Menos mal. Creo que está saliendo con la chica horrible esa que tiene los putos ojos enormes... La que parece un personaje *anime* o algo. Y encima escribe fatal.

—¡Sí, fatal! —dice Louise, a pesar de que en realidad casi no lo ha escuchado.

—Dios... ¡Ojalá viviésemos en... en... en el París del siglo XIX, o en cualquier sitio! En cualquier sitio con artistas de verdad. Escritores de verdad, personas que estuvieran por encima de estos pretenciosos y horribles...

—Eso mismo ha dicho Hal.

La sonrisa de Lavinia se hiela.

—No jodas... ¡Hal!

—¿Lo conoces?

—¿Has hablado con él?

—Bueno... un poco.

—¿Y qué te ha parecido?

—Pues... es un poco...

—Padece de estupidez congénita, ¿no?

—Sí. ¡Sí!

Qué gusto poder relajarse al fin.

—Es un Habsburgo de mierda y un tarado, ¿verdad? ¡Se pone a hablar de su padre cada cinco segundos para que parezca que ha hecho algo sustancial con su vida!

—Eso es exactamente lo que ha hecho.

—¡Pues claro! No hace más que eso. Además de meterse cocaína... Es un puto cliché y me da vergüenza ajena. Y ¡menudo es Rex!

—¿Qué pasa con él?

Lavinia se queda helada.

—¿Te ha gustado?

—¿Qué?

—Pues eso... estabais hablando los dos.

—Oh. A ver. No. A ver... En realidad, no.

—No deberías hablar con él. Es el peor de todos. —Lavinia se enciende otro cigarrillo, pero ahora las manos le tiemblan con más violencia y se le cae el mechero. Louise se lo recoge—. Es un cobarde.

—¿Qué ocurrió?

—¿Qué quieres decir? ¡No ocurrió nada! —ríe Lavinia.

—Parecías...

—No fue nada —dice Lavinia—. Fue una chorrada. Es algo del pasado. No significa nada para mí. No me importa nada.

—Espera. ¿Vosotros dos estuvisteis...?

Lavinia no dice nada. Se echa el pelo hacia atrás, como suele hacer.

—No importa. Vamos a hacernos un *selfie*. La luz es buena. Tienes la piel genial. Ojalá tuviera tu piel. Dios, te odio.

—Lo siento —dice Louise—. No tenía ni idea. De haberlo sabido, no habría hablado con él.

—Puedes hablar con él. Me da igual. Él me da igual. Es... es normal y aburrido y quiere una vida corriente con una novia corriente con la que, yo qué sé, ir a tomar el *brunch* o algo así. Está en su derecho.

Lavinia apaga en la nieve el cigarrillo, que crepita antes de que su fuego se apague.

—¿Quieres saber algo gracioso, Louise?

—¿El qué?

—Él es la única persona a la que he querido de verdad.

Lavinia se está inclinando por la barandilla, mirando hacia el río, por lo que Louise no logra ver su rostro y no sabe si lo dice en serio.

—¿Verdad que es estúpido? —pregunta Lavinia.

—No creo que sea estúpido.

Lavinia se vuelve hacia ella:

—¿Porque crees que vale la pena?

—No, claro que no. Me refiero a que... —Louise busca las palabras apropiadas—. La gente se enamora por muchas razones.

—Él escribía cartas. Por eso. ¿No te parece una razón estúpida?

—Depende de las cartas, supongo.

—A ver... Éramos jóvenes. En plan, dieciséis años. Yo iba a clase en Chapin y él en Collegiate y, ya sabes, íbamos a las mismas fiestas. Pero da igual.

—Da igual.

—En cualquier caso, intercambiamos números de teléfono y tal, y él me preguntó si podía escribirme una carta alguna vez. En plan, con sello y todo. No pensé que lo fuera a hacer. La gente nunca hace lo que dice que va a hacer. —Levanta la mirada. Tiene la cara blanca de frío—. O sea, la gente normal. No la gente como nosotras. —Sonríe, y a la luz de la luna está radiante—. Tú y yo mantenemos nuestras promesas. Decimos: «Vamos a recitar poesía junto al mar». Decimos: «Vamos a colarnos en el High Line». Y lo hacemos. Pero bueno, que lo hizo. En aquella época, Rex era una persona de verdad.

Lavinia se ha ventilado medio paquete de cigarrillos.

—Solía entregarlas en mano, a veces. Pluma. Tinta verde. Sello de lacre. Se las dejaba a mi portero. Durante una eternidad no tuvo ni cuenta de Facebook. Y eso le hacía tener mucho complejo. Le gustaba llevar un reloj de pulsera. Joder... si usaba un teléfono con tapa... Me encantaba.

Suspira, lentamente. A lo lejos, las luces se van apagando, una a una, por toda la ciudad.

—Fuimos cómplices... *contra mundum*. Íbamos de la mano cuando paseábamos por el Museo Metropolitano y hablábamos de fugarnos juntos. Teníamos planeado el itinerario entero. Iba a ser nuestro Grand Tour, ya sabes, queríamos ir a sitios hermosos para ver todas las cosas hermosas. Pensábamos

ir a Viena a ver *El beso* de Klimt de cerca, en el Belvedere, y a Venecia por el Carnaval. Cuando fuéramos por fin libres.

Louise recuerda a Virgil Bryce en el puente del ferrocarril.

—De todas formas —prosigue Lavinia—, nunca nos fuimos.

—¿Qué pasó?

—No pasó nada. Se volvió aburrido. Eso es todo.

—¿Cuándo?

Lavinia resopla.

—Hace varios años. Pero bueno, da igual. Ya te lo he dicho. Es un aburrido. Ahora hasta tiene Facebook. O al menos creo que todavía lo tiene. No tengo forma de saberlo. Me ha bloqueado.

La nieve brilla en sus mejillas. Tiene los labios rojos.

—Dios, espero que me odie —dice Lavinia de repente.

—¿Por qué?

—Si te odian es que todavía piensan en ti. —Lavinia despide humo.

Se inclina sobre la barandilla.

—¿Alguna vez te has enamorado?

Louise tiene que pensárselo.

—No lo sé. Quizá.

—No seas ridícula. Si lo sabes, lo sabes.

—Vine a Nueva York con alguien —dice Louise—. Estaba enamorada de él. Creo.

Louise no habla nunca de Virgil Bryce, jamás. Pero claro, nadie ha preguntado nunca.

—¿Y él estaba enamorado de ti?

—Sí.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé. Lo he bloqueado.

—¿Te rompió el corazón?

—No lo sé. Creo que se lo rompí yo a él.

Lavinia aplaude.

—Lo sabía. ¡Lo sabía! Dios... Estás hecha una pequeña *femme fatale*.

—La verdad es que no.

—Tan callada, altiva y misteriosa... Dios, lo sabía. En cuanto te vi...

—De verdad que no.

—Pensé: un hombre se cortaría las venas por una mujer como ella.

—No hizo tal cosa —dice Louise—. Pero una vez amenazó con hacerlo.

Lavinia coge a Louise de las muñecas.

Por un instante, Louise piensa que ha dicho demasiado, que ha espantado a Lavinia, que ha hecho esa cosa horrible de compartir demasiado que suele hacer la gente y que deja la habitación en silencio y que obliga a todo el mundo a decir algo comprensivo, que hace que todo el mundo te compadezca y que todo el mundo te odie.

Entonces Lavinia suelta una carcajada.

—Dios mío, cuánto te quiero.

Tiene lágrimas en los ojos. Está temblando. Aprieta la mano de Louise con fuerza.

Louise no puede contenerse. Ella también se echa a reír.

Esto nunca ha sido gracioso.

Pero con Lavinia, en este puente, que es mucho más alto y más alegre que cualquier puente de Devonshire, todas las demás personas parecen menos reales. Todo lo relativo a la otra Louise —la Louise con el pelo castaño apagado y sonrisa torcida, la que estaba un poco gordita y a quien nadie, salvo los caritativos o los dementes, podría amar de verdad— es ficción.

—Por supuesto que no lo hizo, ¿verdad? —Lavinia sigue partiéndose de risa.

—No, por supuesto que no. —Hasta donde sabe Louise.

—Hombres.

—¡Hombres!

—No cumplen una promesa en su puta vida.

Lavinia se está riendo tanto que se le escapan unas lágrimas.

Louise le ofrece un pañuelo.

Lavinia deja de reír.

—¿De dónde has sacado eso?

—Oh. Oh... De Rex.

—¿Te lo ha dado?

—Es que he estornudado y se me ha olvidado devolvérselo. Lo siento.

—Déjame verlo.

Lavinia lo coge.

—Seguro que todavía lleva el reloj de pulsera.

—Lo siento. No me he dado cuenta.

Lavinia permanece en silencio. Luego dice:

—Dame el mechero.

Louise obedece.

Una sonrisa lenta se extiende por la cara de Lavinia. Prende una esquina del pañuelo. Al principio, el fuego es lento. Luego las llamas lo devoran entero.

—¡Me cago en la puta! —Lavinia lo deja caer.

Durante un momento, las dos se quedan allí, mirando el pequeño y persistente fuego en medio del camino.

Lavinia se chupa la parte quemada del pulgar.

—Como ves —dice suavemente—, los hombres no significan nada para nosotras, ¿verdad?

Está tan guapa a la luz del fuego...

«Está tan guapa —piensa Louise—, que incluso te la crees.»

Lavinia da otro paso hacia el fuego.

—Deberíamos ser ménades —susurra—. Deberíamos renegar de todos los hombres y destrozarlos con los dientes cuando se nos acercaran. ¡¡Que te jodan, Rex Eliot!! ¡¡Que te jodan, Hal Upchurch!! ¡Que te jodan, Beowulf Marmont! —Gira sobre sus talones—. Y el tuyo, ¿cómo se llama?

—Pues... Virgil.

—¡Menudo nombre!

—Su madre era profesora de Historia.

—¿Y su apellido?

—Bryce.

—¡Que te jodan, Virgil Bryce!

Lavinia se vuelve hacia ella.

—Bueno, venga. Te toca a ti... ¿De qué sirve esto si tú no lo dices también?

—Que te jodan, Virgil Bryce —dice en voz baja.

—¡Penoso! —Lavinia la agarra de la muñeca—. ¡Dilo otra vez!

—¡Que te jodan, Virgil Bryce!

—Por el amor de Dios... ¡QUE TE JODAN, VIRGIL BRYCE!

—QUE TE JODAN, VIRGIL BRYCE.

—QUE OS JODAN A TODOS LOS HOMBRES.

Gritar resulta muy placentero.

—QUE OS JODAN A TODOS LOS HOMBRES.

El fuego se apaga.

Lavinia dice:

—Vamos a emborracharnos.

Eso hacen.

Se beben las dos botellas de champán allí mismo, en el High Line, a solas, con las estrellas en el cielo y los raíles extendiéndose hasta perderse a un lado

y a otro. Beben, y Lavinia le cuenta a Louise los sitios que visitarán juntas cuando terminen sus relatos, cuando las dos —las dos— sean grandes escritoras: París, Roma, Trieste, donde vivió James Joyce, Viena, a ver cuadros, el Carnaval...

Lavinia nunca irá.

Va a morir pronto. Ya lo sabes.

Y

Se hacen más fotos. Louise en la nieve. Lavinia en la barandilla.

Lavinia y Louise inclinándose, a punto de caer.

Las suben a Instagram.

—Deberías añadirlo en Facebook —dice Lavinia.

—¿A quién?

—A Rex. Ahora tiene una cuenta, ¿no?

Louise lo busca.

—Pues sí.

—Añádelo. Y a Hal también.

Louise obedece.

Beben hasta que las estrellas dan vueltas. Se apoyan la una en el hombro de la otra.

Hacen más ángeles en la nieve.

—Oye, Louise.

—Dime.

—¿Quieres leer mi novela?

—Por supuesto.

Lavinia se incorpora.

—Genial. Partamos, pues.

—Espera, ¿ahora?

Lavinia ya está de pie.

—¡No estamos tan lejos!

—¡Son las dos de la madrugada!

—Por eso no tiene sentido que vuelvas hasta tu casa, en Brooklyn o a tomar por culo de aquí. Mejor te quedas en la mía.

Es tan cautivadora cuando suplica...

—Por favor, no me digas que no, Louise. Por favor... Por favor... ¡Por favor, no digas que no!

Louise no puede decir que no.

Υ

Vuelven en taxi a casa de Lavinia. Lavinia paga.

La enorme falda de Lavinia se queda enganchada en la puerta del taxi. Louise tira para que se suelte. Lavinia está más borracha de lo que Louise pensaba, y Louise tiene que ayudarla a subir al apartamento. Pero no le importa. «Es agradable ser tan necesaria», piensa.

—¡Por fin en casa!

Lavinia se tropieza al entrar.

—Joder, qué vacío está esto. Odio cuando Cordy no está. —Avanza hasta el hervidor de agua—. Vamos a tomar té. ¡Traído de las costas de Asia! Pasando por Edgware Road, en Londres. ¿Quieres chocolate-caramelo o lavandamenta? ¡También deberíamos poner música! ¡Música ambiental! ¡Atmósfera!

Va hasta el ordenador y pone *Tristán e Isolda*, de Wagner, tan fuerte que a Louise le preocupa que los vecinos lo oigan, bajen y empiecen una discusión.

—¡Pues que lo oigan! —dice Lavinia encogiéndose de hombros—. ¡Que les jodan! ¡Si hay algo que necesita el Upper East Side es más Wagner!

Sube el volumen aún más.

—Me encanta esta parte.

Se deja caer en el sofá. Cierra los ojos. Louise hace el té porque, si no, nadie lo hará.

—¿Lo quieres con leche...?

—¡Shhh!

Louise pone leche al té.

—Es el dueto de los amantes. Ahora mismo son las dos únicas personas en el mundo. Ellos dos.

Louise trae el té.

—¡Escucha!

Louise escucha.

—Pero nunca dura, ¿verdad? Al final todo se desmorona. ¿No es así?

—Sí —dice Louise. Coloca el té—. Así es.

—Dios, qué misteriosa eres... ¡Me encanta! Joder. ¡Mi bata! —Extiende una mano larga y blanca hacia mitad del espacio—. Está en mi dormitorio.

Louise trae la bata. Es de seda azul claro con estampado de florecitas, está sucia y parece poco práctica. Ayuda a Lavinia a ponérsela.

Louise se sienta junto a Lavinia en el sofá. Lavinia le acaricia el pelo.

—Son las tres de la mañana.

—Lo sé. Lo sé. Pero... Solo un capítulo, ¿vale? ¿Por favor? Después... Después puedes dormir en la cama de Cordy y... mañana yo me levanto temprano para hacer tortitas antes de que empiece tu turno, ¿vale?

—¿Solo un capítulo?

—¡Es que valoro muchísimo tu opinión! ¡Deberías sentirte halagada! —gimotea Lavinia mientras pone los zapatos encima del arcón—. Yo me

quedaría despierta la noche entera leyendo la tuya, ya lo sabes. Si me la traieras.

Saca el móvil.

—Toma —dice—. Está todo aquí.

La luz es cegadora. El texto es minúsculo.

Louise empieza a avanzar por la pantalla.

—¿Es muy larga?

—Tú empieza. Si no te gusta, puedes parar. De verdad.

—Casi no puedo leerlo.

—Quiero ver tus reacciones. Es lo mejor. Así puedo ver tu cara. Y no tiene por qué gustarte, ¿sabes? De hecho, si te gusta demasiado... dejaré de respetarte. Así que probablemente debería no gustarte, aunque sea un poquito.

—Venga ya... Eso no va a pasar.

Pero he aquí el problema: no le gusta nada.

No es que sea solo mala. Porque es mala: la prosa es demasiado pretenciosa, las frases son demasiado largas, las alusiones literarias están demasiado forzadas, una de cada dos líneas es una cita o un monólogo de un personaje sobre la naturaleza de la Vida y el Arte. O un personaje hace algo profundamente simbólico que no acaba de dar resultado. Pero es que es peor: es autocomplaciente. Hay un personaje llamado Larissa que es muy guapa y muy rubia y es una especie de santa porque sus pasiones son mucho mayores, más importantes y más significativas que las de todos los demás.

Hasta Louise sabe que la primera norma de la buena escritura es no dar por hecho que tu vida es más significativa que las de los demás solo porque tú lo digas. Y Larissa quiere vivir la Vida como Arte, pero, por supuesto, no puede, porque nadie de su entorno entiende conceptos como Belleza o Amor Verdadero como los entiende ella. Así que intenta hacer un pacto suicida con

su amante, el cual no está a la altura de ella, y, como es natural, no lo cumple, así que al final ella se arroja desde un puente sola sin ninguna razón aparente.

Además, utiliza demasiado los puntos suspensivos.

Louise siente muchas cosas. No deja ver ningún sentimiento.

Se siente avergonzada, como si acabara de entrar en una habitación donde alguien está viendo porno. Siente que ha mirado algo crudo y trémulo, expuesto e impío.

También está enfadada, porque todo lo que Lavinia ha escrito revela una seguridad absoluta de que los pensamientos de Lavinia y las pasiones de Lavinia y la filosofía de Lavinia y el mal de amores de Lavinia son dignos de gastar el tiempo de otra persona, y Louise nunca ha sentido tanta seguridad con nada.

Louise también está aliviada.

Hay algo que ella tiene y que Lavinia, no.

Louise alza la vista. Está cansada; quiere dormir —quiere dormir más que nada en el mundo— pero Lavinia la está mirando, dando botes sobre sus rodillas en el sofá, asintiendo, sonriendo, y si Louise muestra un indicio —el menor indicio— de lo que siente, no podrá retirarlo nunca.

—¿Qué te parece? —Lavinia está sin aliento.

Louise vacila.

—¿Te parece mala?

—¡No! No... ¡No me parece mala en absoluto!

Lavinia se permite una carcajada.

—No estaba segura.

—¡Es buena! Es... A ver, es buena.

—¿Pero?

Louise respira hondo.

Lavinia respira hondo.

—Nada de peros...

—¡Venga ya! —Lavinia le da unos golpecitos a Louise en la mano—.

Siempre hay algún pero.

—Pues es que...

—¿Qué?

—A ver... Larissa eres tú, por supuesto.

—¿Por qué dices «por supuesto»?

Lavinia parpadea muy deprisa.

—Me refiero al nombre.

—Pues claro que el nombre.

—A ver... Me pregunto... —Louise tiene que andar con mucho cuidado—.

A ver... Me pregunto si no habrá demasiado solapamiento.

—¿Demasiado? Puedes decírmelo. Puedo soportarlo. Puedo soportarlo.

Dímelo.

—No. No... No es demasiado. Es que... No hay mucha distancia con la protagonista, ¿verdad?

—¿Y eso qué significa?

Louise ha visto a Lavinia poner esa cara. La vio en Nochevieja, cuando Mimi le rompió el vestido.

—Nada.

—¿Crees que no soy lo bastante dura con ella o algo?

—¡Yo no he dicho eso!

—Lo siento. —Lavinia inspira—. Lo siento. —Tira de la manta para cubrirse las rodillas—. Lo siento. Tienes razón. Debería... Estoy cansada, eso es todo. Estoy cansada y estoy de mal humor. Lo mejor es que te vayas a casa.

Se cubre con la manta hasta la barbilla.

Y Louise piensa: «No estará diciéndolo en serio».

«Estás loca por pensar esto de ella —piensa Louise—. Eres una mala persona por pensar esto de ella. Se le ha olvidado. Eso es todo. Pregunta si puedes quedarte, recuérdaselo, eso es todo lo que tienes que hacer. No puedes pensar siempre mal de la gente.»

Los ojos de Lavinia están cerrados de verdad.

Y Louise sabe que lo único que tiene que hacer es decir «No hay problema en que me quede, ¿verdad?». Pero tiene mucho miedo de que Lavinia diga que sí queriendo decir que no, de que Lavinia haga tortitas y después no vuelva a llamarla jamás, porque lo ha jodido todo, porque, por supuesto, por supuestísimo, lo ha jodido todo. Nadie quiere saber nunca la verdad sobre sí mismo, no de verdad, y ella —por supuesto— tenía que saberlo mejor que nadie.

«Sería tan fácil —piensa—, limitarse a darle lo que quiere.»

—Me encanta —dice Louise.

Los ojos de Lavinia se abren de golpe.

—¿En serio?

—Eso es lo que intentaba decir. Es muy... emotiva. Es muy... cruda.

—¿De verdad? ¿Lo crees de verdad?

—Vas a ser Grande, Lavinia. No me cabe duda. Lo tengo más claro que el agua.

Esa noche, por primera vez, Louise se da cuenta de lo joven que es Lavinia.

Es facilísimo mentirle.

Louise también se da cuenta de eso.

Lavinia echa sus brazos alrededor de Louise y aprieta con tanta fuerza que Louise no puede respirar.

—Dios, cuánto te quiero —dice Lavinia—. No tienes ni idea de lo mucho que significa para mí. —Cubre con la manta los pies de Louise—. No confío en nadie más para leerla, ni siquiera en Cordy. En nadie más que en ti.

Louise apoya la cabeza en el hombro de Lavinia. Lavinia le aprieta la mano.

Louise piensa: «No se nos puede conocer y amar al mismo tiempo».

Louise sabe que es muy sencillo. Hay dos tipos de personas en el mundo: las personas que se dejan engañar y les gustas y las que son demasiado inteligentes para caer en tu trampa.

El día en que Louise se tiñó el pelo, aquella primera vez, aquel mes que se mudó a Sunset Park, el mes que se compró un libro de mantras, se cambió el número de teléfono y bloqueó a Virgil Bryce en las redes sociales, se miró en el espejo y se dio cuenta por primera vez en la vida de que era follable.

Era como si se saliera con la suya.

Tardó un mes o dos en medir las proporciones del asunto. Primero los babosos, luego los hombres mayores en los bares, incluso los hombres con edades más cercanas a la suya, y en Tinder, cuando todavía usaba Tinder (el poliamoroso, el vicioso, el desaparecido). Los hombres pensaban que ella era especial.

Lo pensaban, como comprenderás, porque eran idiotas.

En realidad, no se fijaban en Louise.

Pero es que Louise por fuera parecía rubia, delgada y mona, y ellos eran lo bastante tontos como para pensar que estas cosas eran verdaderas en ella, y no solo cualidades que llevaba puestas. Por eso eran lo bastante tontos como para

pensar que sus demás cualidades (ser tan tranquila, ser tan lista, tener la mente tan abierta en la cama) también eran verdaderas.

Por supuesto que nunca duraba. Louise lo sabe. No se les puede engañar siempre, ni siquiera a los idiotas. Se dan cuenta de que todo lo bueno que tienes es un engaño.

Louise ha engañado a Lavinia, piensa, así que Lavinia debe de ser más estúpida que ella. Se odia a sí misma por pensar eso de Lavinia, que siempre ha sido amable con ella, pero lo piensa de todas formas.

A no ser que Lavinia haya dicho lo de que se vaya a casa porque sabe que Louise no puede... No a estas horas y con este frío...

Louise también se odiaría por pensar esto.

—Oye, Louise.

Lavinia está medio dormida.

—¿Qué pasa?

—Tú no crees que soy, en plan... «demasiado», ¿verdad?

—¿Demasiado?

—A ver. Ya sabes. Demasiado. Demasiado de todo.

—No —responde Louise—. Claro que no. ¿Yo soy demasiado?

—Por supuesto que no —murmura Lavinia—. Eres... a ver... lo opuesto a demasiado.

Louise no dice nada.

—Te quiero.

Lavinia empieza a roncar apoyada en su hombro.

Louise intenta dormir en el sofá, porque, si se mueve, despertará a Lavinia. Juguetea con el móvil. Lee varios artículos estúpidos de *Misandry!*

Quiere llorar.

Se odia por querer llorar, porque ha pasado una noche estupenda, no tanto por los gilipollas de la librería, sino por después. Han pasado una noche maravillosa, se han colado en el High Line y han quemado el pañuelo de Rex como símbolo de todos los hombres del mundo que les han hecho daño, y se han subido en muchísimos taxis que Louise no ha tenido que pagar, y ahora está durmiendo en un apartamento precioso rodeada de cosas preciosas y alguien le ha estrujado la mano y le ha dicho «te quiero», y a la Louise de Devonshire le hubiera hecho feliz —tan feliz y tan orgullosa, le hubiera justificado tanto— ver todo lo que ha ocurrido esta noche en la vida de la Louise de Nueva York.

«Estás siendo una tonta —se dice a sí misma—. Eso es todo.»

No deja de mirar la foto que Lavinia ha colgado de ellas dos.

Están en el High Line. Están rodeadas de nieve, ramas y estrellas que, con este filtro, no se distinguen de las luces de la ciudad.

«Parecemos felices», piensa Louise. Quizá lo estábamos.

Todo el mundo está dando a Me Gusta. El padre Romylos, Gavin Mullaney, incluso Beowulf, y tantos otros nombres que ahora ya resultan familiares.

Mimi Kaye.

Hola guapa.

Mimi ha añadido a Louise en Facebook.

Estas monísima en esas fotos

Emoji de un gatito guiñando el ojo.

Gracias (dice Louise)

(zorro con ojos de corazones, dice Mimi)

No es genial estar ai arriba?

(Ranita de ojos saltones bailando)

Sí, ha estado bien, gracias

Lavinia y yo solíamos hacer eso toooodo el tiempo jajaja

1 vez nos kedamos allí dormidas

La poli nos pilló, pero Lavinia nos sacó del marrón

Verdad q es gracioso

(pollo pintado como un payaso)

No t parece gracioso?

(búho con toga y birrete y mirada interrogativa)

Louise no contesta.

Tampoco duerme.

La tercera fiesta a la que Lavinia lleva a Louise es en un *loft* cerca de la estación de la línea L en Jefferson, en un espacio de actuaciones propiedad de un conocido de ella donde han transformado el entrepiso entero en una biblioteca de poesía. La cuarta fiesta a la que Lavinia lleva a Louise es un cabaret benéfico en el teatro Laurie Beechman, en la zona de Hell's Kitchen, donde todo el mundo menos Louise y Lavinia tiene noventa años, lleva la raya del ojo tatuada y chal de lentejuelas. La quinta es el lanzamiento en Gramercy de un libro de gran formato titulado *Secretos sexuales de Europa* de un degenerado escritor de viajes australiano llamado Lydgate que debe de tener solo cincuenta y cinco años, pero aparenta ochenta, y allí Louise prueba por primera vez la cocaína y después echa una carrera con Lavinia por la Quinta Avenida.

Van a fiestas a las que no las han invitado.

—Es fácil —explica Lavinia—. Entrás y punto.

Se hacen un tatuaje a juego. Es idea de Lavinia.

—No quiero olvidar nunca nuestra excursión al mar —dice—. Quiero pensar siempre en esa noche. Quiero conmemorarla.

Están en Saint Mark's Place, el sitio más caro y menos higiénico para hacerse un tatuaje en Nueva York. Están borrachas porque acaban de estar en el bar clandestino al que solo se puede entrar si vas dos horas antes a cierta

cabina telefónica y escribes allí tu nombre. Antes de eso han ido a la perfumería de la calle Cuatro Este, porque Lavinia tenía que encargarse su perfume personalizado, que se llama *Sehnsucht*⁶ y que Louise ya huele en todas sus prendas, y esa noche es la noche en la que Louise ha conseguido el suyo propio (porque Lavinia también lo paga), que contiene diente de león, helecho, tabaco y brezo, pero, ahora que lo huele, piensa que no está bien, porque no se parece en nada al de Lavinia.

—¡Venga! —dice Lavinia. Se ha metido en un local de mierda que hasta Louise sabe que solo lo frecuentan los estudiantes de primer año en la Universidad de Nueva York—. Dios, Louise, ¿es que no quieres vivir?

Dos horas después, a Louise se le pasa la borrachera en Washington Square Park y cae en la cuenta de que las dos tienen tatuado con letras muy pequeñas ¡¡¡MÁS POESÍA!!! en los antebrazos, y que no está tan horrorizada como debería.

—En el peor de los casos —dice Lavinia encogiéndose de hombros—, te lo quitas con láser. No es tan caro.

Acerca su brazo al de Louise.

Se hacen una foto de las dos dándose la mano.

Hay muchísimas fotos maravillosas de ellas en internet. Hay una de las dos en Lincoln Center, entre la ópera y una fiesta de disfraces en el MacIntyre, en la que salen quitándose los vestidos de noche y revelando los corsés que llevan debajo. Hay otra de ellas travestidas en una cosa llamada el Picnic de Tweed, un *flashmob* en Bryant Park.

Todo el mundo, absolutamente todo el mundo, le da a Me Gusta.

—Está claro que te estás cuidando más —dice la madre de Louise por teléfono—. Tienes el pelo bonito.

Louise ha estado tiñéndose de rubio fresa. A Lavinia le queda fenomenal, piensa, y las dos tienen el mismo color de piel.

La gente de Devonshire da a Me Gusta en las fotos, incluso gente que apenas ha hablado con ella. Igual que Beowulf Marmont. Igual que el tipo que se esfumó.

Más de una vez.

Louise empieza a terminar sus relatos. Incluso los envía.

Lavinia y ella se sientan en el diván del apartamento de Lavinia, que huele a incienso, o se ponen cada una con su portátil y cronometran una hora de escritura. Aunque la mitad de las veces Lavinia se aburre, se levanta para hacer una tetera de té de canela-pasa-dátil y luego se olvida también de eso, Louise se queda escribiendo. Lavinia pide cena para las dos a través de la web Seamless, y es glorioso comer comida cocinada por otro y no tener que limpiar después.

—Es lo menos que puedo hacer —dice Lavinia—. Me llevas por el buen camino. Me inspiras.

Le manda un ensayo sobre Devonshire a Gavin Mullaney después de una fiesta de San Valentín organizada por la revista *The Fiddler*. No es el texto que quiere escribir en el fondo de su ser, que sería uno sobre hacerse pasar por alumna de la Academia durante una semana, pero no le gusta escribir sobre sí misma, así que acaba escribiendo algo parecido a un reportaje sobre una chiquillada que ocurrió cuando ella estaba en segundo curso, cuando una pareja de alumnos de la Academia se volvieron majaretas, se escaparon y tuvieron a la policía pisándoles los talones. A Gavin le gusta.

«La verdad es que no me gusta demasiado la narrativa —dice Gavin—, y no me interesan las cosas como la caracterización, porque, personalmente, no

tengo demasiada empatía con los demás, pero el texto es muy legible y al parecer a la gente le gustan las historias inspiradas por emociones primarias.

»¿Podrías tuitearlo cuando tengas ocasión?«

Varios días después le sugiere que tantee a la segunda persona favorita de su lista de citas (tiene una hoja de Excel), una mujer llamada Michelle-Ann que se fue de *Misandry!* y ha fundado *The New Misandrist*. Louise lo hace.

Louise se permite hacer el estúpido.

Deja de prestarle tanta atención al dinero (de alguna manera, incluso si Lavinia paga por todo, Louise está sin blanca, y no está muy segura de por qué). Empieza a incumplir los plazos de GlaZam. Empieza a comer pan (a Lavinia le encantan los *croissants* de Agata & Valentina e insiste en comprar una docena, a pesar de que nunca se come más de uno). Empieza a fiarse de la gente del mismo modo que Lavinia se fia de la gente, con la seguridad de saber que el mundo es un lugar bien ordenado y razonable donde nada puede salir rematadamente mal.

Louise deja de esperar que el mundo se acabe.

Hasta que una noche casi se acaba.

Louise está muy contenta esa noche. Han ido a una fiesta de ilustración erótica de Ballet Ruso en un museo de cultura gay en el Lower East Side y se han quedado hasta tardísimo en un bar de cócteles de estética María Antonieta, y está muy contenta porque se ha tomado la última copa de champán sabiendo que no debería haberla tomado. Toma la ruta de tren larga y lenta, y cuando se baja se pone a cantar.

Louise nunca canta.

Cuando anda hacia casa siempre se encoge. Siempre lleva las manos en los bolsillos. Siempre mira hacia delante. Siempre lleva las llaves entre los

dedos.

Siempre.

Y

Pero esta noche Louise está borracha, y Lavinia la ha invitado a la ópera dentro de un par de semanas, y Louise ha prometido que le coserá un vestido. De coser se encargará Louise, por supuesto, pero Lavinia comprará los materiales y el maniquí estilo *vintage*; tienen tantos planes que Louise va tarareando «As Time Goes By» porque es la única canción que sonaba una y otra vez en la fiesta del Ballet Ruso y se deja las llaves en el bolso.

—Menuda voz que tienes, chiquilla.

Él siempre está ahí.

Esta noche Louise no le tiene miedo. Se echa la melena de color rubio fresa hacia atrás y lanza ese tipo de sonrisas que destruyen el mundo, de esas que Lavinia tanto usa con los camareros cuando no quiere pagar alguna consumición.

—¿Me das clases de canto?

—¡No, gracias!

Ella va prácticamente dando saltos.

—¿Cómo te llamas?

—¿A ti qué te importa?

«Dios está en su cielo —piensa Louise con la parte de su cerebro que todavía piensa—, y en el mundo está todo bien.»⁷

—¡He dicho que me digas tu nombre!

—¡Artemisia Gentileschi! —dice alzando los brazos.

—¿Estás de coña?

Está muy cerca de ella. Louise no se ha dado cuenta de lo cerca que está.

—¡Oye! ¡Te he hecho una pregunta!

La agarra del brazo.

El caso es que puedes mentirte hasta cierto punto. Puedes desafinar tus instintos, si quieres —puedes beber demasiado, reír y sonreír, ponerte más pintalabios, decir «vamos a emborracharnos de poesía y virtud», puedes fingir que eres un ser humano durante un tiempo—, pero al final eres lo que eres.

Alguien se acerca demasiado y echas a correr.

Sus pasos se mezclan con los tuyos y te paras.

Te das la vuelta.

Él vacila.

Haces lo que tienes que hacer.

Y, si eres lo bastante perezosa, estúpida y confiada como para no llevar las llaves entre los dedos —esa vez, esa maldita vez que eres lo bastante perezosa y estúpida y confiada como para no llevar las llaves entre los dedos—, usas lo que tienes a mano.

Los codos. Las uñas. Los dientes.

Das un puñetazo directo al ojo de un desconocido antes de averiguar si quiere violarte o si le gusta tu sonrisa.

Sigues golpeándolo, arañándolo y tirándole del pelo, incluso dándole patadas directas a la entrepierna, hasta que te aseguras de que está en el suelo.

Le das otra patada, por si acaso pretende seguirte.

Echas a correr.

Louise no deja de temblar hasta que está en el portal.

No se permite llorar hasta que está dentro.

No se permite gritar. Ahora no. Nunca. Se lleva la muñeca al pecho, la muñeca magullada donde él la ha agarrado, donde ¡¡¡MÁS POESÍA!!! sigue

curándose en el antebrazo, y respira muy despacio, con mucha medida, profundamente, y su respiración resulta ronca y forzada, aunque no haga ruido.

«Serás idiota —piensa—. Te mereces todas las desgracias que te esperan.»

Quizá la luna esté llena. Quizá las estrellas brillen. Quizá los cigarrillos huelan a incienso.

Pero para ella, no, piensa. Para la gente como ella, que no vive en el Upper East Side, que no estudia en Yale, que no es rubia natural, nunca.

Todos los que le han dicho esto tenían razón.

Y

—Y una mierda —dice Lavinia cuando Louise intenta devolver la entrada al teatro el día siguiente—. Es el estreno de temporada.

Louise ha inventado una excusa imprecisa y poco convincente. Paul necesita más clases particulares porque fuma demasiada maría. Algo así.

—Ya he pagado las entradas —dice Lavinia, como si eso lo zanjara.

Ve el cardenal en la muñeca de Louise.

—¡Por Dios!

Louise explica que no es nada, que hay un tipo al que le gusta hablar con ella, que se puso un poco sobón porque ella se pasó de lista y que este tipo de cosas pasan todo el tiempo.

—¿Todo el tiempo?

Lavinia estira las piernas a lo largo del arcón. Se abanica con las plumas de pavo real. Sube el volumen de la música.

—Múdate al cuarto de Cordy —dice—. De todas formas, va a quedarse todo el verano en París.

Es estúpido hacerlo. Louise lo sabe.

Pero también es estúpido rechazar una habitación gratis en la calle Setenta y Ocho con Lex.

Lavinia alquila una furgoneta de mudanza una semana después. Aparece por Sunset Park con pantalones *palazzo* y un pañuelo en el pelo como si fuera una exploradora de los años treinta, como si fuera de aventura a una tierra inhóspita, a pesar de que solo ha ido al sur de Brooklyn (ni siquiera es realmente el sur de Brooklyn, como Gravesend o Bensonhurst, es solo Sunset Park). Mira con perplejidad las bodegas, las sillas de plástico blanco, al hombre griego meando en el vestíbulo.

—Me encanta —dice Lavinia. Apaga un cigarrillo en la pared del vestíbulo—. Deberías escribir sobre él. Un griego loco... Lo mismo es un profeta. Apuesto a que en *The Fiddler* les encantará.

Louise no quiere volver a pensar nunca en el griego loco.

Se meten en la furgoneta, que al parecer Lavinia puede conducir («Aprendí en Newport un verano. Me llevé por delante un buzón»), con una sola caja de trastos inútiles que Louise ni siquiera tiene previsto guardar.

Ahí está él, en la esquina.

Tiene un ojo morado. Tiene el labio magullado.

Él la ve. Alza la vista.

—¿Qué pasa?

—Nada —dice Louise—. No pares.

—Es como si hubieras visto...

—¡Vámonos!

Una sonrisa extraña y lenta se extiende sobre el rostro de Lavinia.

—¿No será ese...?

—Por favor, Lavinia...

Lo único que quiere es irse. Lo único que quiere es no volver a ver esta calle o este apartamento o cualquier bodega con sus cigarrillos sueltos, sus rosarios colgados y sus paquetes de comida de microondas barata.

Lavinia detiene la furgoneta.

Es una pésima conductora, y el frenazo proyecta a Louise hacia delante con tanta violencia que le sube bilis hasta la garganta.

—¡Cómo se atreve! —dice Lavinia—. ¡Cómo coño se atreve!

—Yo solo quiero que...

Lavinia ya está fuera de la furgoneta.

—¡Oye!

Se pone delante de él.

—¡Oye, tú!

—¿Qué pasa contigo...?

—¡De qué vas... puta escoria nefasta!

Louise no puede respirar.

Se queda allí mismo, con el cinturón puesto en el asiento del copiloto, sabiendo que debería levantarse, hacer algo, decir algo o detenerla, pero su corazón late tan fuerte que no reacciona, y Lavinia está tan ridícula con esos pantalones *palazzo* de color crema que ya se han puesto grises (por Dios, si estamos en abril) y el pañuelo envolviéndole la cabeza mientras grita a ese hombre con el ojo morado y el labio superior magullado.

Lo más gracioso de todo es que él está desconcertado.

Louise casi siente pena por él.

—Señorita, no sé de qué está...

—Habría que... ahogarte y descuartizarte. ¡Habría que ahorcarte!

Él levanta la vista.

Por supuesto, la intención de Lavinia no es esa. Lavinia no vive en el mundo real. En este mundo, que una mujer blanca le diga a un negro que habría que ahorcarlo no significa lo mismo que en el mundo de Lavinia, donde los hombres siguen enfrentándose en duelos al alba con mosquete, espada o arco. Louise lo sabe. Lavinia ni siquiera entiende lo que ha hecho —ni siquiera ahora, ni siquiera cuando él la mira como si lo acabara de abofetear—, y lo único que piensa Louise es «joder, joder», sale corriendo de la furgoneta, agarra a Lavinia con tanta fuerza que la hace chillar y grita «vámonos», y luego prácticamente la tira en el asiento del copiloto. Coge las llaves y pisa a fondo porque, por el amor de Dios, Lavinia no sabe conducir el trasto este, y las ruedas chirrían cuando toman Park Slope antes de que nadie diga nada.

—¿Por qué coño has hecho eso?

Lavinia se frota el brazo por donde Louise la ha agarrado.

—No tenías que haber hecho nada —dice Louise.

Mantiene la vista en la carretera.

—¿No quieres que te defienda?

—No tenías que haber dicho eso.

—Pero ¿qué he dicho? ¡El que te ha insultado ha sido él!

—No puedes ir por ahí... —El corazón de Louise está empezando a volver a la normalidad—. No puedes ir por ahí... joder... diciendo cosas sin pensarlas.

No sabe bien por qué lo está protegiendo. Lo único que ha hecho durante años ha sido seguirla a casa. Lo único que ha hecho ha sido llamarle cosas y decirle que va a follársela, o que no se la follaría aunque su vida dependiera de ello. Ella le ha puesto el ojo morado.

«Quizá solo quería ser amable» (¿Cómo es posible que piense eso ahora?).

«Quizá tenía que haberle preguntado por su nombre.»

Y ahora Louise está muy enfadada consigo misma, enfadada con Lavinia por ser tan estúpida, enfadada con Lavinia por tener tan buenas intenciones, enfadada con Lavinia por no saber por qué está enfadada, así que no dice nada.

Pasan en silencio el trayecto hasta el Upper East Side.

—¿Sabes qué? —dice Lavinia cuando Louise para la furgoneta—. Pensaba que me darías las gracias.

La cama es blanda. La colcha es de *jacquard* forrado de piel. Las paredes tienen molduras. Hay una araña de mediados de siglo. Hay alfombras persas, un armario *art nouveau* que Lavinia compró en el mercadillo de Flatiron y postales antiguas de todos los sitios a los que Lavinia y Cordelia han ido de niñas. Hay una fotografía enmarcada de las hermanas en la mesilla de noche.

En el armario no hay sitio para la ropa de Louise. Lavinia lo ha llenado de vestidos formales: vestidos de noche, de tafetán antiguo, de seda, de lentejuelas, de plumas, además de pantalones largos de terciopelo que Lavinia se pone las noches en las que quiere parecerse a Marlene Dietrich.

—Lo siento —dice Lavinia. Lleva la bata azul claro con manchas. El pelo le cae hasta la mitad de la espalda—. Ni se me ha pasado por la cabeza hacer hueco. Pero bueno... Tampoco es que tú tengas mucha ropa. ¡Si quieres, puedes usar la mía! —dice esto con mucha ligereza—. Es una suerte que tengamos la misma talla, ¿verdad? —Le trae a Louise una copa de champán. Son las diez de la mañana—. Por cierto... —Se sienta en la cama, justo encima de las sudaderas de Louise—. He estado pensando. Deberías inscribirte en el gimnasio ClassPass. Yo lo voy a hacer. Así podemos entrenar juntas por las mañanas. Dios, ya lo sé, ya lo sé... Pero quiero ser cada vez mejor. Voy a levantarme temprano por las mañanas... Bueno, madrugaremos

las dos. Al parecer, el metabolismo empieza a ralentizarse antes de los veinticinco... Voy a tener que andar con mucho cuidado.

Louise tarda un segundo en darse cuenta de que Lavinia no tiene ni idea de cuántos años tiene.

—Trae, dame tu teléfono. Yo te inscribo. —Lavinia coge el bolso de Louise—. ¿Tienes por ahí una tarjeta de crédito?

—¿Cuánto cuesta?

—No mucho. ¿Unos doscientos? ¿Ciento noventa? Por ahí.

Lavinia coge la tarjeta.

—Es un poco caro.

—¡Oh, no te preocupes! —sonríe Lavinia—. Es ilimitado. Puedes ir a todas las clases que quieras. ¡Podemos incluso ir dos veces al día!

—No creo que...

—¡Será genial! Ya sabes cómo soy, Louise: nunca hago nada si no me obligas. Soy una inútil de remate. Ni siquiera escribiría, y entonces el sabático entero se desperdiciaría, ¿verdad? Si no fuera por ti, estaría tirada por casa, bebiendo. ¿Lo ves? Tienes una obligación moral conmigo. ¡Mi vida está en tus manos! —Se acuesta sobre las almohadas—. Además, ¿no te estás ahorrando un pastón del alquiler?

—Bueno, un poco.

Lavinia se vuelve a incorporar.

—¿Cuánto pagabas? Ya sabes, en el sitio ese.

Louise vacila.

—Ochocientos.

—¿Solo?

—Era de renta controlada. —Algunos meses pagar ochocientos dólares resultaba imposible.

—Bueno, pues perfecto. Te ahorras ochocientos, gastas doscientos. Te quedan seiscientos al mes más que antes, ¿no? —Menea la tarjeta—. Nos vamos a poner tan delgadas... ¡Ay, Dios! Vamos a ponernos como... sílfides. —Inclina la cabeza mirando a Louise como un perrito—. Venga... Di que sí, por favor.

Louise está muy, muy agradecida.

¿No es así?

Coge la tarjeta. Coge el teléfono.

—Hazlo ahora. Venga.

Louise obedece. Doscientos dólares al mes.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! —Besa a Louise en la frente.

Después:

—¡Venga!

Saca su móvil.

—Foto —dice—. Espera... No. —Se pone pintalabios. Busca otra bata—.

Ponte esto.

Se hacen un *selfie* tumbadas en la alfombra de Karabaj del salón.

Lavinia la titula *En famille*. Todo el mundo le da a *Me Gusta*.

Incluso Mimi Kaye.

—¿Qué vas a ponerte esta noche?

Louise está muy cansada. Tiene clase con Paul y con otro chico llamado Miles, y una tercera sesión con una chica llamada Flora, que vive allá por Park Slope. Tiene que trabajar al menos tres horas para GlaZam. Tiene un turno de camarera por la mañana.

—¿Qué hay esta noche?

—¿Cómo que *qué hay esta noche*? —Lavinia ríe—. Señor... ¿Qué te pasa hoy?

—No sé...

—El estreno. *Romeo y Julieta*.

—Coño. La ópera.

Louise lo ha olvidado por completo.

—Joder... Lavinia... ¡Estoy agotada!

—Pero ¿no ves que es perfecto? Ahora no tienes que preocuparte de volver hasta tu casa. Después volvemos en taxi. Pago yo. —Lo dice con total inocencia, como si Louise no se acabara de gastar doscientos dólares en ClassPass para contentarla—. Venga... ¡Deberíamos celebrarlo! Ahora somos compis de piso... ¿No era eso lo que queríamos?

Tiene la sonrisa helada.

—Por supuesto —dice Louise—. Volveré después del trabajo.

—De acuerdo —dice Lavinia—. Una cosa más. La junta de cooperativistas de aquí, ya sabes. Soy muy estrictos en cuanto a hacer copias.

—Copias de...

—Cordy tiene un juego, yo tengo otro, pero no hay más. Ni siquiera la criada tiene uno. Así que... Bueno, tendrás que llamar al timbre para que te abra. —Se encoge de hombros—. No es problema, ¿verdad?

—Por supuesto que no —dice Louise.

Da la clase con Paul. Da la clase con Miles. Va hasta Park Slope a dar la clase con Flora y luego vuelve desde allí.

Llama al telefonillo.

—¿Por qué has tardado tanto? —Lavinia lleva un vestido largo de seda roja que resplandece a cada paso que da. Se ha puesto horquillas y gel en el pelo para darle forma de ondas al agua.

Seguramente lleve preparándose desde que Louise ha salido.

—El metro.

—Bueno, pues date prisa...

Son solo las cuatro. Louise quiere sacar al menos un par de horas de trabajo para GlaZam.

—Tengo que acabar algunas cosas.

—¿No puedes hacerlas mañana?

Mañana habrá más trabajo.

—Pero esta noche es la gala —dice Lavinia—. Escucha... Escucha, tengo el vestido perfecto para ti. Quiero que vayas de blanco, ¿vale? Tengo uno que le compré en Etsy a un vendedor de París. Es de los años cincuenta... Costó una auténtica fortuna, pero es tan bonito, y ya me lo he puesto tantas veces que... que estoy harta de llevarlo. Ya te lo he dejado preparado.

Es de tafetán y seda, enorme, principesco. No es algo que Louise querría ponerse nunca.

—¿Estás segura?

—¡Estarás fantástica! También te voy a peinar. Tardaré un poco, porque creo que habría que rizarlo. ¡Hay que darle cuerpo! ¡Dios, estoy tan nerviosa! Rose también va a venir esta noche... Hará fotos para *Last Night at the Met*.

Hace que Louise se desvista. Le sube el cierre del vestido. Le queda justo.

—No volveré a ponérmelo nunca —dice.

—¿Por qué no?

—Recuerdos trágicos. —Louise ve la sonrisa de Lavinia en el espejo—. Perdí la virginidad con él.

—¡No jodas!

—Lo he lavado en seco. Además, me lo quité primero. Obviamente.

Lavinia sienta a Louise ante el tocador. Lavinia conecta las tenacillas.

—No te muevas.

Lavinia mueve la cabeza de Louise hacia la izquierda. Le sube la barbilla.

—¿Cómo perdiste la virginidad?

Lavinia separa un mechón de pelo fino y cuidadosamente teñido de Louise y lo envuelve en la plancha. Le quema la oreja.

—Pues... del modo habitual —contesta Louise.

—¿Te gustó?

—Estuvo bien.

No estuvo bien. Louise tuvo que suplicar para que pasara.

Por supuesto, en aquella época no era guapa.

—¿Con quién fue? ¿Con el tal... Víctor?

—Virgil.

Louise está agotada. Louise no quiere hablar del tema. Pero Lavinia la está tratando con tanta suavidad... Le está acariciando el pelo porque sí.

—Menudo imbécil —dice Lavinia—. Bueno... supongo. Él no sabía lo que tenía contigo. No me imagino a un hombre en el mundo que te merezca... Mírate. —Le sube la barbilla—. Estás preciosa.

Incluso ahora, esto hace sonreír a Louise.

—Tendría que haberte llevado a... a... ¿Cuál es el sitio más romántico de New Hampshire? A... ¡Al campo! Tendría que haberte llevado, no sé, a una cabaña con una chimenea centelleante y pieles de animales.

De hecho, Louise perdió la virginidad en el campo. En el bosque detrás de las canchas de tenis de la Academia Devonshire.

—Yo perdí la virginidad después de la ópera —dice Lavinia. Lo dice como si nada—. Tenía diecisiete años. —Tiene la mirada perdida en el espejo, gracias al cual Louise puede verla—. ¿Lo sabías?

—No.

—Llevábamos juntos más o menos un año. Bastante tiempo, ahora que lo pienso. Pero los dos éramos... ya sabes... muy tiernos. Él era muy caballeroso. Ya te lo dije. Es de la vieja escuela. Conseguimos entradas para

el Metropolitan con descuento de estudiante. Era la primera vez que iba. Estuvimos de la mano todo el tiempo. Era una estampa lamentable: un par de mocosos vírgenes y asustados ahí dándonos la mano... Fuimos a ver *Carmen*, yo tenía diecisiete años, y al final, en la parte esa en que él la mata... y hay una corrida de toros, una enorme piel de toro a un lado del escenario y al otro lado él le echa las manos al cuello... ¡Dios!, nos sudaban mucho las manos. Y fue todo perfecto. Y recuerdo que pensé... Recuerdo exactamente lo que pensé: «Quiero que se acuerde de mí». Si él no hubiera sido también virgen... Bueno, menuda mojigata que era entonces. No me hubiera gustado ser una más en una letanía.

Resopla despacio.

—Estaba claro que no podíamos volver a mi casa ni a la suya por nuestros padres. En aquella época mis padres vivían aquí; fue antes de que se largaran y compraran este apartamento. Nadie nos daba una habitación de hotel porque los dos éramos menores; fuimos al Carlyle y fuimos al Algonquin, y en todas partes les jurábamos que teníamos dinero, pero no nos creían. Tuvimos que irnos... Dios, fue horrible... a un sitio espantoso que encontré cerca de Flatiron que tenía cristal antibalas en la recepción. Estábamos cortadísimos. Pero echamos las cortinas, bajamos las luces, encendimos una vela, pusimos el *Sueño de amor* de Liszt y... Bueno, fue la noche más bonita de mi vida.

»¿Sabes que es el único hombre con el que me he acostado? Es una tontería, lo sé. Pero es que, si las cosas no pueden ser así de perfectas, ¿sabes?, pues no las quiero. No quiero una vida ordinaria. Y... ¡Joder!

Salta la alarma de incendios.

A Louise le sale humo del pelo.

El caso es que Louise tampoco se ha dado cuenta.

Estaba pensando en la sensación que debe de dar ir al Carlyle o al Algonquin. O que tampoco importa demasiado si es en una pensión por horas con cristal antibalas. Siempre que sea con alguien que te quiere tanto.

Disimulan el mechón de pelo chamuscado.

—Creo que estás preciosa, da igual cómo lleves el pelo —dice Lavinia—. Pero por esto mismo te necesito. Si no fuera por ti, le prendería fuego a la casa de tanto contar historias.

»Te necesito —añade Lavinia, le aprieta la mano y todo parece perfecto.

Hasta que Mimi escribe un mensaje mientras Lavinia acaba de maquillarse.

OMG t as mudado con Lavinia?

(cerdo de aspecto sorprendido con pintalabios)

(sí, dice Louise, hoy mismo)

OMG es un apartamento genial

Me encantó vivir aí

(muñequito de jengibre en una casa de jengibre que acaba aplastada)

q plan teneis las 2 esta noxe?

—Oye, Lavinia. —Están en el taxi.

—Dime.

—¿Mimi antes vivía contigo?

—Por supuesto que no. ¿Por qué?

—Por nada. Es que me ha mandado este mensaje tan raro...

—Dejé que se quedara un par de semanas mientras se mudaba de un apartamento a otro. —Lavinia se está repasando el pintalabios con ayuda de la cámara del móvil—. Eso es todo.

Sale del taxi.

Deja que Louise pague.

Esta noche la luna llena sonríe sobre el Lincoln Center.

Hacen muchísimas fotos.

Lavinia hace algunas de Louise dando vueltas junto al borde de la fuente.

Louise hace muchísimas fotos de Lavinia bajo los arcos.

Lavinia las cuelga con el comentario de Ah, je veux vivre!⁸

Se meten una raya de coca en el baño antes de que suba el telón.

Lavinia deja un billete de veinte dólares en el tarro de propinas del encargado del baño.

Se compran una copa y otra copa y otra copa de champán a quince dólares la consumición, y Lavinia paga la mayoría, pero Louise también paga varias, y, puesto que está borracha, no lleva la cuenta de lo que está gastando, aunque sabe que tiene seiscientos dólares al mes que antes no tenía, el champán está buenísimo y además las dos saben que están guapísimas esta noche.

Y están realmente guapísimas.

Hasta la gente que no las conoce se lo dice. Mujeres mayores y turistas las paran para decírselo, y Lavinia sonríe con benevolencia y dice «Gracias, gracias».

En las escaleras, Louise ve a Atenea Virginal. Tiene el pelo recogido en un moño tirante. Lleva perlas. Lleva un vestido largo de color rosa y va del brazo de un hombre sin pelo.

También está Anna Wintour.

Lavinia lleva a Louise a la sala de prensa, que está medio oculta en el baño y que nadie, salvo la prensa (y Lavinia, que no es prensa, pero sabe cosas), conoce.

Beowulf Marmont ya está allí. Está esforzándose mucho por intervenir en una conversación entre dos hombres mayores, opinando ruidosa y entrecortadamente sobre la importancia de Wagner y llamando «dramas» a sus óperas.

—Ese es el problema con Gounod —dice Beowulf—. Sus emociones son demasiado directas... Todo es muy predecible, ¿verdad? Es emotivo, pero a costa de la complejidad.

Gavin Mullaney da un puñetazo a Louise en el hombro.

—Reconozco —dice— que me has impresionado. Y eso es poco usual en mí. Así que siéntete orgullosa. —Se vuelve hacia Beowulf—. Conoces a Louise Wilson, por supuesto. Ahora escribe para nosotros.

Beowulf se queda pasmado.

—Pues claro —dice Beowulf—. Un placer.

Sigue mirando por encima de su hombro, por supuesto (los dos hombres mayores, que están casados, trabajan para *The New Yorker* y *The New York Times* respectivamente), pero esta vez se queda muy quieto.

—¡Buenobuenobueno!

Alguien se abre paso a empujones.

—PerosiesBeowulfMarmont.

Mimi le tiende la mano.

Lleva un vestido de lentejuelas con un escote hasta el ombligo y una falda que a duras penas le tapa el culo.

—Ese soy yo —dice Beowulf, que no tiene ni idea de quién coño es ella.

—Eres amigo de Lavinia.

—Pues sí.

—Escribes para *The Fiddler* y para *The Egret* y estás haciendo el doctorado en Columbia.

—Pues sí.

—
Leí lo que escribiste sobre Joan Didion para *The Egret* creo que tienes toda la razón y que
Entonces, y solo entonces, Beowulf Marmont sonríe.
Le pone la mano en la espalda.
—Te invito a una copa —dice.

Y

—Vámonos —dice Lavinia agarrando a Louise de la mano. Ni siquiera mira a Mimi.

—¿Esta de qué va? —insiste Louise, mientras ascienden por las escaleras en dirección al palco.

Lavinia no contesta. Se inclina sobre una estatua en lo alto de las escaleras y escruta la multitud.

—¿A quién buscas?

—A nadie —responde Lavinia—. La única persona que quiero ver eres tú, y te tengo aquí mismo. —Mantiene la mirada en la escalinata—. Vamos a hacernos un *selfie*.

Se lo hacen.

—Dios, me encanta la ópera —prosigue Lavinia, mientras se quitan los abrigos de piel y toman asiento, y entonces vuelve a buscar a lo lejos—. Es maravilloso cerrar los ojos durante tres horas y sentir cosas de verdad.

»Y... ¡Mira!

Ha traído la petaca, a pesar de que ya están bastante borrachas.

—Toma. Bebe.

Lleva la petaca a los labios de Louise y la inclina para que su boca se llene, y Louise se atraganta un poco.

Lavinia se ríe.

—No te preocupes —dice de repente.

—¿De qué?

—No te pareces en nada a Mimi.

Louise odia lo feliz que esto la hace.

—Eres lista. Y eres fuerte. Y no estás desesperada. Eres como yo. Si dices algo, lo cumples.

Le aprieta la mano a Louise.

—Siento haberte obligado a venir esta noche... No tenía que haberlo hecho... Sé lo cansada que estás.

—No te preocupes —dice Louise.

—Pero te alegras de haber venido, ¿verdad?

—Sí —contesta Louise.

—¿No estás enfadada conmigo?

—No.

—Me alegro muchísimo de que hayas venido a casa —explica Lavinia—. ¡Odio estar sola! —Da otro trago a la petaca—. ¡Vamos a ser tú y yo *contra mundum*!

Coge a Louise de la mano. Se la lleva, muy lentamente, a los labios. Le besa los nudillos. Tira del brazo de Louise. Le besa donde pone ¡¡¡MÁS POESÍA!!!

—Vamos a pasar la noche más maravillosa —le susurra cuando se abre el telón.

La música es siniestra y maravillosa, la soprano es preciosa y Vittorio Grigolo es tan guapo y apasionado que te crees de verdad lo enamorado que está Romeo. Y Julieta canta «*Ah, je veux vivre!*» y el vals es un trino, y el corazón de Louise late muy rápido. Está pensando «Sí, sí, yo también quiero vivir», pero entonces piensa que quizá no es para tanto haberse gastado doscientos dólares hoy (quizá trescientos, si sumas el champán y el taxi); que quizá algunas veces te puedes retrasar con el trabajo de GlaZam, que algunas

veces (si estás con Lavinia en la ópera) no hace falta que te preocupes tanto por que los hombres te sigan en Sunset Park; que quizá no es tan malo no tener llave del apartamento de Lavinia; que quizá no sea para tanto que algunas veces no duermas por estar leyendo una y otra vez la novela de Lavinia; que quizá no sea tan malo no tener sitio en casa para tu ropa. Nada de esto es para tanto cuando Lavinia está con ella.

Especialmente cuando Lavinia está tan pegada.

Especialmente cuando huelen a whisky y a champán, y si se han metido un par de rayas en el baño, y Louise puede oler el perfume de Lavinia, que es como higo, pera y lavanda y huele mucho mejor que el suyo propio.

Especialmente cuando la música asciende.

Especialmente cuando Lavinia le besa el cuello.

Υ

Louise se queda helada.

Será uno de los amaneramientos de Lavinia, piensa, igual que besarle la mano, los nudillos o el tatuaje, igual que quedarse dormida en su hombro o acurrucarse a su lado en la misma cama. Lavinia es muy vitalista y muestra su amor sin tapujos. Lavinia nunca se ha acostado con nadie aparte de Rex (¿o dijo... con ningún otro hombre? ¿Le estaba dando una pista?). Esto no solo es algo que Lavinia hace para que sepas que le importas.

Acaba de besarte el cuello. Con lengua.

Acaba de morderte, solo un poco.

Te acaba de poner la mano en la rodilla.

Louise la mira, pero Lavinia sonríe como si nada hubiera cambiado, como si no estuviera fuera de lugar, o no fuera raro o extraño, como si no hubiera nada homosexual en todo esto, en que Lavinia est e deslizando la mano hacia el

interior del muslo de Louise, o apretando su piel con las yemas de los dedos, o que se incline de nuevo para besar la parte de atrás de la oreja de Louise.

Y Louise está muy confusa, porque, después de todas las veces que han estado juntas, se han mirado los pechos la una a la otra, han comparado el tamaño de sus copas, se han cambiado en la misma habitación o han meado en el mismo inodoro, no sabe si Lavinia se ha fijado en ella (Louise sí se ha fijado en Lavinia, pero sobre todo pensando «qué aspecto tan perfecto tiene» o «qué delgada está», y Louise no identifica nada claramente sexual en ello, aunque ahora no está tan segura). Lavinia la está besando con tanta ternura y tanta experiencia... Y ese es otro tema: que parece que sabe muy bien lo que hace.

El caso es que Louise no sabe si quiere esto.

Sabía que lo quería cuando le suplicó a Virgil Bryce que le quitara la virginidad, porque, aunque entonces estaba gorda y no era guapa, él salía con ella, y eso quería decir que la deseaba hasta cierto punto. Le había dicho que la quería tantas veces, a pesar de todas las antipáticas cualidades (el silencio, la fealdad, la ansiedad, la dependencia constante) que la hacían tan antipática. Pero ni siquiera entonces, recuerda, estaba segura de si quería follárselo o de que él deseara hacerlo.

Eso era entonces. Esto es ahora.

Louise no sabe en qué momento preciso ha dejado de preguntarse si está pasando y ha empezado a afirmar que está pasando. Quizá sea una afirmación desde el principio. La mano de Lavinia en su muñeca. La mano de Lavinia subiendo por el muslo. Los dedos de Lavinia apartando su ropa interior. Los dedos de Lavinia tocándola por dentro.

Resulta agradable. Y ese es otro tema. Existe la orientación sexual, pero también existe la biología, y que alguien te mordisquee el cuello y te manosee por debajo del vestido de tafetán rosa con tantas enaguas (gracias a Dios,

gracias a Dios, se ha puesto la cosa ridícula esta con tantas enaguas; «¿No querría Lavinia que llevara ese vestido con tantas enaguas para esto?») es objetivamente agradable, lo haga quien lo haga, siempre y cuando sepa lo que está haciendo, aunque también resulta un poco extraño (¿y un poco frío?).

Y Louise piensa «¿Cómo es posible que quiera esto?».

Y Louise piensa «No puedo decir que no».

Se ha gastado la mitad del dinero del alquiler; tiene un apartamento gratis en la calle Setenta y Ocho Este; Lavinia ha pagado el taxi; Lavinia ha pagado las entradas; Lavinia ha pagado casi todo el champán («¿Y qué? ¿Y qué? ¿Qué importa? Pues importa»). Y se pregunta «¿Será esto lo que Mimi no hizo?», aunque le cuesta imaginar a Mimi negándose a que Lavinia le metiera los dedos (de hecho, sí puede imaginarse a Mimi suplicando a Lavinia que lo haga).

Pero, además, esto significa que Lavinia piensa que Louise está lo bastante buena para follársela.

Pero, además, «por supuesto que no estamos follando», aunque Louise no está segura de lo que cuenta como follar entre chicas. Puede que Lavinia solo esté borracha o puede que Lavinia haya estado enamorada de ella todo el tiempo («Te quiero; eres preciosa; te necesito...»), ¿cuántas veces ha dicho Lavinia estas cosas? ¿Louise ha sido así de tonta?). Louise no puede decir que no, y eso la enfada, pero, por otro lado, por otro lado, no quiere hacerlo.

Y la música, la música, la música. Y el terciopelo. Y las luces. Y el champán.

Lavinia se separa. Le brillan los ojos.

—Te lo dije —susurra—. Te lo dije... ¡Qué noche tan épica!

Todavía tiene los dedos dentro de Louise, está besando a Louise directamente en la boca y está usando la lengua, lo cual, de entre todos los elementos irreales que están ocurriéndole ahora mismo, es lo único, lo único

que hace que Louise piense «Oh Dios, oh Dios», y quizá esta sea la sensación que se experimenta cuando te desean, y quizá esto sea lo que se siente cuando te quieren.

Y Louise piensa «Lo mismo no es tan importante no poder decir que no».

—Te quiero —le susurra Lavinia a la boca una y otra vez—. Te quiero, te quiero, te quiero muchísimo.

Lo más estúpido de todo es que Louise se lo cree.

Por un minuto entero (un aria entera en la que Mercucio piensa que la reina Mab ha estado con todo el mundo, y es posible que lo haya hecho), Louise piensa que todo la ha conducido hasta aquí (esta noche, pero también todo el año; este año, pero también el resto de su vida), que cada estupidez que ha dicho o hecho y que cada vez que lo ha jodido todo estaba al servicio de darse a conocer así y que la quisieran.

Hasta que ve a Rex.

Y

Está en un palco al otro lado del pasillo.

Está con Hal.

Las está mirando.

Louise se aparta tan de repente que casi se cae del palco.

—Tengo que ir a mear.

Sale corriendo.

Puedes perder peso. Puedes teñirte el pelo. Puedes adoptar el encantador acento de la región del Atlántico medio. Puedes quedarte hasta las cuatro de la madrugada incumpliendo tus propios plazos de trabajo para leer la novela de otra persona y decirle que es genial.

Pero, hagas lo que hagas, nada es suficiente.

Incluso si alguien te quiere (o cree que te quiere, o dice que te quiere), solo será porque le recuerdas a otra persona, o porque le haces sentir menos mal por haber perdido a otra persona, o porque otra persona está mirando desde el otro lado del auditorio, en un palco, y quiere que se ponga celoso y no eres más que una cómplice en todo esto.

«Tengo casi treinta años —piensa Louise—. ¿Cómo no me he dado cuenta antes?»

Sale corriendo al balcón. Hace mucho frío —está tiritando, aunque sea abril—, pero prefiere estar aquí, temblando, mirando el Lincoln Center, la fuente llena de luna y la plaza vacía y geométrica, que pasar un segundo dentro en cualquier sitio donde el perfume de Lavinia persista en el aire.

Ni siquiera es capaz de encenderse un cigarrillo.

—¿Te echo una mano?

Ella se da la vuelta y lo ve.

—Trae —dice Rex—. Déjame a mí.

Ella todavía no puede hablar.

Se compone lo suficiente como para ofrecerle un cigarrillo.

—Te ofrecería un pañuelo —dice él—. Pero creo que me lo robaste la última vez.

—Oh —dice ella—. Lo siento.

—No pasa nada —explica él—. Te lo puedes quedar.

—Lavinia lo quemó.

—Oh. —Él suspira al oír esto—. ¿De verdad?

—Sí.

—De acuerdo —suelta Rex—. Supongo que me lo merezco —añade. Y después agrega—: Lo siento.

—¿Por qué? No has hecho nada.

—No lo sabía. En la librería, cuando nos conocimos. No sabía que vosotras dos...

—No estamos juntas. —Da otra calada furiosa—. Somos hetero.

—Oh. —E insiste—: ¿De verdad?

Louise se encoge de hombros.

—Sí, las dos. —Ya no le importa—. Pero, ya sabes. Al parecer, a los hombres les pone cachondos que dos chicas hetero se enrollen.

—Eso tengo entendido. —Traga saliva—. ¿Tú qué tal estás, Louise?

Ella está siendo muy brusca con él. Él está siendo muy amable con ella. Pero Louise no puede parar.

—Pues lo hemos estado pasando genial. —De un golpecito tira algo de ceniza en la barandilla—. Muchas fiestas... ¿No has visto las fotos?

—Es imposible no verlas.

—Por supuesto. Ese es el plan.

—¿Cómo?

—No, nada. Lo siento.

Por fin, por fin, Louise respira y dice:

—Lo siento. Estoy de mal humor.

—¿Qué ocurre?

Ella se vuelve hacia él.

—¿Por qué te odia tanto?

Él se apoya en la barandilla. Suspira.

—No me corresponde a mí —dice al fin—. Mira... Ella se merece ser feliz. Dios sabe que no quiero joderlo todo.

—¿La engañaste o algo?

—¡No! ¡No!

—¿Le hiciste daño?

—No... Bueno... No como tú crees.

—¿Cómo, entonces?

—Yo no tengo que contar esta historia.

—¿Quieres decir que la tiene que contar ella?

—¿No es así siempre? —dice, sonriendo ligeramente.

—No le diré que me lo has contado —dice ella—. Si es que eso te preocupa. No tengo que hacer todo lo que me dice.

—Es una tontería —se excusa él—. Incluso ahora. Me siento responsable de ella.

—Pues no lo eres. Tú no tienes el problema. Lo tengo yo. Y quiero saberlo.

—Mira —dice él al final—, yo la quería... La quería de verdad. Durante mucho tiempo. Y todavía me importa... y mucho. —Suspira—. Pero ella es... demasiado.

«Demasiado», piensa Louise.

—Cuando, ya sabes... cuando estábamos creciendo, era como si solo existiéramos nosotros dos, ¿sabes? Bueno, también estaba Hal a veces, pero eso era en clase, y, no sé... Nos encontramos. Y al estar con ella... ¡Dios! Es como una droga... Pero esto tú ya lo sabes.

—Sí —afirma Louise—. Lo sé.

—Y, no sé, nos colábamos en sitios y nos escribíamos cartas secretas, y... bueno... era lo más maravilloso del mundo. Pero luego fui a la universidad y quería hacer... ya sabes, cosas normales, cosas que hacen los universitarios.

—¿Juegos para emborracharte?

—Supongo.

—¿Rollo fraternidad?

—Bueno, las fraternidades no solo son cosa de Yale, pero...

—¿Fútbol americano?

Rex se permite una carcajada.

—Sí. Exacto.

El viento se ha vuelto más frío.

—No teníamos que haber ido a la misma facultad, ¿sabes? Le dije que era mala idea... o, no sé, quizá ella me convenció, ya sabes. El caso es que el primer año, incluso el segundo, hicimos las cosas a su manera. Después... Mira, querer madurar no tiene nada de malo.

—Cuidado —dice Louise—. Lo mismo te arrepientes.

—Esperé a las vacaciones de Navidad. Hablamos del tema. Y se lo tomó... bastante bien. No se enfadó ni nada. Estaba tranquila. Dos días después me llama a las dos de la madrugada para decirme que está en Central Park, que se ha tomado un puñado de pastillas, que ha robado una barca y que vaya a buscarla.

—¿Una barca? ¿En serio?

—Solo digo lo que pasó —aclara Rex—. Mira... Puede que suene raro ahora... pero no lo era. O sea, que estaba totalmente colocada después de haberse tomado un puñado de Xanax de su madre y una botella de ginebra, e intentaba convencerme de que yo tenía que hacer lo mismo.

—¿Lo decía en serio?

Rex vacila.

—Sí —dice al final—. Lo decía en serio. Me dijo que... que le había prometido que la querría para siempre y que ella no quería vivir en un mundo en el que la gente no cumple sus promesas, y que yo tampoco debería querer vivir así. En un mundo... Dios, yo qué sé...

—¿De fútbol?

—De fútbol —responde él, y ambos se miran sonriendo, porque prácticamente tiene razón—. De todas formas, fue entonces cuando se dio de baja médica. Y así sigue. Hasta que sus padres dejen de pagarle la matrícula. O, ya sabes, vuelva a clase. Según ella, está de año sabático. Y, hasta que no acabe, no haré más que cruzarme con ella por todas partes. —Suspira—. Es

culpa mía. Tenía que haber sabido que vendría esta noche. Yo ni siquiera tenía previsto venir... Pero Hal ha insistido. No podemos desperdiciar «las entradas de Henry Upchurch».

—Dios no lo quiera.

Hay un músico callejero junto a la fuente de Lincoln Center. Louise lo conoce. Toca todas las noches después de la ópera, y cada noche interpreta algo de la función que la gente reconocerá, y así es como saca propinas. Ahora está practicando *Ah, je veux vivre dans ce rêve*.

—¿Te cuento algo gracioso? —pregunta Rex.

—Cuenta.

—A veces pienso que ella tiene razón —dice riendo—. En plan... Por supuesto, no deseo haber hecho lo que ella pedía. No estoy loco.

—Claro que no.

—Me gusta mi vida. Solo que... —Inspira profundamente—. ¿Qué puedo decir? Tiene argumentos de lo más jodidos y convincentes.

—Es una persona de lo más jodida y convincente.

Él se ríe.

—Bueno, es que la gente debería cumplir sus promesas. Probablemente. En un mundo perfecto... todos deberíamos hacerlo.

—Pero no estamos en un mundo perfecto —dice Louise.

—El suyo lo es —explica Rex—. Ese es el problema.

—No es así —dice Louise, tan bajo que él casi no la oye—. Créeme.

Rex se apoya en la barandilla.

—Me alegro de hablar con alguien que lo entiende. Puede que suene un poco egoísta.

—No eres egoísta —replica Louise. Rex se encoge de hombros.

—Deberías decírselo.

—¿El qué?

—Que te lo he contado. O sea... No quiero que tengáis secretos. —Suspira por última vez, un suspiro profundo y expansivo—. Ya he hecho bastante daño. No quiero estropearla a ti también.

«No lo entiendes —piensa Louise—, ya es demasiado tarde.»

—Os voy a joder el final —dice Hal detrás de ellos—. Los dos mueren.

—¡Coño, Hal!

—¿Cuánto tiempo tienes previsto quedarte aquí fuera? ¡Te has perdido la segunda mitad!

Rex no contesta.

—Incultos. Y tú te fuiste sin decir adiós, joven Louise. ¡No me dio tiempo a darte el libro!

—Lo siento —se excusa Louise—. Teníamos prisa.

—Mujeres. —Hal pone los ojos en blanco—. Cuando saques tiempo, cultívatelo.

Todo el mundo está saliendo del Lincoln Center con sus esmóquines, sus vestidos de seda, sus pantalones de terciopelo, sus zapatos de tacón.

Mimi se tambalea.

Va dando bandazos y besando a Beowulf Marmont.

Él para un taxi y la arrastra al interior.

—A alguien le espera una violación —dice Hal.

—¡Coño, Hal!

—Joder, Rex, no estoy haciendo chistes sobre la violación.

Hal los rodea a los dos con los brazos.

—Me tomo la violación muy en serio —dice—. Soy un feminista muy, muy bueno.

Nadie dice nada.

—Lo que sí sería un chiste sobre violación —prosigue Hal— sería decir que va a tener relaciones sexuales consentidas, dulces y seguras.

Louise y Rex intercambian miradas.

—Además, todos los hombres son violadores. Leed *Rolling Stone* y veréis.
—Hal se estira el esmoquin—. Pobre Michelle. Me parto.

—¿Michelle?

A Louise nunca se le había pasado por la cabeza que Mimi tuviera un nombre de verdad.

—Era muy graciosa —dice Hal—. Echo de menos que montara numeritos en las fiestas. ¿Te acuerdas de la Nochevieja de 2014, Rex? ¿No fue genial? Nos topamos con Lavinia y con Mimi enrollándose en la bañera del MacIntyre, ¿verdad que sí, Rex?

—¡Hal, para!

—¿Cuál era el tema de la fiesta? ¿Lo recuerdas? ¿No era *El gran Gatsby*? Siempre es el puto gran Gatsby. Pero fue una fiesta estupenda... No como la de este año, ¿verdad que no, Rex? Cada año son peores.

Y Louise piensa «Así que lo de hoy también ha sido para ellos, lo de hoy también».

—Tengo que irme.

Rex avanza, dejándolos atrás.

—Vaya... —dice Hal. Mira su reloj—. Por cierto, joven Louise —añade—, Lavinia te está buscando. Y no está contenta.

—Mierda.

—Le he dicho que estabas con Rex.

—Mierda. ¡Mierda!

La plaza está llena. La fiesta ha terminado. El músico callejero toca *Ah, je veux vivre* a todo volumen.

Hay muchísimas personas con lentejuelas, pero ni una sola de ellas es Lavinia.

—Date prisa, Cenicienta —dice Hal.

Louise echa a correr.

Entre las olas de champán y de whisky y el bajón de la cocaína, Louise está dando vueltas a pensamientos recurrentes, salvo que esta vez son más fuertes, más claros y más ciertos.

Así, así es como lo ha jodido todo: ahora Lavinia la odia —estará enfadadísima— y no tiene el dinero del alquiler, ni tiene llaves, y su apartamento estará ya ocupado, porque un piso de renta controlada no dura ni cinco minutos en esta ciudad, y Louise piensa «oh Dios oh Dios», y piensa «que no se haya enfadado», y piensa «dejaré que me folle, pero, Dios, que no esté enfadada».

Ni siquiera tiene las putas llaves.

Ni rastro de Lavinia. No está en el vestíbulo ni en el restaurante Grand Tier, ni está en el palco ni en la tribuna ni en cualquier otro sito de la sala, y Louise trata de llamarla cuatro o cinco veces, pero Lavinia ha apagado el teléfono, lo cual hace que Louise intente llamar más veces, por más que vaya directa al buzón de voz, porque, si algo define la locura, es intentar lo mismo una y otra vez con la esperanza de que se produzca algún cambio.

Y Louise se esfuerza mucho por no tener un ataque de pánico, ni llorar, ni gritar, intenta concentrarse en los próximos pasos que puede dar: volver al apartamento y esperar junto al telefonillo (¿Y si Lavinia nunca vuelve a casa? ¿Y si Lavinia ya está en casa y no la deja entrar? ¿Y si los vecinos entran y salen y la ven merodeando como una delincuente y llaman a la policía?).

Podría llamar a una amiga (pero no tiene amigas). Podría entrar en Tinder y liarse con alguien, pero entonces tendría que explicar a su supervisor en la cafetería (ay, Dios, el turno de la cafetería) por qué se presenta a servir el *brunch* con un vestido de tafetán que le hace parecer Shirley Temple, porque todas sus posesiones (su ropa, su ropa interior limpia, su portátil, que necesita

para trabajar en GlaZam... joder, joder, el trabajo en GlaZam...) están con Lavinia, la cual está furiosa con ella.

Entonces la ve.

Lavinia está desmayada a un lado de la fuente.

—Joder, Lavinia...

Louise corre tan rápido que se le sale un zapato y tiene que llevarlo en la mano y sigue, cojeando, hasta el otro lado de la plaza.

—¡Joder!

Tiene los ojos abiertos.

Se inclina a ayudarla.

Pero en vez de eso, Lavinia la agarra con tanta violencia que la tira al suelo.

—¿Dónde estabas? —ruge.

—Lo siento.

—¿Dónde... coño... estabas?

—Lo siento... Tenía que hacer pis.

—Me has dejado sola.

—Lo sé. Lo siento.

—Te necesitaba.

—Lo siento.

—Lo hago todo por ti... Absolutamente todo. ¡Y tú vas y me dejas sola!

Solloza tanto que se atraganta.

—¿Has estado con él?

—¡No! O sea... Me he fumado un cigarrillo... Le he dado uno...

—¿Te lo has follado?

—¡No! Claro que no.

—¡Te lo has follado! Te lo has follado y os habéis echado unas risas, los dos, os habéis reído de mí a mis espaldas.

—¡Yo nunca haría eso!

E incluso cuando lo dice, piensa «casi, casi». Incluso cuando lo dice, piensa «quizá».

—¡Eres una puta ingrata!

Lavinia se incorpora.

—Después de todo, ¿qué más quieres de mí?

—Estás cansada. —Louise está muy calmada—. Estás borracha. Estás cansada. Eso es todo. Quieres irte a casa.

—Te dejo vivir en mi casa.

—¡Por favor!

—Te doy... Te doy un puto vestido despampanante para que te lo pongas, te pago las copas, te doy... ¿Te doy una puta habitación gratis y no eres capaz de quedarte conmigo hasta el final de una ópera de mierda?

—No es así.

No sabe si Lavinia se ha olvidado de haberla masturbado o si quiere olvidarlo, o fingir que no ha ocurrido.

—¿Qué más quieres de mí?

—Lavinia, yo...

—¿Qué? ¿También quieres dinero?

Lavinia le tira su bolso.

Le da a Louise de lleno en el pecho.

Louise ni siquiera piensa en pararlo.

Deja que se caiga y retumbe en el suelo.

Sin decir palabra, Louise se arrodilla para cogerlo.

Lavinia llora; se apoya en las rodillas y se muerde la palma de la mano para no gritar.

Louise se queda mirándola.

Louise no puede ponerse triste. Louise no puede enfadarse.

Louise no tiene llaves.

—No pasa nada —dice Louise—. Estás bien. Estás bien. No pasa nada. Tranquila. No pasa nada.

El caso es que está mintiendo.

Nunca te habrías dado cuenta. Louise es muy buena: cubre los hombros de Lavinia con su abrigo, le aparta el pelo del cuello a Lavinia, le susurra a Lavinia su nombre. Es muy eficiente, se le da muy bien sujetarle el pelo a Lavinia cuando esta vomita, cuando Lavinia se limpia la boca con el immaculado y hermoso tafetán. Es como si Lavinia nunca le hubiera metido mano en un palco de la ópera para poner celoso a Rex. Como si Lavinia no la hubiera llamado puta.

El músico callejero ha empezado a tocar «New York, New York» con el violín.

Lavinia intenta acompañarle cantando, pero está demasiado borracha. Su voz se quiebra, y lo único que logra pronunciar de la canción es «*I want to be apart*».

Que, fuera de contexto, significa «Quiero estar lejos».

—Deberíamos darle algo —murmura Lavinia. Se vuelve a tumbar en el suelo—. ¿Tienes suelto?

—No —dice Louise. También ahora está mintiendo.

—¡Tenemos que darle dinero! ¡Es muy bueno!

—Deberíamos volver a casa.

—¡No! —Se le vuelve a caer el bolso. Saca la tarjeta de crédito y también se le cae.

—No te tienes en pie.

—Por favor, Lou... por favor. Saca algo de dinero, ¿vale? —Sonríe con impotencia—. Mi PIN es 1-6-1-9. Ve y... dale cien dólares, ¿vale?

Louise empieza a decirle que «tenemos que ir a casa», pero entonces Lavinia empieza a gritar y Louise se da cuenta de que ahora tampoco tiene

elección.

Lanza una mirada al músico, una mirada cargada de significado, suplicante y humillada, con la que ella espera con toda su alma transmitir que «Voy a por tus cien dólares, ¿vale? Pero encárgate de que no se ahogue en su propio vómito hasta que vuelva», y entonces va a la tienda Duane Reade que está cruzando la calle.

No es que quiera darle al botón de *saldo*. Pero tampoco es que no quiera.

Lavinia tiene 103.462 dólares y 46 centavos.

Lavinia vive en un apartamento propiedad de sus padres y tiene 103.462 dólares y 46 centavos.

Lavinia vive en un apartamento propiedad de sus padres, tiene 103.462 dólares y 46 centavos y le ha metido mano a Louise en un palco de la ópera solo porque podía.

Además, ha hecho que Louise pague el taxi.

Louise saca doscientos dólares de la cuenta de Lavinia.

Lavinia se ha metido en la fuente. Está de pie, con los brazos extendidos y con el pelo chorreando mientras el violinista la mira y sigue tocando una y otra vez «New York, New York». Louise le pone seis billetes de veinte en la funda del violín.

Los veinte adicionales son de parte de Louise.

—¡Mírame! —grita Lavinia—. Soy Anita Ekberg.

—Claro que sí —dice Louise.

—Hazme un vídeo. —Lavinia salpica con fuerza—. Pero en blanco y negro.

Louise obedece.

—Soy lo peor —murmura Lavinia cuando por fin Louise la mete en la cama. Le ha estado sujetando el pelo durante una hora, o dos, o tres, hasta que Lavinia ha sudado toda la cocaína, y Louise ha pedido disculpas, no por primera ni por última vez, a la señora Winters, que vive al lado, es amiga de

los padres de Lavinia y está hasta el moño de la música a todo volumen y de los golpes a todas horas, porque está a punto de escribir a los Williams personalmente para decirles que vuelvan a casa a hacerse cargo del problema.

—Soy lo peor. Soy lo peor. Lo siento.

—No te preocupes.

—No tenía que haber... Ya lo sé, sé que te gusto de verdad.

—Bien —dice Louise.

—Y siento que nos hayamos... Ya sabes.

—No importa. A veces pasa.

—No lo decía en serio, ¿sabes? Era por... ya sabes, la ópera.

—Claro.

—O sea... soy hetero.

—Lo sé.

—Lo siento. Lo siento. Soy demasiado. Lo sé... Sé que soy demasiado.

—No eres demasiado.

—Sí lo soy.

—No lo eres.

—No me dejes, Lulu —dice Lavinia—. Por favor... Por favor.

—No voy a dejarte.

—Te quiero, Lulu.

—Yo también te quiero, Lavinia.

Lo más doloroso de todo es que todavía la quiere.

Louise espera a que Lavinia se quede dormida. Se va con mucho cuidado de no despertar a Lavinia a la otra habitación, la que es suya nominalmente, con el armario de Lavinia rebosante de vestidos de Lavinia, con joyas y maquillaje rebosando de la vanidad de Lavinia, en este apartamento en el que ni siquiera está de alquiler, en el que ni siquiera tiene una llave.

Se va a la mesa del comedor.

Abre su bolso.

Los cuenta: cuatro billetes de veinte dólares nuevos e inalienables.

Ni siquiera cubren media mensualidad de ClassPass.

Abre su ordenador portátil. La luz es tan brillante que tiene que cerrar los ojos durante un segundo, lo cual le recuerda lo cansada que está.

Tiene que trabajar todavía dos horas para GlaZam. Mañana tiene un turno a mediodía. Tiene clase con Paul justo después.

Louise va al mueble bar de Lavinia, que está lleno de alcohol del bueno. Louise nunca se ha fijado en lo bueno que es, pero se fija ahora. Talisker, Laphroaig, Hendrick's y Rémy Martin, y toquetea las etiquetas de todas y piensa «Ahora vives aquí, aquí, aquí».

Se sirve una copa de whisky.

Se pone a trabajar.

—La reina Mab ha estado conmigo.

Esto es todo lo que Lavinia cuenta de aquella noche.

Lo dice una vez, por la mañana, ojeando las fotos que Louise le ha hecho. Cambia su foto de perfil por la de *Last Night at the Met*. Se queda sentada con los pies encima de la mesa del comedor, y entre ellos, sobre un platito de porcelana turquesa traído directamente de Uzbekistán, hay un *croissant* seco al que le está haciendo fotos.

—¿Sabes qué, Lulu?

Louise recoge la mesa. Louise sirve el té. Louise coloca los huevos que ha preparado.

—Dime, Lavinia.

—Creo que anoche vi a las hadas.

Lavinia deja ahí el tema.

Louise hace lo mismo.

—Es un buen vídeo —dice Lavinia, refiriéndose al de la fuente—. Se lo voy a mandar a Cordy... Para fastidiarla. Siempre me dice que salgo demasiado.

Louise se viste en silencio.

—¿A dónde te crees que vas?

—A trabajar.

—¿A trabajar? —Lavinia suelta una breve carcajada—. Joder, ¿cómo puedes estar levantada?

—Son las once.

—¡Exacto! ¡Llama y di que estás mala!

—No puedo.

—No deberías salir. Tienes una pinta horrorosa. —Se estira hacia la mesa—. Venga... Ponte mala. Será genial... Podemos ver todos los capítulos de *Retorno a Brideshead*... podemos tomar té y pastitas y... Bueno, creo que tengo un osito de peluche que nos puede hacer compañía.

—Lo siento.

—No quiero hacerlo sola.

—Lo siento —insiste Louise—. Es trabajo. No puedo faltar.

—Claro —dice Lavinia—. Claro... Tienes razón. Me estoy portando como una egoísta. Una egoísta. Tienes razón. No dejes que te frene.

Louise se abrocha el último botón. Se recoge el pelo.

—Oye, Lulu...

—Dime.

—¿Podrías traer algo de cenar cuando vuelvas a casa? No tengo ganas de cocinar. Pilla lo que haya en Agata... En plan un pollo asado, ¿vale? Y, bueno, un par de... Que le den, te mando una lista al móvil. Luego te lo pago.

La lista de la compra de Lavinia en Agata & Valentina asciende a 61,80 dólares.

Louise paga con el dinero que ha sacado de la cuenta de Lavinia. Lavinia no se lo devuelve.

A Louise se le da muy bien ser la mejor amiga de Lavinia.

Cose los vestidos de Lavinia. Arregla los dobladillos porque Lavinia siempre los desgarran. Limpia la casa. Hace la compra. Hace la colada. Plancha. Limpia las migas del arcón.

Pide disculpas a la señora Winters, otra vez, cuando la ve en el vestíbulo.

Procura enfatizar —Lavinia lo ha dicho explícitamente— que por supuesto no vive aquí (la junta de cooperativistas, dice Lavinia, y lo repite y repite y repite, es muy estricta). Solo está de visita.

Lee la novela de Lavinia (siempre la misma novela; solo hay veinte mil palabras y Lavinia nunca escribe nada más) una y otra vez, y en cada ocasión le dice lo buena que le parece, y, cuando Lavinia empieza a llorar y a decir que es demasiado y que el libro es trivial y que a nadie le gustará nunca una obra tan trivial escrita por una persona tan horrible como ella, Louise le coge la mano y dice «No, eres preciosa».

Ya no hacen sesiones de escritura conjunta. Lavinia ha dejado de pedir que las hagan.

Tanto mejor. Louise en realidad no tiene tiempo.

Louise ahorra tres mil dólares al mes por ser la mejor amiga de Lavinia.

Lo calcula una vez en el reverso de una servilleta.

Lavinia invita a Louise al menos a dos copas cada noche («20 dólares cada una, con los impuestos y la propina») («40x30=1.200 dólares al mes en concepto de entretenimiento»).

Louise ahorra ochocientos dólares al mes («novecientos si se incluyen gastos») («más si se incluye la ubicación, ubicación, ubicación, pero Louise está siendo conservadora con esto»).

(«900 dólares al mes en concepto de alquiler».)

Lavinia también paga todos los Uber («900 dólares al mes en concepto de transporte»).

Y eso sin contar la ropa, por mucho que sean prendas regaladas y no cuesten dinero exactamente, pero son lo más bonito que Louise jamás ha llevado puesto, a pesar de que Lavinia pille el dobladillo con la puerta del coche, a pesar de que Lavinia derrame algo encima, a pesar de que Lavinia insista en colarse en Central Park después de una función de gala y la falda acabe

cubierta de manchas de hierba y Louise no pueda volver a ponérsela nunca. Eso sin contar las comidas a domicilio de Seamless (Lavinia no sabe cocinar, así que la mayoría de lo que Louise compra acaba en la basura). Eso sin contar el enorme cuadro al óleo de una cortesana desnuda que Lavinia le compra en el mercadillo de Flatiron un buen día y que cuelga sin preguntar sobre su cama a modo de regalo.

Eso sin contar las anfetaminas Adderall.

Por supuesto, también está la cuestión de los gastos.

Como ClassPass. Lavinia siempre tiene demasiada resaca para hacer ejercicio, y Louise está demasiado cansada, pero ella insiste en que deben pagar otro mes de todas formas, y esta vez, dice, Louise es la responsable de que ella cumpla.

También hay que contar la vez que Lavinia la mandó en mitad de una noche de tormenta a la esquina de una calle sospechosa en East Harlem a comprar setas que al final ni siquiera eran alucinógenas. Y las propinas que da a los encargados de los baños del Metropolitan, de la Trattoria dell'Arte, de Shun Lee y de todos los sitios donde Lavinia y Louise van a esnifar coca a escondidas o a vomitar.

Y los turnos de trabajo que Louise se está perdiendo, porque a veces ni siquiera el Adderall funciona, cuando Lavinia se viene arriba en el último minuto y anuncia que tiene entradas para ver a unos trapezistas amigos de Atenea Virginal que actúan en un espacio multifunción lleno de espejos llamado House of Yes. Le pasa con el trabajo de GlaZam, porque es muy fácil decir «lo haré más tarde», y luego con los turnos de la cafetería para los que se encuentra demasiado mal, y algunas veces incluso falta a las clases con Paul, aunque viva a un par de manzanas de distancia.

Así que, la segunda vez que Louise saca dinero de la cuenta de Lavinia, una vez que Lavinia está tan borracha que se ha quedado inconsciente en el sofá

(después de llorar y llorar tras volver a ver a Rex y a Hal en la Gala de Primavera de la Librería del Museo Morgan y que ninguno de los dos la haya mirado, pero que Rex sí haya alzado la copa al ver a Louise y haya sonreído, lo cual la ha enfadado mucho, pero al mismo tiempo se alegra), Louise ni siquiera lo ve como robar. Sencillamente está ajustando las cuentas. Cien por aquí, cien por allá. Luego otros cincuenta. Luego otros cien.

Pero, haga lo que haga, siempre está sin blanca.

Otra cosa graciosa y horrible es que Louise nunca ha tenido mejor aspecto. Ha perdido tres kilos. Se debe sobre todo al Adderall y a la cocaína, aunque Lavinia y ella hayan conseguido ir dos veces al gimnasio antes de que Lavinia pierda interés y declare que hacer deporte es una abominación calvinista. Lavinia la maquilla. Contrata a profesionales para que le arreglen el pelo. Por iniciativa de Lavinia.

Lavinia llama a su puerta una noche. Louise no contesta al principio, porque ya sabe que la única forma de evitar tratar con Lavinia es fingir que está dormida, pero Lavinia insiste.

—Has manchado de tinte la lechada del baño —dice.

Se sienta en la cama.

—¿Qué?

—En la bañera. Está todo amarillo.

Louise ha tenido mucho cuidado. Ha pasado horas frotando.

—Lo siento —dice. Se da la vuelta como para volver a dormir.

—Y el baño huele a lejía.

—Lo siento —repite Louise.

—Mira, a mí me da igual —dice Lavinia—. Por mí como si tiñes la casa de morado, me trae al fresco. Pero a mis padres... ya sabes, se supone que no puedo tener visitas. Y son muy suyos con el mantenimiento del piso, ¿sabes? Por si acaso deciden volver aquí. O venderlo. Y, ya sabes, no es una lechada

normal. —Se coloca bien por los hombros la bata sucia—. Es italiana o algo. No sé. Ni siquiera deberías mojarla.

Se tumba junto a Louise en la cama.

—¿Sabes qué? Creo que deberías ir a Licari. Es adonde yo voy.

A Louise se le da muy, muy bien adivinar el color natural de la gente. Es una de esas cosas que solía hacer en el tren. Nunca habría pensado que el pelo de Lavinia no fuera natural.

—Ya he hecho una reserva para las dos —dice Lavinia—. Además, me hacen descuento si llevo a nuevos clientes.

Se acurruca contra Louise. Apoya la mejilla en la espalda de Louise.

—Ojalá yo tuviera el pelo liso como tú —dice—. Es tan brillante... Dios, te odio.

Lavinia se queda dormida a su lado en la cama, con el brazo echado sobre el pecho de Louise.

El tinte cuesta cuatrocientos dólares.

Saca la mitad del cajero al día siguiente.

Más gente se fija en el aspecto mejorado de Louise. Su madre, por supuesto, que por primera vez en cinco años no menciona a Virgil Bryce, pero en su lugar hace comentarios sobre los atractivos jóvenes que deben de esperarla haciendo una cola que da la vuelta a la manzana. Paul se la come con los ojos durante las clases, lo cual sería ofensivo si él no reaccionara poniéndose colorado y mostrándose tan sumamente avergonzado que Louise casi lo compadece. Beowulf Marmont le escribe mensajes en Facebook a las tres de la madrugada para decirle que le ha encantado el texto que ha publicado en *The Fiddler* y que quizá podrían ir a tomarse un café algún día.

Y también el tipo que se esfumó y la dejó plantada.

En mayo le manda un mensaje por Facebook.

¡Parece que te lo has estado pasando bien!

Cara guiñando un ojo.

Lo mismo podríamos volver a darnos un paseo por Prospect Park alguna vez.

Me da pena que no volviéramos a hacerlo.

Ni siquiera se disculpa. No tiene por qué hacerlo.

Vale, dice Louise.

Cara ruborizada.

Carga con esta información en el corazón todo el día. Friega las encimeras de Lavinia, sacude la alfombra de Lavinia y cose un cuello de piel a una capa retro de Lavinia y se pasa el día entero sonriendo.

No se lo cuenta a Lavinia.

No hasta que Lavinia se la lleva una mañana al bar King Cole, en el hotel Saint Regis, posiblemente el bar más caro de Nueva York. Es famoso por sus pinturas murales, y también porque, al parecer, inventaron el Bloody Mary, por los que cobran veinticinco dólares cada uno (sin impuestos ni propina). Aunque a Louise no le gusta el Bloody Mary, a Lavinia sí, así que ahí están, acaparando una mesa.

—¿Sabes qué, Lulu? —pregunta Lavinia—. Acabo de tener la idea más increíble.

Llevan dos copas cada una. Louise no se encuentra bien.

—¿Qué idea?

—Mañana —dice Lavinia— nos vamos de *pèlerinage*.

—¿De qué?

—De peregrinación. Así se dice en francés.

—No, si ya lo sé... —Louise lleva tres días sin dormir—. Pero...

—¡Al mar, tonta! Nos levantamos temprano mañana por la mañana y vemos salir el sol desde el museo The Cloisters, y luego nos vamos paseando hasta Coney Island.

—¿Por qué?

—¡Para demostrar nuestra valía! ¡Para demostrar de lo que somos capaces! Como... Como peregrinas medievales, ¿sabes? ¿Alguna vez has oído «Años de peregrinaje» de Liszt? Podemos volver a recitar «Ulises», ¿verdad? — Señala su tatuaje—. ¡¡¡MÁS POESÍA!!! —dice como si nada.

Mañana Louise y el tipo que se esfumó van a ir a Prospect Park a pasear. Ella ha propuesto expresamente que queden el domingo a primera hora de la tarde, porque sabe que los domingos Lavinia nunca se levanta antes del anochecer.

—Lo siento —dice Louise—. Tengo trabajo.

—¿Qué trabajo?

—Tengo un turno.

—¿Por qué no te acompaño? Iré al bar... Me sentaré y me quedaré calladita, como un ratón, y luego, cuando termines...

—No —dice Louise... demasiado rápido—. No es un turno, es una clase. Con... Flora, en Park Slope.

—Pensaba que tenías a Flora los martes y los jueves.

—Es una sesión de recuperación. Se va... de vacaciones la semana que viene.

—¿A dónde? —Lavinia llama al camarero. Pide una botella de Chablis sin preguntar a Louise.

—No lo sé. ¿Por?

—¿No te lo ha dicho? Es que —Lavinia ríe— estamos a mitad de curso. Créeme... Cordy no puede dejar de hablar de sus vacaciones. Me ha estado bombardeando por el móvil... ¿A quién se le ocurre dar vacaciones a una estudiante? —Se encoge de hombros—. Bueno, vale. Entonces quedamos en Park Slope.

—En realidad —Louise vuelve a intentarlo, a intentarlo con todas sus fuerzas— tengo planes.

—No es una marcha tan seria, pero sí hay unos kilómetros desde Prospect Park hasta el mar. Podemos ir por Midwood... Ver a los señores jasídicos con... ya sabes, con las cosas esas del pelo.

—Tengo planes —repite Louise.

—¿Con quién?

—Tengo una cita.

—¿Una cita? —La risa de Lavinia es punzante—. ¿Con quién?

—Pues con el tipo ese con el que salía antes. No es importante.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—Tienes razón —se excusa Louise—. Lo siento. Tenía que haberlo hecho. Me daba vergüenza.

—¿Por qué? Es maravilloso. —Lavinia se sirve una copa.

—Sé que tenía que haberlo consultado contigo, lo siento.

—¿Consultarlo conmigo? No digas tonterías, Lulu... ¡Ni que fueras mi prisionera! ¡Puedes ir adonde quieras! —Pone la copa en la mesa—. Probablemente nos siente bien a las dos, ya sabes, pasar algo de tiempo separadas. Vamos, que sé que a veces soy demasiado.

—¡No es eso! —protesta Louise, pero luego para y empieza de nuevo—. O sea, que solo es una cita. Nada más.

—Espera. —Lavinia alza la vista. Sus ojos resplandecen—. Es el que se esfumó, ¿verdad?

—No —dice Louise automáticamente, antes de corregirse—: Sí.

—Y ¿qué quiere?

—No sé... Acabamos de retomar el contacto.

—¿Te ha explicado por qué se esfumó?

—Seguro que lo hará —prueba Louise—. En persona. Lo hablaremos mañana.

—Eres muy indulgente, Louise —dice Lavinia—. Si alguien me hace eso a mí, no vuelvo a hablarle en la vida. —Le sirve una copa—. No deberías permitir que te trate así. —Le ofrece a Louise una sonrisa triste y solidaria—. Lo más seguro es que quiera acostarse contigo.

—Pero ¡si vamos a un parque!

—¿Dónde?

—En Brooklyn.

—¿Te va a hacer ir hasta él?

—A ver... Solo quiere que vayamos a Prospect Park, eso es todo.

—Solo digo que vayas con cuidado. Ya sabes, los hombres así... Quieren ver lo obediente que eres. Que no te sorprenda si quiere dormir contigo. Solo que...

—¿Qué?

—Que tendrás que hacerlo.

—¿Cómo?

—O sea, que no vuelvas, en plan, tarde ni nada. Quiero acostarme pronto. No quiero despertarme para abrirte con el telefonillo. Así que, ya sabes, si vas a venir desde Brooklyn, lo mejor es que te quedes allí a dormir. —Lavinia está editando una foto en el móvil.

Ni siquiera alza la vista cuando traen la cuenta.

220 dólares. Cuatro Bloody Marys. Una botella de vino que Louise apenas ha tocado.

Lavinia sigue jugueteando con el móvil.

Y Louise piensa «di algo, di algo, di algo».

Louise no dice nada. Saca la tarjeta de crédito. Firma.

—Creo que deberías dormir con él —dice Lavinia. Sigue mirando el móvil—. Te hace falta echar un buen polvo.

La verdad es que no, no le hace ninguna falta.

Antes, sí (de hecho, todo el tiempo). Con Virgil (cuando Virgil quería) y también después, cuando por fin (por una vez, una sola vez) se cambió de teléfono y planeaba tener muchas relaciones casuales, y cuando se folló al feminista, la misma noche que se conocieron, en un baño de Crown Heights. Solía desearlo (el tacto, sobre todo el tacto, pero también las risas y los mordiscos y los comentarios tipo «Joder, eres preciosa»).

Louise lleva cuatro años sin acostarse con nadie.

A no ser que contemos lo ocurrido en la ópera, pero es difícil etiquetar lo que ocurre entre dos chicas hetero cuando están borrachas y ninguna de las dos se corre.

Louise piensa que, a fin de cuentas, el sexo es seguramente una pérdida de tiempo.

Louise le dice a Lavinia que su cita le ha dado plantón.

—Hombres —dice Lavinia encogiéndose de hombros—. Te lo dije. Que les jodan a todos.

Louise se salta la entrega para GlaZam. «Me preocupa un poco q no te tomes este proyecto en serio —le escribe la mujer de Wisconsin que regenta el negocio—. Tenemos que recuperar el ritmo, ¿OK?»

—Eres demasiado buena para todo el mundo —dice Lavinia—. Nadie en el mundo te merece.

Esa tarde, Louise saca tres mil dólares de la cuenta corriente de Lavinia en el cajero de la esquina entre la calle Setenta y Seis y Lex cuando debería estar en Agata & Valentina, en el cruce entre las calles Setenta y Nueve y la Uno, comprando quesos caros que Lavinia no va a comer nunca.

Se da un paseo.

Es tarde, lo sabe, y sabe que debería dormir (tiene muchísimo trabajo que recuperar, porque se ha dejado muchísimo por hacer), pero le da miedo volver a casa y despertar a Lavinia. Si Lavinia se despierta, querrá hablar con ella, o peinarla, o hacerle fotos, y Louise no puede soportarlo, al menos ahora no.

Se va al parque (todo está floreciendo, todo está rosa), pero no a Prospect Park, sino a Carl Schurz, esa parcelita verde junto a Gracie Mansion desde donde se ve East River y donde hay una estatua de Peter Pan. Como todo está florido y rosa, todo el mundo está fuera durante la puesta de sol, y la gente que está enamorada va de la mano o abrazada. En Nueva York todos salvo Louise están enamorados y fuera, besándose. Y Lavinia está dormida o viendo por enésima vez *Fortunes of War* en la cama, y de pronto Louise se siente muy sola, completamente sola, aunque no debería, aunque sentirse sola sea una ingratitud, porque Lavinia le ha dado muchísimo («La ropa, la bebida, las drogas, las fiestas, ay, Dios, las fiestas»). Y robar dinero («No es robar, es un seguro, es una compensación», aunque sigue sin blanca a pesar de todo) es una ingratitud. Lo mismo ella no es más que eso, la persona más ingrata del mundo, porque podría tener todo esto y aun así desea estar en Prospect Park de la mano de un tío que ni siquiera se molestó en romper con ella con un mensaje de texto.

Louise no está enfadada. No puede estar enfadada.

Manda un mensaje de Facebook a Rex.

Me alegró verte en la Gala Morgan.

Sin dobleces. Sin traiciones. Solo palabras amables.

Jaja, lo mismo digo.

Espero no haberte dado problemas.

A lo que Louise responde: No más de lo normal.

Bien.

¿Cómo vas?

¿Va todo bien?

A lo que Louise contesta: Lo normal.

Eso es que sí o que no?

No estoy segura, dice. Ha sido un día largo.

Ya he visto.

Claro que lo ha visto. Todas las fotos que Louise cuelga son para él.

Parece que las dos lo habéis pasado bien. Cuánto glamour.

Se habían puesto bañadores antiguos. Se habían maquillado al estilo de los años veinte.

Es el maquillaje, dice Louise.

No me lo creo.

Lo juro.

Demuéstralo, dice Rex.

¿Cómo?

Hazte la foto más fea que puedas.

Lo hace.

Tiene miedo, pero arruga la cara, saca la lengua, abre los ojos al máximo y se hace un *selfie*.

Mmm, dice Rex.

La cajita donde se ve que está escribiendo para, luego vuelve a empezar y vuelve a parar.

No es el maquillaje, dice.

Después: Lo siento.

Puedo decir eso?

Puedes decir lo que te dé la gana, dice Louise. Al menos uno de los dos puede.

Cara de risa.

Cuando Louise vuelve a casa ya es de noche.

Pone la compra encima de la mesa.

—¿Por qué has tardado tanto?

Lavinia está sentada a oscuras mirando al vacío.

—Por nada —responde Louise. Luego añade—: Te he traído flores.

Lavinia parece feliz.

—He ido hasta Jerome... Pensé que te gustarían.

—Son preciosas —dice Lavinia. Envuelve a Louise en sus brazos.

A Louise esto se le da cada vez mejor.

Es fácil, siempre que Louise piense que es como un juego.

Saca unos doscientos dólares cada par de días.

Se toma diez miligramos de Adderall al día.

Hace un montón de fotos.

Duerme en la cama de Lavinia.

Deja de dormir.

Mantiene las formas.

En junio echan a Louise.

No de GlaZam, aunque su trabajo ha empeorado. No del bar, aunque siempre llega tarde y además está descentrada.

Lo hace Paul.

Llega a una de sus tres clases semanales, que cobra a ochenta dólares la hora en sesiones de tres horas, y esas tres sesiones de tres horas a la semana (Paul está decidido a entrar en Dartmouth) son de lejos su trabajo mejor pagado. Ella llega tarde, pero no mucho. Paul y ella repasan la diferencia entre «alfil» y «alfoz». Todo va bien.

Entonces Paul alza la vista.

—Bueno —dice—, resulta que ya no te necesito más.

Alguien le ha asegurado muy discretamente que en Dartmouth seguro que le admiten por jugar al *squash*.

—O sea, que creo que ya he sacado todo el partido a estas clases.

Le da cincuenta dólares de más.

Está al teléfono antes de que Louise salga de la habitación.

Louise está bien. Louise puede apañárselas.

Louise solo tiene que sacar un poco más de dinero de la cuenta de Lavinia (total, Lavinia no lo echará de menos). Louise solo tiene que asegurarse de que no pierde ningún otro trabajo.

Solo tiene que salir de casa a la misma hora, cada día, para que Lavinia no se entere (nueve horas a la semana, solo tiene nueve horas a la semana en las que puede estar fuera de casa sin que Lavinia tenga que preguntar dónde está).

Puede pasear.

Puede trabajar en cafeterías.

Puede ver a Rex.

No es que Louise vea a Rex con asiduidad, ni nada parecido.

Es que tuvieron una conversación en el *chat*, luego otra, y él le preguntó por los relatos que estaba escribiendo y le dijo que el de los chicos fugados de la Academia Devonshire era muy emotivo, y ella le preguntó qué tal iba el segundo año de posgrado, y él le dijo que mucho trabajo, sobre todo en Clásicas, donde hay muchas clases de idiomas, pero que era muy gratificante hacer algo que realmente te gusta. Louise dijo claro, y dijo algo de que quería ir al Metropolitan a ver esculturas griegas y romanas, y él dijo ¡Hala! Me encantaría ir contigo alguna vez, hace siglos que no voy, y ella contestó jaja eso provocaría la 3ª guerra mundial y él dijo jaja y ella dijo voy a ir el viernes sobre las cuatro no sería gracioso que nos encontráramos jaja y él dijo bueno sería una coincidencia y luego se encuentran.

—Es agradable —dice él, mientras van de una sala a la otra, de una estatua a la otra—. Siempre siento paz en los museos.

Louise tiene tres horas enteras para sentir paz.

—Venía mucho cuando era más joven. —La escuela Collegiate, donde él estudiaba, está al otro lado del parque—. Siempre que, bueno, necesitaba escapar.

—Nada que ver con el centro comercial de Devonshire —dice ella.

—¿Era raro? —pregunta él.

—¿El qué?

—Crecer en una ciudad académica.

A Louise le sorprende, de pronto, que Lavinia nunca le haya preguntado nada por el estilo.

Se encoge de hombros.

—Supongo que es un poco como vivir junto a un museo —responde ella—. Es agradable tenerlo cerca... Pero, ya sabes, tampoco es que sea real.

Le cuenta la historia de cuando tenía dieciséis años y se pasó una semana entera colándose en el comedor antes de que nadie se diera cuenta, y, cuando lo ve vacilar, se asusta, porque no quiere parecerle una loca, pero entonces él se ríe.

—¿No asististe a alguna clase?

—¡No!

—¿Por qué no? Debiste hacerlo.

—Se habrían dado cuenta.

Él se encoge de hombros.

—No sé —dice—. La gente es muy despistada.

Se quedan un rato mirando a una Afrodita sin brazos.

—Es una buena historia —afirma Rex—. A pesar de todo.

—No lo es —replica Louise—. Para que fuera una historia buena de verdad tendría que haber ido un año entero.

Rex suspira.

—Creo que estar en una historia buena de verdad está sobrevalorado — dice él.

Los dos se concentran mucho en Afrodita.

—Lo único que yo quiero es una vida tranquila —dice Rex.

Se despiden en la calle Ochenta y Seis con Lex porque Rex vuelve al East Village en metro, así que se quedan un rato junto a las escaleras de la estación.

—Lo he pasado bien —dice Rex, y Louise contesta:

—Sí, yo también.

—Espero... ya sabes. —Rex respira hondo—. ¿Ella está bien?

Louise no sabe por qué le duele verlo preocupado.

—Está bien —dice.

—No me dejes...

—Claro que no —le corta Louise.

Se dan la mano con torpeza y él desaparece bajo tierra.

—¡Lulu!

La cabeza de Louise da un respingo.

—¡Lulu!

Lavinia está al otro lado del paso de cebra.

Es la única vez que Louise ha visto a Lavinia fuera de casa por su cuenta.

Por un momento Louise piensa «lo ha visto todo», y su valor se esfuma. No sabía que era posible tener tanto miedo. Siente el sabor de su propio corazón.

—¡Pensaba que estabas dando clase!

Los brazos de Lavinia van cargados de bolsas de compras.

—Dios, me he aburrido tanto esta tarde...

«Está sonriendo —piensa Louise—. Gracias a Dios, gracias a Dios, está sonriendo. No lo sabe.»

—¿Por qué no estás dando clase?

—Ha terminado pronto.

Y Louise piensa «Qué cerca vas a estar de joderlo todo».

—Tengo un regalo para ti —dice Lavinia—. Estaba tan aburrida que he ido a Michael Kors. Te va a quedar fenomenal.

Se lo da en mitad de la calle.

Es el vestido más bonito que Louise ha visto nunca.

Tiene un corte irregular, escote *halter* y lentejuelas hasta el dobladillo.

—Le he dicho a Mimi: «Este vestido le quedará fenomenal a Lulu». ¡Tenía que comprártelo! ¿No te encanta?

—¿Has ido con Mimi?

Lavinia se encoge de hombros.

—Tú estabas fuera. Y ella estaba disponible. Venga, Lulu, no te enfades.

—Pensaba que la odiabas.

—Da igual... Vamos a casa a cambiarnos. Quiero que te lo pongas esta misma noche.

—¿Esta noche?

—Es el lanzamiento de primavera de *The Fiddler*. ¿No te lo he dicho?

Lavinia ya va media manzana por delante de ella.

—Te aconsejo que te tomes ya un Adderall —grita Lavinia—. Esta noche acabaremos tarde. Puaj... Va a ser un espectáculo de mierda. Beowulf Marmont ha entrevistado a Henry Upchurch para la próxima edición en papel y le está contando a cualquiera que le haga caso que va a ser uno de los Cinco Menores de Treinta. Dios, cuánto odio a esta gente.

Van a la fiesta.

Se meten rayas con la novia casi feminista de Gavin Mullaney. Toman chupitos con Gavin, que le dice a Louise que debería enviarles otro relato, y

esta vez quizá para la edición en papel, y Louise dice «Sí, claro, en cuanto tenga tiempo».

Bailan hasta el amanecer, porque Lavinia tiene las llaves, a pesar de que Louise lleve tacones.

A la mañana siguiente, Louise se queda dormida y no llega a su turno en la cafetería, y después la despiden también de ese trabajo.

—Mira qué bien —dice Lavinia cuando Louise se lo cuenta. Se está pintando las uñas y ni siquiera alza la vista—. Ese trabajo no estaba a tu nivel. Se supone que vas a ser una Gran Escritora. Además, tampoco es que tengas que preocuparte por el alquiler.

Después de esto, Louise deja de escribirse con Rex.

Piensa que es lo mejor.

Al fin y al cabo, solo querrá información sobre Lavinia.

Louise está fenomenal. Sigue fenomenal. Todo está fenomenal.

A Louise se le da de maravilla dar el pego.

Incluso sin la mitad de su sueldo de tutora. Incluso sin los turnos en la cafetería. Incluso sin Rex.

Solo tiene que sacar un poco más de dinero, eso es todo, solo un poco más a menudo.

Ni que tuviera que pagar alquiler.

Ni que tuviera que hacer un depósito para un nuevo apartamento.

«Puedo hacerlo —se dice Louise a sí misma—. Puedo hacerlo.»

Hasta que una noche Louise llega de sus clases con Flora en Park Slope y nadie la deja entrar.

Se queda un rato frente a la puerta de entrada —distráida, atontada— como si Lavinia estuviera en la ducha.

Llama por teléfono a Lavinia, pero nadie contesta.

Louise se queda así casi una hora, a pesar de que esté lloviendo, porque le pesa la bolsa con los libros de las clases, el portátil y el cargador, y no tiene ni idea de qué otra cosa puede hacer, pero, en cuanto ve a la señora Winters bajando las escaleras a través de la puerta de cristal, se marcha, porque —por supuesto— ella no vive allí.

«Puedo hacerlo», se dice a sí misma.

Así que Louise se va al Carlyle.

Entra despacio. Entra con la cabeza bien alta. Entra como si fuera su sitio; puede que lo sea.

Su vestido —es un vestido de Lavinia— es precioso. Su pelo está impecable. Lleva el dinero de Lavinia en la cartera.

Se sienta junto a la barra. Mantiene las manos en su regazo.

Se pide una copa —igual que lo habría hecho Lavinia— sin revelar de ningún modo que su mundo se está desmoronando.

Da sorbos muy, muy lentos al champán.

—Gracias a Dios, cariñín.

Es Atenea Virginal.

Es la primera vez que ve a Atenea sola aquí.

—Me han dado plantón... ¿Te lo puedes creer?

Siempre habla con un acento neoyorquino exagerado, como si estuviera masticando chicle.

—Es la última vez que quedo con alguien usando *OKEstúpido*. Así llamo yo a la web OK Cupido. *Okeiestúpido*. ¿Lo pillas? —Lanza una carcajada

masculina, gutural, y le da un golpe a Louise en el brazo.

Louise sonríe como si Lavinia no faltara, como si su mundo no estuviera a punto de acabar.

—Desde ahora —continúa Atenea— me quedo con la web de subastas de citas.

Ella también se pide una copa de champán.

—Estabas mon sima el otro día. En la ópera.  Qu  fuisteis a ver?

—*Romeo y Julieta*.

—La  pera.  Dios, me muero!

Se inclina mucho, mucho hacia ella.

—Me encantaría ir a la ópera,  sabes? Deberías convencer a Lavinia de que me compre una entrada alguna vez.

Se ríe como si acabara de contar un chiste buenísimo.

— Crees que podrías conseguirme una entrada con acompañante? —Tiene pintalabios en los dientes.

—Quizá —dice Louise.

—Chica lista —dice Atenea—. No ense es tus cartas. —Le vuelve a dar a Louise un golpecito juguetón—. Las chicas como nosotras —prosigue— tenemos que estar unidas. Aprovecha mientras puedas. Pero... ya sabes... s e lista.

— A qué te refieres?

— Hace cuánto que la conoces?

—Seis meses. Más o menos.

—Vale. —Atenea se toca la muñeca—. Eso pensaba. Además, justo a tiempo.

— Qu  quieres decir?

—Quiero decir que no me preocuparía todavía. Probablemente aún te queden un par de meses. —Levanta una ceja pintada—. Pero, si yo fuera t ...

tendría un plan de emergencia. —Con un gesto pide otra ronda, a pesar de que Louise todavía no ha terminado su primera copa—. Cuando echó a Mimi, la pobre tuvo que volver con su familia un par de meses hasta que consiguió ahorrar para la fianza... Fue muy triste. Y la anterior a ella... Lisabetta... Dios, creo que esa hizo la maleta y se largó...

—¿Antes que Mimi?

Atenea se encoge de hombros.

—Yo solo te informo. Aprovecha mientras puedas. —Ríe ruidosamente—. Los mansos no heredarán una mierda. —Se acaba la copa—. Llévame a la ópera alguna vez.

Se marcha, dejando la cuenta a Louise.

Y

Es medianoche cuando Louise llega a casa. Sigue lloviendo. Lavinia todavía no ha vuelto. No contesta al teléfono.

Louise espera en la acera de enfrente, en la escalera de entrada de una de las casas de arenisca. Así, si la señora Winters viene, no la verá, aunque no hay marquesina y sigue lloviendo.

Louise hace cálculos mentales para mantenerse tranquila:

«Primer y último mes de alquiler: mil seiscientos dólares...» No, eso es mentira, no encontrará un estudio por ochocientos dólares —el de antes era de renta controlada—, así que tendrá que compartir piso. «Oh, Dios, con dos juegos de llaves.» En algún sitio todavía más lejos... «Oh, Dios, las horas de transporte...»

Tiene 67 dólares en la cuenta.

Tiene trescientos dólares de Lavinia en efectivo en la funda de la almohada.

Casi no tiene ni trabajo.

«Puedo hacerlo —piensa, o más bien se obliga a pensar—, puedo hacerlo.»
El caso es que Louise no puede hacerlo.

Lavinia llega a casa a las dos.

Sale tambaleándose de un taxi.

Se cae al suelo frente al edificio.

Tiene las medias rotas. Lleva el vestido puesto del revés. Le sangra el labio.

—¡Joder!

Louise llega corriendo a ayudarla.

—¿De dónde coño sales?

Los ojos de Lavinia no enfocan.

—Te he estado esperando —responde, y piensa «No te enfades, no te dejes llevar por el enfado»—. No tengo llaves.

—Oh. —Lavinia las deja caer. Louise las recoge—. Vale.

—¿Dónde estabas?

—En ningún lado. Por ahí.

Entran en el vestíbulo. Suben las escaleras.

—Llevas el vestido del revés.

Lavinia no dice nada. Se sube las escaleras gateando.

—Estaba preocupada por ti.

—¡Anda ya!

Lavinia intenta levantarse con ayuda del pasamanos, pero se vuelve a caer.

—Te alegrabas, ¿verdad? Te alegrabas de tener la noche entera para ti, ¿verdad?

Los ojos de Lavinia están llenos de lágrimas que resbalan por su cara.

—A ver, estaba encerrada fuera de mi casa, así que...

—¡Que te jodan! —grita Lavinia—. ¡Que te jodan! La casa es mía. ¡Es de Cordy y mía!

Una puerta se abre al final del vestíbulo.

—¿En serio?

La señora Winters está en la puerta.

Louise pronuncia otra disculpa.

Lavinia se echa a reír.

—¿Se lo puede creer? —dice a la cara de la señora Winters—. Ahora la puta esta se cree que está en su casa.

—Solo voy a acostarla —dice Louise—. Solo voy a llevarla a casa. Luego me marcho.

—Eso espero —dice la señora Winters.

Levanta la ceja. Cierra la puerta.

Lavinia sigue riéndose cuando Louise abre la puerta a la fuerza y la empuja dentro.

—Joder... ¡No me toques! ¿De qué coño vas?

—Entra —dice Louise. Está hecha polvo—. Por favor.

—¡Que no me toques, joder!

—¡Cuéntame qué ha pasado!

Louise la sienta. Louise trae hielo para el labio de Lavinia.

—¿Alguien... alguien te ha hecho daño?

—¿Qué pasa? ¿Estás celosa?

Lavinia se echa hacia atrás el pelo largo y artificial.

—¿Qué? ¿Quieres volver a intentar liarte conmigo? ¿Es eso?

—Me voy a la cama —dice Louise.

—¡Genial! ¡Vete a la cama! Me da igual... Me importa una mierda lo que hagas.

Louise no puede dormir.

Se queda un rato mirando el techo, la araña de Lavinia, las molduras pintadas de oro de Lavinia, el óleo de tres metros de Lavinia que representa a una cortesana parisina desnuda y que de todas formas seguramente sea una falsificación.

Se levanta.

Va al salón.

Abre la puerta del dormitorio de Lavinia.

Lavinia está acostada, y la luz de la luna cae sobre ella como rayos inclinados. Su pelo dorado está derramado como una aureola a su alrededor, como un ángel de Rossetti, como Ofelia ahogada. Lleva puesto un camisón.

Todavía duerme con un osito de peluche.

Y Louise piensa «Ay, Dios, que no sea verdad».

Va hasta la cama. Se sienta en el borde. Tiene mucho cuidado. Lavinia está agarrando con fuerza el osito.

Puede que antes hubiera una Lisabetta, piensa, puede que antes hubiera una Mimi.

Hará lo que sea, lo que haga falta. Mentirá sobre la novela. Se quedará despierta hasta tarde, aunque pierda turnos de trabajo. Dejará de sacar dinero. No volverá a hablar con Rex. Hará fotos de Lavinia, tantas como quiera Lavinia, de Lavinia preciosa y glamurosa, como una ménade y destructora del mundo, lo que Lavinia necesite. Siempre y cuando ella misma no sea como las otras. Ni siquiera pedirá amor a cambio; ni siquiera sabe si Lavinia es capaz de amar. Lo importante es que Lavinia la necesite.

Louise se mete en la cama y Lavinia sigue dándole la espalda.

Con mucho cuidado, le pone la mano a Lavinia en el hombro. Con mucho cuidado, desliza su brazo contra el de Lavinia.

Lavinia no se mueve.

Louise se queda tumbada contra ella, inmóvil.

—Te quiero —susurra—. Te quiero, te quiero, te quiero.

Lavinia no dice nada.

Se quedan allí juntas, en silencio, y luego Louise se levanta y vuelve al otro dormitorio, y al día siguiente todo esto es otra cosa que nunca ha pasado, y además Louise se despierta tan tarde que incumple su último plazo para GlaZam, así que también la despiden de ahí.

A la mañana siguiente, Lavinia manda a Louise a comprar *croissants* a Agata & Valentina y es como si nada hubiera pasado.

La última fiesta a la que Lavinia va tiene lugar en un club sexual que no es un club sexual.

Se llama P.M., la supuesta abreviatura de *petite mort*,⁹ y solo sirven bebidas con servicio personal. Está en un viejo teatro que parece un burdel y es imposible entrar a no ser que conozcas a alguien (incluso pagando seiscientos dólares por la botella de *prosecco*, incluso pagando ochocientos dólares por la botella de champán). Uno de los espectáculos secundarios es un hombrecillo que se mete un consolador por el culo, y otro es una mujer que se embadurna con mierda, y otro es alguien que silba canciones de la televisión con el coño.

Lavinia no debería estar aquí.

Ocurre así:

Hay una fiesta especial esa noche. Atenea Virginal va a representar su baile de abanicos, salvo que, en lugar de abanicos, lleva un látigo de nueve colas.

En la fiesta faltan camareras, y Atenea le hace el favor a Louise de que la contraten.

—¡Qué maravilla! —dice Lavinia cuando se entera—. Siempre he querido ir. Tengo entendido que hacen orgías en el escenario... ¿Hacen orgías en el escenario?

—Es que... ¡yo voy a estar trabajando!

—¡Pero vas a ir de camarera! Lo único que tienes que hacer es estar guapísima y sostener una bandeja, ¿no?

—Es trabajo —insiste Louise.

—Ya veo. —La sonrisa de Lavinia se vuelve afilada.

—No quiero que te sientas obligada —dice Louise. Tiene mucho cuidado—. No quiero que vengas para hacerme compañía y te sientas mal porque yo esté liada, en plan, sirviendo champán a algún ejecutivo pesado. Conmigo no vas a pasártelo bien.

—No digas chorradas, Lulu —dice Lavinia—. Siempre me lo paso bien contigo.

—Podemos hacer otra cosa ese día. —Louise agranda mucho su sonrisa—. ¿Qué tal el mercadillo de Chelsea? ¿O un *brunch* con jazz en el hotel Chantelle? Te encanta el *brunch* con jazz.

Lavinia no dice nada.

Se levanta, va a la mesa del comedor.

—Oye, Lulu.

—¿Sí?

—Me he dejado varios rollos de efectivo por aquí. No mucho... solo varios cientos de dólares o así. Juraría que eran cinco, pero... —Mira a Louise con mucha serenidad—. No habrás visto uno, ¿verdad?

El corazón de Louise vuelve a latir muy rápido.

—No, claro que no.

—Me lo imaginaba. —Lavinia reúne lo que queda—. Quería asegurarme.

—Estaré pendiente por si aparece.

—Lo mismo solo eran cuatro rollos —dice Lavinia—. Si es que nunca me acuerdo de estas cosas.

Y Louise se lanza desesperadamente a hacer lo único que puede hacer —lo único que siempre hace— para que Lavinia vuelva a estar contenta.

—La luz ahora mismo es muy buena.

—¿En serio?

—Deja que te haga una foto. Tú sola, en el sofá, con el camisón y la luz reflejándose en tu pelo.

—No, gracias —dice Lavinia.

Y, ahora, la fiesta que estabas esperando.

Tú y yo sabemos lo que va a ocurrir: Lavinia no lo cuenta.

Pero lo que tienes que entender es por qué.

Tú y yo ya hemos estado en fiestas. Ya hemos hecho esto varias veces.

Pero el caso es que tú nunca has estado en una fiesta de estas.

Esa es la cuestión.

Cuando se contrata a los tragafuegos, al enano que se mete un consolador por el culo, a alguien que se pasea cubierto de crema de mantequilla, a las gemelas siamesas, al comedor de purpurina, a la mujer que tararea canciones de la tele con el coño, es porque lo más importante en una fiesta como esta es que no sea para nada como cualquier otra fiesta a la que hayas ido nunca, y si vomitas o lloras o echas a correr gritando, tanto mejor, porque al menos sientes algo.

El portero es bajito y las bebidas están aguadas; de todas formas, los únicos que pagan las consumiciones son los capullos, pero algunas noches la cola para entrar llega hasta el final de Chrystie Street, a pesar de que ninguna de

esas personas va a entrar (excepto Lavinia; siempre, siempre, siempre excepto Lavinia), porque es el tipo de sitio que al final, al final, te sorprende.

Ahí está la chica que una vez fue la mala en el programa *Supervivientes*.

Ahí están unos tipos bebiendo vino rosado bien frío.

Ahí está el tipo que inventó una app como Uber, excepto en que es de helicópteros, excepto en que va a la zona de los Hamptons, excepto en que cuesta quinientos dólares por persona.

Ahí está una antigua estrella infantil que ahora es una estrella pequeña (qué mal chiste).

Ahí está un tipo que se va a casar mañana y no quiere.

Ahí está Louise con minifalda sirviendo gambas.

Hace calor. Todo el mundo está sudando. Todo se pega con todo. Dos tipos ya le han tocado el culo a Louise (le han prohibido protestar). Otro tipo ha ido directamente a su entrepierna. Atenea Virginal está desnuda, salvo por las pezoneras con forma de columnas griegas, y se ríe mientras traza en el aire ochos perfectos con las borlas. El enano está en maquillaje.

—Te voy a joder el final. —Es Hal, vestido de esmoquin—. Al final los tragafuegos echan un polvo.

Louise ofrece su sonrisa más dócil y aduladora.

—¿Quieres gambas, Hal?

—Que sepas que en los sitios como este les hacen cosas horribles a las chicas como tú.

—No me había dado cuenta.

—No es para tanto. Deberías dejarte llevar. Aquí hay algunos Grandes Hombres ilustres. —Reflexiona un momento—. Quién sabe, podrías ser una esposa decente algún día. Tienes pinta de ser una chica bastante buena.

—¿Otra gamba?

—¿Qué pasa? ¿Te da vergüenza estar aquí? No deberías. A nadie le importas una mierda. Eres una insignificancia absoluta.

Ella sigue sonriendo.

—Que sepas que no estoy siendo un desagradable. Esto que te digo es bueno.

—Cuéntame más.

Louise aprieta los dientes tanto que cree que se le van a romper.

—Es liberador. Nadie espera nada de ti. —Pronuncia de una forma extraña, como de costumbre, y después se queda asintiendo un rato después de haber hablado—. Seguro que a nadie le importa si eres una Gran Hombre en New Hampshire.

Louise empieza a mirar a los desconocidos con la esperanza de que alguien la llame.

—¿Tú eres un Gran Hombre, Hal?

—Ni de coña. Solo soy un analista de seguros. Dame un apartamento clásico de seis habitaciones, una mujer filipina que me planche las camisas y Wagner en el equipo de música y que me fusilen si hay revolución. *Me ne frego.*¹⁰

—Suena fenomenal.

Louise ya está estirando el cuello, buscando desesperadamente al tipo que hace cinco minutos le ha agarrado del culo y le ha preguntado si se ha puesto implantes de nalgas.

—¿Sabes que Rex está loco por ti?

—¿Cómo?

—Es penoso de cojones. Se lo dije. Menudo mariconazo.

—Soy la mejor amiga de Lavinia.

—Por supuesto —dice él. Tiene los dientes amarillos, pero centellean a la luz estroboscópica—. Eres una amiga estupenda.

—¿Él está... aquí?

—¿Crees que Rex vendría a ver a un robot follarse a una chica? —Emite un bufido—. Seguramente saltaría al escenario a defenderla. —Coge la última gamba de la bandeja—. Si te sirve de consuelo, se siente muy culpable por todo.

—No me sirve.

—Por debajo del *tweed* le carcome el remordimiento.

—No me lo cuentes —dice Louise—. No quiero saberlo.

—La propiedad privada siempre es un robo —dice Hal.

Le da cincuenta dólares de propina y le da una palmada en el culo.

Y

Louise sigue sonriendo a desconocidos. Louise hace lo que tiene que hacer para mantenerse a flote.

Huele a Lavinia antes de verla. El mismo perfume de siempre: incluso aquí, donde huele a cuerpos y a vómito. El empalagoso y embriagador aroma de lavanda e higo consigue abrirse paso. Entonces ve la melena de Lavinia.

La tiene suelta y lisa, y lleva un vestido de terciopelo oscuro. Está echada hacia atrás en el banco, riéndose, y se le ven los dientes brillantes.

Mimi la acompaña.

—¿Lavinia?

Lavinia alza la mirada distraídamente.

—Hola, Lulu. —Vuelve a echarse hacia atrás en el banco—. Te has quedado sin gambas.

Mimi tiene esa sonrisa de perrito.

—¿Verdad que este sitio es una locura? He visto un espectáculo que... Te lo juro, si lo del consolador es un truco...

—Mimi, cariño.

—¿Sí?

—¿Puedes traerme otra copa de *prosecco*?

Mimi trotta tan contenta.

—¡Dios, qué sitio! —Lavinia toquetea el palillo de su cóctel como si fuera un cigarrillo—. Dios, Lulu, todo es sucio. Es asqueroso. ¿No te encanta? —Se ríe—. A que sí, en plan... como te imaginas Pigalle, no sé, en el *fin de siècle*. En plan el Moulin Rouge, pero de verdad... ¿Crees que era tan sorprendente? Siéntate.

—Estoy trabajando —dice Louise.

Lavinia se encoge de hombros. Sorbe lo que queda de su *prosecco*.

—Bueno —dice Louise—. Mimi ha venido.

Lavinia también sonrío, como si no pasara nada.

—Oh, ya lo sé, no te gusta nada —dice—. Pero en pequeñas dosis no es para tanto.

—No he dicho que no me...

—Lo que le pasa es que es intensa, eso es todo. Pero bueno, yo también lo soy, ¿no crees?

Louise no responde nada.

—¿No lo crees, Lulu?

—Bueno... —Louise ya ha perdido—. Un poco, supongo.

—Dios, te debes de aburrir tanto...

La mujer que se reboza en su propia mierda se está rebozando en su propia mierda en el escenario.

—Pobre Lulu. Aguantarme debe de ser una carga enorme.

—No seas tonta —replica Louise—. Disfruto de cada minuto.

—Bueno... ¿qué tal está Hal?

Louise se queda helada.

—¿Qué?

—Os he visto ahí, charlando.

—Quería gambas.

—Te gusta, ¿verdad?

—Dios... ¿Hal? —Louise duda incluso de que le guste a Rex—. Claro que no.

—Bueno, si te gustara no pasaría nada. Deberías follártelo. O sea, es un idiota. Pero es un idiota rico. Y es, ya sabes, gracioso.

—Lavinia, no quiero follarme a Hal.

—Pues deberías follarte a alguien, Lulu. ¡Te sentaría bien! Necesitas un novio. No es bueno para nosotras, ya sabes... pasar, en plan, todo el tiempo juntas.

Por el rabillo del ojo Louise ve a Mimi aplaudiendo cautivada a la mujer que se restriega en su propia mierda.

—Quiero pasar todo el tiempo contigo, Lavinia —dice Louise.

Mantiene los ojos bajos. Se le da fenomenal este papel.

—Eres mi mejor amiga, Lavinia.

Siempre se le ha dado bien este papel.

—Ha sido genial que hayas venido esta noche, Lavinia. Sabías... Sabías que en el fondo quería que vinieras, muy en el fondo.

—Lo sé.

—Ojalá pudiera ver el espectáculo contigo.

—Lo sé.

—Lo sé... Ha sido una tontería... No tenía que haber aceptado este trabajo. Lavinia se limita a mirar el móvil.

—No —dice—. No tenías que haberlo aceptado.

A las diez y media, Mimi se queda dormida en el banco. Se pone a roncar.

Lavinia sigue bailando sola bajo las luces de neón que la bañan de rojo, azul y verde.

—Lulu —murmura. A estas alturas otros dos hombres le han sobado el culo a Louise, y le duelen mucho los pies por los tacones—. Mi Lulu.

Louise odia sentirse tan aliviada.

Lavinia se desliza hasta la barra.

—Eres mi preferida, Lulu. Lo sabes.

—Lo sé.

—Deberíamos hacernos una foto. Nosotras dos solas.

Los trapeceistas están por encima de ellas, muy alto.

—Cuando acabe mi turno —dice Louise— nos hacemos una foto. Salgo a las cuatro.

—¡Deberíamos colarnos en el camerino! ¡A ver si lo del consolador es de verdad!

—Cuando acabe mi turno —insiste Louise, con el mismo tono de voz, como si no sirviera para nada.

—¡Deberíamos colarnos y hacernos fotos con el robot!

—Por favor —susurra Louise—, por favor, Lavinia, no...

Pero Lavinia está muy segura y decidida.

—Mimi me prometió que lo haría conmigo. Pero... Bueno, ya conoces a Mimi... No aguanta el alcohol; no es como tú, no es como nosotras, Lulu.

—No quiero que me echen —dice Louise—. Por favor.

—Joder, Lulu. —Lavinia pone los ojos en blanco—. Tú antes eras divertida.

Se levanta.

—¡Soy divertida!

Lavinia la coge del brazo y lo señala.

—Más poesía, ¿recuerdas? Más puta poesía... ¿Para qué coño me hice este tatuaje?

Louise no puede seguir así. No puede hablar con un cliente (o con una clienta, que es peor); hay un tipo que le ha tocado el culo y que parece enfadado, y Hal está pasándolo bien con otra camarera en una esquina, y, además, si este trabajo se le da bien, le han dicho que la llamarán más veces, y por mucho que le pellizquen el culo, las propinas son buenas, así que no tiene tiempo para esto —joder, no tiene tiempo para esto—, y si pudiera explicarse...

—Que te den —dice Lavinia—. Yo voy. Ven o no vengas. Me importa una mierda.

Escupe el palillo del cóctel.

—No se puede contar con nadie.

La sonrisa de Lavinia se tuerce antes de darse la vuelta.

Las cosas siempre se tuercen.

Haces la maleta, te largas, te metes en un Chevrolet destartado o en una furgoneta de mudanzas, no importa. Lees poesía junto al agua o te fumas un porro en un puente sobre la vía del tren; le dices a alguien «te quiero» en lo alto de High Line o en medio de un bosque en Devonshire.

Da lo mismo, en ambos casos.

Llega el día en que coges las llaves de un apartamento de una sola habitación en Bushwick y piensas «Hoy, hoy es el día en que todo cambia». Crees que nunca volverás a ver Devonshire, sus decadentes centros comerciales, sus vías de tren y sus casas ocupadas por la infelicidad. Abres la puerta de par en par, alargas los brazos y bailas en el vacío de cada nuevo centímetro de espacio, con el pelo corto y oscuro y los ojos cerrados. Cuando los abres, Virgil Bryce está delante de ti, con esas piernas de larguirucho, con

los brazos cruzados, y te dice: «No te emociones, querida, quién sabe cuánto tiempo podremos quedarnos aquí», y, aunque hayáis estado discutiendo todo el camino, incluso si habéis pasado las seis horas de viaje discutiendo, piensas «No, no, esta vez es diferente, esta vez he escapado a tiempo, esta vez he ganado».

Incluso cuando se acerca a ti. Incluso cuando te pasa los dedos por el pelo.

Incluso cuando dice «Es que no quiero que te lleves un disgusto cuando el mundo no vea lo que yo veo».

Hay algunos días en los que no le crees, en el fondo, no. Hay algunos días en los que sí le crees.

—¡Lavinia!

Louise alcanza a Lavinia en el camerino.

Está sin aliento. Está cubierta del sudor de otras personas. Hay una *drag queen* poniéndose pestañas postizas que ni siquiera se digna a mirarlas.

—Lavinia... Por favor...

—Vete a trabajar, Lulu. No quiero incomodarte.

—¡Pero si no lo estás haciendo!

—Lo entiendo. ¿Sabes qué? Lo entiendo. Soy demasiado. Soy demasiado para cualquiera... —Pasa al lado de una bailarina con *piercings* en los pezones—. Y tú... Louise... debes de ser la más santa del mundo.

Casi han llegado a la zona detrás del escenario, y Louise sigue pensando que alguien se va a dar cuenta de que están allí, o las va a detener, pero todo el mundo está muy borracho, los artistas se miran en el espejo y los porteros se están encargando de las peleas, así que nadie les hace caso.

—¡Joder, Lulu, deja de seguirme!

Pasan al lado de cuerdas, cortinas de terciopelo rojo, luces y sacos de arena, y todo huele a pintura grasa y a humo de cigarrillo.

Louise ya ni siquiera sabe por qué la está siguiendo.

—¡Coño! Déjame sola.

Lavinia cruza una puerta de color rojo oscuro.

Louise la sigue.

—Joder... ¿Ahora quieres verme mear?

Están en un baño con espejos, justo entre el escenario y la pista de baile. Están solas. Hay mujeres desnudas de estilo *art nouveau* pintadas en el techo. Hay un diván de terciopelo rojo. Hay una araña en el techo. Por supuesto que hay una araña.

Louise cierra la puerta con llave.

—¿Puedes escucharme un segundo?

Una Lavinia diferente ríe en cada espejo.

—De acuerdo —dice Lavinia.

Se sube la falda.

Se pone a mear enfrente de Louise.

—Te escucho. ¿Estás contenta? —Se ríe a carcajadas—. ¿Estás contenta ya o qué?

Se limpia y tira de la cadena.

—Adelante.

—Por favor... —Louise lo está haciendo muy bien—. ¿Podemos hablar de esto?

—Vete a trabajar, Lulu. —Lavinia se ha acercado a un espejo. Se está poniendo más pintalabios—. Que buena falta te hace el dinero.

Louise respira muy profundamente.

Louise está muy tranquila.

—Lo siento —dice con una voz muy suave y clara—. Te echo de menos. Las cosas han sido raras. Lo sé y lo siento.

—¿Quieres un ascenso? —Lavinia hace un giro, y todas las Lavinias reflejadas giran también—. ¿Quieres horas extra?

Sonríe. Tiene pintalabios en los dientes.

—¿Una tarjeta no te basta? ¿También quieres la de Amex? Dios... ¿De verdad te crees que soy tan estúpida?

A Louise se le sube el corazón a la garganta, se le baja el estómago a los pies y nada en su cuerpo está donde debería, y no puede pensar en otra cosa que no sea «todo ha terminado». Intenta concentrarse en cosas prácticas («Un sitio donde dormir, por Dios, un sitio donde dormir, no quiero volver a Devonshire, por favor, es lo único que no soportaría, no quiero volver a Devonshire»).

—Te lo habría dado —dice Lavinia— si me lo hubieras pedido.

«Iré a donde sea —piensa Louise—, pero no pienso volver a Devonshire.»

—¿De verdad soy tan horrible?... ¿Es tan difícil fingir que te caigo bien?

—Me caes bien.

—¡Me odias!

—Te quiero.

—¡No me mientas! —La voz de Lavinia se alza mucho—. Como si no supiera... Como si no supiera el asco que te doy. Me acuerdo, me acuerdo perfectamente de la ópera, ¿sabes? Dios, estabas deseando largarte de allí... ¡Tampoco es que hiciéramos nada!

Louise no puede ni respirar; Louise piensa «Mejóralo arréglalo haz lo que sea di lo que sea haz que esté contenta cálmala arréglalo arréglalo», así que suelta, sin pensar, una de tantas cosas que no debería decir:

—Estoy enamorada de ti.

No lo dice en serio. No sabe si lo dice en serio.

Es lo único que conseguirá que Lavinia deje de gritarle.

—¿Qué?

—En la ópera... Me gustas, ¿vale? Me asusté porque me gustas. Lo siento. Lo siento... Sé que eres hetero... Lo sé.

«Dios, cualquiera que te oiga —piensa Louise—. Ni siquiera Lavinia es tan tonta.»

Pero Lavinia está sonriendo.

—Pobre Lulu —susurra. Le pone la mano en la mejilla a Louise, con mucha benevolencia («Dios, qué feliz le hace»)—. Pobrecita Lulu.

«Claro todo el mundo se muere de amor por Lavinia; ella es así de hermosa; así son las cosas.»

Se ríe un poco.

—No es culpa tuya —prosigue Lavinia.

Respira hondo.

—Venga —dice—. La luz aquí es preciosa. Vamos a hacernos un *selfie*.

Louise recupera el aliento.

«Vale la pena —piensa—. Tiene que valer la pena.»

Louise ya ha estado antes igual de desesperada.

Deambuló por las calles de Bushwick a las tres de la mañana, cubierta de sangre, con una tarjeta de crédito, un carné de conducir, una sudadera y un billete de vuelta a New Hampshire en el teléfono con la batería al cuatro por ciento. Consiguió salir adelante entonces.

Métete en un restaurante de horario nocturno. Métete en un club nocturno con muy poca luz. Métete en un bar de mierda a lavarte la cara en el baño. Fóllate a un desconocido, aunque sea para tener un sitio donde dormir que no sea el autobús nocturno a New Hampshire.

No es bonito, pero funciona.

Conseguirá que esta vez también funcione.

Lavinia se pone el pintalabios de Louise. Lavinia le limpia el rímel de la cara a Louise. Lavinia le coloca a Louise el pelo hacia atrás.

—Dame tu teléfono —dice Lavinia.

Pone las velas que hay sobre la cisterna del inodoro en el lavabo para tener mejor luz.

Activa la cámara interior.

Justo entonces Rex escribe a Louise.

Me acuerdo de nuestro encuentro en el Metropolitan.

¿Repetimos pronto?

¿Te parece raro que te eche de menos?

Y

Lavinia ni siquiera se enfada. Eso es lo peor de todo.

No se enciende de rabia. No tira cosas.

—Te vas de casa —dice. Se encoge de hombros—. Te vas de casa... ahora.

—Lavinia, te lo puedo explicar...

—No me importa. —Lavinia está guardando con cuidado, con mucho cuidado, el pintalabios en el bolso—. Sea como sea... No me importa. Toma... Toma las llaves. Coge tus cosas. Para cuando vuelva a casa no quiero verte.

—No tengo a dónde ir...

—¿Con todo el dinero que has sacado —dice Lavinia— y no te llega para una habitación de hotel? —Se encoge de hombros—. Quédate con Rex. Me importa una mierda.

Tira las llaves al suelo.

Louise se agacha a recogerlas.

Lavinia ya está con el teléfono.

—¿Qué haces?

Louise ya no puede ni pensar «por favor, por favor». Todo está muy quieto. La rotundidad de la situación hace que todo se quede inmóvil en el baño.

—Se lo voy a contar a todos —responde Lavinia. Baja la tapa del inodoro y se sienta. Escribe con los dos pulgares—. He... pasado... la... noche... más... ridícula. —Alza la vista. Solo un segundo—. Punto. He descubierto que la loca de mi compañera de piso me ha robado dinero, se ha follado a mi ex y está intentando follar conmigo en el baño de un club nocturno.

—Eso no es lo que ha pasado.

—«La loca bollera de mi compañera de piso me ha robado un montón de pasta del banco mientras se liaba con mi ex novio e intentaba convencerme de que está enamorada de mí...» ¿Cómo se escribe exnovio?... ¿Va junto o separado? ¡Venga, Louise, eres profesora particular, deberías saberlo!

—No lo hagas —dice Louise—. Por favor... Por favor... Me marcho, pero...

—Tranquila, tengo autocorrector. «La mentirosa, loca y bollera de mi compañera de piso, de quien me apiadé, me ha robado cuatro mil dólares de la cuenta corriente mientras la dejaba vivir sin pagar alquiler en el dormitorio de mi hermana.» —Alza la cámara—. Venga... ¡enseña esa puta sonrisa, Lulu!

Louise le quita el teléfono.

—¡Joder! ¡De qué coño vas!

Lavinia lo recupera de un tirón.

Y Louise solo piensa en una cosa, en lo que le queda, que es «que no se entere nadie, que no se entere nadie», y no sabe quién le preocupa que lo sepa, porque no le importa Beowulf Marmont, ni le importan Gavin, ni el padre Romylos, ni Atenea, ni Mimi, ni Hal, porque al fin y al cabo ni siquiera le caen bien, pero en este momento no está pensándolo. Lo único que tiene en la

cabeza es que nadie puede saber lo que ha hecho, así que tira del teléfono con más fuerza, con mucha más fuerza de la deseada, y entonces Lavinia y ella acaban en el suelo, peleando por el teléfono, y lo más estúpido, lo más estúpido de todo, es que el teléfono rebota hasta debajo del lavabo, así que para cuando Louise agarra a Lavinia del pelo, para cuando Lavinia le araña el hombro, para cuando la levanta de un tirón contra las paredes reflejadas y reflejadas y reflejadas, para cuando le golpea la cabeza contra el lavabo, el teléfono ya ni siquiera está allí, ni la primera ni la segunda ni la tercera vez que le golpea la cabeza.

Así muere Lavinia:

Llevándose la mano a la cabeza. Mirando su antebrazo, al tatuaje de ¡¡¡MÁS POESÍA!!! que está cubierto de gotitas de sangre.

Alzando la vista hacia Louise.

Cayendo, con todas las demás Lavinias, contra el espejo, contra Louise, contra el suelo.

Así, así, es como Louise lo jode todo.

Louise siempre tiene razón.

Siempre ha sabido que puedes engañar a algunas personas todo el tiempo, y que puedes engañar a todo el mundo durante un tiempo limitado, pero no puedes engañar a todo el mundo todo el tiempo, por muy bien que se te dé, por mucho que te esfuerces. Si eres una bollera psicópata y mentirosa, robas dinero a tu mejor amiga y te lías con su exnovio, da igual lo delgada que estés, o lo guapa que seas, o lo bueno que fuera el texto que escribiste para el blog de *The Fiddler*: todo el mundo, antes o después, lo sabrá.

De todas formas, todo ha terminado.

Lavinia está muerta.

El bajo está retumbando. La gente está gritando y aplaudiendo. Alguien llama a la puerta del baño.

El teléfono de Lavinia empieza a sonar.

Haga lo que haga, Lavinia no puede gritar.

Se pone la mano en la boca.

Hay trescientas personas en el club, justo al otro lado de la puerta.

Louise intenta respirar de modo tranquilo y consciente, como cuando iba al psicólogo y conseguía así ver las cosas con perspectiva.

No funciona.

El teléfono de Lavinia sigue sonando.

Alguien sigue llamando a la puerta del baño.

La cara de Mimi resplandece en el teléfono de Lavinia.

«Respira —piensa Louise—. Respira.»

Salta el buzón de voz.

Mimi envía un montón de mensajes.

Dnd estas?

M he despertado sola

Emoji de gatito triste.

Emoji de zorro llorando.

Emoji de ciervo llorando.

Sigues aki?

Louise respira.

Louise limpia la sangre del suelo. Louise limpia la sangre de la frente de Lavinia. Usa una toalla de mano y jabón líquido carísimo que huele a albahaca. Louise esconde la toalla en el fondo de la basura.

Louise le echa la melena larga y suelta de Lavinia por encima del hombro. Su pelo es tan largo y tan abundante que le cubre la cara. Le quita el collar, que es enorme, brillante y está manchado de sangre, y se lo coloca a Lavinia en el pelo para que el medallón le cubra la frente, como si llevara una corona, y así no se le ve ni la sangre.

Los golpes de la puerta se vuelven más fuertes.

—¡Gilipollas! —grita alguien—. ¡Gilipollas de mierda!

Y

Louise no puede hacer nada.

Abre la puerta.

Hay veinte personas haciendo cola para el baño.

«Es imposible —piensa—, que esto no sea el fin.»

Lavinia está apoyada en los brazos de Louise.

Lavinia está muerta, tiene los ojos abiertos, y está apoyada en los brazos de Louise, y una chica muy delgada con el pelo rubio grasiento y un vestido de los ochenta se queda mirándolas a las dos.

Asimila que están allí.

Se tropieza y cae al suelo.

Empieza a vomitar en el inodoro.

La gente se arremolina a su alrededor. La amiga de la chica, aún más flaca, le sujeta el pelo, mientras un tío grita «qué asco, me cago en todo, que tengo que mear» y entonces la chica borracha que está sujetándole el pelo a la otra chica borracha se pelea con el tío borracho que quiere mear y en algún momento él se baja la cremallera, se saca la polla y hace pis en la pared, y, puesto que todo el mundo lo está mirando, Louise tira de Lavinia, como si estuviera tambaleándose, como si necesitara que le echaran el pelo hacia atrás, y se la lleva por los pasillos húmedos y estrechos que conducen al escenario.

Y todavía es cuestión de tiempo, y quizá, quizá, Lavinia no esté muerta, sino aturdida (Louise ha visto un montón de capítulos de *Ley y orden*, pero aun así

no sabe cuánto esfuerzo requiere matar a alguien, porque un asesinato no parece algo posible en el mundo real) y hay tanto ruido y tanta gente, y está todo tan oscuro que Louise arrastra a Lavinia contra la pared (que está pegajosa y proporciona rozamiento) y oculta su cuerpo con el suyo, empujándola hacia arriba, como si estuviesen las dos solas, como si se hubieran apartado a un rincón para enrollarse, para que Lavinia le vuelva a meter mano, para que Louise le bese el cuello.

—¡Idos a un hotel! —grita uno, pero Louise ni siquiera sabe si se refiere a ella, porque por el rabillo del ojo ve que alguien le está haciendo una mamada a un tipo.

Hay una esfera de acróbatas tirada en un rincón del pasillo. Los tragafuegos la acaban de usar, y todavía huele a gasolina.

Louise tumba allí a Lavinia, debajo del esqueleto de la esfera, bajo las luces, bajo las joyas falsas de la araña, que brillan cada vez que se iluminan las luces estroboscópicas del local.

Palpa la cara de Lavinia. La besa. Le toca la garganta y el cuello, y nada, nada palpita, pero aun así no puede ser real, porque la gente no muere así, porque ella no es una persona que mata a gente, no es una persona que hace nada malo, nunca, y matar a una persona es lo peor que se puede hacer, y además está Dios, que envía relámpagos cuando pasan estas cosas, así que, si Lavinia está muerta, habrá un juicio y Louise se transformará en ceniza.

Pero el tipo que se embadurna en crema de mantequilla está listo para un bis.

Esta vez, está haciendo animales con globos, pero en realidad no son globos.

Lavinia está preciosa bajo la esfera de los acróbatas.

Louise se inclina sobre ella. Intenta colocarle el pelo para que no se vea la sangre, y piensa que a Lavinia eso le gustaría, porque Lavinia está igual que Ofelia ahora mismo, y luego empieza a sentir náuseas porque ¿qué clase de persona justifica matar a alguien por la razón de que siempre han querido ser un poquito Ofelia, o como mínimo la dama de Shalott?

Entonces todo el mundo empieza a gritar, las luces centellean y alguien a quien no ha visto nunca grita en su cara «ESA BOLA EN VOLANDAS», y la chica delgada (una de ellas) grita como si fuera la primera vez en su vida que oye hablar de llevar algo en volandas, y entonces todo el mundo las mira directamente a ellas, a la bellísima mujer blanca y rubia muerta, a la menos bella mujer blanca y rubia que sigue viva y que respira encima de la otra, y todo el mundo grita, grita, como si ellas fueran divinidades, y entonces empiezan a hacer girar la esfera con las dos dentro, y todo gira, y Louise piensa que le van a dar náuseas... Tiene náuseas y piensa «Ahora, ahora es cuando todos se dan cuenta», pero no se dan cuenta, porque las luces parpadean y el sonido es estridente, y están pasando por el foso de la orquesta, por la sala principal, y entonces empieza a caer purpurina del techo en una enorme explosión final, y cae más densa y más fuerte que cualquier ventisca que Louise haya visto, y, además de densa, se les pega a las dos, y se suma al sudor y a la sustancia pegajosa que hace que estés algo húmeda al morir, que a saber cómo se llama, y acaban tan cubiertas de plata que ni siquiera se ve la sangre, ni siquiera se ve (¿cómo es posible que nadie lo vea?) que hay una chica muerta con el pelo muy largo y rubio y con los ojos abiertos llenos de confeti.

Louise vomita.

Todo el mundo también vitorea cuando esto pasa.

Mientras la esfera va girando hacia el lateral del escenario, Louise ve a Hal. Está sentado con la bailarina de los *piercings* en los pezones.

Alza la copa al verlas a las dos.

Y

Ahora están en las sombras.

Ahora Louise empuja la pared con todas sus fuerzas.

Ahora Louise encuentra la salida de servicio.

Arrastra a Lavinia al callejón de servicio. Huele a pescado podrido, a vino dulce, a grasa de cocina.

Lavinia ni siquiera es la única chica postrada en el callejón.

Louise mete a Lavinia dentro de un carrito de madera astillada. Aparta las cajas de su camino. Evita las ratas.

Se corta con uno de los tornillos que sostienen las ruedas del carrito. Se mira para ver si está sangrando, pero la sangre de Lavinia le ha manchado incluso las pantorrillas, y Louise no logra distinguirlo.

Mimi sigue mandando mensajes de mierda.

Dnd estás? Stoy arriba. Estas aki?

Y Louise piensa: «No soy yo misma».

«Esto no es la vida real», piensa Louise. Suenan sirenas de policía, pero ni siquiera son por ella.

Louise se decide.

Louise coge el teléfono de Lavinia. Llama un Uber.

Se echa el brazo de Lavinia por detrás del cuello.

—Venga —dice, lo bastante alto para que toda la gente que hay en la calle lo oiga—. ¡Venga, bonita! Vamos a casa.

Está muy animada.

No es más que otra camarera saturada de trabajo que ayuda a una chica borracha a meterse en un taxi.

Las dos están cubiertas de purpurina. Las dos están cubiertas de vómito.

Es una de esas noches en la ciudad.

Es viernes por la noche y todo el mundo grita, y da lo mismo lo tarde que sea, porque se diría que es de día, y es tan insólito, pero también es un alivio, porque significa que no está sola.

Puedes pasar por delante de un montón de clubes nocturnos con sangre en la cara y nadie se da ni cuenta.

Puedes bajar por una calle de la ciudad, en el Lower East Side, en Bushwick, con sangre en la cara y no tener más que un carné de conducir, una tarjeta de crédito y un móvil casi sin batería, los nudillos magullados de haber pegado a un hombre (ni siquiera eres el tipo de chica que pierde el control y pega a un hombre) (siempre has sido esa chica) (él siempre te dijo que eras esa chica) y nadie se da ni cuenta, ni le importa.

Louise ha hecho esto antes. Tampoco entonces le pareció real.

Louise espera al Uber en el callejón fuera del club.

Hay muchísima gente ahí fuera.

Hay un montón de gente borracha gritando, y Louise se pone de rodillas y estrecha a Lavinia con fuerza, con mucha fuerza, y le murmura a la altura del cuello, que está cada vez más rígido «ya, bonita, ya, lo siento, lo siento, te quiero», y ni siquiera sabe si lo dice en serio.

Otro mensaje de Mimi.

Emoji de un zorro explorador.

stoy sola.

T as ido con louise?

Estas bien????!!!111

Louise no quería hacer daño a Lavinia cuando le hizo daño a Lavinia.
(Quería hacer daño a Lavinia.)

No quería hacerle daño a Virgil Bryce.

(No es ese tipo de chica.)

Pero es que cuando has tenido la misma conversación una y otra vez durante un año en un apartamento minúsculo junto a la vía del tren, en Bushwick, y de nuevo un hombre a quien quieres te dice «te quiero» pero también dice «esto es una bendición y una indulgencia, porque te conozco mejor que tú misma y he elegido quererte a pesar de todo, y ningún otro que te conozca te querrá» y te está besando a la vez que te dice que estarías más buena si perdieras un poco de peso, te está follando a la vez que te está diciendo que estaría mejor si os mudarais los dos a un sitio más tranquilo, donde tendríais más posibilidades de prosperar, porque así no te sentirías defraudada, y quizá, quizá por una vez... en lugar de asentir, en lugar de suspirar, en lugar de decir «sí, sí, tienes razón» le pegas tan fuerte que se cae de espaldas, del mismo modo que los hombres pegan a las mujeres en las películas, del modo en que los hombres no deben pegar a las mujeres en la vida real.

(Puede que hagas eso una vez y entonces sepas que él tenía razón en todo lo que siempre ha dicho de ti.)

Entonces te das cuenta de que él ha visto que eres la puta loca que él siempre ha sospechado que eras, y que esta es la única forma que tienes de

irte.

Ahora eres la loca. Siempre lo has sido.

—Tenía razón sobre ti —dice con ese tono puritano que prácticamente suena a que le alegra decirlo, mientras se limpia la sangre de la mejilla—: Eres una puta psicópata, Louise.

Y la agarra de la nuca, como a un perro, y la empuja por la puerta, y tiene razón, y es lo último que le dice nunca.

Es muy fácil meter a Lavinia en el Uber («Menos mal, menos mal que está tan delgada»). Es la única vez que Louise no ha odiado lo delgada que está Lavinia.

—¿Tu amiga está bien?

—Ha visto a las hadas —dice Louise. Sostiene a Lavinia en su regazo. Los ojos de Lavinia siguen abiertos. Hay sangre en la minifalda de Louise y en sus piernas («Menos mal, menos mal que voy de negro»).

—¿Qué?

—Nada.

—Huele a mierda.

—Lo sé.

—Ya sabes que hay una penalización de cien dólares si vuelve a vomitar.

—No lo hará —dice Louise.

A Lavinia se le ve el pezón por donde se le ha bajado el vestido. El conductor se queda mirándolo en el retrovisor.

Louise deja que mire.

A Louise siempre le ha gustado un chiste sobre dos tipos que ven un oso en el bosque. El chiste es así: No tienes que ser más rápido que el oso. Basta con ser más rápido que el otro tipo.

Ahora está pensando en ese chiste.

Louise ya ha hecho la parte siguiente.

Sacar a Lavinia del coche. Subir a Lavinia por las escaleras. Meter a Lavinia en la bañera. Poner el agua.

Lavar esa melena larga, enredada, gloriosa y dorada.

Limpia la sangre.

Me voy a casa?

Es el vigésimo mensaje de Mimi.

LOL estoy borrachísima me voy a desmayar

Y Louise piensa «Esto no puede ser real».

Nada es real.

Y

Lavinia todavía tiene los ojos abiertos.

Esto no puede, no puede ser real.

El teléfono de Lavinia no deja de sonar.

Louise también superará esto.

«Solo necesito tiempo —piensa—. Solo necesito un poco más de tiempo.»

—¡Guapa! —Cuando quiere, Louise suena casi como Lavinia. Conoce bien su voz—. ¡Mimi, guapa! ¡Lo siento muchísimo!

—¿Dónde estás?

—¿Sigues en el P.M.?

—Hal dice que te has ido, que te encontrabas mal.

—Ha sido un momentito, querida. Necesitaba un descanso, eso es todo.

—¿Dónde estás?

Y Louise piensa «Mierda, mierda, mierda».

Y Louise piensa «Deja que se pare el mundo, solo un segundo, lo suficiente para que las cosas vuelvan a tener sentido».

—¡Estoy borrachísima! —lloriquea Mimi—. No puedo ni enfocar la vista. ¡Vente de fiesta conmigo!

Louise llevando a Lavinia inerte por la pista de baile.

Eso no puede ser lo último que Hal vea. No puede ser lo último que cualquiera vea.

Tiene que mantener a Lavinia viva unas horas más.

Y

—Quedamos en el Bulgarian Bar —dice Lavinia. Lavinia siempre, siempre está dispuesta a vivir otra aventura—. Ahora mismo estoy en un Uber. Voy de camino, bonita. Te lo juro.

—¿De verdad que vienes?

—Sí, por supuesto que voy.

—¿Y Louise viene también?

Menuda niñata amargada y triste.

—Ni de coña —dice Lavinia—. La verdad es que me tiene un poco harta.

No es tan difícil como te crees quitarle el vestido a Lavinia. No es tan difícil como te crees aclararlo, ponértelo, cubrir la parte de atrás con un chal de piel de zorro. Lavinia está muy rígida, pero no ofrece resistencia.

El pelo es más difícil... Por ahora se lo peina hacia atrás, luego lo levanta, para que parezca que Lavinia ha intentado sujetárselo correctamente con horquillas, pero no lo ha conseguido (Lavinia nunca se sujeta bien el pelo, nunca jamás).

Se pone el pintalabios de Lavinia.

Se pone el perfume de Lavinia.

Cierra la cortina del baño.

Lavinia sube la foto de las dos en el taxi. Las mejores amigas.

Consigue quince Me Gusta en cuatro minutos.

Lavinia le dice su nombre al conductor de Uber. Parlotea esplendorosamente sobre arte, la vida y sobre cómo, si te esfuerzas lo suficiente, puedes convertir tu existencia en una obra de arte. Te puedes crear a ti misma.

—Creo que la gente no sabe la libertad que tiene —dice cuando se detienen en la esquina de Rivington con Essex. Le da propina en efectivo, a pesar de que por lo general no se da propina a los conductores de Uber, para que la recuerde con aprecio.

Lavinia sube otra foto en Facebook: de Rivington Street, del cielo, de las estrellas, de las luces. Olvídalo, Jake, escribe en la imagen, esto es Chinatown.¹¹ Técnicamente, está en el Lower East Side, pero Lavinia no deja

que eso la frene, porque Lavinia cree que el Arte es más noble y más importante que la verdad. Se conecta al entrar en el Bulgarian Bar.

Mimi le ha mandado muchísimos emojis: Leones. Tigres. Osos.

Llego dentro de nada, escribe Lavinia.

Métete en la jaula de hielo.

Así funciona el Bulgarian Bar:

Si te quitas la ropa, te dan un chupito gratis. Si follas en la barra, te dan una botella gratis. Por treinta dólares entras en la jaula de hielo soviética donde te pones el uniforme militar soviético antiguo que te dan, además del sombrero soviético de piel, y un camarero usará tu móvil para hacerte fotos a través del cristal mientras bebes todo el vodka que puedes de un vaso de chupito de hielo antes de que se derrita.

Ahora Mimi está en la jaula de hielo soviética. Está desnuda, excepto por las bragas y una chaqueta militar soviética. También lleva el sombrero.

Está apoyada contra el cristal, y un hombre al que Louise no ha visto nunca y al que nunca volverá a ver le está besando la nuca a Mimi y le está deslizando los dedos por debajo del triángulo de su ropa interior.

Y

Lavinia deja su tarjeta al otro lado de la barra.

Explica que también quiere pagar todas las consumiciones de la chica borracha.

Le hace una foto a Mimi. La cuelga. La etiqueta. Beowulf Marmont le da a Me Gusta.

Cuando Mimi sale tambaleándose, Lavinia la sujeta.

—¡Bonita!

—¿Lavinia?

Lavinia le susurra al oído, con el pelo cayéndole sobre el hombro de Mimi, con su perfume, de pie detrás de ella.

—Siento mucho haberte hecho esperar.

—Dónde has estado te he echado de menos mucho mucho.

Mimi no se tiene en pie.

—Te traigo otra copa.

Se la pone en las manos.

—¡De un trago!

Mimi obedece. Mimi se balancea.

Mimi se lleva una mano a la boca, como si fuera a vomitar.

—TeníatantomiedoLavinia.

Hay muchísima gente. Está muy oscuro. Están bailando.

—Teníatantomiedodequeestuvierasenfadadaconmigo.

—No puedo enfadarme contigo —dice Lavinia—. ¡Te quiero!

—Te he echado de menos —murmura Mimi. No consigue enfocar la mirada. Lavinia siempre está fuera de su campo de visión—. Ni te lo imaginas.

—¡Selfie! —dice Lavinia.

Se lo hacen.

Lavinia se está inclinando, besando la mejilla de Mimi, con los rasgos oscurecidos por las solapas del sombrero soviético de piel que lleva Mimi, así que no se le ve la cara.

Υ

Lavinia también la cuelga.

—Vamos a pasar una noche genial, ¿verdad?

—La mejor —dice Lavinia.

Lavinia la arrastra a la multitud.

Deja a Mimi en los brazos del hombre que hace un rato se la estaba follando con los dedos.

Son las cuatro de la mañana. Lavinia sigue viva.

Le pase lo que le pase esta noche, no es problema de Louise.

No mientras tenga también una coartada.

«Es el paso lógico cuando matas a alguien», piensa Louise. O al menos eso cree.

Louise escribe a Mimi desde su propio teléfono.

Dónde estáis?

Está Lavinia contigo?

Necesito las llaves.

Mimi no contesta. Probablemente esté en la cama con el desconocido. Pero, por la mañana, cuando se despierte, nadie será capaz de hacerle admitir —ni por asomo— que ella y Lavinia Williams no han pasado una de esas noches preciosas, épicas que solo se viven una vez, o que no se han quedado hasta el amanecer.

A las cuatro de la mañana, Louise llama a Rex.

—Lo siento —le dice—. Lo siento mucho. No sabía a quién llamar.

—¿Estás bien?

Suena muy despierto para ser las cuatro de la mañana.

—Es que... No tengo las llaves.

—¿Cómo?

—Lavinia... Ha salido con Mimi, después del espectáculo *burlesque* que...
Bueno, da igual.

—¿Y tiene tus llaves?

—Solo hay un juego —dice Louise—. No lo tengo. Y ella no contesta al teléfono.

—¿No habéis ido juntas?

—No me ha invitado.

Puede oír un suspiro al otro lado del teléfono.

—Vamos a tomar un café juntos —dice él.

Lavinia entra en el baño de un restaurante veinticuatro horas. Del baño sale Louise.

Tiene el pelo recogido en una coleta. Lleva una minifalda bastante parecida a la minifalda ridícula que le han hecho ponerse en el P.M. (a estas alturas, da igual pensar en ese trabajo; también lo ha perdido), una sudadera con lentejuelas encima del top que le da aspecto de guarra y que le hace sentir un poco como Atenea Virginal, pero tiene que explicar que no ha podido subir a casa.

Guarda cuidadosamente el vestido de Lavinia en una bolsa de plástico, por si acaso lo vuelve a necesitar.

A veces Louise se sorprende a sí misma.

Louise queda con Rex cerca de la casa de él, en East Village. Van a un restaurante veinticuatro horas de *pierogi* llamado Veselka, con murales de gente haciendo cosas antiguas en Nueva York, y se sientan junto a la ventana

debajo de una luz halógena y observan cómo la oscuridad desaparece poco a poco.

Rex tiene bolsas debajo de los ojos. Lleva una americana.

—No hacía falta que te arreglaras por mí —dice Louise.

Han estado diez minutos en silencio, comiendo *pierogis* grasientos, bebiendo café quemado, mirándose.

—No me he arreglado —responde Rex—. O sea... O sea, que no. O sea...

—Da otro trago al café.

Suspira. Louise no dice nada.

—Mira —dice Rex—, estoy seguro de que volverá pronto a casa. ¿Lo ha hecho otras veces?

—Alguna vez. —Louise lo mira—. Pero nunca hasta tan tarde. —Traga saliva. Tiene que tener mucho cuidado—. Pero bueno... ¿No creerás que le ha pasado algo?

Puede que a Lavinia la atraquen en un callejón. Puede que se tropiece en el parque de camino a casa. Louise no puede ni pensarlo ahora mismo.

Louise solo se concentra en no gritar.

—¿Te ha contestado Mimi?

Louise se encoge de hombros.

—Todavía no.

—No tienes las llaves —dice Rex, como si le diera pena por ella.

—Es una norma de la cooperativa de propietarios.

—Sí, seguro.

—Seguro —dice Louise—. Lo siento... Lo siento... No he debido despertarte. No por algo así. Pero es que... No sabía a quién llamar.

—Me alegro de que lo hayas hecho —dice Rex—. Me gusta hablar contigo.

—Si se entera...

—Estamos muertos —la interrumpe Rex, y Louise se esfuerza mucho para no encogerse de miedo.

Empieza a haber luz fuera, y dedos rosados arañan las sombras en el suelo fuera del restaurante.

—Odio estar metiéndote en un lío —dice Rex.

—No te preocupes —dice Louise—. No... Es culpa mía. Créeme.

—Sé que está mal —dice Rex—. Lo sé. —Suspira—. Ella es una buena persona... en el fondo. ¿Verdad?

Louise ya ni siquiera lo sabe.

—Puede.

—Pero es que... es...

—¿Demasiado?

—Sí —dice Rex—. Es demasiado. —Resopla—. No es justo por su parte exigir tanto de ti.

—No pasa nada —dice Louise.

«Solo un par de horas más. Hasta la mañana. Puedes hacerlo.»

Encontrará el modo de matar a Lavinia por la mañana.

—Eres lista, y graciosa, y eres amable.

—Calla —protesta ella en voz baja.

—Y eres una buena amiga... Lo eres... Y, lo siento, pero es una putada que tengas que estar aquí a las cinco de la mañana. Lo siento.

—Calla —insiste ella—. Por favor, para. —Pero él no hace caso.

—Te mereces algo mejor —dice él. Le da la mano.

El caso es que Louise no se merece tal cosa.

Louise se ha prometido que no va a llorar. Se le ha dado fenomenal no llorar. No ha llorado al levantar el cuerpo de Lavinia del suelo, no ha llorado al llevarse a rastras a Lavinia de la sala y no ha llorado en el Uber ni al meter

a Lavinia en la bañera ni al hacerse la foto las dos juntas, así que Louise no entiende por qué está llorando ahora, y Rex la está mirando con muchísima ternura y benevolencia. Louise solo piensa que todas las cosas terribles que todo el mundo ha visto en ella son verdad, siempre han sido verdad, que no hay universo en el que no acabaría haciendo esto.

—Lo siento —insiste Rex, como si todo esto tuviera que ver con él, mirándola como nadie debería volver a mirarla, y, como siga mirándola así otro segundo más, no podrá evitar contárselo todo—. Dios, lo siento... No he debido... No me corresponde.

—Está bien.

Louise deja caer un billete de veinte dólares en la mesa.

—Tengo que irme.

Una forma posible de que acabe la noche es que Louise se entregue.

Rex sigue mirándola —con esos ojos que no parpadean, con su fe perfecta — y Louise piensa «en un mundo ideal la gente hace lo correcto», y, aunque no es un mundo ideal, Louise decide que debería serlo, y entonces debería ir a la policía a contarles, con todo lujo de detalles, todo lo que ha hecho.

Por un momento, al amanecer, Louise está segura de que lo hará.

Rex sigue a Louise por la Segunda Avenida.

—¡Louise, espera!

Está sin aliento. Ha olvidado su chaqueta.

Louise para un taxi de un modo frenético, desordenado, intenta pensar en el lugar exacto al que hay que ir cuando has matado a alguien: si hay una sede, si se busca en Google la comisaría de barrio, si vas directamente al primer policía que ves y le dices «Perdone, pero hay una chica muerta en mi baño...».

Rex cruza el paso de cebra tan rápido que un ciclista cercano casi lo golpea.

—¿Qué quieres de mí? —Louise le pregunta, y entonces él la besa.

Rex no la está besando.

Está besando a una chica guapa, rubia, de ojos dóciles y tan buena como él mismo. Ella es tímida, inteligente, ingeniosa y amable, sufre terriblemente y tiene buenas intenciones. Está besando a una chica que no se queja cuando su amiga la deja encerrada fuera a las cuatro de la mañana y que va al Metropolitan cuando se siente sola. Está besando a una chica que nunca ha matado a nadie.

Ella le corresponde, a pesar de todo.

Se suben a ese taxi para ir a casa de Rex, aunque no está ni a diez bloques de distancia, porque no pueden dejar de tocarse, y Louise paga con el efectivo de su cartera y deja una propina desproporcionada porque es el dinero de Lavinia, y ahora no quiere ni tocarlo.

Se suben uno encima de la otra. Se aniquilan entre sí. La bufanda de Rex se engancha con las chabacanas lentejuelas de Louise, y aunque ella no se da cuenta de que está llorando, sus lágrimas le manchan la cara. Él sigue besándola a pesar de todo y sigue susurrando «No es culpa tuya; no es culpa tuya; lo siento». Se besan enfrente del bloque de apartamentos, y vuelven a besarse en el vestíbulo, y se vuelven a besar por las escaleras, y en cada rellano, y resulta que son muchos rellanos, porque no hay ascensor y vive en el quinto piso, y se besan de nuevo frente a la puerta y Louise ni siquiera ha estado bebiendo, pero se siente borracha. O puede que sea Lavinia quien está borracha... Lavinia, que sigue viva; Lavinia, que está pasando la mejor noche de su vida con Mimi; Lavinia, a quien Mimi acaba de etiquetar en otro estado

incoherente con las palabras llenas de errores ortográficos y en el que cita a Baudelaire, el vino y la virtud; Lavinia, a quien van a atracar esta noche; Lavinia, que va a morir... Y quizá todavía sigan unidas por aquella noche junto al mar, y Louise siente todo lo que Lavinia siente, y puede que por eso esté también borracha, o quizá lo que pasa es que alguien está siendo cálido, está siendo amable, está besándola, susurrándole su nombre al oído, su nombre, y diciéndole lo buena que es.

—Te lo estoy estropeando todo —murmura Rex—. Lo estoy estropeando todo; lo sé, lo siento; por favor, hazme parar.

Pero se agarran con más fuerza, y él le quita la parte de arriba, con sus lentejuelas, la ridícula minifalda que le llega hasta el coño y después el sujetador (ella cae en la cuenta, demasiado tarde, de que es de Lavinia, pero él no parece darse cuenta). Él le pasa las manos de arriba abajo por el cuerpo y la mira, o sea, la mira de verdad, y dice «Dios mío, eres preciosa», como si lo dijera en serio.

—Dime que pare —insiste Rex. Louise no lo hace. Ni siquiera cuando él le besa el cuello, ni siquiera cuando le hace un cunnilingus, ni siquiera cuando él pregunta si tiene un condón y ella dice «no te preocupes», porque el riesgo ahora le parece insignificante.

Ella le abraza con las piernas y le agarra con los brazos y él está sobre ella y alrededor de ella y contra ella y dentro de ella. Pero el caso es que Louise solo puede pensar en aquella vez en enero en la que Lavinia decidió que hacía tiempo que no pasaban «una de esas noches», así que Lavinia cerró todas las puertas, apagó todas las luces y encendió todas las velas de la casa. Puso el *Sueño de amor* de Liszt, que Louise ni siquiera había oído nunca, y a la luz de las velas Lavinia explicó que esa canción era sobre amor y muerte, sobre cómo *der Stunde kommt, der Stunde kommt*, es decir, la hora de morir llega a

todo el mundo. Lavinia estaba reclinada en el diván con la luz de la luna en los pechos. Pero quizá Rex sea la única razón por la que Lavinia escucha esta canción, y Louise piensa «sí, esa parte fue real», y ahora ya no sabe, correspondiendo a los besos de él, si algo volverá a ser real. Louise no sabe si se siente aterrada, terrible o triunfante, si está enamorada o solo sobreviviendo. Lo único que sabe es que el mundo se ha acabado, pero también que no ha dejado de girar.

Lo único que Louise necesita saber ahora mismo es esto: Rex está dentro de ella, y necesita que se quede dentro de ella; además lo estrecha con fuerza, con muchísima fuerza, respirando aún, porque si no se agarra a él, si deja de agarrarse un solo segundo, Lavinia la arrastrará al mar.

Louise se despierta feliz.

Lo cual le sorprende.

No logra recordar cuándo fue la última vez que se despertó así: con el brazo de alguien envolviéndola, con alguien apretando su pecho contra ella, o acariciándole el pelo, o acariciándole los antebrazos suavemente con las yemas de los dedos. No está segura de haberlo vivido antes.

No con alguien besándole el cuello. No con los labios de alguien en su hombro. No con tanta luz derramándose desde fuera.

Se filtra a través de las persianas. Forma una cuadrícula en la pared. Se queda maravillada mirando, y a pesar de que en su vida ha visto mil sombras similares, aprieta esta con los dedos, porque está lo bastante dormida como para pensar que puede cogerla.

—Buenos días, preciosa —dice él.

Louise está asombrada de haber pasado la noche con él —toda la noche— sin que él sospeche ni un momento el tipo de persona que es.

—¿Te cuento un secreto?

Ahora le está besando los hombros muy rápido, le hace cosquillas y Louise se ríe sin querer.

—¿Qué secreto?

—Que no quiero salir de la cama.

Sin las gafas parpadea mucho.

—No se lo cuentes a nadie.

—No lo haré —susurra ella.

Y

Suena el teléfono.

Entonces Louise se acuerda.

—¡Mierda!... ¡Mierda!

—¿Qué pasa?

Él le aparta el pelo de la cara. Es muy dulce con ella.

Es el teléfono de Lavinia. El preludeo de *Tristán e Isolda*, de Wagner, retumba por todo el apartamento de Rex.

Tiene miedo de que lo reconozca, pero él mete la mano en su bolso y se lo da.

Es Mimi. Lleva cinco llamadas perdidas.

Louise la manda al buzón de voz.

—¿Va todo bien?

Lavinia tiene 56 notificaciones en Facebook.

—No es nada. —Louise apaga el teléfono. Louise acaba de matar a alguien —. Todo bien. Está todo bien.

—¿Era...?

—No.

Louise inspira aire.

—Era Mimi —dice.

—¿Tienes noticias de ella?

—No.

Ahora él exhala aire.

—Todo irá bien —dice él—. Seguro que está con Mimi. O... ya sabes... bailando encima de una mesa. O en París. Nunca se sabe.

—Nunca se sabe... —dice Louise.

Él se levanta y va a la ventana.

Ahora que lo ve sin ropa, está más delgado de lo que imaginaba. Tiene el pecho ceroso, y un poco cóncavo. Se le notan las costillas. Pero, a pesar de todo, le parece muy guapo.

—Bueno —dice él. Se frota los ojos—. ¿Qué quieres hacer?

—¿Con Lavinia?

—Con Lavinia.

—¿Qué quieres que hagamos con Lavinia?

—¿Hablas tú con ella o lo hago yo?

—¿De qué?

—De nosotros.

Quizá Louise siga soñando.

—¿Qué de nosotros?

«Me has echado un polvo —piensa ella—. ¿Qué más hay que contar?»

Él se sienta en el borde de la cama.

—Bueno, pues... si vamos a seguir haciendo esto... no podemos hacerlo en secreto.

A Louise no se le ha ocurrido nunca que Rex quiera hacer esto más de una vez.

A veces la gente quiere follar contigo. Es natural si eres guapa; o, si no eres guapa, al menos si eres rubia. La gente quiere follar contigo una vez. Luego se va temprano a trabajar y te dice que te escribirá dentro de unos días, pero no lo hace.

—¿Quieres volver a hacerlo?

(Puede que este no sea el asunto más importante, teniendo en cuenta que hay un cadáver en una bañera en la parte alta de la ciudad, pero Louise no puede pensar en eso ahora.)

—¿Tú no?

—Pues claro que sí —afirma Louise antes de que pueda pensar en lo que está diciendo—. Pero... es que... no podemos.

—¿Por Lavinia?

—Pues claro —responde Louise—. Claro que por Lavinia.

Él suspira.

—Puede que, ya sabes... que no sea para tanto. O sea... puede que, ya sabes, sea duro al principio, pero...

Ella se asombra de lo estúpido que es.

—Quemó tu pañuelo.

—Joder —suelta él. Se ríe, pero solo un poco—. Ya te digo.

Lo dice con algo que parece admiración, y a Louise le da muchísima rabia, muchísima, y la carcome.

—Mira, Louise... —Hace mucho que nadie la llama por su nombre entero—. Sí que es egoísta —dice muy bajito—. Pero me gustas mucho. Eso lo sé.

Instintivamente, ella alarga los brazos. Pone los dedos detrás de su nuca.

—No es egoísta —dice ella— querer ser feliz.

El modo en que lo hace es automático. Le toca los hombros. Los masajea.

—Yo debería encargarme —dice Rex—. Me corresponde. Le explicaré que al principio tú dijiste que no, pero que yo insistí. Seré el malo. No me importa...

—¡No!

Lo dice demasiado alto. Luego añade:

—No... no. Ya hablo yo con ella. Cuando vuelva a casa.

—¿Estás segura?

—Estoy segura.

—¿Quieres que espere fuera?

—Todo irá bien —responde ella.

—Mira, si necesitas un sitio donde quedarte un par de días...

—¿Cómo?

—Pues si necesitas espacio. Bueno, esto es un estudio, ¿sabes? No es gran cosa. Pero yo sí que tengo dos juegos de llaves.

Él le besa los nudillos, como si ella fuera preciosa.

Entonces Louise cae en la cuenta.

Esta parte habría sido real pasara lo que pasara.

Si ella le hubiera llamado desde el P.M. —llorando, histérica—, todo habría acabado del mismo modo. Él la habría besado. Él la habría traído a casa. La habría dejado quedarse con él.

Lavinia ha muerto por nada.

—¿Qué ocurre? —pregunta Rex.

Louise no puede dejar de reírse.

Las lágrimas caen por su cara, pero no puede dejar de reírse.

Louise vuelve a casa en autobús desde la casa de Rex. Lleva puesta su sudadera de Columbia encima de la de lentejuelas y la falda. La ruta desde la Primera Avenida es larga y lenta, pero a Louise no le importa. Cuando llegue a casa, habrá un cadáver en la bañera, y tendrá que decidir «cómo matar a Lavinia».

Es verano. El sol ha salido y el cielo tiene un tono azul profundo e inimitable y, de no ser por el cadáver en la bañera, Louise podría ser casi feliz.

Esto no puede durar siempre.

Louise lo sabe.

Tendrá que encontrar el modo de matar a Lavinia. Tendrá que irse de la ciudad antes de que se den cuenta de que un ratero no puede haber usado el lavabo de un club nocturno en Chrystie Street para abrirte la cabeza. De todas

formas, no tiene dinero: en cuanto cancelen las tarjetas de Lavinia se quedará sin nada, porque ya no tiene a Paul, ni GlaZam, ni la cafetería, y ni de coña tiene el trabajo de camarera en el P.M., y, de todas formas, ¿cuánto cuesta un billete sencillo de vuelta a Devonshire?

Enciende el teléfono de Lavinia.

Cuarenta y tres nuevos Me Gusta en Facebook para el *selfie* de ella con Mimi.

Doce mensajes de Mimi. Un mensaje de Facebook de Beowulf Marmont pidiéndole salir a tomar una copa (que es, observa Louise, inquietantemente parecido a los mensajes de Facebook que le mandó a ella pidiéndole salir).

Un correo electrónico de Cordelia sobre el próximo examen de Historia en la escuela de verano.

Echa un vistazo a su propio teléfono. Nada.

Entonces, cuando el autobús deja atrás la calle Setenta y Dos, recibe un mensaje de Rex.

Estaré todo el día pensando en ti, dice. Buena suerte. Pase lo que pase.

Y Louise piensa: «Ojalá, ojalá, ojalá».

Y una ínfima parte de ella piensa: «¿Y si...?».

El olor es mucho peor de lo que se esperaba.

Está segura de que se acordó de cerrarle los ojos a Lavinia antes de salir, pero ahí está, con los ojos abiertos y vidriosos, mirando directamente hacia arriba.

Louise se sienta en el váter un rato y mira el cadáver.

Nunca antes ha visto un cadáver, pero se imaginaba que tendría un aspecto más cadavérico. Se parece a Lavinia, aunque no del todo, como si alguien hubiera hecho una Lavinia falsa para una obra de teatro.

Abre el buscador en modo privado (sabe gracias a *Ley y orden* que lo primero que comprueban es tu historial de búsquedas).

Busca en Google «Qué hacer con un cadáver».

En realidad no espera una respuesta útil, pero ojea los resultados de todas formas, porque no sabe qué otra cosa hacer.

Resulta que la web *Urban Foxes* hizo una listita al respecto, en plan de broma. Resulta que hay muchos cadáveres en el Canal Gowanus.

Ahora que lo piensa, a Louise tampoco le sorprende demasiado.

Louise sigue muy, muy tranquila.

Repasa sus opciones.

Tiene 64 dólares. Tiene un juego de llaves. Tiene un carné de conducir.

Tiene una tarjeta con el PIN 1-6-1-9 con cien mil dólares. Pero ahora no puede pensar en eso.

Puede dejar a Lavinia en un parque, por ahí, de madrugada (y decir que aún no ha vuelto a casa, que no ha encontrado a Lavinia; alguien encuentra a Lavinia en Sheep Meadow; ella vuelve preocupada con Rex, preocupadísima, porque no la ha encontrado). Quizá haya sido un atraco. Quizá, quizá haya sido un suicidio (y aparece en un barco de remo en el lago de Central Park, como Ofelia, como ella siempre había querido). Podría dejar a Lavinia en un callejón.

En televisión siempre averiguan la hora de la muerte.

Louise no está segura de cómo funciona eso en la vida real. Lo busca también en Google. Al parecer, hay una ventana de un par de horas, lo cual

significa que está a salvo, pero, por otro lado, nunca jamás se está a salvo.
«Quizá —piensa—, lo mejor es que no encuentren nunca el cadáver.»

Otro mensaje de Mimi.
Anoxe fue la mejor noxe de mi vida.
Tenemos q repetir pronto.
Dos capibaras dándose la mano.

Y Louise piensa «No puedes engañar a todo el mundo todo el tiempo».
Y Louise piensa «O quizá sí».

No haría falta alargarlo demasiado, reflexiona. Solo lo suficiente como para sacar un poco más de dinero de la cuenta de Lavinia. Lo suficiente como para idear un plan.

Ahora se le ocurre una historia plausible: Rex le rompe el corazón a Lavinia. Lavinia no quiere vivir sabiendo que Rex está saliendo con otra persona. Lavinia se toma demasiadas pastillas. Lavinia escribe una magnífica carta de suicidio. La hace pública.

Todo el mundo la echa de menos. Nadie se sorprende.

Quizá, piensa Louise, esto sea justo lo que Lavinia hubiera hecho de todos modos. Puede que Lavinia tuviera que morir y que Louise no haya hecho más que ayudar al Destino.

¡Yo también lo pasé de maravilla, bonita!

Lavinia escribe mensajes muy largos y refinados, y frases dignas de una epístola. Louise lo sabe.

Siento mucho haberme marchado a la francesa, me hipnotizó la música y me desmayé de golpe.

Te lo pasaste bien?

Es demasiado fácil.

Louise mete el cadáver de Lavinia en el arcón.

La parte difícil es esta.

Resulta que no puedes hacer que la gente sea más pequeña solo por colocarla. Hay que romperle los huesos. Hay que coger un martillo o un hacha, o, si estás en un apartamento como el de Lavinia, un mazo decimonónico y neogótico que hay en la repisa de yeso, y romperle los codos y las rótulas a una persona hasta que entra. El sonido es un poco como un melón. El olor es algo totalmente nuevo para Louise.

Cuando has terminado de romperle el fémur y el antebrazo en dos sitios diferentes, tiene menos aspecto de persona que antes.

Louise nunca olvidará el sonido de los huesos rotos.

Pasa treinta minutos con las tenacillas, venga a rizarse el pelo.

Υ

Lavinia alquila una furgoneta de mudanzas.

Se pone exactamente la misma ropa que la última vez que alquiló una furgoneta de mudanzas, el mismo top *halter*, los mismos pantalones *palazzo*, el

mismo pañuelo en el pelo, las mismas gafas. Vuelve al mismo sitio. Enseña su documento de identidad.

Lavinia dice cosas muy memorables sobre el viaje que va a hacer, una «gran aventura», o más bien un *pèlerinage*, y la mujer al otro lado del mostrador pone los ojos en blanco y le da las llaves de mala manera para que Lavinia se calle.

Lavinia sube una foto de la Quinta Avenida, del cielo estival, del puente de la calle Cincuenta y Nueve. Cita la canción de Simon & Garfunkel, que es, a fin de cuentas, lo que le viene a la cabeza a cualquiera que vea ese puente. Así que aprovecha para conectarse allí.

Lavinia está pasando un domingo apacible en Nueva York.

¿Alguna novedad?, escribe Rex.

Hablamos esta noche, responde Louise.

Levanta el arcón por un asa. Araña el precioso parqué del suelo al arrastrarlo a través de la puerta.

Es casi medianoche. El arcón hace mucho ruido en el rellano y por el pasillo. Louise no lo entiende. Con lo delgada que está Lavinia... —siempre se ha fijado mucho en lo delgada que está Lavinia—. ¿Cómo puede una persona tan delgada pesar tanto? El arcón araña las paredes.

A Louise casi se le dislocan los brazos al meter el arcón en el ascensor.

Al otro lado del pasillo, la puerta de un apartamento se abre.

La señora Winters observa cómo se cierran las puertas del ascensor, y Louise y Lavinia descienden al piso bajo.

Louise tarda treinta minutos en meter a Lavinia en la parte trasera de la furgoneta.

Hay momentos en esos treinta minutos en los que Louise no sabe si será capaz de meter a Lavinia en la parte trasera de la furgoneta, durante los cuales Louise jadea, empuja y forcejea. Le arden los músculos, le duelen los tendones, el peso de Lavinia es demasiado para ella, y Louise piensa «No vale la pena».

Piensa «Voy a sentarme aquí hasta que vengan los agentes de policía.

»Cuando vengan, les diré que hay un cadáver en el maletero.

»No me creerán. Se lo enseñaré.

»Me detendrán y entonces, por fin, por fin, podré dormir.»

«Lavinia ganará», piensa.

«¿Qué más da? Que gane Lavinia.»

Se queda sentada en el arcón pensando tres, cuatro, cinco minutos, abrazándose las piernas contra el pecho.

El teléfono de Lavinia vibra en su bolsillo. Sus manos huelen al perfume de Lavinia.

Lavinia no puede ganar.

Así que Louise respira, respira profundamente.

Se concentra en su respiración: otra vez.

Tira.

Su cuerpo se vuelve de dentro afuera de tanto tirar. Vomita ácido que le quema la garganta, la lengua e incluso los labios, pero ni con esas se le desenreda el estómago.

No cree haber sentido antes tanto dolor.

Mete el cadáver en la parte trasera de la furgoneta.

Louise sube con la furgoneta por FDR Drive, bordeando Manhattan, hasta donde las aguas de East River se unen al río Harlem. Ha buscado todo esto en Google. No sabe muy bien lo que hace, pero supone que la mayoría de la gente que intenta ocultar un cadáver tampoco sabe lo que hace.

Continúa hasta Swindler Cove, evitando los edificios de la calle Doscientos Uno, a la sombra de la estación de Con Ed.

Louise no ha ido tan al norte, piensa, desde que fueron a Harlem en una ocasión porque Lavinia había decidido que le gustaba la música góspel, pero ahora no puede pensar en eso.

Han renovado buena parte del parque, pero queda todavía mucho por hacer. Hay listones de madera en la zona empantanada, latas de Coca-Cola olvidadas y embarcaderos podridos que se hunden uno a uno en el río.

Louise espera en la furgoneta hasta las tres. Por si acaso.

Coloca la furgoneta lo más cerca que puede del agua.

Lo más gracioso es que hay gente fuera: uno o dos hombres fumando porros, o al teléfono. Siempre ha tenido mucho miedo de estar sola por la noche con hombres. Ahora no.

Se quita el jersey. Se fuma un cigarrillo. Espera.

Ni siquiera la miran.

Cuando se van, Louise saca el arcón a rastras de la parte de atrás. Es más fácil bajarlo que subirlo, salvo por el ruido que hace cuando toca el cemento («¿Así suena —se pregunta Louise— el traqueteo de los huesos?»).

Tira del asa hasta la orilla. Le duele, pero a estas alturas Louise ya se ha acostumbrado al dolor.

Entonces hace algo estúpido.

Abre el arcón.

Los ojos de Lavinia siguen abiertos. Siguen vidriosos. Siguen azules.

Su pelo se arremolina como serpientes alrededor de su cara, de su cuello, de sus miembros rotos. Su pelo largo, suelto y prerrafaelita, que, cuando Lavinia vivía, parecía tener vida y voluntad propia, que podría crecer sin límites y estrangularte si te acercabas demasiado.

Se dice que el pelo sigue creciendo cuando has muerto. Louise lo leyó hace tiempo. No sabe si es verdad.

Louise cierra de golpe el arcón.

Lo levanta por última vez para apoyarlo en la barandilla.

Lo deja caer al agua. Deja que el agua se lo lleve.

Para cuando la corriente lo engulle, es como si nada hubiera ocurrido. Quizá no haya ocurrido.

Está clareando cuando Lavinia hace una foto del amanecer sobre East River. Navegar más allá de la puesta de sol, más allá de donde se bañan Las estrellas de poniente, hasta que muera.

Lavinia saca cuatrocientos dólares de un cajero de Inwood de camino a casa.

Louise deja la furgoneta aparcada en Inwood. Vuelve a casa en metro.

Louise amontona cosas. Ropa de Lavinia. Ropa suya. De Lavinia. De Lavinia. Suya. Amontona joyas. Cuenta todo el efectivo que hay en el apartamento. Lavinia ha dejado tirados por ahí 450,42 dólares en arrugados billetes de veinte y de diez, además de monedas en los cojines del sofá.

Carga el teléfono de Lavinia, que tiene muchísimos mensajes más. Se sienta a la mesa de Lavinia. Abre el ordenador de Lavinia. Lavinia tiene cuentas en todas partes.

Revisa el correo de Lavinia.

Tiene una invitación de Lydgate a la fiesta de lanzamiento del nuevo libro de gran formato titulado *Juguetes sexuales: una historia secreta ilustrada*. Varios enlaces a las historias de cotilleos de fiesta enviados por Gavin en *The Fiddler* y una petición para que publique un texto a modo de diario («Tienes el tipo de voz narrativa que toca las pelotas, y eso es genial para aumentar el número de lectores»). Un correo de sus padres.

Querida Lavinia:

Nos entristece que tu decano nos haya informado de que quieres retrasar tu regreso a Yale otro semestre. Creemos que esto será perjudicial para tu futuro a largo plazo, y hemos decidido conjuntamente dejar de pagar por tu plaza al final de este año académico (2014-15). Si deseas terminar tu grado, tendrás que regresar como muy tarde en septiembre.

Hemos comunicado esta decisión al decano y creemos que es lo mejor.

A tu hermana le está yendo muy bien y está disfrutando de la escuela de verano. Sin duda sabrás que ha sacado una puntuación de 2400 en su examen de ingreso a la universidad. Estamos muy orgullosos. Creo que es importante que le des buen ejemplo, porque está preparando sus solicitudes a la universidad y sigue insistiendo en solicitar exclusivamente centros católicos...

Louise cierra de golpe la tapa del portátil.

Louise intenta pensar en adónde ir cuando huya. «Salvo a Devonshire, a cualquier sitio», piensa.

Suena el teléfono.

Otra vez Rex.

—Qué gusto oír tu voz—dice.

Louise baja una foto de Google Imágenes de una puesta de sol sobre un lago al norte del estado. Es el típico sitio adonde una persona iría, pongamos, si acaba de descubrir que su mejor amiga está follándose a su ex y tuviera el dinero para coger sus cosas e ir al norte del estado.

Lavinia se conecta en Beacon, Nueva York. Cuelga una foto.

Renacimiento, escribe.

Rex queda con Louise a merendar en la Hungarian Pastry Shop, junto al campus de Columbia. Lleva el bolso cargado con varios libros de la editorial Loeb. Tiene bolsas en los ojos.

—Hoy me he quedado dormido en un seminario —dice. Le sostiene la mano—. ¡Qué cosas me pasan!

Louise mezcla la nata de su café sin bebérselo.

—¿Qué tal ha ido?

Ella se encoge de hombros.

—Ya sabes cómo es Lavinia.

—¿Ha quemado algo? —Él está sonriendo. Un poco.

—No. Estaba tranquila.

—¿En serio? —pregunta él—. Por alguna razón, me cuesta imaginarlo.

—O sea... callada. Más que tranquila, callada.

—¿Crees que está bien?

Louise levanta las llaves.

Lavinia nunca sería tan generosa.

—Ha dicho que necesita espacio. Se ha ido a pasar el fin de semana al norte del estado.

—Y después, ¿qué?

—Después... —Louise intenta no pensarlo—. Después vuelve.

Él suspira y alza la mirada.

—Oye, Louise.

Ella remueve café. Ofrece su sonrisa lenta, amable y dulce.

—No somos mala gente, ¿verdad?

Ella le da palmadas en la mano. Enreda sus dedos con los de él.

—Claro que no —dice Louise.

—Tienes razón —prosigue él—. Por supuesto que tienes razón. Estoy siendo un estúpido. Vamos a hacer algo divertido. Hace un día precioso... No tengo clase hasta el miércoles. Vamos a algún museo.

—Siempre podemos ir al Metropolitan. —Louise intenta pensar en sitios que le puedan gustar a un chico que siempre lleva chaquetas de *tweed*—. O a la Neue Galerie... Tienen una exposición entera sobre Ferdinand Hodler... — La entrada cuesta veinte dólares.

Rex no dice nada.

—Hacen una tarta Sacher estupenda en la cafetería del museo.

«No hay un cuerpo bajo el agua, no hay un arcón en el fondo del río, no hay sangre en el desagüe de la ducha.»

—Quizá...

—¿Qué?

Louise le mira la cara. Él tiene las ojeras rojas.

—¿Es... por algo de ella?

«¿Cómo es posible, piensa, que una persona sea tan importante?»

—Es una tontería —dice Rex—. Deberíamos ir. Claro que sí.

—Pero...

Él suspira.

—Ya he estado allí antes —explica Rex.

—¿Y?

—O sea... que ya estuve con ella antes.

—¿Cómo?

—En plan... nuestra primera cita.

—Ah. ¡Ah!

—Lo siento. Es raro. Estoy siendo raro.

—No. Yo lo siento. Debí haberlo...

—¡Tú no podías saberlo!

Louise no puede dejar de imaginárselos a los dos, con el cabello largo y sin cepillar de Lavinia, con su sonrisa cautivadora, Lavinia tan radiante colgada de su brazo, Lavinia metida en un arcón con el tobillo pegado a la oreja.

—Vamos a casa —dice Louise.

Van en taxi a casa de Rex. Paga él.

Se dan un revolcón en la cama, luego otro en el sofá, y después se quedan abrazados, piden comida tailandesa y ven *La joya de la corona* en Netflix. Hace muy bueno fuera y hay muchas cosas que hacer en una noche como esta en Nueva York, pero Lavinia ya ha hecho todas esas cosas, así que se quedan en casa bebiendo cerveza de la nevera, porque Louise está segura de que Lavinia nunca ha hecho eso.

Él es muy atento cuando hacen el amor. Entierra la cara en su cuello, murmura cosas con la cara pegada a sus pechos, y apoya la cabeza en la curva de su cadera y en la parte interior del muslo.

—Dios —repite una y otra vez—, eres preciosa.

Y Louise sabe que no se lo merece, pero piensa «Solo un día más así. Déjame un día más».

—Oye, Louise.

Lo dice con la boca pegada a su omóplato.

—Dime.

—¿Cuánto, en una escala del uno al diez, odias a Hal?

—¿Ocho? ¿Por?

—Celebra su cumpleaños este sábado. En plan... una fiesta híbrida entre su cumpleaños y el Cuatro de Julio. Es en la casa de su padre y habrá, ya sabes, gente. Y bebida. Y comida. —Se apoya en un codo—. Y, si no te parece muy raro —suspira—, le he contado lo nuestro. Espero que no te importe.

—Está bien —dice Louise—. No se sorprenderá. —Se recuesta en la almohada—. Me ha estado dando la brasa al respecto desde hace tiempo.

—No lo hace a mal. Nada de nada. Cuando lo conoces...

—¿Es un ángel?

—Ya sabes cómo son las cosas —explica Rex—. Es mi mejor amigo.

—Sí —dice Louise—. Sé cómo son las cosas.

Y

Louise vuelve al apartamento (da mucho gusto, pero un gusto extraño, meter la llave, abrir la puerta de par en par, encender la luz). Vuelve a meter la ropa de Lavinia en el armario. Mete toda su ropa en la estantería.

Se pone la bata azul celeste de Lavinia.

Huele al perfume de Lavinia.

Observa el agujero del salón donde antes estaba el arcón.

Lavinia cuelga otra foto del norte del estado.

Todo el mundo le da a Me Gusta.

Lavinia escribe a Mimi.

Estoy teniendo una crisis de fe. Una larga historia. He ido al norte del estado a despejarme. Pero ¡te echo de menos! TENEMOS QUE VOLVER PRONTO A LA JAULA DE HIELO, ¿a que sí?

Mimi responde con un emoji de una araña intentando abrazarte con todas sus patas.

Rex envía a Louise una foto de las vistas desde su ventana.
Ya te echo de menos, dice.

Y Louise piensa «Es cierto, es cierto».

Intenta no pensar en la cara que puso él cuando le dijo que fueran a la Neue Galerie (tenía que haberlo sabido, era uno de los sitios a los que Lavinia quería ir todo el tiempo con los abrigos de la ópera de Lavinia, con los visones de Lavinia).

Piensa: «Hay tantas cosas que tenía que haber sabido...».

Y

Rebusca en los cajones de Lavinia. Tira toda la ropa de Lavinia (su lencería, sus medias, sus blusas de seda, sus pañuelos) al suelo. Rebusca en las estanterías de Lavinia. Tira un libro tras otro al suelo. Busca debajo de la cama, debajo de la alfombra persa, en los minúsculos joyeros del tocador. Quita las sábanas.

Abre de un tirón los cajones de la mesa. Tira grapadoras, tubos de pegamento y bolígrafos, y mancha de tinta el edredón.

Por fin la encuentra. Una caja de madera al fondo de una estantería de Lavinia.

Un sobre.

Un montón de cartas.

Hay cosas que es mejor que una persona no sepa. El día y la forma de tu propia muerte es una, o si vas a follarte a tu madre y a matar a tu padre. Lo que la gente dice a tu espalda. Los motes cariñosos que alguien a quien quieres le ha puesto a otra persona. Hay una razón por la que la gente puede funcionar, en este mundo, como criaturas sociales, y buena parte de esta razón es que hay muchas preguntas que la gente inteligente no se hace.

Rex escribió a Lavinia doscientas cartas en cuatro años.

La mayoría de ellas son de cuando tenían dieciséis, diecisiete y dieciocho... Antes de que fueran a la universidad. Las escribió con pluma de tinta verde. Las sellaba: todavía tienen cera, aunque rota, en algunas esquinas.

Son extrañas. Son pretenciosas. Están llenas de alusiones literarias que Louise ya conoce, y algunas citas erróneas. Ni siquiera escribe bien.

Son las cartas más bonitas que Louise ha leído nunca.

Se dice a sí misma que solo va a leer una: «Querida Lavinia: qué placer ha sido ver la exposición de Klimt en la Neue Galerie esta tarde». No sabe por qué no se echa a reír, pero solo piensa en pasear por el bosque de Devonshire de la mano de Virgil Bryce, en fumar cigarrillos American Spirits, dejar la vista perdida hacia delante hasta que él se vuelve hacia ella y dice «Bueno, si tienes tantas ganas...»

«No sabía —escribió Rex a Lavinia la noche después de que perdieran la virginidad juntos en un hotel de mala muerte en Flatiron— que la gente pudiera sentir algo tan fuerte como esto.»

«Tengo miedo —le dice Rex a Lavinia la noche antes de ir a la universidad— de que el mundo real nos destruya.

»Tengo miedo de que nada en el mundo signifique tanto para mí como esto.»

Louise se queda despierta toda la noche leyéndolas.

Le escribió sobre los sitios a los que irían, a los que nunca irán, y Louise no puede ver las respuestas de Lavinia, pero se las imagina: están escritas en su corazón, en las líneas de las palmas de sus manos.

«Quiero vivir de verdad —dice Lavinia en todas las cartas que Louise no lee—. Lo único que quiero es vivir.»

Se queda dormida al alba, en el suelo de Lavinia, con las cartas tiradas por todas partes, como un mandala, como una aureola.

Lavinia pone un estado en Facebook sobre lo mucho que le gusta el campo.

Lavinia saca otros cuatrocientos dólares de su cuenta bancaria en el cajero de una bodega algo turbia de Inwood, cerca de donde dejó la furgoneta.

Lleva gafas de sol.

Louise aguanta así una semana.

Lavinia está pasándolo de maravilla al norte del estado. Lavinia está haciendo yoga. Lavinia está yendo al museo de arte contemporáneo de Beacon y colgando de todo sobre la araña de Louise Bourgeois y de lo mucho que le ha hecho cambiar su forma de entender la rabia. Lavinia está aprendiendo a aceptar lo que no puede cambiar. Lavinia está descubriendo la paz interior.

Louise pasa el día leyendo cartas en el apartamento, intentando no tirarlas al otro lado del cuarto.

La noche de la fiesta del Cuatro de Julio de Hal, Rex escribe a Louise para decirle que es una fiesta de etiqueta.

Lo siento, dice, Hal acaba de decidirlo.

Louise no tiene más que la ropa de Lavinia.

Lavinia tiene muchísimos vestidos. Louise ya lo sabía, claro, pero nunca se había fijado en cuántos son. Nunca se ha asomado al armario de Lavinia a frotarse la cara contra la seda, el damasco y el terciopelo de todos y cada uno de ellos. Los hay *vintage*, los hay de etiqueta, los hay de noche, conservadores y elegantes. Louise nunca jamás ha visto a Lavinia llevar vestidos cortos y de buen corte, de esos que se llevan con perlas.

Louise se entierra con todos.

Louise extiende un vestido en la cama.

Todavía huele a ella.

Se pone los pendientes de Lavinia. Se pone los zapatos de Lavinia.

Piensa que le da miedo mirarse en el espejo por lo mucho que se parece a Lavinia. Se tiene que tocar la cara para estar segura.

Se pone la base de Lavinia, y es raro ponérsela ella misma sin sentir los dedos de Lavinia en su piel, y sin que Lavinia le acaricie con la esponja en los pómulos, o en los labios, o en la barbilla.

Se pone el colorete, el rímel, y el delineador, y todas esas cosas que está tan desacostumbrada a darse sola.

Se pone el pintalabios color vino de Lavinia. Frunce los labios. Lanza un beso al espejo, como si Lavinia estuviera al otro lado del cristal, como si esta fuera la única forma de burlarse de ella.

Los dedos de Louise tiemblan, pero aun así consigue que el pintalabios quede perfectamente dentro de la línea.

Lavinia está leyendo a Thoreau.

Está citando a Whitman.

Está sentada junto a una chimenea en algún sitio.

Henry Upchurch vive en el edificio Dakota. Ahora está en Amagansett, y, a pesar de que Hal tiene su propio apartamento en Tribeca, que comparte con un amigo de Deerfield que trabaja en Goldman, cuando da una fiesta, la da en el Dakota.

Louise nunca ha estado en una casa tan bonita.

Las ventanas dan justo al parque. Los techos son tan altos que Louise tiene que estirar el cuello para ver las lámparas de araña. Hay molduras de techo, el suelo es de madera, hay una sala indulgente y exclusivamente llena de libros, además de espacio... muchísimo espacio para moverse, y Louise nunca había pensado en el lujo que supone el espacio.

Hal ha puesto banderas estadounidenses por todas partes.

Las ha puesto para forrar los sofás. Las ha colgado de los marcos de los retratos. Ha puesto banderines de papel de pega en los marcos de todas las puertas. Cubren todas las superficies de la casa salvo los tres retratos en la pared de la chimenea.

—Jeremiah Upchurch. Henry Upchurch... Y el tercero, ni más ni menos que el príncipe Hal.

El Hal de la pared lleva una pajarita. Está casi guapo.

El Hal de la sala de estar lleva un sombrero del Tío Sam, una camisa rosa y unos pantalones de color azul claro. Tiene una pajarita con elefantitos rojos que desentona con el resto de su ropa y una chaqueta con coderas rosa. Sostiene una bengala sin encender y un *kazoo* rojo, blanco y azul.

—Mírate —le dice Hal a Louise—. Casi se podría decir que encajas aquí.

Louise sonríe.

—Así que Rex por fin ha cedido. —Hal da un trago a un vaso de plástico rojo—. ¿Qué? ¡Es una tradición norteamericana!

Le da un vaso y se saca una petaca del bolsillo de la chaqueta.

—La bazofia está en el aparador —explica—. El mueble bar de Henry Upchurch está abierto a un grupo muy selecto.

—Pues entonces me siento especial.

Ella brinda.

—Bien —dice él—. Más te vale.

—Felicidades, Hal.

Hal sonrío. Tiene un hueco entre los dos incisivos.

—Un cuarto de siglo —dice— y no he logrado absolutamente nada. Tal y como ha querido Dios. La sangre de la raza empieza a diluirse. —Alza el vaso hacia los retratos—. O eso dicen. ¿Ves el parecido?

—La verdad es que no —dice Louise.

Su boca se tuerce. Sonríe. Le pone más whisky en el vaso.

El sistema de sonido está reproduciendo «Dixie» una y otra vez.

—¿Qué tal ahora? Espera... ¡Vamos a preguntárselo a tu novio!

Rex lleva un traje de verano.

—La joven Louise está dudando de mi paternidad. ¿Qué pasa?

Rex está mirándola de un modo raro, y Louise se pregunta si Lavinia se ha puesto este vestido con él.

—Nada —responde Rex—. Estás preciosa, nada más.

Él le da la mano. La besa en la frente delante de todo el mundo, como si estuviera orgulloso de estar con ella, como queriendo que todo el mundo lo sepa.

Beowulf Marmont está aquí, además de Gavin Mullaney, además de mucha otra gente que no le han presentado pero que Louise ha visto ya, si no en la librería secreta, en la ópera, o en el MacIntyre, o en el P.M., o en cualquiera de los sitios que la gente de Lavinia —por dispersos que estén— parece frecuentar.

—Siempre es un placer, Louise —dice Beowulf. La besa en la mejilla. Una chica de mirada frágil los observa muy quieta en un sofá con las manos entrelazadas—. No sabía que conocieras a Hal. —Lo dice como si le hubiera estado ocultando algo.

Louise se limita a sonreír.

—¿Qué tal el trabajo en *The Fiddler*? Me gustaron los textos *online* que hiciste a principios de año.

—Gracias. Me gustó escribirlos.

—No se te da mal, ¿sabes? O sea... en comparación con la basura que se lee por ahí.

Gavin también viene a saludarla.

—Me debes una, cabrona —dice, chocando los cinco con ella.

Todo el mundo se comporta como si Louise encajara.

Hal fuma un cigarrillo asomado a la ventana.

—Lo que más me gusta de las fiestas en casa —dice— es que odio a la gente nueva. Henry Upchurch siempre decía que conocer a alguien después de los veinticinco es una pérdida de tiempo. —Lo dice guiñando un ojo, por si acaso alguien cree que habla en serio—. Supongo que ya me he quedado sin tiempo. Solo hay diez personas en Nueva York... y os conozco a todos. El resto del mundo es basura en llamas.

—Te quedan solo cinco años para ser uno de los Cinco Menores de Treinta —vocifera Beowulf.

—Por favor —dice Hal—, no soy más que un humilde analista de seguros.

Todo el mundo se ríe (Y se ríe. Y se ríe).

—Nunca había estado dentro del Dakota —le susurra una chica tan delgada que parece anoréxica y con las cejas muy bien definidas a la chica de mirada

frágil.

Y

Louise finge.

Charla con Beowulf Marmont de la ópera, de las producciones en las que Louise de verdad, de verdad, no se ha quedado dormida (en las que, en realidad, en realidad, Lavinia no le hizo un dedo en un palco privado), de aquella vez en la que el burro que usaron en *El barbero de Sevilla*, que se llamaba *Sir Gabriel*, se cagó en el escenario, y de la otra vez en la que Diana Damrau tosió.

Charla con Gavin Mullaney y la chica anoréxica (que se llama India) sobre sus conocidos en los centros de Collegiate, Saint Bernard, Chapin, Exeter y, por supuesto, Devonshire. Devonshire, que Louise conoce tan bien (les cuenta la historia de los dos chicos que se escaparon como si los conociera, y Gavin la refuerza diciendo que su historia para *The Fiddler* era muy buena), y entonces Louise les cuenta la historia que Lavinia le contó a ella una vez de la chica de Chapin que se masturbaba con un palo de lacrosse y que le mandó un vídeo a su novio haciéndolo, que el vídeo se hizo viral y tuvo que comparecer en público, y todo el mundo se ríe porque llevan años sin pensar en esta historia, y están encantados de tener la oportunidad de volver a contarla.

—¿Verdad que tienes suerte? —La voz de Hal suena grave en su oído—. Te lo dije: es mejor ser una insignificancia absoluta. Podrías haberte follado a todo el equipo de fútbol de Devonshire y nadie se habría enterado.

—Ojalá —dice Louise, y todo el mundo se ríe, a pesar de que, bien pensado, seguramente sea cierto.

Louise cuenta una historia de la vez en la que el campus estaba cerrado por la nieve y ella (y Virgil Bryce, pero esa parte no la menciona) cogió unos

esquís de fondo y se sacó unos doscientos dólares vendiendo café caliente (y la marihuana de Virgil, pero también obvia esa parte) de puerta en puerta por las residencias.

Todo el mundo se ríe.

—Es fantástica —dice Rex—. Incluso consiguió hacerse pasar por alumna del internado. ¡Un año entero! Antes de que alguien se diera cuenta.

Louise se vuelve hacia él.

Durante un segundo, un segundo horrible y nauseabundo, piensa que se está burlando de ella.

Pero Rex sonríe con tanto afecto y tanto orgullo, aunque la historia, tal y como la cuenta, es del todo falsa (solo lo hizo un par de semanas, solo se coló en el comedor, y la única persona que se dio cuenta fue su madre, porque tenía demasiado miedo de hablar con nadie, y su madre estaba muy avergonzada), pero todo el mundo se ríe y reacciona como si fuera lo más gracioso del mundo, incluso Hal sonríe, enseñando el hueco entre los dientes, así que Louise lo único que puede hacer es toser, tragarse su miedo y contar su historia, su historia más maravillosa, de aquella estupenda trastada y de cómo incluso asistió a clases de Griego durante un año, y de la vez que llegó a entregar un trabajo, y todo el mundo piensa que es la cosa más graciosa del mundo, aparte de considerarla muy valiente.

Rex la rodea con el brazo y la besa en la mejilla, y nadie parece reconocer que esto significa que, a fin de cuentas, no fue alumna de la academia.

Louise va al baño.

Se pone más pintalabios. Se pone más polvos.

Echa un vistazo al teléfono de Lavinia.

Once mensajes de Facebook. La mayoría de Mimi. Trece Me Gusta.

Un mensaje de Cordelia: ¿Dónde has estado?

¡Lo siento, cariño! He tenido una crisis existencial. Cosas locas. ¡Te escribo pronto!

Lavinia cuelga una foto de la bandera de los Estados Unidos ondeando en una casa colonial muy bonita que podría pasar por un encantador hotel rural donde una chica, cuya mejor amiga se ha follado a su ex, podría buscar refugio un tiempo.

Escribe: Atrás dejamos el pasado

Accedemos a un mundo más poderoso que nunca, más diverso,

Conquistamos un mundo más fresco y vigoroso, un mundo de esfuerzo y de marcha.

¡Pioneros! ¡Oh, pioneros!¹²

En cuestión de un minuto, Beowulf Marmont le da a Me Gusta.

Dentro, todo el mundo está borracho con vino del aparador, salvo por Hal, que lleva toda la tarde rellenando la petaca.

—Joder —dice Hal—. Menudo cliché.

—¿Qué pasa? —India estaba contándoles a todos que los ejercicios con barra de ballet son mucho mejores para el culo que el spinning.

—¡Conquistamos un mundo más fresco y vigoroso! —Hal pone los ojos en blanco—. Un mundo de esfuerzo y de marcha. Hala. Cuánto trabajo. —Resopla—. Prueba a cavar en una mina de carbón.

Enseña el móvil a todo el mundo para que todo el mundo lo vea.

—Para —dice Rex. Lo dice muy bajo.

—Pioneros... Oh pioneros... ¿Os habéis librado de una buena o qué?

Rex no dice nada. Se ha puesto muy pálido. Se muerde el labio inferior.

—¿Cómo se lo ha tomado? —Ahora Hal está mirando directamente a Louise—. Cuando se lo habéis dicho. ¿Hubo riña de gatas? ¿Os desnudasteis?

—Se ha ido de la ciudad —dice Louise—. Se está dando un descanso.

Hal se ríe.

—Exilio. Qué maravilloso. ¡Qué triste! Yo me andaría con mucho ojo, joven Louise... Lo mismo te clava un cuchillo entre las costillas mientras duermes.

Louise se ríe como si la cabeza no le diera vueltas.

—A ver... que lo mismo tienes suerte. Quizá se vuelva a zampar un puñado de Xanax de mamá Williams. —Hace sonar el *kazoo*—. Guardad bajo llave todas las cuchillas de afeitarse. Que no se acerque al agua.

A Louise se le hace un nudo en la garganta y piensa que le van a dar náuseas... y le darán náuseas. Piensa que se va a poner histérica, y se pondrá muy, muy histérica. Pero el que se pone de pie de un salto es Rex.

El que se larga es Rex.

Eso, al menos, le da a Louise una excusa para ir tras él.

Da con él en uno de los dormitorios, donde solo hay una cama espartana en medio del suelo enorme, un caballito balancín desgastado y un corcho en la pared con banderines de los centros de Devonshire, Andover y Deerfield.

Se está fumando un porro por la ventana.

—¿Sabes una cosa? —dice Rex con la mirada perdida en el exterior—. Creo que sí somos malas personas.

—No... ¡No!

—No debí haberte besado. Soy lo peor... No debí hacerlo.

—¡Fue algo bueno! ¡Y tú eres bueno!

—Si le pasa algo ... —prosigue él—. Si le pasa algo ... Joder... Lo que le pase es culpa mía.

—No lo es —insiste Louise—. Te lo prometo...

—¡No lo entiendes! —Es la primera vez que Rex alza la voz con ella—. No lo pillas... ¿Cuánto tiempo hace que la conoces, eh? ¿Medio año? —Suspira

de forma pausada—. Ella no es tu problema... ¡Es el mío! No puedes hacer que desaparezca sin más. —Apaga el porro en la mesa de Hal—. Lo siento —continúa—. Lo siento... No es justo para ti. Nada de esto lo es.

—¡Ella estará bien! —Louise le pone las manos en los hombros. Hunde sus labios en su nuca. Inspira profundamente—. Te lo juro. Lo juro. Estará bien. —Fuerza una sonrisa. Fuerza su corazón a dejar de latir del modo en el que late—. Todo volverá a la normalidad —insiste.

Él le agarra la mano con fuerza. La aprieta contra su hombro. Alza hacia ella una mirada agradecida, como si ella lo hubiera hecho realidad solo con decirlo.

Vuelven con los demás. Sonríen. Brindan.

La novia de ojos grandes de Beowulf Marmont rompe una copa de champán y Rex dice de inmediato:

—Yo me encargo.

Hal, en cambio, se queda mirando y luego se echa a reír.

—Así se titulará tu biografía cuando te mueras —dice—. *Yo me encargo: la historia de Rex Eliot.*

—Nadie va a escribir mi biografía —dice Rex desde el suelo.

—Probablemente —suelta Hal—. Ni la mía tampoco. O quizá sí. *Vida y opiniones de un humilde analista de seguros.* —Se encoge de hombros—. Bueno. Cuando llegue la revolución, ya nadie leerá libros. —Se aclara la garganta y añade—: Los quemaremos para calentarnos. ¿Verdad, joven Louise?

Louise se queda mirándolo.

—Por supuesto —dice, y alza la copa.

Ahora están bebiendo más champán. Ahora suben el volumen de la música. Ahora están jugando a Ponle la cola al burro, con la novedad de que el burro es un demócrata y hay que clavarle banderas. Ahora se están poniendo rayas en la mesa de centro y bebiendo un ponche al que Hal afirma haber echado éxtasis, aunque Louise no está segura.

—¿Qué quieres por tu cumpleaños, Hal? —pregunta India.

—Una mamada.

Todo el mundo le ríe la gracia.

—Das asco —dice India, pero sonriendo.

—Pues resulta —dice Hal— que no quiero absolutamente nada. Un hombre de verdad corta con todos los apegos.

—¿Eso dice Henry Upchurch?

Louise no pretende ser cruel. Pero la boca de Hal se crispa y hace una extraña mueca, luego sonrío y se ríe, dando con ello permiso a todos a reír con él, y dice:

—Eso mismo dice Henry Upchurch. —Luego añade—: Joder, qué puta eres. —Pero lo dice con afecto, y Gavin Mullaney le da a Louise una palmada en el hombro, India hace un gesto triunfal e incluso Rex se encoge de hombros con impotencia, como diciendo «pues tiene razón», y todo el mundo se ríe, hace fotos y le dice a Louise que «ha ganado la tarde», y, en cierto modo, es verdad.

Beben todavía más. Hal propone un brindis que empieza así: «Elogiemos ahora a hombres famosos».¹³ Ponen música de baile antigua, swing, porque Hal piensa que tienen que escuchar «Brother, Can You Spare me a Dime?»¹⁴ y meditar sobre la importancia de la industria de manufactura estadounidense, y Rex levanta a Louise muy alto, Hal la agarra de las piernas, y a todo el mundo le parece desternillante que lleven a Louise en volandas del salón a la cocina

por la biblioteca para buscar una botella oculta del whisky bueno de Henry Upchurch, un whisky muy bueno que hay en la cocina, y que hagan a Louise darle un buen trago.

Ahora Beowulf Marmont está colgando una foto de Louise en Facebook.

En ella, sale sentada con Rex en el sofá bajo los retratos de los varones Upchurch. Rex la está besando en la mejilla.

Todo el mundo le da a Me Gusta.

Rex también le da a Me Gusta, aunque esté sentado a su lado, y al hacerlo, Louise lo mira. Él sonríe y ella le devuelve la sonrisa.

Al amanecer, todo el mundo salvo Louise se ha quedado dormido en los sillones de Henry Upchurch, incluido Hal, a pesar de haberse tomado un puñado de modafinilo de su padre para aguantar despierto.

Louise ojea las fotos en el móvil.

No se reconoce a sí misma con ese vestido, con ese pintalabios, tan feliz en los brazos de un hombre que la quiere. Llevada en volandas sin que Lavinia esté a su lado para darle la mano.

Como si fuera parte del grupo.

«No puedes hacer esto siempre», piensa.

Pero, mientras Rex duerme, y Hal duerme con India acurrucada a su lado y con la cara pegada a su pecho, y Beowulf Marmont duerme con el brazo de la chica de mirada frágil sobre su cintura, y todos los demás descansan en el suelo, Louise se pone los zapatos. Va a la planta baja, saluda al portero y sale fuera, donde acaba de romper el alba.

Llama a Rex con el teléfono de Lavinia.

Salta el contestador, tal y como esperaba.

—Querido —dice Lavinia de ese modo ligero y afectado que la caracteriza. Su voz está algo temblorosa—. Lo habéis pasado... genial, ¿verdad? —Traga saliva—. Lo más seguro es que estés durmiendo ahora mismo. Puede que... Puede que ella esté contigo. Supongo que estará contigo. No pasa nada. O sea... —Suspira profunda y sinceramente—. O sea, que quiero que lo sepas. Que estoy bien. Lulu me lo ha contado todo. Y... bueno, es verdad que al principio me enfadé y encendí uno o dos fuegos, pero quiero que sepas... que me he decidido. Ya no tengo ganas de seguir así. Así que... bueno. Quiero que seáis felices. Eso he decidido. Lulu y tú... los dos. Te quiero. No creas que no te quiero. Os quiero a los dos. Y quiero lo mejor para los dos. Solo que... Lo entenderás, ¿verdad? Prefiero no verte durante una temporada. Pero bueno. Pero bueno. Adiós. Te quiero. Adiós.

«Es el final más feliz —se dice Louise— que hubiera tenido nunca.»

Lavinia da un giro a su vida.

Cuelga fotografías del amanecer en East River, del cielo matutino, de los pájaros de Central Park. Usa ClassPass a diario (se sabe porque la app del gimnasio lo actualiza en Facebook cuando va), sobre todo asiste a clases de yoga, y de vez en cuando cuelga una foto de su cuerpo cada vez más delgado —con el tatuaje siempre a la vista—, a pesar de que por lo general no se le ve la cara. Cuelga fotos de comida sana (casi siempre ensaladas, a menudo zumos). En un estado dice que va a dejar de beber durante uno o dos meses para estar sana, por demostrarse a sí misma que puede. Comparte con sus amigos sus progresos diarios con una cita inspiradora o dos.

Casi todos los contactos de Lavinia le dan a Me Gusta.

—Estoy muy orgullosa de ella —dice Louise cuando la gente le pregunta, lo cual no ocurre con tanta frecuencia como podrías imaginar, dada la gente que ha dado a Me Gusta—. Por supuesto, la echo de menos en las fiestas. Pero creo que está haciendo lo correcto, ¿no crees?

Lavinia va a un montón de sitios que conoces: basta con mirar en Facebook (si sigues las pruebas que va dejando). Saca dinero dos o tres veces a la semana, siempre la cantidad máxima. Si echaras mano de las cámaras de seguridad, por la razón que fuera, siempre verías a una chica muy guapa con ropa *vintage*, gafas de sol y labios de color vinoso sacando efectivo del

cajero. Todas las mañanas va a las clases de ClassPass, igual que cualquier otra chica blanca y rubia rica de Nueva York en la que nadie se fija demasiado, y el registro de su asistencia está sincronizado con la aplicación para que aparezca en Facebook. A veces va a tomar el *brunch*, y en los bares pide agua carbonatada (hay que tener muchísimo cuidado); siempre, siempre, paga con la tarjeta de crédito, y siempre, siempre, deja una propina memorable. Escribe a Mimi de vez en cuando para decir te echo de menos, a ver si quedamos pronto, y Mimi siempre dice de inmediato Sí, cuándo? Pero siempre hay un conflicto en la agenda y se dicen que la semana que viene, y al final nunca concretan ningún plan.

Si te la encontraras en Facebook, verías que ha hecho muchísimas nuevas amigas, todas maravillosas, muchas de las cuales tienen el perfil privado o tienen fotos borrosas, pero suelen quedar con ella en bares veganos, en spas de comida sana o en centros de meditación en la avenida Jefferson con Bushwick, y cuelgan largos y atentos comentarios en su muro sobre lo maravilloso que fue verla la otra noche y sobre las ganas que tienen de volver a quedar con ella.

También hay fotos de ella en Facebook.

Hay que admitir que no son tan frecuentes como antes (resulta que Photoshop es muy difícil de aprender) y muchas fotos son borrosas o indeterminadas, o sale de espaldas a la cámara a cierta distancia, pero con ropa bastante estrambótica (puedes achacar eso a su natural talento dramático: incluso la Lavinia sobria lleva la misma ropa que la Lavinia borracha). Pero aparecen en intervalos y, cuando lo hacen, todo el mundo le da a Me Gusta, y comenta lo guapa que está últimamente.

Lavinia también les cuenta a sus padres que le va muy bien.

Queridos Madre y Padre (escribe):

Espero que estéis bien. Tenéis razón. Creo que estaré preparada para volver a clase pronto. Mi novela está casi terminada. Si hay algún modo de disponer de un poco más de tiempo, me encantaría acabarla y enviársela a algunos agentes, y estaré encantada de enviaros páginas de un capítulo de prueba para que veáis que podéis confiar en mis habilidades y dedicación (Louise espera que Lavinia no tenga que hacer tal cosa, pero está dispuesta a hacerlo si se da el caso).

Lavinia señala con buen criterio que una pausa en su currículo universitario se explicará mucho mejor con una novela de calidad que con la nada.

Esto parece ablandarlos. Le dicen que puede disfrutar de un semestre más, pero eso es todo.

Le dicen que en París se está muy bien en esta época del año.

Le recuerdan, de un modo indeterminado pero firme, que no les avergüence en las fiestas. Esperan que no vuelva a ponerse esos modelitos ridículos. Le recuerdan lo preciosa que es... Demasiado preciosa, le dicen, para desperdiciar ese cuerpo, ese pelo y esa cara con creaciones extravagantes y grotescas que solo lograrán que los demás se burlen de ella.

Le recuerdan lo importante que es para ella ser una buena influencia para Cordelia.

A fin de cuentas, y no lo dicen directamente, pero se infiere con claridad, Cordelia todavía tiene futuro.

Por supuesto, hay desafíos.

Como el hecho de que Louise solo pueda salir de casa muy temprano por la mañana o muy tarde por la noche, a esas horas en las que la señora Winters, o cualquier otro vecino menos suspicaz, no abriría la puerta ni echaría un vistazo al vestíbulo. Lavinia ha empezado a pagar con la tarjeta sus pedidos en

Seamless —un restaurante distinto cada vez— y abre la puerta solo un pelín cuando llega el repartidor. Como el hecho de que varias veces a la semana Louise se tenga que hacer *selfies* en los que no se le ve la cara, y eso significa pasar varias horas con las tenacillas, enrollando pequeños mechones de pelo en la yema de los dedos para que parezcan largos, salvajes e indomables. Como los mensajes que Louise sigue enviando —a Mimi, a Cordelia—, en los que procura que las cosas sean maravillosamente imprecisas, inventando razones peregrinas y atrevidas para explicar por qué no va a París al final del verano, ni a ver a Cordelia, que va a protagonizar *Antígona* en Exeter en septiembre, ni al sorprendente museo de taxidermia y cera oculto en un cine de Brooklyn al que Mimi quiere ir en octubre. O la vez que reventó una tubería y Louise se quedó toda la noche arreglándola ella misma, siguiendo instrucciones que había buscado en Google, para que Lavinia no tuviera que llamar al casero.

Pero Louise supera cada desafío.

Se dice a sí misma, al principio, que esta situación es solo temporal. Ahorra casi todo el dinero que saca de la cuenta de Lavinia. Compra un documento de identidad falso en una bodega cerca de la Universidad de Nueva York que le pone el nombre de Elizabeth Glass (veintitrés años) y tiene una foto de una chica blanca y pelirroja no demasiado guapa que casi se parece a ella, y lo guarda, junto con una bolsa de viaje y una muda al pie de la cama, para el día en el que todo salga mal. Pero el caso es que ese día no llega.

De hecho, Louise nunca ha estado mejor.

Ha vuelto a escribir para *The Fiddler* (tiene mucho tiempo libre para escribir, ahora que no tiene que preocuparse de dar clases, ni de escribir para otros, ni de atender un bar, ahora que saca tanto dinero de Lavinia). Escribe

reseñas de libros y artículos sobre Devonshire. Gavin la convence de que escriba sobre la vez que fingió ser estudiante de la Academia, porque fue un puntazo en el cumpleaños de Hal, y ella lo hace, y todo el mundo en internet también piensa que es hilarante. Y entonces empieza a escribir para la versión impresa porque, después de la fiesta de Hal, Louise va con Gavin al cumpleaños de India en Soho House y allí conoce al editor de la versión en papel, que resulta ser el padre de India, qué coincidencia, y le da su tarjeta y le dice «Escríbeme un *email*». Está escribiendo para *The New Misandrist* y para *Misandry!*, a pesar de que las editoras no se hablan. Escribe un relato de un ladrón de arte que roba un cuadro, pero acaba convencido de que es una falsificación, una idea de la que Lavinia y ella hablaron una vez mientras escuchaban Wagner a todo volumen, y Louise no recuerda cuál de las dos tuvo la idea, o si fue una idea de las dos, pero supone que a estas alturas ya no importa. Envía el relato *The Egret*, en la que Beowulf Marmont es becario.

Intenta no pensar en las noches en las que Lavinia y ella decidieron escribir juntas en el diván; las noches en las que Lavinia la agarraba de las muñecas y le decía «vamos a ser grandiosas, Louise, las dos» y Louise decía «sí, sí», y lo creía.

Louise empieza a hacer reseñas de ópera para *The Fiddler*, porque le pregunta a Gavin si puede, y así consigue entradas gratis para prensa.

Algunas veces es como si Lavinia no estuviera muerta.

Algunas veces Louise lo olvida.

Algunas veces, en los brazos de Rex, mientras Rex la besa e inventa motes nuevos y dulces para ella, Louise se deja llevar por la creencia de que todo lo que Lavinia cuelga es verdad.

Piensa: «Ahora Lavinia está leyendo a Edna Saint Vincent Millay».

«Ahora está haciendo té de chocolate-avellana-coco-azafrán y se le derrama.»

«Ahora ha salido con sus maravillosas amigas, sin beber, en una fiesta maravillosa.»

«Ahora sonrío, con esa sonrisa preciosa y devastadora.»

Louise puede verla al cerrar los ojos.

Y

Por las mañanas, si Rex no tiene clase, van a desayunar a Mud, calle abajo, y se comen platos enormes de huevo, se dan la mano y hablan de sus planes para el día. Louise se inventa varios alumnos particulares mientras pasean por Tompkins Square Park y señalan a todos los perros que les parecen adorables, y Rex le cuenta lo que está estudiando. Ella pasa al menos cuatro noches a la semana en su casa (por supuesto, él no puede ir nunca a la de ella), y ella lo describe como «darle espacio a Lavinia», pero, lo gracioso, o quizá no lo gracioso, más bien lo que más le afecta, es que él la cree.

Pero hay una cosita.

Rex nunca menciona el mensaje del contestador.

De hecho, no vuelve a mencionar a Lavinia.

Louise hace esfuerzos sintácticos enormes para evitar decir su nombre, y a menudo pronuncia cosas como «bueno, ya sabes» para describir su día. Rex nunca pregunta nada.

A ella le parece muy extraño que él no diga nada, después de toda la culpa que ha sentido, incluso cuando ella intenta sacar el tema sin hablar de Lavinia. «Pasar página es buenísimo, ¿no crees?», dice ella, después de contarle la historia, que de hecho es divertida, del tipo que la dejó tirada y cómo ella lo

dejó plantado a él en Prospect Park dos años después, y él sonríe y asiente y le aprieta la mano, pero no dice lo que ella quiere oír.

De hecho, la única vez que hablan de Lavinia es cuando Louise está rebuscando en su bolso, una noche, y se le caen las llaves.

—¿Te las ha dejado?

La forma en que lo dice asusta a Louise un poco, porque es muy reverencial. Incluso ahora.

—Al final me ha hecho un juego —dice Louise, como si nada, como si Lavinia fuera un humano ordinario, normal, ligeramente imperfecto y algo neurótico que ha estado haciendo muchas horas de terapia y que no puede hacerles daño.

Y

Y hay otra cosita. También muy pequeña.

Rex ha desbloqueado a Lavinia en Facebook.

No se ha hecho amigo de ella, pero aparece en la barra lateral de personas a las que quizá conozca, lo cual significa que la ha quitado de la lista de bloqueados, por lo que Lavinia podría verlo y añadirlo si quisiera.

Pero ella no quiere.

Louise no está celosa. No necesita estarlo. Rex y ella están tan felices. Ella es la novia perfecta. Lo sabe porque ha leído todas y cada una de las cartas que Rex le ha escrito a Lavinia, en las que Rex dice que le encanta hacer pícnic, y han estado juntos en muchísimos pícnicos en verano, y en septiembre también. Sabe que le encanta el jazz y han ido a la Jazz Age Lawn Party y al Zinc Var en West Village cada par de semanas. Sabe que a él le encanta la comida coreana, y le sorprende por su cumpleaños en octubre llevándolo a un

lujoso restaurante en el barrio de Hell's Kitchen. Ella incluso paga, a pesar de lo caro que es, pero es que ella insiste en pagar, y en efectivo, porque hace tanto tiempo, y Louise piensa que probablemente tendrá que salir pitando mañana, o esta semana, o la que viene.

Intenta no pensar demasiado en la cara que puso cuando le preguntó si quería ir con ella a la Neue Galerie, o la que puso cuando fue a la fiesta de Hal con el vestido de Lavinia.

Pero es que algunas veces —no a menudo, solo algunas veces— Rex hace algo o dice algo que hace que Louise se pregunte si sigue pensando en ella. Dice algo despreocupado, como aquella vez en el mercado de Chelsea, cuando dijo que le gustaba la mermelada de melocotón, y entonces Louise empieza a pensar (porque ha leído todas las cartas que ha escrito) que Lavinia y él en una ocasión tomaron mermelada de melocotón en una cafetería francesa en Chelsea llamada Bergamot, y Louise se pregunta si ahora mismo, con la mano en la suya, o con la boca en la mejilla de ella, o en su frente, o en su hombro, estará pensando en ella.

Como esta vez a principios de otoño.

Es un sábado de octubre precioso, y Rex acaba de empezar el segundo año de su titulación. Están en el apartamento de Rex y se están aburriendo (ya se han dado un revolcón, han bebido cerveza, han visto *El tercer hombre* en Netflix). Rex está mirando por la ventana y medio escribiendo un trabajo para un seminario, y Louise está rebuscando discos distraídamente para escuchar algo de música.

Escuchan música clásica, porque a Rex le gusta la música clásica, y Louise también está empezando a apreciarla.

Escuchan *La Traviata*, Berlioz y Chopin. Louise friega los platos que hay en el fregadero de Rex. Louise limpia kimchi de la encimera de la cocina.

Ni siquiera está pensando en Lavinia. Si se permite pensar, se permite pensar solo en Lavinia del modo en que todos los demás piensan en Lavinia (en su cuarto mes sobria, y ahora leyendo los escritos místicos de Simone Weil). Se le da muy bien no pensar en lo que ha hecho.

Así que, cuando suena la melodía, que es lenta, oscura, triste y romántica, cuando suenan esas tres notas sostenidas que recuerdan un poco a un lamento, Louise piensa que la canción le resulta familiar, pero no recuerda cuál es, e incluso cuando se da cuenta, lentamente, más segura con cada compás, de que es el *Sueño de amor* de Liszt, no siente pánico. El piano se vuelve más agudo, y más bajo, más suave, más oscuro, y Louise no piensa «Rex y Lavinia perdieron la virginidad juntos en un motel en Flatiron escuchando esta canción» (o quizá sí, quizá sí lo piensa), pero no lo piensa en alto hasta que le ve la cara a Rex.

Está lívido. Se está mordiendo el labio.

Parece, piensa Louise, que ha visto un fantasma.

—¿Louise?

Él se esfuerza mucho en fingir que no le importa. Louise se da perfecta cuenta de ello.

—¿Te importaría apagarlo?

—En absoluto —dice Louise.

Se queda en la entrada de la cocina. Ella le mira a la cara. Observa cómo él se mueve de modo inquieto y pone la vista en su portátil, en su ejemplar de *Medea* de la colección Loeb y luego en el altavoz, y palidece más, y aunque Louise siente tanta adrenalina en su interior que cree que no podrá volver a dormirse nunca, se queda inmóvil.

Siente un poder extraño y enfermizo al no moverse. Siente que está demostrándole algo a él.

—¡Por el amor de Dios!

Es la única vez que Rex se ha enfadado con ella.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Nada. Es que... Estoy intentando trabajar, ¿vale?

Louise avanza a una velocidad impecable hacia el altavoz.

—Vale —dice. Apaga la música.

Por supuesto, Rex no quiere a Lavinia. Rex ha pasado demasiado tiempo queriendo a Lavinia, huyendo de Lavinia, superando a Lavinia.

Por eso mismo ha elegido a la compañera de piso de Lavinia, que no tiene nada que ver con Lavinia, para quererla.

—Gracias —dice Rex cuando la música para.

Besa a Louise en la frente.

—Eres maravillosa —añade.

Y ella le contesta:

—Tú también.

Y

Te sorprendería la facilidad con la que pasa el tiempo: como si nada. Cuando no trabajas, salvo por los textos para *The Fiddler* y *The Egret* y para las distintas versiones de *Misandry!* Cuando te pasas la noche abrazada a alguien. Cuando vas a clases de *fitness* a primera hora de la mañana en nombre de la chica que has matado.

Salvo que sabes, sabes perfectamente lo que le pasa a Louise. Es lo siguiente: siempre, siempre, acaba jodiéndolo.

Así es como lo hace:

Louise utiliza a veces la tarjeta de crédito de Lavinia. Eso ya lo sabes. Va a sitios a los que va Lavinia y procura que quede constancia de su presencia allí, con la ropa de Lavinia (por si acaso), maquillada y con gafas de sol.

Pero una noche de diciembre a Louise le da pereza. Está cansada, quiere tomarse algo y está disgustada porque Rex le ha pedido que vean *Retorno a Brideshead*, a pesar de que debe de conocer lo bastante bien a Lavinia para saber que le encantaba, así que, en vez de ir a un bar vegano o a un sitio donde se prepara té muy caro, Louise vuelve a Bemelmans a esperar que sea lo bastante tarde como para no tener que preocuparse de que la señora Winters la vea entrar. Le da la tarjeta de crédito de Lavinia a Timmy, el camarero (hace cuatro meses ya, ¿recuerdas?, y nadie se ha dado cuenta de que Lavinia está muerta, así que, quizá, quizá, a nadie le importa nada).

Louise se sienta sola en Bemelmans. Se toma una copa de *prosecco*, luego otra. Lleva un vestido de Lavinia de los cuarenta, el pequeñito y negro de crepé, el que va con un bolero de los cuarenta con bordado de oro y hombreras puntiagudas y con un tocado de mimbre negro con narcisos. Lleva el pintalabios bermellón de Lavinia, que le queda fenomenal, y también el perfume de Lavinia, aunque no haya ninguna coartada en el mundo que requiera oler como una muerta, por mucho que el frasco se esté acabando. Bebe hasta que está lo bastante borracha para afrontar volver a casa.

—¡Pero bueno, cielito! —Atenea deja caer un abrigo de piel blanco sobre una banqueta de la barra—. ¿Qué te trae por aquí?

Se desliza a su lado sin siquiera preguntar.

—Joder, hace una eternidad que no te veo. —Deja una mancha de base en la mejilla de Louise cuando la besa.

Louise tartamudea algo ambiguo.

—¿Has venido con ella?

—¡Ojalá! —Louise se encoge de hombros, como si encogerse de hombros fuera una cosa fácil de hacer (para ser justos, se ha hecho cada vez más fácil, con el tiempo)—. Ahora dice que no va a beber hasta Nochevieja.

—Joder... ¡Yo me muero! Espero que le hayas dicho que beba en la fiesta del MacIntyre.

—Lo mismo hace una excepción —dice Louise.

—Madre mía, mírate... Joder... ¡Estás tan delgada que me preocupas!

—Gracias —dice Louise.

—Mi vida es una mierda —dice Atenea. Pide otra ronda para las dos—. He estado saliendo con un tío un par de meses. ¡Resulta que es más bajito que yo! ¿Tú te crees?

—Bueno...

—Hombres —anuncia Atenea—. Son todos iguales. Todos y cada uno.

Entonces el camarero devuelve la cuenta.

—¿Williams? —dice, mientras desliza la tarjeta sobre la mesa.

«Es ahora —piensa Louise—. El mundo termina ahora.»

Atenea y Louise se miran la una a la otra. Bajan la vista a la tarjeta, que es negra y tiene el nombre de LAVINIA WILLIAMS grabado.

Atenea sonríe con satisfacción.

—Vaya —dice.

—Lo puedo explicar.

—¡Qué listilla eres!

«Mantén la calma —se dice Louise—. También puedes con esto.» Siempre lo consigue.

—De hecho —dice Louise, llamando a Timmy con un gesto de la cabeza (y sin mirar a Atenea)—, ¿por qué no nos tomamos otros dos? —Desliza la

tarjeta de vuelta al otro lado de la barra—. Que sean de Taittinger —añade.

Atenea sonríe tanto que se mancha los dientes de pintalabios.

—Mírate —dice.

—Ya ves. —Louise se bebe la copa de un trago, igual que Atenea, sin hacer ni una mueca—. Lavinia no la est  usando. —Brinda cuando llega el champán—. Ya te lo he dicho. No prueba ni gota. Se va a la cama a las ocho.

Atenea resopla.

— Sabes qué? —dice—. Ten cuidado. Se va a dar cuenta... Antes o después.

— Crees que mira su extracto?

—Quizá lo hagan sus padres.

—No es culpa mía —dice Louise muy tranquila—. No hace más que perder la cartera. Si no me encargo yo de sus tarjetas, se las dejaría en todos los bares de la ciudad. La otra noche se dejó la American Express en la coctelería Apotheke.

— Incluso sobria? —Atenea alza una ceja.

—Exacto —dice Louise—. Incluso sobria. —Alza la copa y añade—:  Por las chicas que se buscan la vida! Disfruta.

Atenea se toma la copa de un trago.

—Por las chicas que se buscan la vida.

—Lo cual me recuerda una cosa —dice Louise—. Quer as ir a la ópera,  verdad?

La sonrisa de Atenea le llena el rostro.

—Voy mañana con Rex y con Hal. Tenemos una entrada extra. —(No la tienen, pero Louise tiene una tarjeta de crédito)—. Hal necesita una acompañante.

—Claro que la necesita —dice Atenea—. Tiene la boca rara. Y es retrasado.

—¿No quieres ir?

—Allí estaré —dice Atenea.

Louise traga saliva al pedir la cuenta.

Louise paga.

Piensa «Este es el momento de echar a correr». No hay forma, piensa, de seguir manteniendo así las cosas (si empiezan a preocuparse, rastrearán las tarjetas; Atenea hablará; claro que hablará). Pero su texto saldrá pronto en la edición en papel de *The Fiddler*, y Gavin ha estado hablando de invitarla a la fiesta benéfica de los Cinco Menores de Treinta que se celebra cada invierno, y hay una fiesta de Halloween en el MacIntyre a la que Louise quiere ir, y además Rex les ha conseguido una reserva en el Babbo, y además le ha enviado un mensaje diciéndole que la echa de menos porque odia no pasar cada noche a su lado.

«Solo unos días más —piensa Louise—. Eso es todo.»

Una entrada de última hora para la ópera cuesta 260 dólares. Louise paga de todas formas.

Lavinia cuelga una reflexión extensa sobre sus posturas de yoga: por si acaso.

Rex, Louise, Atenea y Hal van a la ópera.

Se reúnen en Boulud Sud una hora antes de que empiece la obra. Atenea pone la mano directamente cuando se presenta a Hal y le da un apretón que le hace poner una mueca.

—Me llamo Nathalie —dice ella, y sonrío.

Ni siquiera utiliza su acento neoyorquino cuando lo dice.

Louise cree que nunca ha oído el verdadero nombre de Atenea.

—Mucho gusto —dice Hal. Se fija de nuevo—. ¿Nos hemos visto antes?

(De hecho, sí: ella actuó en el P.M., pero esta vez Atenea lleva mucho menos maquillaje y muchísima más ropa.)

—Bueno, Hal —Atenea pide una botella de champán antes de que nadie pueda decir nada—, ¿tienes alguna fobia?

—¿Cómo?

—En plan... a las alturas, a las serpientes o a algo.

Apoya la barbilla en la mano y clava los ojos en Hal.

Este se encoge de hombros.

—No me gusta el Eurostar —contesta Hal—. Estar demasiado tiempo bajo tierra deshumaniza al hombre. Nos convierte en animales.

—¿Qué te parece el metro?

—No viajo en metro.

Atenea lanza una carcajada.

—A mí solo me asustan las dos Emes —dice ella—. La Muerte y la Muerte.

—Eres encantadora —dice Hal.

Es casi agradable, piensa Louise, intercambiar el tipo de miradas que intercambia con Rex esa noche. Como si los dos guardaran un secreto.

Esa noche Rose fotografía a los cuatro para *Last Night at the Met*.

En la foto, están muy juntos, uno al lado del otro, en la escalinata, y los cuatro están preciosos.

A estas alturas, Louise ya conoce a la mezzosoprano. Ha visto ya a Leonora do Rosina en *El barbero de Sevilla*. Sabe cuándo decir «bravo», «brava» y «bravi».

Su mano está en la de Rex. Su pelo cae sobre el hombro de él. La música es hermosa, muy oscura y triste, y, cada vez que asciende, Louise se pregunta si él piensa en aquella otra vez en la que oyó lo mismo.

Después van al apartamento de Henry Upchurch, en el edificio Dakota, porque Hal quiere que todos prueben el singular whisky que Henry Upchurch compró hace tiempo, un whisky que, según cree Louise, y no sin razón, Henry Upchurch no querría que se bebieran.

—Tienes que conocerlo alguna vez —dice Hal a Louise cuando se reúnen bajo los retratos—. Le encantarías. Le encantan las historias de gente que se hace a sí misma. O sea... las historias de otra gente, pero bueno. —Sonríe—. Sería bueno para ti, joven Louise... si es que vas a seguir en esto de la escritura.

Atenea echa una mirada a Louise muy significativa.

—Anda, mira tú —murmura. Se bebe el whisky como si no fuera más que un chupito—. Menuda casa tienes, Hal.

—Ya —dice Hal.

Los cuatro beben muchísimo. Se beben el whisky de Hal y el whisky de Henry y otro escocés, y también ginebra, porque cuanto más borrachos están, más despreocupados se sienten, y aunque no estén celebrando nada en particular y no estén bebiendo para olvidar nada en particular, acaban tan borrachos que Atenea revela que a veces actúa en escena, y entonces Hal se levanta de un salto.

—De eso te conozco. —Sonríe—. Joder, sabía que te conocía de algo. Te he visto las tetas.

Louise contiene el aliento.

—En el P.M., ¿verdad?

—Ni de coña —dice Atenea—. Ya no trabajo allí. Los muy capullos querían sisarme las propinas.

Se sirve otro trago.

Hal no hace más que reír.

Rex y Louise también se ríen.

Y

Hal saca el modafinilo a las tres para que puedan aguantar despiertos hasta más tarde. Hal les enseña todas las fotografías que ha hecho con el teléfono en cenas a las que ha ido, pero de etiquetas de vino.

No de gente. Solo de vino.

—Voy a pedirle salir a India —dice sin dirigirse a nadie en particular—. Voy a invitarla a venir a Miami la semana que viene.

Pone los pies encima de la mesa de centro.

—Mira tú —dice Rex—. Vas en serio.

—Venga ya —dice Hal—. No pienso casarme nunca.

Aplasta otra pastilla y la esnifa. Después de hacerlo le gotean mocos de la nariz. No se los limpia.

—¿Sabes lo que quiero en una esposa?

Se vuelve hacia Atenea. La rodea con su brazo.

—Que hablemos del periódico de la mañana, de la educación de los hijos y de nada más. ¿Qué tal te suena?

Le siguen cayendo mocos lentamente de la nariz.

Rex saca un pañuelo de su bolsillo de pecho. Hal no le hace ni caso. Se enciende un enorme puro cubano y le echa el humo a Louise en la cara.

—Además, tiene que tener una nariz patricia. Los Upchurch son muy de narices patricias. La mujer de Jeremiah Upchurch, una mujer exquisita, una

Havemeyer, tenía la nariz más delicada y respingona. ¡Mirad! —Agita el puro hacia otro retrato más pequeño—. La edad de la eugenesia se avecina.

Va a la cadena musical y pone Wagner. Es *Tristán*.

—Me encanta esta parte —dice, y quizá sea el vino, quizá sea el whisky, quizá sea el modafinilo que han estado esnifando, pero Louise piensa «Todo esto ya lo hemos hecho antes».

Por primera vez, Louise está casi aburrida.

«No hay nada, nada —piensa Louise— que no le pertenezca a ella.»

Υ

Entonces dan las cuatro.

—Joder —dice Hal—. ¡Joder! ¡Todo el mundo a callar la puta boca!

—¿Qué mosca te ha picado? —pregunta Atenea mientras da caladas al puro de Hal.

—En Pekín son las tres.

—¿Qué?

—Es por la tarde, coño. —Hal se aclara la garganta ostentosamente—. Tengo una llamada de trabajo. —Saca el teléfono—. Mi jefe es un Hombre Muy Importante. Se llama Octavius Idyllwild.

Atenea esnifa.

—Lo mismo te suena.

—Sí, claro —dice Atenea.

—Vive entre Nueva York y los montes Cotswold, en Inglaterra. Tiene una colección de coches clásicos. Y su mujer tiene la misma edad que él. ¿Te imaginas? —Empieza a marcar su número—. Escuchad.

Louise y Rex permanecen sentados, y Atenea también, y escuchan a Hal hablar con Octavius Idyllwild sobre hojas de cálculo, y al principio Louise piensa que así es el sentido del humor de Hal, y que deberían estar riéndose de Hal haciendo de Hal, pero al cabo de diez minutos, en los cuales han estado escuchando en silencio a un anciano británico muy pijo hablando a través del manos libres sobre el cumplimiento de las normativas, y Hal no parece que vaya a terminar, Louise se da cuenta de que el viejo no está compinchado con Hal para gastarles una broma.

—No le confíe las cuentas a Alex Elias —dice Hal—. Es un puto incompetente, y, si el muy desgraciado se cree que no, está muy equivocado.

Hal les sonrío, y les guiña un ojo, y señala al móvil como si los demás tuvieran que aplaudirle.

Todos le devuelven la mirada.

—Henry —dice Octavius Idyllwild—. Esa lengua.

—No hay nada peor que un puto subordinado incompetente —dice Hal—. Nada de nada.

Vuelve a guiñarle el ojo a Louise.

—Esa lengua, Henry.

Hal cuelga el teléfono.

—Ahí lo tenéis —dice Hal. El alba está rompiendo tras la ventana—. Los hombres así... Te lo juro. —Esnifa—. Nada que ver conmigo. Yo soy un tipo ordinario.

Se vuelve hacia Atenea.

—No quiero nada de la vida —prosigue—. ¿No es maravilloso? —Le pone la mano en la rodilla—. Solo necesito una mujer bonita, una copa de whisky y nazis en la radio. Nada más.

Rex y Louise intercambian miradas.

—Yo no soy como Rex —prosigue Hal—. Rex es romántico. A las mujeres Rex les encanta. Mira esos ojazos castaños; ¿no son adorables? ¿No es totalmente adorable?

Atenea se encoge de hombros. Muestra todos sus dientes.

Hal prosigue:

—Yo no. Sé lo que soy. Soy... Soy un estoico. No siento nada. —Se golpea el pecho solo para que quede más claro—. ¿Tú qué crees, bombón? ¿Tú a quién prefieres?

Se inclina para acercarse mucho a Atenea.

—No eres la mujer con la que me voy a casar —añade—, pero eres mejor que buscarme una mamada en Tinder.

Atenea le da una bofetada.

Es un golpe tan contundente y sorprendente que Hal retrocede asombrado; se le cae el whisky y el vaso se derrama sobre el sofá de color crema perfectamente tapizado de Henry Upchurch y en la alfombra oriental de Henry Upchurch.

—¡Joder! —dice Hal—. ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

Se ha puesto blanco.

—¡Hijos de puta! —Tira el vaso vacío al otro lado de la habitación.

Alcanza la chimenea y se hace añicos.

—¿Qué coño pasa contigo?

Se pone delante de Atenea. Por un segundo, Louise cree que le va a pegar.

—¿Qué cojones pasa contigo?

—¡Hal!

Rex ya ha pasado a la acción. Está tocándole el hombro a Hal con mucha suavidad, como si supiera lo que tiene que hacer, porque ya ha hecho esto otras veces.

—¿Tu puto chulo no te ha enseñado nada?

Cuando Atenea se pone de pie, es más alta que él.

—¿No sabes comportarte en una casa ajena?

Los mocos siguen goteándole de la nariz.

Además, está llorando.

—Yo me largo —dice Atenea en voz muy baja.

Lo pronuncia con claridad, sin su acento, y es la primera vez que Louise se da cuenta de que no es un acento real.

Se vuelve hacia Louise. Le besa la mejilla.

—La próxima vez —susurra— solo dame dinero.

Se lleva el resto de la botella al salir.

Hal está con las manos y las rodillas en el suelo, frotando con todas sus fuerzas sobre las manchas de la alfombra.

Rex le está ayudando.

—No lo toques —dice Hal una y otra vez—. Vete a la mierda, Rex... No lo toques... Lo estás empeorando.

Louise sabe lo que tiene que hacer.

Louise trae vino blanco del aparador de Henry Upchurch. Trae sal.

—Por el amor de Dios... Era una puta, ¿verdad?

Louise no dice nada. Louise frota.

—¡Aquí el capullo no soy yo!

Louise quita la mancha.

Cuando lo hace, Hal sonríe como si nada hubiera pasado.

—¿Lo veis? —dice—. Para eso se necesita a las mujeres. Saben cosas. Rex, tienes mucha suerte de haber encontrado a una mujer como esta.

Se vuelve a sentar en el sofá. Vuelve a poner los pies en la mesa de centro.

—No estaba enfadado de verdad —dice Hal—. De hecho... estaba fingiendo rabia.

Nadie dice nada.

—A veces es importante para un hombre fingir rabia. Así la gente sabe que no puede hacer lo que le da la gana.

Louise pone el papel de cocina sucio en el fregadero.

—¿Sabéis qué? Le he hecho un favor —dice Hal—. La próxima vez... va a empapar algo de valor incalculable. Si no se anda con cuidado. Ahora lo sabe. Ya puede buscarse un marido rico. —Ríe para sus adentros—. Para mí es el deber de la amistad. —Menea la cabeza hacia Louise—. Tú sabes cómo va eso, ¿verdad, joven Lulu?

Da un golpecito a la mancha que ella acaba de limpiar.

Louise se pone colorada.

Mira a Rex, esperando que diga algo, que proteste, que la defienda. Pero Rex solo sonríe suave y tristemente.

—Algún día serás una estupenda esposa —añade Hal.

—Gracias —dice Louise.

Louise y Rex bajan juntos en ascensor. Ya es de día.

Ella no sabe por qué está tan enfadada con él.

—¿Qué pasa?

Él la rodea con el brazo. Le besa la cabeza. Ella se aparta sin querer.

—¿Qué te pasa?

Ella suspira muy despacio.

—Él no tenía que haberle dicho eso —dice Louise mientras bordean Central Park por el oeste.

Ni siquiera sabe por qué la está defendiendo. Atenea ni siquiera le cae bien. Atenea acaba de chantajearla.

De todos modos, está enfadada.

—Hal es así —dice Rex—. ¿Qué le vas a hacer?

—¡La ha llamado puta!

—Estaba de broma... Ya lo conoces.

—¡Claro que lo conozco! ¡Y es un gilipollas!

—Tienes que conocerlo mejor. —Y luego añade—: No se puede ir por ahí abofeteando a la gente.

—¿Por qué no?

—Pues... —Rex suspira—. La gente no hace ese tipo de cosas.

—¡Lavinia lo haría!

Louise tampoco quería decir eso.

Hace mucho que no pronuncia el nombre de Lavinia.

Decirlo en alto le sienta extrañamente bien.

Rex la mira como si le hubiera dado un golpe.

—Lo siento —dice Louise—. Lo siento. No pretendía...

«Qué estúpida eres —piensa— al hacerle pensar en ella ahora mismo.»

—Tienes razón —dice Rex. Lo dice como si hacerlo se le atragantara—. Ella lo haría. —Para un taxi. No la invita a entrar—. Cuando llegues a casa —añade, y traga saliva— salúdala de mi parte.

El taxi se aleja, dejándola sola en la calle.

Louise vuelve a casa cruzando Central Park.

Y

Y Louise piensa: «Si Lavinia estuviera aquí, nos reiríamos de todo el mundo». De Rex y su cobardía; de Atenea con los dientes manchados de

carmín, su acento desaparecido y sus dos Emes, «muerte y muerte»; de Hal (Lavinia lo había llamado «¡un Habsburgo mental!»). Sería igual que la noche en High Line, donde prendieron fuego a todo, donde gritaron sus nombres, cuando se convirtieron en divinidades.

Louise odia echarla tanto de menos algunas veces.

Louise y Rex se reconcilian por escrito, pero con uno de esos «mensajes parche» tipo No nos peleemos por esto que a nadie le gusta enviar o recibir. Rex tiene los exámenes finales del semestre, así que está bastante liado esta semana, lo cual para Louise es casi un alivio.

No hace gran cosa esa semana.

Se levanta pronto para ir a las 6 a.m. a las clases de ClassPass: yoga, entrenamiento de fuerza y barra de ballet. Se asoma por el vestíbulo. Evita a la señora Winters.

O ni siquiera se levanta y se queda en la cama contestando los emails de Lavinia, diciéndole a Cordelia que no se preocupe por la asignatura de Latín Avanzado, porque es muy lista, porque de todas formas la aprobará sin problemas, y le dice que siente no poder ir a París en las vacaciones de Navidad, pero que espera que Cordelia se lo pase muy bien y disfrute de los vitrales tintados de las catedrales góticas de la orilla izquierda, por Saint-Germain.

O lee y relee las cartas de Rex, en la cama, con la bata azul claro de Lavinia (Rex también escribe sobre ella: una vez le dijo a Lavinia lo preciosa que estaba con la bata).

O responde a las llamadas de sus padres. Están orgullosos de lo guapa y delgada que está. Le dicen que han fotocopiado el texto de la edición impresa de *The Fiddler* y que la madre de Louise lo ha llevado al club de lectura, y esta añade refunfuñando:

—Todo el mundo está muy sorprendido.

Pero la madre de Louise le recuerda que no puede estar así para siempre. Antes o después tendrá que regresar a casa para volver a empezar.

—Tienes casi treinta años —dice la madre de Louise, y le recuerda que su fertilidad pronto declinará.

Atenea le manda un mensaje esa semana.

Hola, cariño, dice.

Resulta que ando floja con el alquiler.

Sé que tú te lo has montado muy bien y lo mismo podrías ingresarme unos 200 dólares.

Por echarle un cable a una amiga!

Xxx

Louise obedece.

Unos días después a Louise se le acaba el perfume de Lavinia.

Se dice a sí misma que lo necesita. No puede dejar nada al azar.

Así que una noche va a East Village, llega a la calle Cuatro Este (piensa en llamar a Rex para pedirle que la acompañe, pero eso hacen las novias ansiosas e inseguras, y Louise no es ninguna de esas cosas), donde está la pequeña perfumería donde Lavinia tiene archivada su receta, a la que ha puesto el nombre de *Sehnsucht*.

La mujer tras el mostrador rebusca entre un montón de fichas alfabetizadas hasta llegar a la W.

—¿Wilson?

—Williams.

Separa una ficha. Reúne los aceites: lavanda, tabaco, higo, pera. Los mezcla.

Son mucho más fuertes aquí que en el fondo del frasco de Lavinia: envejecidos, destilados. Cada frasco resulta abrumador.

—Deme la mano —dice la mujer, porque la idea de esta perfumería es mezclar los aceites con tu piel. Pone gotitas de fragancia en la muñeca de Louise, las mezcla y frota el resultado en la palma de la mano de Louise, después en su cuello. Al hacerlo el olor es tan embriagador que por un momento Louise cree que todo ha sido una broma, que Lavinia tiene que estar detrás de ella, que pondrá su mano en la de ella y sus tatuajes de ¡¡¡MÁS POESÍA!!! se tocarán. No se ha dado cuenta de lo fuerte que huele y de cómo ha debido de oler todo el tiempo. Quizá ahora se lo esté inventando, pero Louise se echa a llorar en mitad de la tienda. La mujer suelta los frascos y los cuentagotas y pregunta si quiere que llame a un médico, y lo único que puede hacer Louise es negar con la cabeza, cerrar los ojos y sollozar.

Esa noche no llama a Rex.

Le preocupa llegar a casa antes de que la señora Winters esté dormida, así que vuelve andando por la Primera Avenida e intenta no pensar en el hecho de que esto también es algo que Lavinia y ella solían hacer.

Al día siguiente no sale de casa. Cierra las puertas con llave. Empieza a beber a mediodía. A estas alturas ya se ha ventilado casi todo lo del mueble bar de Lavinia, pero queda todavía ginebra barata, y Louise se la bebe a palo seco. Tiene hambre, pero ni siquiera pide comida, porque tiene demasiado miedo a abrir la puerta. Está borracha y pierde la noción del tiempo (tenía que escribir un artículo para *The Egret* hoy, pero tampoco ha hecho eso).

Es de noche. Eso es todo lo que sabe. Fuera es de noche y no se ha molestado ni siquiera en encender las luces. No se ha molestado en encender el móvil de Lavinia. Es más fácil fingir que no existe.

Es de noche y suena el telefonillo.

Louise no le presta atención.

Si es un repartidor que se ha confundido, o un mensajero, o un técnico de la luz, o lo que sea, acabará yéndose.

Y

El telefonillo vuelve a sonar.

—Hay que joderse.

Otra vez. Otra vez. Otra vez.

Va a la pantalla del telefonillo.

Es Mimi.

Está despeinada y tiene el pintalabios corrido. Está llorando.

—¡Lavinia! —grita al interfono—. ¡Lavinia, por favor, por favor, déjame entrar!

Son las ocho de la noche. La hora perfecta para que los vecinos entren y salgan.

—¡Lavinia! —grita Mimi.

—Joder.

Louise le abre la puerta.

De cerca, Mimi tiene incluso peor cara.

Tiene rímel por todas partes.

—Lo siento —dice Mimi sorbiendo—. He estado llamando durante horas... Pero no había manera.

—Lavinia no está —dice Louise—. Lo siento.

—Ha salido con sus nuevas amigas, ¿no?

—Sí —responde Louise.

—¿Te importaría —dice Mimi tragando— que entre de todas formas?

Da saltitos de un pie al otro. Tiene las medias de red rotas.

Está dando todo un espectáculo en el rellano.

—Venga, pasa —dice Louise.

Es por Beowulf Marmont.

Mimi se ha estado acostando con él desde la noche del estreno de *Romeo y Julieta*, cuando él la llevó a casa y, a pesar de que ella estaba inconsciente, se la tiró («O sea —dice alegremente—, si hubiese estado consciente me habría acostado con él, así que, en realidad, tampoco es que le haya negado el consentimiento»). Él le escribía mensajes muy dulces. Mimi explica que en el festival Burning Man le pusieron el mote de «Hemingway», porque la gente lo considera un escritor genial. Beowulf está saliendo con la chica de los ojos frágiles, y fue muy claro al respecto desde el principio, lo cual lo honra, dadas las circunstancias, pero dijo que era como la cita aquella de Fitzgerald, ¿cómo era? «El que llega a lo más alto, lo hace solo», y, según dijo Beowulf Marmont, tenía que escalar una cima alpina. Si alguien fuera a estar a su lado, dijo él, sería alguien como Mimi: alguien inteligente y bella de esa forma tan rara y femenina.

—Era una estupidez —dice Mimi—. Soy una estúpida.

—No eres una estúpida —protesta Louise.

Mimi está dejando rímel en los cojines del sofá.

Louise le ha servido un té de jengibre-cúrcuma-piña-champán. Mimi bebe con manos temblorosas.

—No lo hizo con mala intención.

Louise no sabe si Mimi quiere decir que «no mintió con mala intención al decir que ella era especial» o que «no se la folló con mala intención mientras ella estaba inconsciente», pero asiente a pesar de todo y le frota la espalda a Mimi mientras esta llora.

—No sé por qué sigo haciendo estas cosas —dice Mimi.

Louise suspira.

—No tienes por qué hacerlo —dice Louise—. No tienes por qué aguantar estas cosas más tiempo.

—¿Por qué no? —pregunta Mimi, y la verdad es que Louise no tiene una respuesta que darle.

Mimi traga saliva. Con fuerza.

—Sé lo que piensa todo el mundo de mí. —Se limpia los ojos con el dorso de la mano—. Pero ¿qué alternativa tengo? ¿No querer a la gente que quiero? —Se ríe un poco—. ¿Se supone que tenemos que hacer eso?

—No lo sé —contesta Louise.

—Pensé, ya sabes, que había algo bello en ser una de las que se queda atrás. ¿No dice eso el poema? «Que sea yo quien más ama».¹⁵ Pero así no son las cosas, ¿verdad? El que menos se preocupa, gana. —Mimi traga saliva—. ¿A ella le importo?

Sus ojos están muy abiertos, y vidriosos de lágrimas.

—No —responde Louise—. Probablemente, no.

Mimi parpadea.

—¿Cómo?

—A Lavinia no le importa nadie —dice Louise—. Por eso todo el mundo que la quiere, la quiere.

—Tú le importas.

—A Lavinia le importa Lavinia —insiste Louise—. Eso es todo. —Intenta encontrar cierta bondad en ello—. Tú te mereces a alguien a quien le importes —prosigue—. Te mereces a alguien que te trate como tú tratas a los demás.

—Igual que todo el mundo —dice Mimi. Se encoge de hombros—. Pero yo no soy, ya sabes, «un valor añadido». No «optimizo la experiencia de

nadie...». Eso me dijo Gavin una vez. Que no estaba optimizando la experiencia de Lavinia, y por eso no quería tenerme cerca. Seguro que pensaba que me estaba ayudando. Gavin suele creer que ayuda. —Bebe otro sorbo de té y se ríe—. Yo no soy como tú, Lulu. —(Hace mucho que nadie la llama Lulu.)—. No soy inteligente. No soy una escritora brillante.

—Yo no soy una escritora brillante.

—¡Sí que lo eres! —Mimi derrama un poco de té en el platillo—. Créeme... Yo quería que no lo fueras. Recuerdo cuando tu primer texto apareció en *The Fiddler* y lo añadí a favoritos para poder leerlo y odiarlo. Pensé que al menos podría disfrutar de que fueras mala en algo. Pero aquel texto de los chicos que se escapan... ¡Era precioso! Y el que escribiste para *The New Misandrist* sobre los hombres poliamorosos... Ese me encantó.

—¿Lo has leído?

Louise no recuerda que Lavinia leyera ningún relato suyo.

—Leo todo lo que escribes.

Mimi está exultante.

—Incluso he creado una Alerta de Google con tu nombre —explica— para leerlo todo en cuanto sale. Lo siento. Seguro que parezco una acosadora.

Probablemente sea verdad, pero a Louise no le importa.

—¿Has pensado en escribir una novela?

—Pues no sé.

—Porque yo la leería. Si lo hicieras. Seguro que te la publican.

—No estoy tan segura.

—¡Seguro que sí!

Y el modo en que Mimi mira a Louise, con esa certidumbre tan irracional, con el mismo amor que un perrito, es el mismo modo en que Louise miraba a Lavinia, y Louise no sabe si esto significa que Mimi está mintiendo ahora o si entonces Louise decía la verdad sin saberlo.

—Eres mejor escritora que Beowulf Marmont —dice Mimi. Se acaba el té —. No lo digo porque él me haya violado. Es verdad, y punto.

—Venga —dice Louise. Pone la taza de golpe en el platillo—. Vamos por ahí a tomar una copa.

—¿De verdad?

—De verdad. Vamos a vivir «una de esas noches». ¿Vale?

La sonrisa de Mimi se vuelve melosa.

—Vale.

Louise propone que vayan a un baile de swing en Hell's Kitchen, porque se acuerda de que a Mimi le encanta bailar y, la verdad sea dicha, hace siglos que ella misma no baila... No baila desde Lavinia, y en la edición de esta semana de *Urban Foxes* hay un artículo sobre un bar ambientado en el metro de Londres durante los bombardeos alemanes donde sirven cócteles en latas de guisantes recicladas, pero Mimi no quiere ir tan cerca de Times Square, porque los atentados de París han pasado hace muy poco tiempo, así que Louise se lleva a Mimi a la vuelta de la esquina, a un minúsculo bar gay llamado Brandy's, encajonado en mitad de una calle lateral que sale de Yorkville, decorado con paredes de madera, donde sirven copas a diez dólares y un pianista interpreta a Frank Sinatra. Una tristeza profunda y solitaria ha enraizado en la espalda de Louise esta noche, y quiere ir a algún sitio donde haya gente cantando.

Salen a escondidas del apartamento.

—Somos como agentes secretas —susurra Mimi cuando Louise explica lo de la junta de cooperativistas, y luego añade—: Me acuerdo. Conmigo también había que andar a escondidas todo el tiempo.

Se hacen un *selfie* fuera del bar.

por ahí con mi amiga, escribe Mimi.

Dos ositos bailarines danzando juntos.

Brandy's no es el tipo de sitio de Lavinia. No es elegante ni emocionante. Lo único interesante que les ocurre es que, cuando el camarero les sirve a Mimi y a Louise dos copas de vino de la casa y le queda un poco para acabar la botella, el camarero les dice que se lo da gratis si se lo beben a morro, y todo el mundo aplaude cuando Mimi lo hace.

—¿La echas de menos? —pregunta Mimi—. O sea... Como está con sus nuevas amigas... Sus amigas que no beben. —Mimi se ríe—. Sus amigas triunfadoras que no beben.

—Todo el tiempo —dice Louise.

—Yo igual —dice Mimi. Bebe un poco más de vino—. Pero...

—¿Qué?

—A veces... en plan, es un alivio, ya sabes, echarla tanto de menos. Pero, al menos, ya sabes, no tengo que esforzarme tanto todo el tiempo. —Pide otra copa de vino—. Me acuerdo de que, cuando éramos amigas, me asustaba que se diera cuenta de que en el fondo, ya sabes, no soy nadie. Que podría haber sacado mi nombre, no sé, de un sombrero. Si no hubiéramos estado en la misma audición...

—¿Una audición?

—Cuando nos conocimos ella era actriz —explica Mimi sonriendo—. No te lo ha contado, ¿verdad? Antes de ser escritora. Había hecho una pausa en Yale para emprender su carrera en el escenario.

En el rincón el pianista está cantando «A Nightingale Sang in Berkeley Square».

—¿Quién era yo para ella? ¿Una actriz fracasada y gorda? Cada vez que salíamos, que vivíamos una aventura, pensaba: «Esta noche seguro que se harta de mí». Supongo que ahora ya no tengo nada que temer.

Otra ronda. Otro brindis.

—No le importaba el dinero. Te hacía sentir muy especial. Hasta que dejaba de hacerlo. Siempre que le siguieras el juego, ¿verdad?

—Verdad —dice Louise.

—Qué estúpida. A veces todavía me siento así. Bueno, sin ofender. Pero a veces siento que, si hubiera hecho las cosas mejor, si hubiera sido mejor, me habría dejado quedarme. Si le hubiera... seguido el juego.

Empieza a reírse.

—Por supuesto, lo gracioso —prosigue Mimi— es que ella fue quien lo jodió todo.

—¿Qué quieres decir?

—¡No! —Mimi se tapa la boca con las manos—. ¡No puedo!

—¿Qué pasa?

—Ella me mataría.

—Te prometo —dice Louise— que no se lo contaré nunca a nadie.

—Es horrible. —La risa de Mimi es como el ruidito de colibríes en su boca—. Dios... Es muy incómodo. No puedo.

—Cuéntalo.

Mimi respira hondo.

—De acuerdo. Pues ya sabes... ya sabes la historia de Lavinia con Rex.

Louise se queda mirándola un segundo.

—Por supuesto... Por supuesto que lo sabes. Pero me refiero a antes. La historia de Lavinia... lo de que nunca ha hecho el amor con otro hombre.

—Me acuerdo.

—El caso es que... su historia tiene muchos flecos. Si lo piensas bien.

—¿Quieres decir que...?

—Creo que esa es la razón por la que le gustábamos... algunas veces. Lo mismo estoy siendo mala. O sea, que pienso que es mucho decir. Pero... a veces sí que lo pensaba. Que nos utiliza, ya sabes... para cubrir una

necesidad, para poder ser siempre, en plan, la persona tan especial y tan maravillosa y tan mágica y tan amorosa que nunca dejaría que otro hombre se la volviera a follar.

—¿Vosotras dos...?

—No lo sé —dice Mimi—. No sé cómo llamarlo. Quizá fue sexo. Para mí, fue sexo. Pero... a ver... yo no soy hetero desde los doce. Para ella... quizá no fuera sexo.

Louise odia estar un poco celosa a estas alturas.

—Pero... no es eso. O sea, que no es la razón por la que me echó. Dios... Habríamos seguido indefinidamente, o eso creo. Siempre y cuando le diera lo que quería. No debería contarte esto, Lulu; soy una pésima amiga. —Lo dice como si acabara de darse cuenta.

—No, no lo eres —dice Louise.

Louise le sirve a Mimi más vino.

—Yo trabajaba en un bar en Alphabet City. Y siempre tenía los mismos turnos. Lavinia se los sabía. Una noche bebí demasiado en una despedida de solteros en el bar, porque me hicieron beber chupitos y me sentaron fatal, así que el encargado me mandó a casa pronto. ¿Juras que no le vas a decir que te lo he contado yo?

—Te doy mi palabra.

—Entré y la pillé —dice Mimi—. La pillé con él.

—¿Con quién?

—Es asqueroso.

—¡Dime con quién, Mimi!

—Hal Upchurch.

Louise escupe el vino.

Louise intenta imaginarlo —el sudor, los mocos cayendo de la nariz, el hueco entre los dientes y esa sonrisa demasiado ancha para su cara— encima

de Lavinia, pero no puede.

—Eso no fue todo —prosigue Mimi—. O sea, que eso no fue lo peor. —
Esconde la cara entre las manos—. Dios... Soy la peor amiga del mundo.

—Créeme —dice Louise—, no lo eres.

Mimi respira profundamente.

—Estaba... —Empieza a reír de un modo histérico y lloroso—. Estaba...
—Se bebe la copa de vino tinto de un trago—. ¡Estaba follándosela por el
culo!

Pasa a emitir una serie de risitas descontroladas que en algún punto se
transforman en sollozos.

Louise no se lo esperaba.

—Hala —dice Louise, porque en realidad no hay otra cosa que decir.

—Lo sé... —Mimi casi no puede respirar por la intensidad de su llanto-
risa—. Lo sé. —Se sorbe los mocos—. ¡Supongo que, técnicamente, solo ha
practicado sexo vaginal con un hombre!

Louise no puede evitarlo.

Ella también se echa a reír.

Y

—Ni siquiera me importaba —hipa Mimi cuando por fin recupera el aliento
—. Es decir... que estaba celosa, por supuesto que estaba celosa, pero en el
fondo sabía que es hetero. Lo sabía... no soy tonta. Y él estaba soltero, igual
que ella, y... ¿Qué importa? Me daba igual quién se la follara. Yo solo la
quería.

Mimi vuelve a echarse a llorar, y a reír un poco más, y a hipar, y luego
cuenta la horrible historia: abrió la puerta, entró y fingió que no había
ocurrido; después cerró de golpe la puerta, se fue corriendo a su dormitorio,

se puso los auriculares a todo volumen y nunca más se habló del tema. No preguntó nunca «por qué», a pesar de que tuviera muchísimas preguntas, como, por ejemplo, «¿en serio?», o «¿le quieres?», o «¿lo haces para cabrear a Rex?», o «probablemente lo hagas para cabrear a Rex, ¿verdad?». Mimi fue muy buena, buenísima, durante la semana siguiente a aquello, incluso cuando Lavinia le gritaba mucho más de lo normal y la obligaba a ir a muchas más fiestas que de costumbre, incluso se enfadó con Mimi por haber engordado dos kilos, porque ya no le cabía el principesco vestido de tafetán que Louise llevó la noche de *Romeo y Julieta*. Esto hace que Mimi recuerde a Beowulf Marmont, lo cual también la hace llorar, pero da igual; de todos modos, Mimi se emborrachó una noche y se sintió un poco más libre de la cuenta, un poco más segura, un poco más querida, y preguntó a Lavinia, así, sin más, de qué iba aquello con Hal Upchurch. Lavinia ni siquiera levantó la mirada... «Ni siquiera me miró...» Y todo lo cálido, fecundo y titilante que había en su interior se convirtió en ceniza, y le dijo a Mimi que recogiera sus cosas, que se fuera de casa y que no volviera nunca.

El pianista se da una vuelta pidiendo una propina y Louise le da un billete de veinte, uno de tantos billetes de veinte de Lavinia que debería estar ahorrando para el día en que tenga que huir.

Entonces el pianista dice a todos que el escenario está abierto a voluntarios.

—¿Sabes qué? —murmura Mimi—. Yo vine a Nueva York para cantar en Broadway. ¿No es gracioso?

El mundo está lleno de gente desesperada, infeliz y culpable. Louise solo quiere que algo bueno le pase a alguien esta noche, así que dice «Mimi, deberías hacerlo», y Mimi se ríe, suspira, se pone colorada y dice «No, no puedo, perdí la voz hace años». Louise la agarra de la mano, la alza y grita «Aquí, aquí», y, aunque Mimi se ha puesto colorada y se avergüenza, también

está encantada. El público lleva colectivamente a Mimi hasta la pequeña plataforma que conforma el escenario.

Interpretan «New York, New York». (Siempre tocan «New York, New York», según decía Lavinia, pero a Lavinia le encantaba esta canción y nunca se cansaba de la ciudad, nunca.) En esta ciudad no cambia nada, todas las fiestas son iguales, todos los bares son iguales, todos los viernes por la noche son como el viernes por la noche anterior, los mismos fotógrafos hacen las mismas fotos de las mismas personas en la ópera, las mismas contraseñas abren, como llaves maestras, las puertas de los mismos bares clandestinos, y en todos los putos bares con piano de esta puta ciudad suena «New York, New York» al final de la noche.

Mimi la canta de todas formas.

El caso es que Mimi canta bien.

No es que Mimi cante «bastante bien para ser una aficionada», o que cante «bastante bien a nivel de New Hampshire», ni siquiera que cante «bastante bien para hacer los coros». Mimi canta tan bien que hace que todas las personas que se ríen, beben y hacen fotos paren, dejen sus móviles y se queden mirando.

«*If I can make it there*», canta, y canta de una forma cruda, y al cantar se le corre el rímel con el sudor, y por primera vez Louise se da cuenta de que Mimi es preciosa.

Cuando canta «*I'll make it anywhere*» es como si le estuvieran rasgando la garganta, y todo el mundo aplaude y grita su nombre porque es así de buena.

Al acabar, la gente la ovaciona de pie. Incluso los camareros gritan con entusiasmo.

Mimi mira a Louise, que está al otro lado del bar, y tiene los ojos brillantes de lágrimas, y, aunque todo el mundo sigue aplaudiendo, Mimi corre por el bar para abrazar a Louise, y le dice una y otra vez «gracias, gracias» y luego «lo

siento, te he manchado la camisa de mocos», y Louise no deja de decir «tranquila, tranquila, no pasa nada».

—¡Esta es la mejor noche de mi vida! —jadea Mimi, y está tan contenta ahora mismo que Louise solo quiere decir «vente a casa conmigo»; Louise solo quiere hacerle a Mimi un té de cardamomo-arándano-canela-flor de saúco y sentarse con ella en el diván mientras escuchan música clásica a un volumen tal que la señora Winters acabará llamando a la puerta para protestar; solo quiere quedarse dormida con ella en la desmesurada cama de Lavinia, tapadas con la colcha de *jacquard* forrada de piel, o hablar y punto, en plan noche interminable en la que nadie te juzga. Pero claro, Louise no puede, porque Lavinia está en casa (apareció por Facebook a decir que ha estado en un grupo para despertar a la diosa interior en East Village, pero eso ha sido a medianoche y seguramente ya ha vuelto) y además porque Louise nunca podrá volver a ser sincera con nadie.

—Eres tan buena... —dice Mimi—. Eres buenísima, Lulu. ¿Por qué no éramos amigas? —Sonríe—. Deberíamos quedar de nuevo.

—Sería estupendo.

Mimi se tambalea por la Segunda Avenida.

—Te quiero, Lulu.

Louise para un taxi para ella.

Le da sesenta dólares en efectivo para pagarlo, porque Mimi vive muy lejos, en Flatbush, y porque Mimi nunca tiene dinero.

—No puedo...

Louise cierra la puerta del taxi antes de que Mimi le devuelva el dinero.

El taxi se pone en marcha rumbo a Flatbush.

Louise no puede seguir así.

Cualquier cosa sería mejor que hacer fotos falsas con el móvil de Lavinia y buscar en Google citas motivadoras remotamente literarias para que Lavinia

las utilice; cualquier cosa sería mejor que enviar mensajes crípticos y alegres a Beowulf Marmont y a Gavin Mullaney, o *emails* animados y aplicados a Cordelia y a los padres de Lavinia, u ocultarse de la señora Winters, o seguirle la corriente a Hal Upchurch, o hacer transferencias a Atenea, o intentar que Rex no se acuerde de Lavinia, o asustarse cada vez que el periódico cuenta que alguien ha encontrado un cadáver en East River, o fingir delante de las narices de Mimi que Lavinia sigue viva.

Louise llama a Rex, a pesar de que es después de medianoche, a pesar de que lo más seguro es que esté dormido, a pesar de que ella no es una de esas novias inseguras que llaman a sus novios después de medianoche. Espera a que haya respuesta.

—Te necesito —dice Louise—. Necesito hablar contigo. ¡Por favor!

—¿Estás bien? —(Ella se pregunta si él está dudando.)

—Te necesito —repite ella—. Ven a casa.

—Pero...

—Ella no está.

Y Rex dice que «Por supuesto, por supuesto, no te preocupes; voy para allá».

Louise se muere por estar con él. Quiere que él entre dentro de ella. Quiere que él la abrace, que le quite los temblores, que escuche su llanto y sus pecados, que entienda todo lo que ha hecho y lo que ha dejado sin hacer, y quizá así alguien llegue a conocerla y a quererla al mismo tiempo.

Louise tiene dificultades con las llaves en el vestíbulo. Ni siquiera se acuerda de evitar a la señora Winters por las escaleras.

Las escaleras nunca le han parecido tan altas.

Sube las escaleras pisando fuerte... Hace muchísimo ruido («Que la vieja puta abra la puerta —piensa—. Que vengan de una vez»).

La luz ya está encendida.

La puerta ya está abierta.

Lavinia está sentada en el diván.

Tiene el pelo largo y salvaje. Tiene los pies metidos debajo de los muslos.
Lleva puesta su bata.

A Louise se le caen las llaves en la entrada.

«Por supuesto —piensa a pesar del vino, a pesar de la adrenalina, a pesar de sus noches en vela—, en realidad nadie muere nunca.»

Lavinia se vuelve hacia ella muy despacio.

Tienen los mismos pómulos. Tienen los mismos ojos azules y brillantes.

—He venido a ver a mi hermana —dice Cordelia.

Louise recoge las llaves. Pasa al interior. Se sienta en el diván junto a Cordelia.

—Lo siento —dice. Su voz no parece suya—. Lavinia no está aquí.

—¿Dónde está? —Cordelia levanta la barbilla.

—Se ha ido —dice Louise—. Con varias amigas.

—¿A dónde?

—No me lo ha dicho. En plan... de ruta por carretera. —Piensa muy rápido

—. Una especie de viaje de meditación. Se han ido hacia el oeste.

—¿Cuándo ha sido eso?

Louise intenta recordar lo último que ha colgado Lavinia en Instagram.

—Hoy mismo —dice.

—¿Con qué amigas?

—Nerissa. Jade... Jade Wasserman. Holly Hornbach. —Todas tienen cuenta en Facebook.

—¿Las has visto?

—¿Cuándo?

—Antes de que se fueran.

Cordelia no se mueve.

—Varias veces. ¿Por qué?

—¿Se ha tomado la medicación?

—¿Cómo?

—Su medicación... ¿Sabes si la ha estado tomando?

—¿Cómo voy a saberlo?

—He mirado en el armario del baño —dice Cordelia—. Lo siento. No quería molestar... viniendo sin avisar. Pero es que... No ha contestado a mis llamadas.

—Ya sabes cómo es Lavinia —dice Louise con ligereza—. Puede ser un poco...

—Claro que sé cómo es. —Cordelia está muy tranquila—. Es mi hermana.

Cordelia se levanta. Va al mueble bar.

Louise está atontada.

—Le habéis dado bien al alcohol —dice Cordelia. Se da la vuelta—. Pensé que Vinny había dejado de beber.

—Oh... No ha sido ella. He sido yo. —Al menos esa parte es cierta.

—No deberías beber delante de ella —dice Cordelia—. Está intentando dejarlo.

—Quería decir que fue antes.

—¿Por qué ha dejado de beber?

—Pues... —Louise decide que no es el mejor momento de sacar el tema de que se esté follando a Rex—. Creo que quería, ya sabes, empezar de cero. Romper con el pasado.

—El frasco del armario de medicamentos está lleno —explica Cordelia—. Pensé que lo sabías. La fecha de la receta es vieja. No ha estado medicándose. ¿Te habías dado cuenta?

—Está estupendamente. Está haciendo mucho yoga.

—¿Con Nerissa? ¿Y Holly? ¿Y Jade?

—Sí.

Cordelia levanta la mirada.

—No me mientas —dice.

Louise está inmóvil.

—¿Crees que no sé cuándo me mientes?

Hasta tienen la misma mirada.

—Yo estaba presente, ¿sabes? La primera vez que esto pasó.

—La... ¿qué?

—Acción de gracias. En 2012. En aquella época también estaba, ya sabes, estupendamente. Le dijo a todo el mundo que estaba en paz absoluta con lo ocurrido. Se interesó por la astrología, los conjuros, la Wicca, las cartas del tarot, estaba a tope con esas cosas. Dijo que las cartas habían predicho que Rex la dejaría, pero que un día, cuando hubieran madurado todo lo que les correspondía, volverían a estar juntos. También insistía en leerme el futuro. Empezó a pintar. Colgaba todas sus obras *online*. Me decía que estaba estupendamente en clase y que hasta tenía ganas de salir con alguien, un asistente de profesorado. —Cordelia levanta la barbilla—. Luego en Navidad se metió un puñado de pastillas e intentó suicidarse en una barca. Así que, si la estás protegiendo —dice Cordelia—, estás haciendo una auténtica estupidez.

—¿Tus padres saben que estás aquí?

—Se supone que mañana vuelo de Boston a París a pasar las Navidades. Madre dice que está «muy emocionada» de que al menos una de las dos vuelva. —La boca de Cordelia se tensa en una sonrisa—. En vez de eso, me he subido en un autobús en South Station y he venido aquí. Un sintecho me ha enseñado el pito enfrente de la estación de Port Authority. Ha sido asqueroso. —Se encoge de hombros—. Vinny me necesita.

—Tienes que avisar a tus padres —dice Louise.

—No sería justo para ellos. Ya tienen a una hija perdida. Eso es mala suerte. Pero tener dos ya parece negligencia. —Se quita los zapatos de una patada—. ¿Cuándo vuelve Vinny?

—No lo sé —dice Louise—. No me lo ha dicho.

—Tendré que esperar a que vuelva.

—En serio, deberías avisar a tus padres.

—¿Por qué?

Louise se levanta y avanza hacia el teléfono.

—Les he dicho que unas amigas de Exeter me han invitado a Aspen a última hora. Les parecerá bien. No vas a decirles que estoy aquí, ¿verdad? —Vuelve a sonreír—. Y yo no les diré que tú estás aquí. —Inclina la cabeza—. ¿Qué ha pasado con el arcón de la abuela?

—Lavinia se lo llevó a una sesión de fotos que estaba haciendo.

—¿En serio? —Cordelia alza la vista. Extiende las piernas de golpe y se pone de pie—. ¿De verdad no sabes cuándo va a volver?

—Ya te lo he dicho: no me lo ha contado. Dijo que se iba de viaje, nada más.

—Y ¡tú has dejado que se vaya!

Louise no entiende nada.

—Por Dios, ¿tan tonta eres? —Cordelia gira tan rápido que las botellas del aparador tintinean donde su bata las ha golpeado—. ¿No lo entiendes? No se la puede dejar sola.

Louise no dice nada.

Cordelia inspira con fuerza.

—Lo siento —se disculpa—. Lo siento. No es justo que te diga eso. —Se vuelve a sentar en el diván. Entrelaza las manos en su regazo—. Ella no es tu problema, es el mío. Pero si está bebiendo... O sea, si está mintiendo, quiero que me lo digas.

—Lo entiendo —dice Louise.

—¿Está bebiendo?

—No —responde Louise—. No, que yo sepa.

Cordelia suspira. Cierra los ojos.

—Bien —dice.

Después pregunta:

—Pero ¿podría estar bebiendo?

—Lo único que me cuenta —explica Louise— es que quiere dejar ese tipo de vida. Que quiere cambiar.

—Pero ¿no conoces a sus nuevas amigas?

—Solo de pasada.

Cordelia asiente.

—Ya sabes cómo es Lavinia... cuando conoce a gente nueva —dice Louise.

Cordelia se ablanda, pero solo un poquito.

—Recoge a personas. Como si fueran gatos callejeros. —Se ríe—. Según ella, yo soy la única que acaba quedándose a su lado.

Va a la cocinita. Empieza a preparar té.

—¿Quieres algo?

—No, gracias —dice Louise.

De repente está agotada.

—Deberías tomar agua —dice Cordelia.

—Estoy bien.

—Has estado bebiendo. Deberías tomar agua.

Louise suspira y dice:

—Mira, Lavinia está bien, ¿vale? Le está yendo bien. Lo sé... La he visto. Está contenta. Está... superando sus historias. Así que no hace falta que te quedes. Volverá... dentro de un par de semanas. No tendría sentido que te quedaras.

—Pero ya estoy aquí.

—A ver, mañana puedo alquilar un coche. ¿A qué hora sale tu vuelo? Te puedo llevar al aeropuerto de Logan.

—Eres muy amable —dice Cordelia—, pero no quiero que lo hagas. Voy a quedarme aquí. —Se sienta—. No quiero ir a París. A fin de cuentas —añade—, esta es mi casa.

Entonces suena el telefonillo.

Entonces Louise se acuerda.

Cordelia acude al interfono antes de que Louise pueda inventarse una buena mentira.

Ven a Rex dando pasos inquietos en la pantalla. Está sin aliento y despeinado. Tiene la chaqueta arrugada, como si la hubiera cogido del suelo.

—¡La madre que me parió! —dice Cordelia. Luego empieza a sonreír—. Lo sabía.

—¿El qué?

—¡Lo sabía!

Se echa a reír, y el sonido es tan parecido a la risa de Lavinia que a Louise le da un escalofrío.

—Claro que ha vuelto. Siempre he sabido que lo haría. Por supuesto que la quería. No era más que... que... ¡Cobardía! —Parece escupir la palabra.

Louise cree que nunca ha visto a nadie tan feliz. Piensa que Lavinia no podría haber estado tan feliz.

—Estoy deseando ver la cara que pone...

—¡Espera!

Es demasiado tarde. Cordelia ya le ha abierto con el telefonillo.

—Si yo fuera un hombre... —dice Cordelia caminando nerviosamente—, ¡Dios! Si fuera un hombre, le partiría la boca por lo que le hizo.

—No fue así...

—¡Le ha destrozado la vida! ¡Es un miserable, un cobarde, un llorica y un canalla! —Se yergue todo lo posible y añade—: Por favor, el honor de Vinny está en juego.

Abre la puerta.

Esto es lo que ocurre después:

Rex ve a Cordelia.

Louise ve que él se queda pasmado, le ve pensando lo mismo que ha pensado ella al ver ese pelo largo, esos ojos vivaces y esa boca oscura con forma de corazón. Se pone pálido un momento, de esa forma en la que la gente palidece en los libros cuando ve un fantasma, y Louise odia que una persona (no un fantasma, no una *femme fatale*, solo una chica corriente de veintitrés años) pueda tener tanto efecto en alguien.

Entonces se da cuenta.

—¿Cordelia?

—Llegas tarde.

Cordelia lo está disfrutando mucho.

—¿Cómo?

Louise atrae sus ojos por detrás de Cordelia, le lanza una mirada muy desesperada y suplicante, y mueve la boca como para decir «por favor, por favor».

—Vinny. Se ha ido. Se ha escapado. No puedes verla.

—¿Cómo dices?

—Se ha ido de viaje. Se ha ido al oeste. De aventura.

—De acuerdo...

—Lo siento mucho —dice Louise con una sinceridad tan falsa que piensa que Cordelia va a darse cuenta—. Sé que vienes a ver a Lavinia. Pero se ha ido de la ciudad.

—Debería darte vergüenza —recrimina Cordelia, cruzándose de brazos— venir aquí después de tanto tiempo.

Rex las mira, perplejo.

—Ha pasado página. Te ha superado. ¡No volverá a rebajarse hasta tu nivel!

Rex mira a Louise, que sigue articulando en silencio «por favor, por favor».

—Lo siento —dice él muy, muy despacio—. Tienes razón, Cordelia.

—Vinny no está interesada en tu minúscula vida burguesa, aburrida y Biedermeier —escupe Cordelia—. Está haciendo cosas mucho más interesantes ahora. ¡Ahora mismo está... recorriendo la ruta Sesenta y Uno!

—De acuerdo. —Las orejas de Rex se han puesto rojas. Está mirando directamente a Louise—. Bueno, pues ya me voy...

—Y ¡no te atrevas a volver!

—De acuerdo —dice Rex—. No lo haré.

Se vuelve y se va sin siquiera mirar a Louise.

Cuando lo ven salir pitando en la pantalla del telefonillo, Cordelia ríe a carcajadas.

—¿Has visto eso?

—Lo he visto.

—¡Qué cara ha puesto!

Cordelia cierra con llave. Se vuelve hacia Louise. Está radiante.

—Bien. ¡Estoy deseando contárselo a Vinny! —Se lleva una mano a la boca—. Prométeme... Prométeme que dejarás que se lo cuente yo.

—Lo prometo.

La cabeza de Louise está dando vueltas.

—Lo sabía... ¡Lo sabía! ¡Nadie, nadie puede olvidar a Vinny! —Cordelia lanza los pies hacia arriba, justo donde estaba el arcón—. ¡Nadie! —Se tumba en el diván—. La gente corriente... ¡Ya sabes! La gente como Rex. No sabe tratar con ella. —Vuelve a sentarse sobre sus talones—. Sé que mi hermana a veces es un poco demasiado. Es tonta y frívola y vana, y piensa demasiado en sí misma. Pero, en el fondo, no es egoísta.

—¿No?

—Si Vinny fuera realmente egoísta, se haría feliz a sí misma. Pero Vinny nunca está contenta. En realidad, no. No podría estarlo, no mientras el mundo siga siendo como es. —Se abraza las rodillas y las pega a su pecho—. Es el pecado original, ¿sabes?

—No lo entiendo.

—Eres como Vinny. —Cordelia sonrío un poco—. Odia que le cuente estas cosas. Según ella, le ponen los pelos de punta. Pero yo creo que es la única forma de explicarlo todo. Todo es culpa nuestra... Y nada lo es. —Suspira—. Por supuesto que él no podía ser suficiente para ella. Pero ¿y si lo hubiera sido? —Empieza a hacerse una trenza, aunque tiene la mente en otra parte—. De todas formas —prosigue—, por eso soy católica. Por eso... y porque madre lo odia.

Louise escribe a Rex mientras Cordelia va al baño.

Lo siento mucho mucho mucho mucho mucho.

Mañana te lo explico todo.

Para mañana se le habrá ocurrido algo. A Louise siempre se le ocurre algo.

Puedo ir a tu casa y lo hablamos?

Rex lo lee.

No responde.

Y

A las tres de la madrugada, Cordelia bosteza por fin.

—Tienes razón —dice muy de repente—. Estoy segura de que me estoy preocupando por nada. Vinny está bien, ¿verdad?

—Claro que está bien —dice Louise.

—Nos habría dicho que las cosas se están poniendo feas.

—Claro que lo haría.

—La última vez... —Cordelia apoya la barbilla en las rodillas— lo supe antes. Se estaba volviendo una maniática. Se echaba las cartas a sí misma, permanecía despierta toda la noche intentando interpretarlas y llamaba desde Yale para decir que había predicho su propia muerte.

—Te prometo —dice Louise— que Lavinia está mejor. Está... —Louise hace un esfuerzo enorme—. Si hasta ha superado lo de Rex.

—Nunca superará lo de Rex. Se agarrará a ello hasta el día en que se muera. Vinny quiere ser el tipo de persona que solo se enamora una vez. —Bebe del té que ha preparado—. Aunque eso la haga muy infeliz. —Se levanta—. Debería dejarte dormir. Supongo que esta noche no va a volver, así que no tiene sentido preocuparse.

—Escríbele por la mañana —sugiere Louise—. Seguro que le dará mucha pena no haberte visto.

Para entonces, Lavinia habrá colgado un montón de fotos de su viaje. Habrá colgado un montón de fotos espléndidas. Louise habrá planeado el itinerario entero. Habrá buscado en Google las citas literarias más adecuadas.

—Oye, Louise.

Cordelia está de pie junto a la puerta.

—Dime.

—Si estuvieras preocupada, me lo dirías, ¿verdad?

Lanza a Louise una mirada pura, sin parpadear. Como si confiara en ella.

—Por supuesto —dice Louise.

Y

—Supongo que has estado durmiendo en mi cuarto —dice Cordelia—. ¿Te parece más fácil que duerma yo en la cama de Vinny?

Louise ha dormido en la cama de Lavinia todas las noches que no ha dormido con Rex.

—No... Por favor —dice Louise—. Duerme en tu cuarto. Insisto.

—Pero ¿no tendrás que llevarte todas tus cosas?

—Tienes razón —dice Louise—. Lo que pasa es que... Lavinia lo ha dejado todo hecho un desastre.

Cordelia se ríe.

—Es un poco desastrosa, ¿verdad?

—Deja que lo recoja primero —dice Louise.

Louise entra en el dormitorio de Lavinia. Hace la cama. Recoge todo lo que pueda incriminarla —el documento de identidad falso, el dinero, las joyas que Louise ha estado vendiendo poco a poco, las cartas de Rex— y lo mete en un bolso tipo bandolera.

Louise echa un vistazo a su móvil. Rex todavía no ha contestado.

Echa un vistazo al móvil de Lavinia.

Las llamadas perdidas de Mimi y de Cordelia.

La foto que colgó ayer de High Line lleva ya veintiséis Me Gusta.

—Todo tuyo —dice Louise.

Louise vuelve a su antiguo dormitorio, que es mucho más pequeño de lo que recordaba.

Lavinia cuelga fotos de su viaje. Un coche (al que no se le ve la matrícula). Otra cita de Whitman. Una puesta de sol en el bosque que podría ser cualquier sitio (y una cita de Thoreau). Una mujer haciendo yoga a lo lejos, que podría ser Holly, Nerissa o Jade (al final Louise decide que sea Nerissa y la etiqueta). Lavinia cuelga una reflexión larga y dispersa sobre «sentémonos en orden» y «batamos los sonoros surcos» y «las estrellas de occidente, hasta que me muera», y quizá haya citado ese poema, que tantas otras veces ha citado, para seguir siendo ella misma.

Lavinia escribe a su hermana.

CARIÑO:

Lulu me ha dicho que estás en la ciudad.

Lo siento, ojalá lo hubiera sabido, pero estoy disfrutando muchísimo del viaje y nos hemos propuesto llegar hasta California haciendo autoestop (estoy confiando desde hace tiempo en la bondad de los desconocidos).

VE A PARÍS y tráeme té de Mariages Frères.

El que más me gusta es el Marco Polo.

Xxx

Cordelia lo lee.

Pero tampoco contesta.

Al final, Rex contesta a la mañana siguiente.

Ven después de clase, dice. Ella obedece.

Louise explica que Lavinia se ha ido haciendo autoestop, a lo Bob Dylan en la canción «Diamonds and Rust», sin previo aviso, que la ha dejado sola en un apartamento que ni siquiera es suyo, y que se había enfadado mucho y se había sentido tonta —«ni siquiera sé por qué estaba triste»— y por eso se había asustado y había llamado a Rex y ¿en serio se iba a pelear con ella por eso?

—Cosas de chicas —dice Louise—. Nada más.

Además, Lavinia no le ha contado a Cordelia lo de ellos dos.

Cordelia es muy frágil, aclara Louise, y es una protectora feroz de su hermana. No tiene ni idea de por qué Lavinia no le ha contado a Cordelia la verdad, pero tampoco cree que le corresponda a ella contárselo, porque no quiere interponerse entre las hermanas. Lo importante es convencer a Cordelia de que vaya con sus padres a París, porque no pueden tener a una chica de diecisiete años pasando el rato en el apartamento y diciendo que está en Aspen porque, si Louise la irrita, puede contarles que Louise está viviendo allí, lo cual, por supuesto, no debería estar ocurriendo.

—Pues ya lo ves —dice Louise muy desesperadamente.

—Es una locura —dice Rex. Y con razón.

—Es complicado.

—No entiendo por qué no te mudas a otra parte —dice él, como si hubiera una persona en la ciudad que no compartiría piso con Goebbels si se ahorrara el alquiler.

—Es muy complicado —repite Louise.

—Mira —dice él—, sé que vosotras dos tenéis vuestras historias. Y no quiero saber nada. Es algo entre vosotras. Pero a mí no me metas.

Lo dice como si Lavinia no estuviera muerta por culpa suya.

—Yo no quiero que haya más dramas —explica Louise.

—¡Pues lo has hecho que te cagas!

Louise odia que él le levante la voz.

Le pone la mano en el hombro. Le da un beso.

—No será mucho tiempo —dice ella—. Solo para mantener la paz.

—¿Y qué? ¿Tengo que fingir que sigo enamorado de ella solo para que una niñaata esté contenta?

—No tienes que fingir nada —dice ella—. Solo tenemos que ser discretos. Hasta que la convencemos de que vuelva a casa. Así no tengo que vivir con alguien que me odia.

Ella espera que él le diga que se quede en su casa. Pero no lo hace.

—¿Y qué pasará cuando Cordelia le cuente a ella que he estado rondándola? —Rex evita decir su nombre. Incluso ahora—. ¿También tengo que mantener la paz?

Louise se esfuerza en pensar en algún modo en que suene menos malo de lo que es.

—Pero no has hecho eso. —Louise no puede evitar preguntar—: ¿No es así?

Él pone los ojos en blanco.

—Todo gira siempre en torno a ella, ¿verdad? —dice él.

Pero no ha contestado que no.

Lavinia asa malvaviscos en una hoguera en Luisiana.

En la mesa del comedor, Cordelia hace anotaciones en los márgenes de los escritos de Juliana de Norwich.

Louise paga a Atenea Virginal otros doscientos dólares.

Nunca hablan directamente de por qué Louise lo hace. Un buen día Atenea le manda un mensaje en el que dice hola bonita tienes calderilla estoy un poco justa ahora mismo jeje y el tipo que suele pagarme el alquiler ha resultado ser un capullo.

Lo mismo podrías preguntarle a Lavinia si sabe cómo una chica como yo se puede sacar unos 500 dólares rapidito.

Siempre ha sido muy generosa. (Jaja)

Louise paga.

Atenea le da las gracias, y menciona, como quien no quiere la cosa, que también quiere comprarse un vestido nuevo.

Resulta que conoció a un tipo la noche que fueron todos a la ópera. Le pidió salir durante el intermedio. Quiere arreglarse para él.

Atenea le manda un enlace a Net-a-Porter y Louise también se lo compra.

Los padres de Lavinia empiezan a presionarla para que vaya a casa por Navidad.

Entendemos que Cordelia, guiada por sus impulsos, ha decidido no volver a casa, dicen. No podemos evitar preguntarnos si esto se debe al ejemplo que le das. Ahora que Cordelia se está haciendo mayor, creemos que es más importante que nunca que seas un modelo a seguir para ella, y tu actual forma de vida es —y tu padre y yo coincidimos— difícilmente una que queremos que ella emule.

Consideramos que sería prudente que volvieras a casa el resto de las vacaciones. Podemos discutir entonces tu inminente regreso a Yale.

Lavinia escribe una carta muy seria explicando que su novela está casi terminada, y que el viaje que ha emprendido —sin probar una gota de alcohol, añade— es de vital importancia para su bienestar físico y emocional.

Sea como fuere, dice la madre de Lavinia, no podemos apoyarte en este empeño. Quizá, llegados a este punto, no podamos alterar tu curso de acción, pero podemos, al menos, actuar para darle ejemplo a tu hermana.

Con eso en mente, vamos a limitar tus tarjetas de crédito hasta que vuelvas. Tienes hasta el 19 de diciembre para decidirte.

Si quieres volver a París, estaremos encantados de comprarte un billete de ida.

Pero tu padre y yo estamos de acuerdo: ninguno de los dos puede seguir justificando la financiación de tus elecciones de vida.

Por favor, envíanos los datos de tu pasaporte y la información de tu vuelo de preferencia.

Espero que entiendas que esto es lo más amable que puedes hacer por tu hermana en estas circunstancias, añade la madre de Lavinia.

Lavinia no contesta.

Louise se está quedando sin dinero otra vez.

Había planeado guardar hasta el último céntimo que sacaba de Lavinia. Pero Louise lleva mucho tiempo sin trabajar, y cada vez son más frecuentes los ingresos a Atenea, así como las cenas fuera con Rex, porque le hace sentir capaz de darle algún tipo de felicidad, así como cuando reparten los gastos, porque Louise no quiere admitir que no puede permitirse el tipo de cosas que Rex sí puede permitirse, porque Louise no es capaz de decirle que no.

Lavinia no contesta a las llamadas de Cordelia.

Lo siento, cariño!, dice. Por aquí hay poca cobertura. Anoche nos bañamos desnudas bajo las estrellas, casi nos morimos congeladas y fue PRECIOSO.

Todos los días Louise piensa «hoy».

Hoy es el día en el que todo acaba.

Huirá. Se llevará el pasaporte de Lavinia o el documento de identidad falso de la pelirroja de Iowa llamada Elizabeth Glass. Se llevará el dinero que le quede, saldrá por la puerta y se perderá en la ciudad, pero entonces Gavin Mullaney le dice que quiere que escriba otra historia para *The Fiddler* en papel, y le avisa de que están pensando en nombrarla una de sus Cinco Menores de Treinta del año, siempre que logre impresionar al consejo editorial con su próximo texto. Y entonces Rex le manda una foto de Central Park nevado, a pesar de que hayan discutido mucho últimamente, y Louise piensa «Un día más, eso es todo lo que necesito, un día más». Pero el siguiente día llega, vuelve a necesitar uno más.

La verdad es que Louise no tiene a dónde ir.

El 20 de diciembre, Louise cumple treinta años.

Rex sabe que es su cumpleaños, porque lo ha visto en Facebook (ella le ha dicho que cumple veintiséis).

«Siento que las cosas hayan sido tan estresantes últimamente —le dice él—. ¿Por qué no hacemos algo especial?»

Louise le dice a Cordelia que tiene una cita con un tipo que ha conocido *online*.

—Seguro que es un asesino en serie —afirma Cordelia sin levantar la vista de sus libros.

Louise se pone el único vestido que tiene y que Cordelia no identificará como de Lavinia. Le queda grande, es de poliéster barato y lo compró hace dos años por veinte dólares en la tienda benéfica de Housing Works; por aquel entonces era el mejor vestido que había tenido nunca.

Rex le manda un mensaje con la dirección y la hora.

Es una sorpresa, le dice con una cara sonriente, así que Louise sabe que esta vez no está enfadado con ella.

Quedan en una coctelería secreta en Williamsburg donde solo hay tres sillas, una de las cuales es para el camarero.

Rex se ha arreglado para ella: la chaqueta es más oscura que de costumbre y está menos arrugada. Se pone de pie en cuanto ella entra (a pesar de que lleve un vestido tan desaliñado, tan feo y tan grande), y cuando sus ojos se posan sobre ella, Louise se pregunta si acaba de darse cuenta del aspecto que tiene cuando no finge ser Lavinia.

—Estás guapa —dice él, lo cual no aclara nada.

Esta tarde Louise ha pasado una hora delante del espejo.

«Se nota que tengo treinta», piensa, y le desconcierta que él no lo advierta.

No hablan de Lavinia. No hablan de Cordelia. Hablan del tiempo, de los trabajos que Rex tiene que hacer para sus seminarios, de algunos exámenes que tendrá que hacer pronto y que cuentan para la nota, de lo que piensa de sus profesores y del programa de latín vivo al que se quiere inscribir en Roma el verano que viene. Hablan de Hal, que está saliendo con India, y de que Hal ya ha decidido que ella sea su esposa, sin siquiera preguntarle a ella qué opina. Hablan de las historias que Louise escribe para *The Fiddler*, de que Gavin cree que ella tiene posibilidades de ser una de los Cinco Menores de Treinta, lo cual Rex encuentra impresionante.

Hablan, piensa Louise, como cualquier otra pareja aburrida de la ciudad que solo se da un revolcón dos o tres veces a la semana.

Hablan como si Rex nunca hubiera salido con el tipo de mujer que quema las cosas, o que se desnuda en la orilla del mar al amanecer el día de Año Nuevo.

Cenan fusión coreana-mexicana. Beben vino tinto. Rex paga.

Después le propone ir a pasear. Así lo hacen.

Todo resulta muy dulce. Todo resulta muy ordinario. Andan de la mano por la nieve, recorren Bleecker, luego Washington Square Park, luego vuelven hacia Chinatown. Las estrellas salpican el cielo y las orejas de Rex se ponen rojas de frío, igual que cuando se pone nervioso o pasa vergüenza. De pronto, Louise empieza a sentirse intensamente segura de que la única razón por la que están dando un paseo romántico a la luz de la luna es porque él no quiere follársela (no con ese vestido; puede que no quiera volver a hacerlo).

Él tararea con suavidad cuando pasan por Doyers Street.

Ella le agarra la mano. Lo arrastra a un callejón que está mal iluminado, oscuro, con el suelo adoquinado, donde antaño los mafiosos cometían asesinatos (según contó Lavinia una vez), porque nadie podía verte allí.

Él se ríe. La sigue.

Ella lo empuja contra la pared. Lo besa con tanta fuerza que le muerde el labio.

Lo besa con tanta fuerza que él se queda sin aire.

Parece muy confundido cuando ella se aparta.

«No debería sorprenderse —piensa Louise—, a estas alturas tendría que estar acostumbrado. Esto es exactamente lo que Lavinia habría hecho.»

Lo vuelve a besar, con más intensidad, desliza su mano hacia el interior de su muslo y palpa su polla (todavía no está dura; la culpa es de ella).

Se aparta. Lo mira.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta él, riendo, pero en serio.

—Venga —dice ella—. Aquí no nos ve nadie. —«Todo el mundo se quiere follar a las locas, esa es la idea»—. Te deseo —añade.

Y él sigue riéndose, un poco, como si esta parte fuera ridícula. ¿Será por el vestido? ¿O porque tiene treinta años? ¿Será porque Cordelia ha dicho que «nadie puede olvidar a Lavinia» y tiene razón? Louise le besa con más

intensidad, tanta intensidad, piensa ella, que casi quiere hacerle daño, porque, si no consigue que él la desee, al menos podrá conseguir que le tenga miedo, solo un poco, y porque, si no puede ser Lavinia, al menos podrá ser una puta («no eres la mujer con la que me voy a casar»), le soltó Hal a Atenea como si nada, como si ella hubiera estado dispuesta a acostarse con él de no ser por el piso en el Dakota) y lo besa más fuerte, más fuerte, y le dice «quiero que me folles» al oído. Al final, él se pone duro, y solo cuando él la agarra de las muñecas, cuando su respiración se entrecorta, cuando gime de ese modo cortante y desbocado que significa que ella tiene poder sobre él, cuando actúa con dureza con ella de ese modo que significa que ella tiene poder sobre él, ella se aparta.

Él tira de ella.

Louise quiere saborear para siempre que él la desee así.

Él la empuja contra la pared, le sube la falda y aparta a un lado sus bragas, y ahora Louise no sabe quién de los dos ha empezado, si ella le ha engañado para que la desee (ahora se le da muy bien esa parte) o si desde el principio esto es lo que él quiere porque es un hombre. La toca por debajo de la falda del vestido («Esto ya lo he hecho —piensa Louise—, todo esto, ya lo he hecho») y Louise empieza a susurrarle todas las cosas que diría la mujer a la que te quieres follar, y no sabe si las dice en serio o solo quiere ser la mujer a la que escuchan los hombres, pero le dice, directamente al oído, que lo desea, que lo necesita, que está empapada y que necesita que la lleve a casa ahora mismo, y que él, mientras la escucha, es suyo. Él se vuelve más brusco al oír estas cosas, y, entonces, sin pensarlo, ella le suelta que quiere que se la folle por el culo.

—¿Qué?

Lo dice como si no fuera algo con lo que sueñan todos los heterosexuales solteros.

Se aparta para mirarla.

—Nada —dice Louise—. No importa.

—Pero...

—Sigue —dice ella.

Empiezan a chocar el uno con el otro, a tropezar entre sí, como si sus cuerpos no encajaran, y entonces Rex dice:

—A tomar por saco. Vamos a por un taxi.

Vuelven en taxi a casa de Rex (Louise paga), y Rex se la folla, igual que todas las demás veces que se la ha follado. Se apoya en su hombro y entierra su cara en el pelo de Louise como si estuviera escondiéndose de alguien, como si el recodo de su brazo fuera su puerto. Ella se aferra a él y piensa «esto tiene que ser suficiente», y él se vuelve todavía más brusco, y ella piensa «le he vuelto loco» y en parte quiere que sea todavía más brusco, pero para demostrarse a sí misma que es capaz de hacerle esto a una persona, pero él ni siquiera la está mirando, está entrando con tanta fuerza que duele, pero no la está mirando, y, quizá porque lo siente, o para sorprenderle, o quizá para que se fije en ella, Louise dice «te quiero, te quiero» justo cuando él se corre.

Él la besa en la frente.

Se separa de ella.

—Te necesito —murmura él. La besa en el hombro.

Esa noche Louise tampoco duerme.

—¿Te has acostado con él? —pregunta Cordelia cuando Louise llega a casa el día siguiente—. ¿Con tu asesino en serie?

Está totalmente vestida a las nueve de la mañana, con una faldita sin gracia y un jersey de cuello alto. Está leyendo.

—No es asunto tuyo —responde Louise.

—¿Por qué?

—Porque tienes diecisiete años.

—La edad del consentimiento es dieciséis en un montón de sitios —explica Cordelia—. De todas formas, te he esperado despierta.

—¿Por qué?

—Estaba preocupada. Imagínate que es un asesino en serie y te encadena en un sótano.

—¿Y cómo lo sabrías?

—Pues vería que no vuelves a casa. —Levanta la barbilla—. ¿Es la primera vez que os veis?

—Voy a ducharme —dice Louise.

—No quiero molestar —dice Cordelia—, pero tengo curiosidad. ¿Puedes tener relaciones sexuales con alguien que acabas de conocer?

Acompaña a Louise a la puerta del baño.

Louise cierra la puerta. Se quita la ropa.

—¿No te da miedo? —La voz de Cordelia suena amortiguada por la puerta.

—¿El qué?

—No lo sé. ¿Enfermedades? ¿Que te hagan daño?

Louise se mete en la ducha. Sube la temperatura para que queme.

Cordelia se pasa los días estudiando y escribiendo mensajes a Lavinia, que casi nunca contesta.

—No tienes que preocuparte —dice Cordelia tres días antes de Navidad—. O sea, por dejarme sola. Ni bebo, ni me drogo, ni hago nada, la verdad. Así que puedes volver con tu familia si quieres. Yo me quedo aquí esperando a Vinny. No voy a volver a casa.

—¿Por qué no?

Hay muchísimo espacio en el salón, justo donde antes estaba el arcón.

—¿Por qué no vuelves a casa? —insiste Louise.

—Mis padres no me caen demasiado bien —responde Cordelia, con sencillez.

—Bueno, pues a mí mis padres tampoco me caen demasiado bien —explica Louise.

—¿Por qué no?

Louise se encoge de hombros.

—Creo que yo no les caigo bien a ellos.

Lo dice como si fuera broma.

—¿Por qué no les caes bien?

Antes, cuando Louise iba a terapia (se quedó sin dinero para la terapia, y tampoco confiaba mucho en su psicólogo) pasó mucho tiempo repitiendo mantras como «la gente expresa amor de muchas maneras» o «la preocupación a veces se transforma en crítica» o «dejar que tus hijos salgan al mundo es un proceso difícil», pero ahora que lo piensa, probablemente no fueran más que sandeces.

—Porque no me esfuerzo lo suficiente —dice Louise.

—Madre dice eso mismo de mí. Pero a ella le caigo bien. —Lanza sus piernas sobre el diván—. Pero ella a mí no. Yo le caigo mejor que Vinny, y eso es injusto. Hay que querer a todo el mundo por igual. —Guiña un ojo—. Es la única actitud cristiana de verdad.

—¿De verdad eres religiosa?

Cordelia juguetea con las borlas del cojín.

—Al principio —contesta— creo que lo hacía porque me gustaba fastidiar a Vinny. Cuando se comportaba como una pagana tremenda le decía que rezaría por su alma. —Se para a pensar—. Pero creo que ahora sí creo. —Se lleva una mano a la mejilla—. Cuanto más leo, más sentido le encuentro. Si Dios no existe, el mundo sería demasiado horrible para las palabras.

—Mira esto.

Le enseña a Louise su teléfono.

Lavinia está en el Gran Cañón. Su sombra se difumina en la piedra.

—¿Alguna vez has estado en el Gran Cañón, Lulu?

—No.

—Yo tampoco. —Cordelia amplía la foto para verla de cerca—. En realidad no soy nada aventurera. ¿Sabías... que ni siquiera había desobedecido a mis padres antes de esta semana? Es que soy la hija buena. Mira. ¿No es precioso?

—Muy bonito.

—Le digo a Vinny todo el tiempo que no sea tan frívola. Debería volver a la universidad. Se arrepentirá cuando sea mayor si no lo hace. Oye, Lulu —dice, y respira hondo—, ¿cuánto se tarda en coche al Gran Cañón?

—Cinco días. —(Louise lo ha buscado en Google)—. ¿Por?

—¿No crees que podríamos...?

—No.

—¿Podríamos alquilar un coche! ¿Podríamos ir a darle una sorpresa! O podríamos ir en avión. ¡Si vamos en avión, podríamos estar allí por Navidad!

Louise clava los ojos en la foto para no tener que mirar a Cordelia a la cara.

—No podemos hacer eso —dice.

—¿Por qué no? Vinny siempre está haciendo cosas locas e impulsivas... ¿Por qué nosotras no? Y mira... ¡Es un sitio precioso!

—Porque está con sus amigas, Cordelia.

—¿Y qué? Vinny me prefiere a mí que a todas las amigas que ha tenido nunca. Lo siento, Louise, pero es verdad. No es posible que no quiera que vaya. ¡Estaría emocionada de vernos a las dos!

Louise cierra los ojos.

—No podemos.

—¿Por qué no?

—Porque no.

—Pero ¿por qué?

—Porque no quiere que vayas.

Cordelia se queda como si Louise le acabara de dar una bofetada.

Cordelia no dice nada.

Pone las manos en su regazo. Las pliega. Permanece callada un rato.

—Oye, Lulu.

—Dime.

—¿Quieres que pongamos un árbol de Navidad?

En su primera y última Navidad en Nueva York juntos, Virgil y Louise compraron uno de esos abetos en maceta que se pueden poner en la encimera de la cocina, que era la única superficie real del apartamento, porque no tenían espacio para nada más grande, pero discutieron sin parar sobre quién se encargaría de cuidarlo, y la planta se murió sin que ninguno de los dos se diera cuenta, a pesar de que se supone que son de hoja perenne, y eso era, en palabras de Virgil, prueba de que Louise nunca debería ser madre.

Cordelia y Louise van a la tienda entre la calle Setenta y Nueve y la Tercera.

Los precios suben muchísimo tan cerca de Nochebuena, pero Louise paga con cien de los ochocientos dólares o así que le quedan.

Louise propone pagar al repartidor, pero Cordelia insiste en que no te has ganado el árbol si no lo has arrastrado con tus propias manos, así que las dos tiran de él hasta subirlo a la casa de Lavinia.

Pasan la tarde decorándolo. No tienen adornos, así que le cuelgan restos de las cartas del tarot de Lavinia, objetos de cristal, plumas de pavo real y figurillas eróticas.

—Supongo que en el fondo no es un sacrilegio —dice Cordelia—. Los árboles de Navidad en realidad son paganos.

Cordelia pone el regalo de Lavinia bajo el árbol.

—Quiero que le esté esperando cuando vuelva —explica Cordelia.

Esa noche, cuando se acuestan, Cordelia llama a Lavinia.

Llama cuatro o cinco veces, y Louise se hace un ovillo en la cama y observa cómo se enciende el móvil y cómo la llamada pasa al buzón de voz, y deja que ocurra sin decir nada.

Cordelia deja muchísimos mensajes en el buzón: «Por favor coge el teléfono por favor coge el teléfono por favor coge el teléfono».

Louise la oye a través de la pared del dormitorio.

A la sexta llamada, Lavinia contesta.

Louise ha salido por una de las salidas de incendios. Ha subido directamente al tejado.

—Dime, bonita. ¿Ha habido alguna catástrofe?

Louise está temblando al hacer esto, a pesar de haberlo hecho tantas veces.

—¡Vinny!

La voz de Cordelia tiembla

—Vinny... ¡Llevo llamándote desde hace días!

—Querida, dime que no sigues en Nueva York. Lo siento, Cordy... Seguro que estás furiosa conmigo. De hecho, lo entiendo. Pero Nerissa quiere hacer todo el viaje hasta Big Sur y de verdad creo que podríamos...

—¡Te necesito!

Louise oye a Cordelia a pesar de estar tres pisos más arriba.

—Cordy, por favor, intenta entender...

—Tú vuelve a casa, ¿vale?

—Lo siento, cariño, ya sabes que me encantaría, pero...

—¡Por favor!

—Lo siento mucho. Mira, Cordy... Las demás están aquí...

—¡¡Por favor!!

—Tengo que colgar.

Louise cuelga el teléfono.

Baja de puntillas. Se cuela sin hacer ruido por la ventana.

Se vuelve a meter en la cama muy despacio.

Oye a Cordelia en la otra habitación llorando en voz baja.

Cordelia no menciona nada de esto a Louise.

A la mañana siguiente, que es Nochebuena, está impecable. Como si no hubiera llorado en absoluto. Se levanta antes que Louise, limpia la casa y prepara el desayuno.

—Probablemente vuelva pronto a París —dice Cordelia—. Debes de estar harta de mí.

—En absoluto —dice Louise.

Traga café con dificultad.

—Supongo que deberíamos hacer algo por Navidad. ¿Quizá la Misa del Gallo? Quiero ir a la de la catedral de San Juan el Divino. Sé que es protestante, pero me encanta la música que hay allí.

—Lo siento —dice Louise—. Tengo planes.

Hace semanas que lo ha planeado con Rex. Henry Upchurch da una fiesta anual por Nochebuena. Ha alquilado una habitación en el Yale Club, como todos los años. Hace muchísimo que Rex y ella no van a una fiesta. Se están volviendo aburridos.

—Oh —dice Cordelia—, claro que sí. Seguro que tienes muchos amigos. — Se encoge de hombros—. No pasa nada. No me importa ir sola. Es una festividad religiosa. Es bueno concentrarse, ya sabes, en Dios y tal.

—Lo siento —dice Louise—. Confirmé antes de que tú llegaras.

—Por supuesto —dice Cordelia—. Vamos, que no me debes nada. —Traga saliva—. Si casi no me conoces. Es Vinny quien...

Se detiene. Vuelve a su libro. Esta vez es uno de Hildegarda de Bingen. Louise no lo aguanta.

—Mira —dice—, ¿por qué no vienes?

—¿A dónde?

—A la fiesta. Es en Yale Club. Es... la fiesta de Navidad de Henry Upchurch.

—Oh —dice Cordelia—. Creo que sus libros no son muy buenos.

La verdad es que Louise nunca se ha molestado en leer ningún libro de Henry Upchurch.

—Bueno, pero no se lo digas a Hal.

—Él tampoco me gusta. No tiene habilidades sociales y es amigo de Rex.

—No es tan malo —dice Louise—. O sea, que ninguno de los dos es tan malo. Además, habrá un montón de gente. Lo mismo ni nos los cruzamos.

—Vinny se pondría furiosa si hablara con ellos —dice Cordelia—. De todas formas, no tengo nada que ponerme para una fiesta así.

—¿No podrías ponerte algo de Lavinia? Seguro que no le importa.

—Odia que me ponga su ropa sin preguntar —reflexiona Cordelia—. ¿Tú qué te vas a poner?

Louise duda.

—Si las dos tomamos algo prestado, le costará más enfadarse con las dos.

—Cordelia respira hondo y añade—: Además, si no quiere que toquemos sus cosas, que hubiera venido y se las hubiera puesto ella, ¿verdad?

—Pues sí —dice Louise—. Exacto.

—Se lo tiene merecido —dice Cordelia con una sonrisa—. Rex vino hasta aquí... y ¡ella ni siquiera lo sabe! Has mantenido tu promesa, ¿verdad? ¿No se lo has dicho?

—No se lo he dicho.

—Bien. No lo hagas.

Cordelia va al armario. Toquetea las cosas de Lavinia.

—Voy a ser muy, muy educada con ellos dos —dice.

Υ

Louise escribe a Rex: Lo siento.

No puedo dejarla sola.

Rex lo lee. No contesta.

Aun así, podemos pasarlo bien. Tú sé discreto, eso es todo.

Emoticono de caballito Przewalski colorado.

Ve los puntos suspensivos en la pantalla que indican que él está escribiendo.

Aparecen durante cinco minutos.

Ok.

Eso es todo.

Louise maquilla a Cordelia.

Enseña a Cordelia a alisarse el pelo, a transformar la maraña de sus rizos en algo arreglado y suave. Le enseña a usar el lápiz de labios para que el pintalabios quede dentro del límite de su boca. Resalta los ojos de Cordelia con rímel («Qué azules son», piensa). Le pone a Cordelia el pintalabios de Lavinia.

Ayuda a Cordelia a elegir un vestido.

Cordelia toquetea uno rojo, de seda, cortado al bias.

—¿Qué te parece este? —dice, pero se detiene—. No, no puedo.

—¿Por qué no?

—Mis pechos son demasiado pequeños. Estaré ridícula. —Se sienta en la cama—. Esto es una tontería. Deberías ir sin mí.

—No... ¡No, debes venir!

Louise no sabe por qué le importa.

—¡Pareceré una estúpida! —dice Cordelia—. Si ni siquiera... Ni siquiera sé estar de pie con él.

—Yo te enseño —dice Louise—. Tú pónelo.

Cordelia obedece.

Le queda largo y suelto.

—Parece una tienda de campaña.

—No estás bien puesta —explica Louise—. Tienes que, ya sabes, posar. Arquea un poco la espalda. Así, bien.

—Me siento como una cobra.

—Eso es que lo estás haciendo bien. Y, cuando sonrías, pon la lengua detrás de los dientes.

—¿Por qué?

—Hace que sonrías con los ojos.

Cordelia parece vacilar.

—Saldrás mejor en las fotos.

—¿Y?

—Tú hazme caso, ¿vale?

Al parpadear, las pestañas de Cordelia se ven negrísimas.

—¿Me haces una foto? Vamos, que no quiero que la cuelgues ni nada... Solo para mí.

Louise la hace. Se la enseña a Cordelia.

—Estoy ridícula —dice.

De hecho, Cordelia está preciosa.

—¿Me la mandas? —pregunta Cordelia.

Van en taxi a Yale Club. Louise paga.

Le quedan en la cuenta corriente 402,63 dólares.

Cuando bajan, Hal ya está allí. Está fumando un puro en las escaleras. Beowulf y Gavin están con él.

Hal las mira dos veces cuando aparecen.

—Tenía entendido que andabas por la ciudad. —Hal mira a Cordelia de arriba abajo—. Así que has estado haciendo de las tuyas, ¿eh?

—Me alegro de verte, Henry —dice Cordelia—. Ha pasado mucho tiempo. Le da la mano.

—La última vez que te vi llevabas aparato.

—La última vez que te vi estabas delgado.

Hal sonrío.

—¿Tienes edad para beber?

—Solo en New Hampshire.

—Una pena.

—No —dice Cordelia. Su boca se tuerce un poco—. La verdad es que no.

—Luego añade—: Así que eres el hijo de Henry Upchurch.

—Culpable.

—¿Y qué se siente?

—Ve a leer sus libros. —Hal da una calada al puro—. Te lo contarán todo.

—Ya he leído sus libros —dice Cordelia—. *El tren de la locura* me pareció un cliché, y todos los personajes de *Una caída mortal* se redimían con demasiada facilidad.

Louise se muerde el labio para que Hal no vea su sonrisa.

—Que sepas, niñita —dice Hal— que Henry Upchurch es el mejor escritor norteamericano de los últimos cincuenta años.

—No te preocupes —le dice Hal a Louise cuando Cordelia va a dejar su abrigo—. Ya me han informado. Me portaré bien. —Le da una copa—. Si te interesa mi opinión, te diré que todo esto me parece un problemón tras otro.

—Pero no me interesa —dice Louise.

Hal se estira para agarrar a Rex del brazo.

—Bueno, ¿vosotros dos os conocéis? —La lengua de Hal cae ligeramente hacia un lado—. ¿O tengo que presentaros?

—Hal, por favor...

Louise le estruja el codo a Rex un poco, y se siente ridícula al hacerlo. Rex sonrío... o más bien hace una mueca.

Cordelia los ve.

Se acerca a ellos. Su paso es comedido e inestable por los tacones de Lavinia.

—Hola, Rex —dice en voz baja.

Se dan un apretón de manos.

Y

—Estoy dispuesta a mantener las formas —anuncia Cordelia— si tú haces lo mismo.

Hal suelta una carcajada.

—Como tú quieras —dice Rex.

Hal alza la copa.

—Por tu hermana —dice—, que nos ha reunido a todos.

Todo el mundo brinda.

Nadie bebe, salvo Cordelia, que cierra los ojos, se bebe el champán de un trago y hace un mohín.

Yale Club es como una tarta de boda: blanco, con adornos de oro, digno de una pastelería, con sus ventanas curvas y sus cortinas blancas como nata que parecen volar hasta el cielo. Hay muchísima gente que conoce a Henry Upchurch, o que no lo conoce, pero quiere aparentar que sí, o que nunca han oído hablar de Henry Upchurch, pero quiere beber gratis.

Louise bebe. Hal bebe. Rex bebe. Cordelia bebe.

Bebe más que los demás.

—No está tan malo —dice con la tercera copa. Tiene hipo. Le da una palmada a Rex en el hombro—. Tú tampoco eres tan malo —afirma—. Está decidido.

Rex no dice nada.

—Eres un idiota —prosigue—. Pero te perdono. Si Vinny no fuera mi hermana, yo tampoco la aguantaría. —Sonríe—. Anímate, Rex... Lo mismo vuelve contigo al final. Si es que vuelve. Con Vinny, ¿quién sabe? ¡Nunca se sabe qué va a hacer!

Rex se esfuerza a beber.

—No —dice él—. Tienes razón. Nunca se sabe.

—Ven —dice Hal. Le pone la mano al final de la espalda de Louise—. Quiero que conozcas a mi padre.

Υ

Henry Upchurch es viejo.

Además, está gordo.

Parece una esfera pequeña pegada a otra más grande. Tiene un pliegue en el cuello que parece el de un pavo. Está sentado porque es demasiado viejo y

está demasiado gordo para estar de pie. No habla.

Beowulf está a su lado, y su frágil novia está revoloteando alrededor de ellos como un mosquito. Beowulf va por la mitad de su discurso sobre *Una caída mortal*, la misma que Louise ya ha escuchado. Está hablando de la famosa escena en la que los protagonistas se pelean a puñetazo limpio por las conjugaciones latinas, y está argumentando que en el mundo de hoy, con las sensibilidades actuales, no se podría escribir una escena así y que la entienda *hoi polloi*¹⁶ (se esfuerza por no acompañar esta expresión griega con un artículo) porque «cierta horda que tú ya sabes» anda siempre husmeando en busca de homosexualidad y no hay tiempo ya para discutir lo que significa ser un hombre en el sentido clásico.

Rex anda cerca, pero no toca a Louise.

Es lo que han acordado los dos. De todas formas, duele.

—Apuesto a que —dice Hal al oído de Cordelia, lo bastante cerca para que Louise lo oiga— Beowulf Marmont se masturba imaginando que su novia se folla a unos negros.

—¿Qué?

—Eso mismo.

—Das asco.

—Soy sincero —dice Hal—. Algunos hombres son así, joven Cordelia. Más vale que aprendas pronto cómo funciona el mundo.

—¡Sé perfectamente cómo funciona el mundo! —Lo pronuncia medio jadeando.

Hal pone un poco de whisky de la petaca en la flauta de champán.

—A Henry Upchurch le encanta Rex. ¿Verdad?

Louise no sabe si Hal está provocando a Rex, provocando a Cordelia o provocándola a ella.

—Es una historia estupenda —dice Hal—. Rex jamás ha leído *Una caída mortal*, ¿verdad, Rex? Pero es un gran conocedor del mundo clásico. Se salió por la tangente hablando de verbos griegos cuando vino a cenar... Joder, ¿hace ya diez años? Contó que las palabras «sustancia» e «hipóstasis» significan lo mismo desde un punto de vista etimológico, pero que son opuestas desde una perspectiva teológica.

—Es cierto —dice Cordelia de pronto—. Hay una «sustancia» y tres «hipóstasis» en la Trinidad. —Hipa—. ¿O «hipóstasis» es una y «ousia» son tres? Se me ha olvidado.

Hal no le hace caso.

—Son sustantivos —dice Rex entre dientes.

—Henry Upchurch estaba muy impresionado. Si incluso escribió una de tus cartas de recomendación para Yale, ¿verdad, Rex? ¿No estuviste impresionante?

Rex mira hacia abajo, a las alfombras.

—Hay manchas en la alfombra —dice, sin alzar la vista.

—Siempre pregunta por ti —explica Hal—. Cada vez que mueve el culo y viene con mi madre de Amagansett. «¿Qué anda haciendo tu ingenioso amigo Rex? ¡Qué ingenioso es!»

—Cualquiera pensaría —dice Rex— que en un sitio tan caro limpiarían las putas alfombras.

Levanta la cabeza de golpe

—Me voy a fumar —dice.

Louise no puede ir tras él.

—Voy a tomarme otra —dice Cordelia.

Y se marcha.

Ahora Louise va a conocer a Henry Upchurch.

Hal la lleva hasta él cuando su padre despacha a Beowulf.

—Louise Wilson —dice Hal con ese medio lloriqueo cuya sinceridad Louise todavía no logra determinar— va a ser una de las grandes escritoras de nuestra generación.

Henry Upchurch alza la cabeza con mucho esfuerzo.

—Me llamo Louise Wilson —dice Louise. Alarga la mano. Él parece confundido, así que ella le agarra de la mano fofa y temblorosa y se la agita con firmeza. Lo mira directamente a los ojos—. Trabajo para *The New Misandrist*, *The Egret* y *The Fiddler*.

—Ah —dice Henry Upchurch.

Su cabeza oscila muy poco. Babea. Louise piensa, al principio, que está asintiendo, pero no es más que un temblor.

—Louise está buscando un agente —explica Hal. Sigue sonriendo, como si no se hubiera dado cuenta de que a su padre le está cayendo baba en la corbata.

—Ah —dice Henry Upchurch.

Tiene los ojos vidriosos. No está mirando a ninguno de los dos.

—Voy a enviarla a comer con Niall Montgomery, ¿vale?

—Ah —dice Henry Upchurch.

Y babea en su corbata.

—Ese es su truco —dice Hal—. Todo el mundo sabe que los hombres realmente poderosos no hablan. Por tanto, todo el mundo tiene que esforzarse más para entablar una conversación con él. Niall Montgomery es su agente. Un

amigo de la familia. Mañana tenemos la comida de Navidad con él. Le hablaré de ti.

—¿Por qué eres tan amable?

—Porque —dice— eres la única que pillla la gracia.

—¿Qué gracia?

Hal sonrío.

—La gracia —dice, meneando las cejas hacia ella— que tú sabes. Y yo sé. Y ninguno de estos perdedores de mierda sabe. Y Rex, menos. Pobre, pobre Rex.

—No sé de qué hablas —dice Louise.

—Pues que hay algunas ventajas —dice Hal— en ser el amigo feo. ¿No crees?

Entonces Louise ve a Cordelia.

Está en el pasillo hablando con Beowulf Marmont, que se está inclinando hacia ella con mucho interés. Ella se mece un poquito.

Están debajo del muérdago.

—Yo no soy nada —dice Beowulf Marmont acercándose a la oreja de Cordelia— aparte de un hombre de tradición.

Entonces se inclina para besarla.

Cordelia empieza a levantar las manos, pero lo hace tarde, o Beowulf finge no sentir su reacción, la agarra de la nuca, tira de ella y le mete la lengua con mucha seguridad hasta la garganta, y Louise tiene que tirar de él y gritarle a la cara que «solo tiene diecisiete años» para que se aparte de ella.

Al menos, Beowulf parece horrorizado.

Cordelia está muy quieta.

No mira a Louise.

—¿Tienes un pañuelo? —pregunta.

Louise le da uno.

Cordelia se frota la boca tanto que se le irrita.

Deja caer el pañuelo.

—Ese —dice muy despacio— ha sido mi primer beso.

Vuelve a tener hipo.

—Voy a vomitar.

Y

Cordelia ni siquiera llega al baño.

Vomita en un cesto para periódicos en el pasillo, nada más salir de la sala de actos.

Louise le sujeta el pelo y le acaricia los hombros.

—No pasa nada —la consuela Louise. Ha hecho esto muchas veces antes—. No lo fuerces. Te sentirás mejor cuando hayas vomitado.

—Tendría que haber bebido menos.

—Es culpa mía —dice Louise—. Debería haber estado pendiente de ti... No me he dado cuenta...

Y entonces se detiene, porque tendría que haberse dado cuenta de que la mayoría de la gente no puede beberse una botella de champán con el estómago vacío y no vomitar.

—¡No soy tu puto problema! —dice Cordelia. Una arcada hace que salga más vómito.

Es la primera vez que Louise oye a Cordelia decir palabrotas.

—Es culpa mía —repite Cordelia. Louise no sabe si sus convulsiones son por las náuseas o porque está llorando—. Es culpa mía... La he traicionado.

—¿Cómo?

—¡He hablado con Rex! ¡Y con Hal! Le he dado la mano... ¡Oh, Dios!
¡Dios! ¡No me va a perdonar nunca!

—¡Lo hará!

—¡Le he dado la mano! ¡Le quiero prender fuego!

Cordelia empieza a frotar la alfombra, como si pretendiera despegarse del pecado.

Louise intenta, en vano, tranquilizarla.

—¡Soy horrible! —gimotea Cordelia.

—No lo eres.

Empieza a sollozar, desgarrada, en el regazo de Louise.

—No pasa nada —dice Louise, como si supiera qué hacer, como si supiera cómo encargarse de esto—. Todo irá bien.

—Me odia.

—Seguro que no. Te lo prometo. —Como si eso, también, fuera algo que puede asegurar.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—¡Porque —dice Louise por fin— tu hermana se ha estado follando a Hal!

Entonces, Cordelia por fin, por fin, levanta los ojos y ve a Rex y a Hal detrás de ellas.

Rex ni siquiera se molesta en preguntar si es verdad.

Le da un puñetazo a Hal sin más.

Se pelean como dos perros.

Se revuelcan por la alfombra. Se aplastan la cara el uno al otro contra la pared. Hal le da un puñetazo en la boca a Rex. Rex le da patadas en la tripa a Hal. Se revuelven uno encima del otro. Rex le agarra un puñado de piel de la

nuca de Hal. Hal le tira del pelo a Rex. Rex le aplasta la cabeza a Hal contra el suelo.

Hace falta que intervengan Gavin y Beowulf («¿En serio, Henry, en la fiesta de tu propio padre?») para separarlos.

Cuando los separan, Hal se ríe.

—Y dicen —jadea— que los hombres ya no son hombres.

Rex se marcha y Louise se queda mirándolo.

Está deseando ir tras él. Durante un segundo cree que lo hará.

Pero Cordelia está llorando de nuevo en sus brazos y sonándose la nariz en la falda de Louise, que en realidad es la falda de Lavinia, y está llenando de maquillaje el vestido de seda rojo que también es de Lavinia. Lo único que Louise puede hacer es llevarla a casa en taxi, que cuesta 30 de los 380 dólares que le quedan a Louise en el mundo, susurrarle «va todo bien, va todo bien», llevarla a rastras por las escaleras, quitarle la ropa, ponerle uno de los camisones limpios de Lavinia por la cabeza y arroparla en la cama.

—Los odio —susurra Cordelia—. Los odio a todos.

—Lo sé.

—Son horribles.

—Lo sé.

—¡La odio!

—Lo sé —susurra Louise.

—La odio con todas mis fuerzas —hipa—. ¡La odio! ¡La odio! ¡La odio!

—Lo sé.

—Rex tenía que haberla dejado saltar.

A Louise se le atasca el aliento en la garganta.

—No digas eso.

—¿Por qué no? Es verdad, ¿no?

—No lo sé. —El corazón de Louise late muy rápido—. ¡No! ¡Claro que no!
—¡Si lo único que hace es mentir a todos los que la quieren!

Louise no tiene respuesta para eso.

Se quedan tumbadas juntas en la cama de Lavinia, y Cordelia llora desconsoladamente, envuelta en sí misma, así que a Louise no le queda otra que abrazarla con fuerza y pegarse a ella hasta el punto de temblar cuando Cordelia tiembla y sufrir cuando Cordelia solloza.

Se quedan juntas hasta que Cordelia se queda dormida en los brazos de Louise.

Louise va al cuarto de Cordelia. Se sienta a la mesa en silencio. Escribe a Rex —le ha escrito muchísimas veces esta noche— diciéndole que se lo puede explicar, suplicándole que la deje explicarse, rogándole que la deje arreglar todo lo que ha jodido intentando arreglar las cosas.

Él ha leído todos los mensajes. No ha respondido.

Por favor.

Louise se siente insegura. Se aborrece a sí misma.

Enchufa el teléfono sobre la mesa de Cordelia. Se queda un rato mirando las fotografías y los libros de Cordelia: Juliana de Norwich, Thomas Merton, Teilhard de Chardin, John Henry Newman, san Agustín. Se queda otro rato mirando la oscuridad.

Se va a la cama.

A la una suena el teléfono.

Ve el nombre de Rex resplandeciendo en la mesilla.

Te echo de menos.

¿Podemos hablar?

«Gracias a Dios —piensa Louise—. Gracias a Dios.»

Puede saborear su propio alivio; está tan aliviada cuando coge el teléfono que empieza a reír en alto, y empieza a escribir sí, claro, puedes llamarme ahora mismo, no importa la hora que sea, podemos hablar siempre que lo necesites cuando se da cuenta de que en realidad su móvil está cargándose en la mesa de Cordelia.

Lo siento, le dice Rex a Lavinia.

Odio seguir enamorado de ti.

Cordelia está roncando en la otra habitación.

Louise ya no siente nada.

Lavinia abre el mensaje de Rex, así él sabrá que lo ha leído. Pero no contesta.

Ahora sentirá exactamente lo que Louise siente.

Es Navidad.

Louise va a dar un paseo. Fuma seis o siete cigarrillos, a pesar de que no ha fumado desde que empezó el régimen de ejercicio de Lavinia (lo bueno de que Lavinia se haya ido, piensa, es que ya no tiene agujetas en los muslos).

Rex sigue escribiendo a Lavinia.

Por favor.

Habla conmigo.

Lo siento.

Soy lo peor.

Lo sé.

Sé que soy un egoísta.

Lavinia cuelga una foto pública en Instagram de las Montañas Rocosas, solo para hacerle daño.

No puedo dormir, dice Lavinia. El mundo entero es insoportablemente bello.

A Rex Eliot le gusta.

Y

Cuando ya es lo bastante tarde, Louise llama a sus padres, en Devonshire, para desearles feliz Navidad. Tienen una conversación muy formal. Le preguntan qué tal le va, y ella les cuenta lo de ser una de los Cinco Menores de Treinta, que es lo más parecido a un gran logro cuando una no ha escrito más que textos personales en internet.

—La mayoría de la gente que lo consigue tarda en encontrar un agente —dice Louise, como si todavía fuera algo importante—. Una chica consiguió un contrato para un libro de memorias en cuestión de una semana.

—Oh —dice la madre de Louise—. Pero tú no eres menor de treinta.

—Diciembre cuenta —explica Louise, a pesar de que no es verdad.

—Y ¿te pagan si ganas?

—No —responde Louise—. Es una cuestión de prestigio. Y no es un premio... Es una lista.

—Oh —dice la madre de Louise—. Qué pena.

—Pues sí —asiente Louise—. Lo es.

—Por cierto —añade la madre de Louise—, no te vas a creer a quién vi por la calle el otro día.

Louise ya lo sabe.

—Está muy guapo, ahora que se ha cortado el pelo. Ha dejado la librería y está trabajando de gerente en la pensión de Devonshire. No está mal, ¿verdad?

—No, claro —dice Louise.

—Yo no tengo ni idea de lo que os pasó —explica la madre de Louise—, pero es muy buen chico. Y no se puede decir que los chicos estén haciendo cola por ti.

Louise abre la boca, pensando decir algo así como que de hecho tiene novio, que es muy guapo, que va a Columbia y que la quiere, pero entonces la vuelve a cerrar.

—En fin —prosigue la madre de Louise—, ya sé, ya sé que te vas a enfadar conmigo, pero me pidió tu teléfono y, bueno... Ya sé lo que me dices siempre, pero hace tanto tiempo que no me hablas de nadie más, y a él... a él le está yendo tan bien últimamente, y siempre pregunta por ti, y le importas tanto...

Louise cuelga el teléfono.

Cuando Louise vuelve al apartamento, Cordelia ya está despierta. Tiene el pelo recogido en una trenza. Se ha quitado todo el maquillaje de la cara. Está en pijama.

«Qué joven parece», piensa Louise.

—Te estaba esperando —dice—. ¡Quería darte tu regalo!

Le entrega a Louise un paquete envuelto.

—Se lo había comprado a Vinny —explica—, pero creo que tú lo apreciarás más.

Es un antiguo librito en miniatura del *Ulises* de Tennyson. La encuadernación está rota. Es muy bonito.

—Vinny me contó vuestra aventura —dice Cordelia—. Me pareció preciosa.

—Lo fue —dice Louise.

—Nadie haría eso en Exeter —dice Cordelia.

—Seguro que no.

—Solo hacen cosas que quedan bien en sus solicitudes de universidad.

Cordelia saca el teléfono.

—¿Tienes planes?

—No —responde Louise.

—¿Te apetece pedir comida china?

—Vale.

—Ya he reservado mi vuelo —explica Cordelia—. Me voy a París en Nochevieja. Madre está muy contenta. Le he dicho que mi amiga de Aspen ha tenido una crisis emocional porque no ha pasado la primera convocatoria de acceso a Brown. Dejaré de darte la lata dentro de nada. Seguro que te alivia mucho.

Louise no sabe por qué no siente alivio alguno.

—Apuesto a que ella está ahora mismo bañándose en el Pacífico —dice Cordelia.

—Probablemente.

—Que le den —suelta Cordelia—. Quiero arroz frito.

Louise también paga por todo. El pedido asciende a 32,41 dólares. Louise incluso da propina.

Al fin, Rex escribe a Louise por la tarde, porque Lavinia no le ha contestado.

Lo siento, dice.

Necesitaba un poco de tiempo.

¿Quieres venir esta noche?

Se sientan en silencio en la cama de Rex, porque su apartamento es demasiado pequeño para un sofá.

Louise espera que él rompa con ella. Pero no lo hace.

—Lo siento —dice él—. No debí dejarte anoche.

Tiene un corte en el labio.

Entonces pregunta:

—¿Desde cuándo lo sabes?

—No hace mucho —dice Louise—. Me enteré poco antes de que se fuera.

—Ella te lo dijo.

—Lo vi en su teléfono. Te lo tenía que haber dicho. Lo siento. Ella me hizo prometer que no lo hiciera.

—No —dice él—. No... no tenías que hacerlo. —Traga saliva—. Lo que pasa es que te ha pillado en medio. —Suspira y añade—: Nunca debí interponerme entre vosotras.

—No digas eso.

—Te puse en una situación imposible... Lo siento. No debí hacerlo.

—Que no digas eso.

Louise casi le está suplicando.

—Es estúpido —explica Rex—. No sé ni por qué me he enfadado. Pero es que... Hal es Hal. Y ella es...

Ni siquiera puede pronunciar su nombre.

—Lavinia —dice Louise en voz baja—. Lavinia es Lavinia.

—Eso es.

Él mira su teléfono todo el tiempo, delante de sus narices.

—Cordelia va a marcharse —dice Louise—. Se va a París. Ha entendido que Lavinia no tiene previsto volver todavía.

Rex suspira.

—Claro —dice—. Bien.

Le aprieta la mano a Louise.

—Entonces todo volverá a la normalidad —añade Rex.

Gavin escribe un mail a Louise esa noche para informarle de que ha sido elegida miembro de los Cinco Menores de Treinta de *The Fiddler*. Se hará

público el día de Año Nuevo, cuenta. Darán una fiesta. Quiere que lea el texto sobre fingir estudiar en la Academia de Devonshire. «Es el tercer artículo más leído del año», dice.

Louise se vuelve a teñir el pelo. Deja la bañera de Lavinia llena de manchas.

Rex sigue escribiendo a Lavinia.

Por favor, dice. Contéstame.

Lavinia no contesta.

El día después de Navidad, Hal escribe a Louise.

¿Te puedo invitar a una copa?, dice. ¿En Bemelmans a las 8?

—Le he hablado a Niall Montgomery de ti —dice Hal—. Le gusta tu trabajo. Le he dicho que te han seleccionado miembro de los Cinco Menores de Treinta. Va a asistir a la fiesta de lanzamiento.

El ojo morado le da un aspecto más amorfo que de costumbre.

—En realidad —prosigue Hal—, tú deberías invitarme.

Louise no puede permitírselo, así que sonrío a pesar de todo.

—No te preocupes. —Hal saca su tarjeta—. Henry Upchurch siempre cumple su palabra. Y tú eres una Menor de Treinta. Ahora eres importante.

—Te lo agradezco —dice Louise—. De verdad.

—Bien. Más te vale.

Y luego Hal pregunta:

—¿Qué tal Rex?

—Está bien.

—¿Sigue enfadado conmigo?

Louise se encoge de hombros.

—No lo sé.

—¿No te lo ha dicho?

—Procuramos no hablar del tema.

—Buena chica —dice él—. Pobre Louise.

—¿Por?

—No debes olvidar que soy el que conoce a Rex desde hace más tiempo. Más que ella. —Brinda por ella—. Soy su mejor amigo. Sé cómo era él cuando estaban juntos.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

—Estaba buena, estaba desesperada y yo me la quería follar. Ni más ni menos.

—Sabes que eso no es cierto —protesta Louise.

Él se muestra contrariado, pero a Louise le da todo igual.

—¿Quieres jugar al juego del mal amigo?

—No —responde Louise—. La verdad es que no.

—¿Qué quieres que diga?

—Nada.

—Rex no se la merecía —dice Hal—. ¿Es eso lo que quieres oír?

—La verdad es que no.

—Ella tampoco se merecía nada. No era nada especial. Ni siquiera era buena en la cama. Pero... a él lo quería. Y él no se merece que lo quieran así.

—Hal da un trago y añade—: Ella no era como tú. Ella nunca pilló la gracia.

Debajo de la barra, suena el teléfono de Lavinia. Louise ni siquiera tiene que mirarlo.

—Rex no puede quejarse —prosigue Hal—. Consiguió años. Consiguió poemas de amor, canciones de amor, paseos por la playa y música clásica. ¿Y qué conseguí yo? Un par de fines de semana guarros y un poco de vicio. —Se estira a lo largo de la barra—. De todas formas, ella lo terminó. Estaba aterrada de que te enteraras.

—Me hubiera dado igual —dice Louise.

Recuerda la noche en que Lavinia volvió a casa tambaleándose con el vestido del revés y sangre en la boca.

—Oh, en absoluto. No habrías dejado que te mangoneara una chica a la que le gusta que le den por el culo.

Se limpia la cara con una servilleta de cóctel.

—A la mierda —dice—. Me piro de Nueva York. Voy a dejar el trabajo. Voy a comprarme un Porsche *vintage* con aire acondicionado y me voy a ir conduciendo hasta Big Sur. Lo mismo me la encuentro allí. Lo mismo me encuentro contigo.

—Lo mismo —dice Louise.

—Voy a ser un escritor, joven Louise. Igual que tú. Todavía me quedan cinco años para llegar a ser uno de los Cinco Menores de Treinta. Y resulta que ya tengo las primeras cincuenta páginas de la novela que voy a escribir.

—Buena suerte —dice Louise.

—Lo mismo te la mando. Lo mismo puedes decirme si es buena.

—Seguro que es estupenda, Hal.

—Es una mierda —dice Hal—. No he escrito nada. No pienso dejar mi trabajo. —Paga la cuenta y dice sonriendo—: Esa, joven Louise, es la gracia.

Y

Por favor, escribe Rex a Lavinia.

Entiendo que necesites más tiempo.

Pero dime si debería esperarte.

Lavinia le contesta una palabra: No.

Rex se porta muy bien con Louise esa semana. Le regala por Navidad un broche estilo *art nouveau* precioso que le ha comprado en un mercado de antigüedades en Hudson, y Louise procura no pensar, mientras lo admira en el espejo, en la posibilidad de que fuera para Lavinia.

A Rex se le da muy bien fingir. La lleva a Mud, a Veselka a tomar *pierogis*, como aquella noche cuando se besaron por primera vez, la lleva a la librería secreta a celebrar que Louise sea una de los Cinco Menores de Treinta con Gavin y Matty Rosekranz, aunque todavía no lo hayan anunciado, al menos de forma oficial («Estoy deseando ver la cara que pone Beowulf Marmont», dice Matty, a quien tampoco le cae bien).

Rex le hace un cunnilingus cada vez que se acuestan.

«La culpa es un mecanismo utilísimo —piensa Louise—. Te hace mucho mejor persona de lo que eres normalmente.»

Lavinia ha llegado a California.

Cuelga fotos en Instagram de su recorrido por la Ruta 1.

Está haciendo sola la última etapa de su peregrinaje.

Cuelga una foto de su tatuaje con una masa de agua azul de fondo que podría ser el Pacífico o podría ser Photoshop.

¡¡¡MÁS POESÍA!!!

Siempre, dice Lavinia.

Solo que Rex la ha vuelto a bloquear.

En Nochevieja, Cordelia prepara la maleta.

—¿Tienes planes? —pregunta.

Louise va a volver al MacIntyre. Ha quedado allí con Rex. Mimi va a pasar antes por casa. En principio es para arreglarse, pero en realidad es porque ninguna de las dos soporta estar sola.

Louise se encoge de hombros y dice:

—Lo mismo que el año pasado.

—Supongo que estaré volando cuando pase —dice Cordelia—. No sé qué cuenta más: la medianoche en París o la medianoche en Nueva York. En realidad no creo que importe.

—No —dice Louise—. Supongo que no.

—Siento perderme tu lectura —se disculpa Cordelia.

—No pasa nada —dice Louise—. Habrá más gente.

—¿Sabes qué? No han sido unas Navidades tan malas —explica Cordelia—. He aprendido mucho. Y un primer beso... Eso es todo un hito, ¿verdad?

—Pues... supongo que sí.

—Mejor que la Navidad en París, eso seguro. —Cordelia levanta la barbilla—. No tienes que preocuparte. No les diré a mis padres que Vinny te ha dejado vivir aquí. Tampoco dije nada de Mimi. Ella ni siquiera me caía bien.

—Gracias —dice Louise—, supongo.

—Y tú no le dirás nada a Vinny... o sea, cuando vuelva. Estaba borracha cuando dije esas cosas.

—No diré nada —dice Louise—. Lo juro.

Cuando se va, la casa parece estar muy vacía.

Mimi llega un par de horas más tarde. Lleva pestañas postizas y una peluca a lo Louise Brooks.

—¡OhDiosmío! —exclama—. ¡Hacesiglosquenoteveo!

Ha traído una caja de latitas de champán de Sofia Coppola, de esas que supuestamente hay que beber con pajita.

Se visten para ir al MacIntyre.

El tema de este año es el Berlín de Weimar. Louise lleva solo una chaqueta de esmoquin que ha tomado prestada de Rex, porque la idea de volver a ponerse la ropa de Lavinia le ha dado náuseas.

Se pinta la cara de blanco. Se pinta la raya sobre los ojos.

Mimi está pasando las fotos de Lavinia en el móvil.

—¡Qué envidia! —murmura—. Ojalá supiera conducir. —Alza la vista y dice—: Lo mismo también dejo de beber.

—Pero tú... Pues oye... Lo mismo no es mala idea.

—Adelgazaría mucho si lo hago. Dios, ¿has visto la foto que ha colgado de sus abdominales?

Louise se siente orgullosa de la foto.

—La he visto.

Mimi se pone purpurina en las mejillas.

—Empiezo el uno de enero —dice—. Propósito de año nuevo. No me dejes beber. Espera... —Traga saliva—. Se me ha olvidado. Cinco Menores de Treinta. Bueno, no me dejes beber el dos de enero. ¿Lo prometes?

—Confío en ti —dice Louise—. Si dices que no vas a beber, no lo harás.

Louise se pone el pintalabios de Lavinia.

Se mira en el espejo.

Se lo quita.

No quiere ni saborearlo.

Van en taxi al MacIntyre. Louise paga. «El uno de enero —piensa— voy a llamar a Flora y a Miles. Buscaré más clientes. Buscaré trabajo. Me meteré en la web de *SeekingArrangement* para buscar un novio rico, igual que Atenea Virginal...» Evita pensar en Atenea Virginal ahora mismo. Le viene fatal pagar el taxi, pero fuera hay una tormenta de nieve.

Pasan muchísimo frío al hacer la cola, y, a pesar de la helada, la mitad de la gente lleva vestidos de noche y tacones o vaqueros, pero no disfraces, y Louise no sabe si el año pasado fue real o si es que sencillamente las fiestas ya no son tan buenas como antes.

El *puerta* es maleducado, la gente está tan ocupada haciendo fotos que acaban empujando a Louise contra la pared, y una chica pisa a Mimi.

A las diez y media las dejan entrar.

Esto es lo que Louise ve:

Terciopelo rojo, luces eléctricas, bolsas de plástico, un ciervo disecado, tapices rasgados, cartas del tarot desplegadas, cables de altavoces, una mujer con un vestido de lentejuelas y la espalda al aire cantando la canción «Is That All There Is?» de Peggy Lee, amigos borrachos con gorras de béisbol, lámparas de araña, champán aguado.

Esto es lo único que Louise ve:

Nada que no haya visto antes.

Louise bebe.

Bebe como lo hacía Lavinia, comprando la botella entera y echándosela por la garganta, y Mimi cree que es divertidísimo y hace varias fotos, todas desde distintos ángulos.

—Es como estar en el Berlín de Weimar —gorjea Mimi—. De verdad lo es.

Empieza a bailar encima de las mesas.

Louise empieza a beber chupitos.

«Uno más —piensa—, uno más.

»Después empezarás a divertirte.»

Mimi está besando a desconocidos.

Mimi está haciendo fotos (está en uno de los retretes del manicomio, haciéndose la suicida; está montada a horcajadas sobre el ciervo disecado; está envolviendo el cuello de Louise como un visón; es Liza Minnelli con las piernas hacia atrás en una silla).

Mimi está pasando la mejor noche de su vida.

Lo sabrías si vieras su Facebook.

Y

Louise ve a Rex al otro lado de la pista de baile.

Lleva esmoquin. En su caso, es todo un esfuerzo.

Sonríe cuando ella llega a su lado.

—Mira. —Se esfuerza mucho—. ¡Vamos a juego!

Le da la mano. La besa. Mira a la multitud, como si Lavinia pudiera estar allí.

Las luces parpadean. La música está altísima. Louise no oye ni una palabra que dice Mimi.

El padre Romylos ha venido, así como Gavin Mullaney, que le recuerda que «mañana es tu gran día, ¿verdad? ¿No estás de los putos nervios al ver que asciendes en la vida?», así como Atenea Virginal, que lleva el vestido que Louise le ha comprado, del brazo de Mike, el de la ópera. Ha venido Rose, la fotógrafa de *Last Night at the Met*, así como la chica que estuvo en *Supervivientes*, así como Laurie, la ilustradora erótica que le leyó las cartas a Lavinia, así como el egiptólogo amigo de Lavinia, a quien echaron de la facultad de Yale por dejar a su mujer por una alumna.

Mimi hace una foto de Louise y de Rex de la mano, y en ella parecen estar de lo más felices.

Las luces son muy brillantes. El neón les ciega. El humo se le mete en los ojos a Louise y la hace estornudar. Una chica borracha le derrama ron con Coca-Cola en la estupenda chaqueta prestada, y tiene pegajosas hasta las clavículas.

Alguien que no es Peggy Lee sigue cantando Peggy Lee.

—¿No estuvo aquí el año pasado?

Mimi se encoge de hombros.

—¡Por supuesto que no!

La está cantando en bucle, y puede que Louise estuviera demasiado borracha el año pasado, puede que esté así de borracha este año, pero, en cualquier caso, resulta que la mujer ni siquiera está cantando, solo está haciendo *play-back* con una grabación de Peggy Lee, y lo hace una y otra vez.

«*If that's all there is, my friends* (resulta que la canción está retumbando en todos los amplificadores del local) *then let's keep dancing*». ¹⁷

—¡Es mucho mejor que el año pasado! —sonríe Mimi.

Agarra a Louise de la mano. La obliga a bailar, y Mimi tira de Rex para que también baile con ellas, porque Mimi es tan extravagante con su amor que nunca se le ha ocurrido desear lograr algo con más fuerza de lo que desea querer a alguien.

Louise tiene que mear.

Rex, Mimi, Gavin, Atenea, el padre Romylos, Laurie, Rose, el egiptólogo y la chica que salió en *Supervivientes* le prometen que la esperarán junto a la barra de abajo, la que parece un podio estilo *art déco*.

Cuando Louise sale, todos se han ido.

Son las 23.45.

—¡Tic, tac!

Hal marcha hacia ella.

Va vestido de nazi. Nadie lo mira.

—¿Lo pillas? —dice cuando la ve—. Por el tema de la fiesta.

—Lo pillo.

—De hecho, es de Hugo Boss. En serio.

—Hay que joderse.

—Bueno, ni que fuera con bigote.

—¡Qué considerado! —dice Louise.

El ojo morado de Hal está casi curado. Ahora solo parece que lleva un par de días sin dormir.

—¿Sabes lo que le he dado a Henry por Navidad?

—La verdad es que no me interesa —dice Louise.

—Un ejemplar de *La doctrina social y política del fascismo*. Y otro a mi madre. Además de una bufanda de Hermès, obviamente. No soy un monstruo.

—¿Has terminado?

—Todos estamos terminados. El mundo se acaba. La revolución es inminente.

—¿Por qué has venido, Hal?

Hal se encoge de hombros.

—Todos mis amigos están aquí.

Se apoya en la pared del pasillo

—Venga, Lulu —dice—. ¿Por qué no te comportas como un puto ser humano?

—¿Eso qué significa?

—¡Que bailes conmigo!

El bajo suena tan fuerte que las paredes tiemblan.

—Debería ir a buscar a Rex.

—No lo hagas.

—Es casi medianoche.

Él la agarra de la cintura.

—¡Hal, para!

—Es casi medianoche. ¡Voy contigo!

—Hal —dice Louise, porque lo último que necesita en el mundo ahora mismo es que Rex tenga otra razón para odiarla—, no lo hagas.

—¡Por favor! —dice él.

Le iluminan las luces estroboscópicas, y entonces es cuando Louise lo ve de verdad.

Ha estado llorando.

—Por favor, no te vayas —insiste.

—Tengo que irme.

—¡Quiero hablar con Rex!

—Habla con él mañana.

—¡Quiero hablar con Rex ahora!

—Pues no puedes.

—Dile que... —Algo se ahoga en su garganta. Es como un gato agonizando.

Quedan cinco minutos para medianoche.

Louise no le deja acabar.

Louise se tropieza con la multitud. Ve dobles por todas partes.

Ve a Atenea bamboleándose con Mike (o quizá es un desconocido), a Beowulf Marmont, o a alguien que se parece a él, bailando con una chica que no es para nada su novia de mirada frágil, ve a Gavin Mullaney con su segunda novia favorita, ve a Mimi, Mimi bailando sola, Mimi a la luz de la luna bajo

algún foco, Mimi bailando por primera vez como si no estuviera desesperada por que alguien baile con ella. Un enorme reloj decorativo con forma de los números 2-0-1-6 ha descendido como una lámpara de araña del techo y suena al mismo tiempo que el bajo, por lo que Louise no logra distinguir entre la música y el paso del tiempo.

Queda un minuto para medianoche.

Lo único que Louise quiere es dormir.

Pero Louise ahora no vive en ese mundo.

A un minuto para medianoche, Louise ve a Rex.

Está solo junto a la barra con un martini en la mano.

Louise corre hacia él.

Él parece alegrarse de verla.

Empieza la cuenta atrás, todos hacen la cuenta atrás desde sesenta, pero pronuncian los números mal, y Louise se siente sola y Rex parece alegrarse de verla, a pesar de que ella sabe, sabe perfectamente, que él no puede ser suyo, que no lo será nunca, no mientras Lavinia esté en alguna parte del mundo fuera de su campo de visión, pero recordemos que Louise está borracha, y Rex está borracho, y esta semana a los dos se les ha hecho añicos el corazón, y lo que más desea Louise en este mundo es que alguien la estreche en sus brazos.

Rex la envuelve en los suyos.

Se pone de rodillas.

Le besa la tripa, como si estuviera embarazada, o como si fuera una divinidad.

Tiene los ojos llenos de lágrimas.

—Lo siento —dice. Sigue besándola, como si supiera que ella lo sabe. Le besa las manos. Le besa el interior de las muñecas. Le besa las palmas—. Lo siento, he sido un imbécil. Un verdadero imbécil.

Ella también llora y menea la cabeza.

Diez... nueve... ocho...

Le besa, le vuelve a besar con la boca hambrienta.

Siete... seis... cinco...

Las lágrimas de él se mezclan con las de ella.

—Te echo de menos —dice Rex—. Te necesito... ¡Te necesito!

Y Louise está al borde de un precipicio, y el mundo desaparece y da vueltas y parpadea a su alrededor, y Louise cae, Louise cae, y no hay nadie en este mundo que pueda salvarla.

Cuatro... tres... dos...

—Te quiero —dice Rex.

Quizá él la salve.

Vuelven en taxi a casa de Lavinia. Se besan por todo el camino. Rex dice «te quiero» en cada esquina; Rex pone la mano en la camisa de Louise para sentir sus pechos, como si el taxista no oyera cada sonido que emiten; nieva tanto que Louise no puede ver la negrura del cielo; nieva tanto que la radio del taxi sigue repitiendo «la peor nevada de los últimos sesenta años», así que lo mismo Hal tiene razón, quizá el mundo se va a acabar, pero ahora mismo no importa, porque están muy solos, pero los dos se tienen el uno al otro, porque Lavinia no va a volver nunca y, después de ella, esto es lo mejor.

El maquillaje de ella le mancha a él la cara. Sus chaquetas caen arrugadas al suelo. Sus prendas se rasgan cuando se las quitan.

«Te quiero; te quiero; te quiero.»

La puerta se abre.

Cordelia se queda mirándolos.

Deja caer la maleta en la entrada.

Ellos se mueven muy rápido —a toda prisa— para cubrir su desnudez, su vergüenza. Rex agarra un cojín del sofá y Louise, la bata de Lavinia, balbucean excusas y dicen que «esto no es lo que parece», aunque claramente lo es.

—Está... nevando, ¿sabes? —dice Cordelia con voz tranquila—. Hay una tormenta de nieve. ¿No os habéis enterado? Todos los vuelos se han cancelado.

Entra en el salón. Va a la cocina. Pone la tetera. Rex es muy rápido, se está abrochando los pantalones.

—Lo siento —dice Cordelia sin mirarlos—. Os he interrumpido.

Cordelia recoge la tetera.

Se la tira a Louise a la cara.

—¡Serás zorra!

Se rompe justo detrás de la cabeza de Louise.

—¡Menuda zorra eres!

Le pasa rozando a Louise y le hace un corte. Ni siquiera lo siente.

—¡Espera! —Rex está intentando, con mucha masculinidad, ponerse la camisa—. Sé que tiene mala pinta.

—¡Eres un cobarde y un llorica!

—Ella lo sabe, ¿vale? ¡Lo sabe! —Rex está sin aliento—. Está de acuerdo... Lo sabe desde el principio... ¡Te lo juro!

Cordelia está palidísima.

—No te creas que sabes una mierda de mi hermana. ¡No está de acuerdo!

—¡Me lo dijo! Lo juro por Dios... Lo juro por Dios... ¡Me llamó! Me dio su visto bueno. A los dos.

Cordelia se ríe en su cara.

—¡No lo hizo!

—Sí lo hizo. Joder, Louise, ¡díselo!

Cordelia la mira directamente.

Tiene los ojos muy claros, muy azules.

Mira a Louise desde el espacio donde antes estaba el arcón.

—¿Pretendes hacerme creer que Vinny lo sabe?

Louise duda un segundo.

—Lo sabe.

Cordelia suspira. Una vez.

—No —dice—. No lo sabe.

—Lo sabe.

Cordelia mira muy despacio de la puerta al espacio que hay en el suelo y del espacio que hay en el suelo a Louise.

—Y ¿dónde está?

—Ya te lo he dicho. Está en California.

—No es verdad. ¿Dónde está?

—Sabes lo mismo que yo.

—¿Que dónde está?

—Te lo juro —repite Rex, pero Cordelia ni siquiera lo está mirando.

—Vamos a llamarla, ¿vale? —empieza Cordelia, y Louise dice «no» muy rápido, y entonces Cordelia empieza a gritar—: ¿Dónde está?

—No tengo ni...

Cordelia le da una bofetada de lleno en la cara.

—¡¿He dicho que dónde coño está?!

—¡Cordelia! —se aventura Rex, pero ella ya ha agarrado a Louise y le está tirando del pelo. Está intentando sacarle los ojos.

—¡Sé que sabes dónde está!

Cordelia es muy pequeña, y Rex es mucho más grande que ella, pero tiene que hacer uso de toda su fuerza para separarla de Louise.

Los dos se caen al suelo.

Louise está sangrando.

Cordelia se levanta tambaleándose. Está sin aliento. También está sangrando.

—Eres un imbécil —le dice a Rex—. Menudo imbécil que eres.

No deja de mirar a Louise.

—Joder... ¡Eres un idiota!

Rex ayuda a Louise a incorporarse. Se pone a buscar sus abrigo.

—Mejor nos vamos —dice.

Cordelia jadea. Su mirada es muy, muy azul.

—Mira, lo siento —dice Rex, como si eso fuera lo importante ahora.

—Largo de aquí —dice Cordelia.

—Lo solucionaremos —repite Rex una y otra vez al salir del vestíbulo y al entrar en el taxi—. Mira, está disgustada. Solo está disgustada.

Louise está temblando.

—Puedes quedarte en mi casa esta noche —dice él, porque ahora, ahora, puede salvarla, ahora es algo que él puede hacer—. Por la mañana volvemos y se lo explicamos. ¡Podemos explicarlo!

Ha dejado de nevar. El inhóspito mundo está helado y muerto. Incluso los árboles parecen huesos.

—No somos malas personas —dice Rex.

Louise no puede parar de reír.

Entonces a Louise le entra calor.

Tiene un calor tan doloroso, hirviente y paralizante que cree que se va a morir.

—Pare —dice al conductor.

—Louise, ¿qué estás...?

—Llévenos a Coney Island —dice ella.

—Louise, son las dos de la...

—He dicho —insiste, y Louise nunca se ha sentido más segura de algo en toda su vida— que nos lleve de una puta vez a Coney Island.

El conductor obedece.

Louise paga con su último billete de cien dólares.

Se quedan en silencio.

—Lou —prueba Rex, una sola vez, pero Louise le besa con tanta hambre que no le deja hablar.

Cuando llegan hace mucho frío, y está todo muy oscuro y vacío.

Louise abre la puerta del taxi. Sale pitando hacia el agua. Se le cae el bolso en la arena.

Rex corre tras ella.

—¿Vas a decirme qué coño está pasando?

Louise tiene demasiado calor.

Avanza más rápido al acercarse al agua. Empieza a correr.

El agua está muy fría. Se lava la cara con ella. Se lava la cara y el cuello y las manos pero sigue teniendo tanto calor que piensa que va a arder por completo.

—Vas a matarte si haces eso.

Rex se queda lejos del agua con las manos en los bolsillos.

A Louise le da igual.

Se frota la piel hasta que se le pone roja.

—Mira... vamos a llamar a Lavinia y punto —dice Rex—. No es para tanto. No es complicado. Solo... tenemos que llamar a Lavinia y le pedimos que le explique a la gilipollas de su hermana...

—No vamos a hacer eso —dice Louise.

Está en el agua hasta las rodillas. No entiende por qué todavía tiene tanto calor.

—Claro que sí —dice Rex—. Lavinia no es mala persona, no va a querer jodernos. Le dirá a Cordelia...

—Lavinia está muerta —dice Louise.

El caso es que, por gracioso que parezca, Rex no la cree.

Se queda mirándola con cara de idiota, abriendo y cerrando la boca como un pez.

—No digas tonterías —dice—. Claro que no está muerta.

—Créeme. —Louise se adentra más y más en el agua—. Está muerta.

—Está en California.

—No es cierto.

—¡Acabo de hablar con ella!

—No lo has hecho.

—Acabamos de...

Louise se vuelve hacia él. Tiene las medias empapadas. El pintalabios se le ha corrido hasta la mitad de la barbilla.

—No —dice ella—. De verdad, de verdad que no.

Rex todavía no lo pillá.

Louise se maravilla —no deja de maravillarse— ante lo estúpido que es.

—Lavinia lleva muerta desde julio —dice.

—Eso es una locura —protesta Rex. Lo dice varias veces, como si la repetición lo hiciera realidad—. Joder... Lou... ¿Te has metido algo?

—Nos peleamos en el P.M. La maté.

—¿Qué te has tomado? —Es como si no la hubiera oído—. Joder, Lou... ¡dime qué te has tomado! Voy a... Joder... Voy a llamar a una ambulancia, ¿vale?

El frío del agua le hace sentir bien.

—Nos peleamos. Guarda el móvil.

A Louise le sorprende verle tan confundido por esto.

—¿Qué ocurrió?

—Ya te lo he dicho. Nos peleamos. Se dio un golpe en la cabeza. Tiré su cadáver en East River.

—No es cierto.

—¿Por qué no?

Rex tartamudea:

—Porque la gente no hace esas cosas.

«Es casi gracioso —piensa Louise—, haber querido a alguien tan idiota.»

—Es muy fácil —dice Louise—. Tiré su cadáver en East River. He estado colgando cosas en su Facebook a diario desde hace seis meses. —Cada vez le resulta más fácil hablar del tema—. Saco su dinero del cajero cada semana. Te dejé un mensaje de voz. Puedo imitar su voz.

—¡Joder!

Rex por fin guarda el teléfono.

Rex por fin, por fin la cree.

—Joder.

—Joder, sí —dice Louise—. Qué frío hace aquí.

A Louise el agua le llega a la cintura.

Se permite llorar.

Se permite gritar.

El caso, el verdadero caso, es que:

Lo único que Rex tiene que hacer es entenderla.

Lo único que tiene que hacer es decir «Sí, te quiero, sé por qué lo has hecho, no eres una mala persona; hiciste lo que pudiste; lo que importa es que hiciste lo que pudiste».

«Te quiero.» Es muy fácil. Solo tiene que decir eso. Ya lo ha dicho antes.

—Joder —dice Rex. Es lo primero que dice en un minuto—. ¡Joder! —Le lanza una mirada de lo más indefensa—. ¿Qué hacemos?

Louise no dice nada.

—¡Por el amor de Dios, dime qué tengo que hacer, Lou!

—Nada —responde Louise—. No hay nada que hacer. Está hecho.

Rex respira profundamente muchas veces.

Rex no puede hablar. Rex no puede con ello.

—Mira —tartamudea, cuando por fin puede pronunciar palabra—, vamos a la policía, ¿vale? Los dos. Vamos y les decimos que fue un accidente... Joder... Porque fue un accidente, ¿verdad?

—¿De verdad importa?

—¿No fue un accidente?

Louise ya ni siquiera está segura.

—¡Joder, Lou, dime que fue un accidente!

Rex tiene los ojos abiertos como platos.

Lou no contesta.

Rex está hiperventilando.

No puede ni mirarla.

—Tienes que entregarte.

—Daría igual —dice Louise—. No cambiaré nada. Lavinia está muerta.

—¡Es lo correcto!

—¿Y qué?

La mira con muchísimo terror.

La mira como si de verdad, de verdad la conociera.

Louise mantiene los ojos en el horizonte, al punto en el que el agua está negra y se une a la oscuridad del cielo. Nunca antes se había dado cuenta de lo mucho que pica el agua salada cuando alguien te ha arañado, o te ha abofeteado, o te ha tirado del pelo, lo que se siente cuando te despellejan viva.

Resulta muy agradable sentir algo.

—Lo siento —dice Louise—. Sé que la querías.

Louise no sabe cuándo ha empezado a llorar. Puede que lleve llorando todo el rato.

—Sal del agua —pide Rex.

Se quita la chaqueta. Se quita el reloj y saca el móvil. Lo pone todo en la arena.

—La querías muchísimo, joder.

—Por favor —dice él—, por favor, sal.

—¿Verdad que la querías?

—No... Joder, Lou...

—¡No me mientas a la puta cara! Por favor... por favor... no me mientas.

—Te quiero —dice Rex.

Oírlo da mucho gusto.

Se mete en el agua. Hasta la cintura. La agarra por los hombros.

—Te quiero... Por favor... Sal del agua.

El caso es que no la quiere.

Rex intenta —de verdad que lo intenta— sacarla del agua. La agarra del antebrazo, quizá con más fuerza de la que pretende, o de la que debe... Aunque quizá tenga disculpa, si estás intentando llevar a una asesina ante la justicia; quizá sea lo correcto si eres un héroe o estás haciéndote el héroe, o si necesitas ser un héroe pase lo que pase; no es algo terrible, aunque estés en plan justiciero, pero no es algo por lo que matarías a una persona.

Pero es una estupidez por su parte agarrarla así, cuando ella llora, cuando ella grita; es una estupidez por su parte mentirle cuando ella lo único que le ha pedido es que deje de mentirle.

Él la envuelve en sus brazos, y la rescata, pero el caso es que Louise es mucho más fuerte que él, o, al menos, ha estado más tiempo en el agua, y ha pasado frío otras veces, y está acostumbrada a tener frío, o a estar mojada, o dolida, así que puede aguantar el dolor mucho mejor que él, por lo que el entumecimiento debilita a Rex, y eso basta para que ella le eche las manos al cuello, y eso también basta para que ella le ponga las piernas en las espalda, y eso basta para que Louise lo meta dentro del agua, que está helada, y él se quede inmóvil, y Louise no está segura —nunca lo estará— de si lo que le afecta es el agua o el frío.

Él se hunde.

Vuelve de golpe a la superficie.

Grita, sus pulmones se llenan de agua salada y patalea. Louise tiene que volver a empujarlo hacia abajo, todavía más hondo, con una fuerza que le

asombra y asquea a partes iguales.

Él se hunde.

Vuelve de golpe a la superficie.

Se sacude y se retuerce y le da un codazo a Louise en la cara con tanta violencia que le rompe la nariz; grita la mitad del nombre de ella, y Louise tiene que ponerle la mano encima de la boca hasta que él la muerde.

Él se hunde.

No vuelve a la superficie.

Entonces Louise se queda sola en el agua, temblando a la luz de la luna llena.

Louise sabe lo que tiene que hacer ahora. Louise lo ha hecho antes.

Louise tiene el teléfono de Rex.

Una vez, una chica, bajo la luz de la luna, se tomó un puñado de pastillas y dijo «si el mundo no es como debería ser, quiero morir», y Rex no murió con ella. Esa vez, no. Esa vez.

Ahora un hombre que ha bebido demasiado flota boca abajo en el agua. Estas cosas pasan a diario.

Louise sabe cómo crearse una coartada (la clave es conseguir la combinación adecuada de conexiones a internet, actualizaciones y comentarios específicos, porque las personas responden sobre todo a eso, y si responden es que creen que estás vivo, pero hay que dejar las cosas lo bastante difusas como para que no haya que explicar las incoherencias). Sabe cómo mover un cadáver. Sabe cómo escribir un mensaje nocturno y desesperado de un teléfono a otro que diga «Por favor, no quiero vivir sin ti».

Louise es una superviviente. Siempre lo ha sido.

Puede volver en taxi al MacIntyre con el dinero de la cartera de Rex. Y sabe, sabe de sobra, que Mimi seguirá allí, bailando, y puede contarle que Rex y ella han discutido después de que Cordelia los pillara en acción, que él se ha marchado (¿qué probabilidades hay de que vuelvan a encontrarse con el mismo taxista? Louise ha pagado en efectivo, y no tenía previsto pagar en efectivo, pero se ha acostumbrado a pagar en efectivo cuando no es Lavinia, por si acaso). Puede que tarden días en encontrar el cadáver.

Todos sentirán lástima por ella en el funeral.

Rex se ha suicidado por Lavinia (todo el mundo odiará aún más a Lavinia) y quizá Lavinia desaparezca en algún lugar de Big Sur, y todos pensarán que saben por qué.

Louise podría incluso mudarse con Mimi.

Louise se sienta en la arena, sola, empapada, con tanto frío que casi no puede respirar, observa el cuerpo de Rex flotando y oscilando donde la orilla se une al mar y piensa «Puedo hacerlo».

«Puedo hacerlo.»

Puede buscarse otro trabajo de profesora particular, o dos. Mañana («hoy, Dios, hoy») es la fiesta de los Cinco Menores de Treinta en un *loft* en Bushwick construido totalmente con madera recuperada de naufragios. Niall Montgomery estará allí, así como tanta gente a la que podría impresionar si les cuenta la historia de cuando fingió estudiar en la Academia de Devonshire, que es una gran historia a pesar de que a duras penas es cierta.

Puede convencer a todo el mundo de que ella es la que ha salido herida (a Hal le cae bien, a Mimi le cae bien, a todo el mundo, a absolutamente todo el mundo, le cae bien). Puede ser una mártir. Puede escribir textos personales de lo más conmovedores de la vez en la que su novio y su mejor amiga se suicidaron el uno por el otro, y sobre lo que se siente al ser siempre, siempre, la que se queda atrás. Lo más seguro es que Gavin Mullaney lo publique.

Las estrellas parecen clavos martilleados en el cielo.

El mar es de un negro incesante.

Una vez, Louise se alzó desnuda frente al agua, con arena entre los dedos de los pies, al grito de «somos lo que somos»¹⁸, pero eso tampoco es ahora.

«Puedes hacer esto —piensa Louise una y otra vez—. Puedes hacer esto.»

Puede pedir dinero prestado a Mimi. Puede ganar quinientos dólares si escribe un buen texto para *The Fiddler*, y más si lo sacan en papel. Puede encontrar la forma de quitarse de encima a Atenea Virginal (solo tiene que pensar). Tiene la llave del apartamento de Rex (no quiere volver a entrar en el apartamento de Rex). Puede arreglarlo todo (Louise siempre puede arreglarlo todo).

Excepto, por supuesto, lo de Cordelia.

Puede hacer que Cordelia parezca una loca. Todo el mundo sabe que Lavinia está loca; podría ser algo de familia. Puede contar de forma muy exagerada cómo Cordelia, la pobre y desequilibrada Cordelia, atacó a Rex en el apartamento —si es que las cosas llegan hasta ese punto—, puede contar que esta dulce y bienintencionada niña se está volviendo igual que la narcisista de su hermana, porque si algo nos han enseñado los griegos es que no podemos controlar el destino. Puede hacer que nadie crea en la palabra de Cordelia, ya sea sobre su hermana, el arcón, Rex, Big Sur o las llamadas telefónicas; la gente no hace estas cosas; la gente ni siquiera te cree cuando dices a las claras que has hecho algo así.

No puede hacer que Cordelia la crea.

No quiere hacerlo.

Suena el teléfono de Rex en la arena. Hal. Necesito hablar contigo.

Por favor.

Por favor.

Louise siente mucha pena por todos.

Siente mucha pena por toda la gente del mundo entero.

Suena el teléfono de Louise. Gavin.

¡Prepárate para ser un AS esta noche!

Suena el teléfono de Lavinia. Cordelia. Veinte llamadas perdidas.

Los putos teléfonos suenan demasiado alto.

Louise cree que las estrellas se caerán del cielo, porque se soltarán con tanto ruido.

Así que esto, esto, es lo que hace Louise después:

Se tiñe el pelo.

Deja el cadáver de Rex en la playa. Mimi cuelga una foto de Rex y Louise en el MacIntyre dándose un beso, y tiene que ser del momento en el que él le dijo que la quería, porque hay confeti cayendo por todas partes.

Deja allí el teléfono de Rex (Hal, borracho y solo, no dejará de llamarle).

Se mete en el metro. («Gavin está colgando un montón de material promocional sobre los Cinco Menores de Treinta y recordando a todos en Facebook que es lo más parecido a la consagración, y, si eres lo bastante importante como para ser editor en *The Fiddler*, puedes decir chorradas como esa y salirte con la tuya, porque nadie pondrá los ojos en blanco delante de ti en público, y luego etiqueta a las cinco personas Menores de Treinta y anuncia de forma oficial a los ganadores en distintas plataformas de las redes sociales, pero además escribe algo particularmente amable sobre Louise Wilson, en plan “mucho ojo con esta”».) Se sube a la línea Q en Coney Island. («Beowulf Marmont está borracho y despotricando sobre algunas personas que piensan que son la leche por llegar a ser miembros de los Cinco Menores de Treinta, que en realidad no es más que otro chanchullo gigante para aplacar a cierta

corriente estética emotiva y femenina y que, de todas formas, no tiene nada que ver con la verdadera literatura.»)

Llega hasta la calle Cuarenta y Dos. («Atenea Virginal acaba de comprometerse con Mike, el de la ópera, y está enseñando a todo el mundo su anillo, y cuelga un vídeo en el que centellea precioso a la luz del MacIntyre.»)

Todo el mundo está borracho. Todo el mundo grita. Hay vómito y confeti por todas partes, hay purpurina, borlas, gafas de 2016 tiradas y predicadores callejeros con pancartas. («Ahora Cordelia acaba de subir a Facebook un *post* público muy largo que empieza así: “Cuando leáis esto, pensaréis que me he vuelto loca. No estoy loca. Mi hermana está muerta. Louise Wilson la ha matado”.»)

La policía está metiendo los caballos, uno a uno, en sus furgonetas. Hay turistas australianos cantando «Auld Lang Syne».

(«Ahora Hal está escribiendo a Louise y a Lavinia, a las dos, para decirles que Cordelia acaba de tener la típica crisis de los Williams y que seguramente se haya tragado un puñado de Xanax de mamá Williams, y lo mismo todos los miembros de esta puta familia debería ocuparse de sus propias mierdas, ¿no?

»Y si Lavinia contesta “de acuerdo”, Louise conseguirá comprar más tiempo.»)

Ola? Mimi ni siquiera se ha dado cuenta de que Louise no sigue bailando.
Adnd as ido?

Sigues akí?

Emú bailando con vestido de los años veinte.

Louise va a una tienda veinticuatro horas de la cadena Duane Reade cerca de Bryant Park.

Compra tinte, cualquier prenda que vendan: leggins negros, una camiseta blanca sencilla, el tipo de cosa anónima que cualquiera lleva y en la que nadie se fija.

No le queda dinero, así que lo roba todo.

Nadie se da ni cuenta.

Louise anda hasta los baños públicos de Bryant Park, los bonitos, los que tienen hasta flores. Cierra el pestillo de la puerta.

Se quita la ropa mojada.

Se limpia la sal y la sangre.

Se lava el pelo en el lavabo.

Abre la caja. Se pone los guantes.

El agua corre muy roja entre sus dedos.

Alguien llama a la puerta (claro que alguien llama a la puerta, es Año Nuevo y está en el centro, y la gente que ha pasado la noche haciendo cola tiene que mear) y los golpes suenan muy fuertes, pero Louise no les hace caso, le dan igual. Louise mantiene la mirada concentrada en el espejo, transcurren treinta minutos en los que Louise permanece allí mismo, desnuda, mirándose a sí misma y al carné de identidad falso de una pelirroja de veintitrés años llamada Elizabeth Glass, que probablemente no haya existido nunca.

Louise está muy distinta con el pelo rojo.

Parece más pálida. Sus pómulos parecen más altos. No está tan guapa como antes, cuando tenía el pelo de Lavinia. Ya no es el tipo de chica por la que te pararías si te cruzaras con ella. No te fijarías en ella, ni te darías la vuelta por ella, ni te quedarías mirándola.

Lo mismo la ves por la calle y ni siquiera lo sabes.

Louise tendría que estar horrorizada. Quizá esté horrorizada, porque Lavinia está muerta, Rex está muerto, el cuerpo de Rex está flotando y oscilando en el agua, y Lavinia está pudriéndose en un arcón en el fondo de East River, pero no hay justicia en el mundo que pueda arreglar esto, ya no, así que lo único que se puede hacer ahora es no ser quien eres, y eso es lo mejor y lo peor del mundo, además de lo que Louise siempre ha querido.

«Hoy —se dice Louise a sí misma— es el primer día del resto de tu vida.»

—¡Eh, tú! ¡Eres lo puto peor! Todos tenemos que mear.

Se abre paso entre ellos a codazos.

El teléfono de Lavinia está en la basura, hecho añicos.

Es por la mañana. Times Square sigue a rebosar de gente.

Louise anda más rápido, cada vez más rápido, y Cordelia ha colgado. No estoy loca. Mi hermana está muerta. Y todas sus amigas de Exeter le dicen que se calme, que puede llamarlas si lo necesita, pero habrá un momento en el que, cuando Cordelia mire su teléfono, entre todas estas muestras de simpatía tranquilizadora verá que Louise Wilson también ha dado un Me Gusta a su estado, aunque, cuando haga clic en su perfil, verá que Louise Wilson no existe.

Ya no es posible que Louise lo joda todo, porque ya ha hecho las peores cosas, y quizá nadie vuelva a quererla nunca y puede que eso también esté bien, porque ¿por qué otra razón prenderías fuego a las cosas si no es para quemarlas? Quizá la encuentren o quizá no la encuentren nunca, pero Louise espera que, si alguien la encuentra algún día, que sea alguien que lo merezca.

Louise espera que lo haga Cordelia.

Louise tiene un dólar y 46 céntimos sueltos. Tiene un documento de identidad falso. Tiene una muda de ropa limpia y el pelo tan pelirrojo que casi es violeta.

Ni siquiera tiene móvil.

Louise sigue andando y se adentra en Times Square. Anda muy deprisa. Se mezcla con la multitud, y, cuando tenemos que estirar el cuello para mantenerla en nuestro campo de visión, porque hay tantas personas en esta ciudad y tantas de ellas tienen el pelo violeta o pelirrojo, tantas, tantas mujeres son igual de blancas, de un metro sesenta y cinco de alto, bastante delgaditas, y caminan tan deprisa, o llevan leggins negros con camisetas blancas bajo abrigos oscuros y ligeros, cuando eso ocurre, Louise, o alguien que no es Louise, tuerce en una esquina, o cruza una calle, y ya no la vemos.

Agradecimientos

Quiero expresar mi inmensa gratitud a todos los que han hecho que este libro se haga realidad: a mis agentes, Emma Parry y Rebecca Carter, de Janklow and Nesbit, por su fe, su paciencia y el trabajo que han invertido en dar forma al borrador de *Criaturas en la red*, y por recordarme que cuente buenas historias, por encima de todo, y que me preocupe después por lo demás.

Y a mi estupenda editora, Margaux Weisman, cuya mirada aguda y su visión editorial me han ayudado a ver el manuscrito con una mirada fresca, y a mejorarlo mucho, y a todos los equipos editoriales, de marketing y de diseño en Penguin Random House y Doubleday, que han hecho que este libro sea tan hermoso que me da miedo tocarlo.

Gracias a Simon Worrall, mi mentor, que me puso en este camino hace mucho.

Y gracias especiales a Brian McMahon, que ha leído borradores (y borradores y más borradores) de esta novela desde 2009, que ha aguantado mis tendencias caóticas desde casi el mismo tiempo, y que, gracias a su fe y a su buen consejo, esta historia ha sido posible. Te debo esta novela... y me alegro muchísimo de debértela.

Notas

1. Referencia a Shakespeare, *Macbeth*, acto IV, escena 3ª, cuando MacDuff descubre la muerte de sus hijos y su esposa. [*Todas las notas, a menos que se indique lo contrario, son del traductor.*]
2. Primer verso del poema «Recuerdo», de Edna St. Vincent Millay. En el poema, una pareja da una limosna a una inmigrante.
3. Referencia a Shakespeare, *Julio César*, acto III, escena 2ª, cuando Marco Antonio se dirige a las masas.
4. Referencia al poema «Ulises», de Alfred Lord Tennyson.
5. Versículo del Libro de Amós 5:21-23.
6. «Nostalgia», en alemán.
7. Referencia a un poema de la obra de teatro *Pipa Passes*, de Robert Browning.
8. *Ah, je veux vivre dans ce rêve qui m'enivre* («Ah, quiero vivir en este sueño que me embriaga») es un fragmento de la ópera *Romeo y Julieta* de Gounod.
9. «Pequeña muerte» en francés, eufemismo para referirse al orgasmo.
10. «Me da igual» en italiano.
11. Referencia a la escena final de la película *Chinatown* (1974), de Roman Polanski.
12. Fragmento del poema «Oh, pioneros», de Walt Whitman, incluido en el poemario *Hojas de hierba*.
13. Título de un libro de James Agee y Walker Evans sobre la vida de los agricultores estadounidenses durante la Gran Depresión en la década de 1930.
14. Canción estadounidense muy popular en la época de la Gran Depresión, compuesta por E. Y. Harburg y Jay Gorney.
15. Referencia al poema de W. H. Auden titulado «The More Loving One», es decir, «quien más ama».

16. Expresión griega para referirse a la gente o a las masas.
17. «Si esto es todo, amigos, sigamos bailando.»
18. Fragmento del poema «Ulises», de Tennyson.

Título original: *Social creature*

© 2018, Tara Isabella Burton

Todos los derechos reservados,
incluyendo la reproducción total o parcial.

Primera edición en este formato: mayo de 2019

© de la traducción: 2019, Arturo Peral Santamaría

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

www.rocalibros.com

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788417771812

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

Dedicatoria

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

Agradecimientos

Notas

Créditos